Índice

Prólogo:
Hostos, de madrugada, en la ruta de paz.....XX

Ensayos

Hostos: las manos y la luz 25
Hostos, el escritor, o el augurio imperioso
de América 39
La crítica deicida de Hostos o la incandescencia
de América 61
Las nuevas *Obras completas* de Hostos son,
en efecto, obras nuevas 87
Hostos según Ruano 91
Hostos en la sangre de Dos Ríos 105
La tela de araña del Instituto de Estudios
Hostosianos 151
Hostos: cinco tesis redivivas 161
El carácter hostosiano: unción de acero 181
Hostos en viaje al sur de América: arqueología
de su mirada 212
Exégesis convoca a simposio hostosiano 251
Hostos y Martí en la encrucijada de sus caminos .. 257
Hostos: siempre de espalda al papel de Adán 265
De Hostos a Vieques: la moral y los imperios..... 277
Hostos: el centenario ardiente 291
Discurso de apertura.....300

Discurso de clausura.....307
En la tumba de Eugenio María de Hostos
(poesía) 313
APÉNDICES:
Nota de prensa 1: *Simposio en el centenario de* la muerte de Hostos 321
Nota de prensa 2: *Un simposio dedicado a Manuel Maldonado-Denis* XX
Nota de prensa 3: *Un simposio para la creación y las artes*..... XX
Nota de prensa 4: *De Cervantes a Hostos: ardiente paciencia* XX
Nota de prensa 5: *Medalla Hostos para Vieques* XX

Para todos
--¡todos y todas!--
los compañeros y los amigos
que respondieron a mi llamado
a participar en el Simposio
HOSTOS: FORJANDO EL PORVENIR AMERICANO.

Para todos
los «amigos de mis ideas»,
mis compañeros,
y mis hermanos.

En memoria de Julio César López

PREFACIO

El centenario de la muerte de Eugenio María de Hostos, ocurrida el once de agosto de 1903, fue conmemorada en la Universidad de Puerto Rico en Humacao con un simposio de carácter internacional que bajo el título general de ***Hostos: Forjando el porvenir americano***, aglutinó actividades de diversa índole, entre ellas: la presentación de más de 30 ponencias, una exposición de artes plásticas (gráfica y escultura), recitales poéticos, presentación de libros, una representación teatral, homenajes a distinguidos hostosianos, conciertos musicales y la otorgación de la Medalla Eugenio María de Hostos a la Solidaridad al pueblo de Vieques.

Entre los productos permanentes del simposio estuvo la publicación de las actas en el número 48-50 de la Revista EXÉGESIS. Presentamos ahora al lector, como secuela del simposio y de las actividades conmerativas del centenario, una colección de textos diversos --discursos, conferencias, ensayos, artículos, cartas públicas e, incluso, un poema épicolírico-- escritos en un lapso de veinte años, en torno a temas hostosianos, por el coordinador general del simposio, director de la revista EXÉGESIS y ex director del Instituto de Hostosianos, Marcos Reyes Dávila.

Aunque

INTRODUCCIÓN

La ruta revolucionaria de Hostos: ruta de paz

Ni el carácter revolucionario de la lucha por la paz, ni la destacada aportación de Eugenio María de Hostos en esta lucha, son hitos indubitablemente establecidos en los textos ni en las interpretaciones de su vida y de su obra. Sin embargo, son éstos dos de los más importantes desembarcos a los que nos han llevado casi veinticinco años de peregrinación por las obras de Hostos, recopilados a *grosso modo* en este volumen.

Inicialmente pensamos reunir para el lector estos trabajos con el propósito de enfocar algunas de las tesis que hemos hecho nuestras a lo largo de varias décadas, desde que las formulamos por primera vez en nuestros trabajos de los años ochenta. Yolanda Ricardo nos sembró la idea en Arecibo y nos incentivó a hacerlo así en ocasión del centenario de la muerte de Hostos. Despertó en nosotros, entonces, la esperanza de que, reunidos en libro, pudieran ser vistos estos trabajos desde una nueva perspectiva que fuera más allá del estilo de discurso poético en que fueron encarnados, de manera que pudiera verse el sentido del grano y la profundidad de la simiente que carga y abriga una palabra que le huye al uno, dos, tres, de la crítica académica pero que no por eso carece de objetividad, propuesta y visión. No se me diga, ni delante Hostos ni delante de Martí, que la prosa modulada, cargada de poesía, no tiene luz, saber ni inteligencia ni devela la verdad. Ni se me diga que la poesía cargada de amor y asombro, sólo --y necesariamente-- falsifica, en-

diosa y talla mitos.

Las tesis nuestras son, básicamente, las siguientes:

en primer lugar, el carácter esencialmente revolucionario y radical del quehacer hostosiano, tomado en su conjunto;

en segundo lugar, la dimensión extraordinaria de su obra literaria, esencialmente *comprometida, revolucionaria y radical,* en cuanto estuvo dirigida a los propósitos de la liberación, tanto en el plano individual como en el plano de los pueblos;

en tercer lugar, el carácter cenital que asume su prédica por la libertad humana, ante la cual subordina incluso la moral y la pedagogía, la sociología y la política, y hasta la idea misma de independencia;

en cuarto lugar, el descubrimiento de que muchos de los desarrollos más importantes de las teorías hostosianas devienen de ese estudio de sí mismo que lo llevó a reinventarse, y del método terapéutico que instrumentó para superar, en sí mismo, las «pasiones absorbentes» y las grietas de su carácter, y para poner en función de la voluntad y la conciencia todas las fuerzas de su ser;

en quinto lugar, la invención utópica de una América democrática y bolivariana a la que llegó tras aunar, movido por una curiosidad sin anteojeras, el estudio multifactorial de todo lo que halló a su paso por los países del sur, guiado por el principio de federación, el «principio de libertad», y por la urgencia de hacerle justicia --¡ya!-- a todos los condenados de la tierra.

No obstante, el intenso penetrar en los textos hostosianos que realizamos con motivo de la conmemoración del centenario de su muerte, y el diálogo intenso y fecundo con los estudiosos de Hostos que nos facilitó la coordinación del simposio que con motivo de este centenario celebramos en el recinto de Humacao de la Universidad de Puerto Rico en agosto de 2003, nos llevó a revisitar las avenidas de la actualidad de su obra insepul-

ta, su acción oculta a todo lo largo del siglo XX, su presencia en los sorprendentes hechos de la lucha de Vieques contra la marina de guerra norteamericana, así como su presencia en los actuales esfuerzos descolonizadores. Poco a poco fue concretándose la función revolucionaria de la paz que fue fuente y destino de los esfuerzos y metas más acariciados por Hostos.

No voy a repetir aquí ni a resumir siquiera lo que está ya expuesto en los ensayos que configuran este libro. Sólo insistiré en algunos puntos que nos llevaron a concluir el carácter revolucionario de su lucha por la paz que se enmarcó, en buena medida, en el principio de Juárez del respeto al derecho ajeno, y en la necesidad de una educación para la paz y la libertad (*O.C.*, X: 250).

Revolucionario aparece Hostos en la historia, al menos desde que inició su vida pública-productiva. Revolucionarias eran ya las tesis ancladas en sus novelas germinales, tanto *La peregrinación de Bayoán*, como *La tela de araña*. Bayoán [Urayoán], el cacique taíno que cometió el primer deicidio en la historia de las rebeldías de la América colonial, no sólo encarna en la novela de Hostos los elementos básicos de la nacionalidad antillana y sus contradicciones con el poder colonial de la metrópoli, sino que al recapitular la historia de la dominación impugna los fundamentos del poder colonial incentivado por los requerimientos de la justicia y los derechos humanos. El joven Hostos --el de la época española-- no buscaba en verdad simples reformas al régimen colonial de las Antillas. No sólo demanda, por el contrario, una revolución que reivindique los derechos naturales de los isleños, sino que demanda y procura una revolución en la propia España que dé al traste con el régimen monárquico e instale, no sólo una república, sino una república federal, esto es, una república que revalide los derechos políticos de las provincias y de los isleños.

La isla de Bayoán es ya un archipiélago de carácter claro y distinto, pero ubicada en tiempos prelareños, antes de la gesta heroica, anterior al Grito de Yara, e incapaz, a juicio de Hostos, de garantizar la libertad de alcanzar la independencia. Hostos no se mueve impulsado por ideales inflados, desubicados de la realidad concreta; por eso su pensamiento revolucionario busca estrategias viables no convencionales. La preocupación cardinal por la libertad es lo que lleva a Hostos a no plantearse, antes de 1868 --ni después, ¿eh?--, la independencia absoluta de Puerto Rico, aunque sí busca la soberanía. Incluso después del 1868, y tras defender en la España liberal a los revolucionarios de Lares y de Yara, el mal llamado Hostos independentista que surge tras la revolución septembrina española es un Hostos que necesita garantizar la viabilidad del país en la Confederación de las Antillas, ambición ésta que sustituye la España federal que antes buscaba. Precisamente esta ruptura de Hostos con los líderes triunfantes de la revolución republicana española, desmiente su alegado reformismo, pues Hostos rompe con España y con su prédica anterior cuando triunfa en apariencia el régimen por el cual luchaba. ¿Por qué rompe? Porque los revolucionarios liberales se negaron a crear el estado federal que podía responder a las necesidades particulares de las provincias, y se negaron a extender los principios de la república y su régimen de derechos a las islas. Es por eso que ni siquiera la oferta de la gobernación de Barcelona puede seducirlo. El federalismo es un principio cardinal característico del pensamiento político de Hostos, eje y motor de sus teorías sociales, políticas y económicas, tanto al respecto del destino de las Antillas, como de otros espacios, allende los mares, incluso los países todos de América. Es por eso que me sorprende que el nuevo proyecto de las obras completas de Hostos haya eliminado el tomo que recogería los trabajos en torno a este principio rector, según dispuse en mi época de

director del Instituto de Estudios Hostosianos.

La tela de araña, por su parte, nos permite acceder a otras facetas de esa enzima revolucionaria de Hostos que reacciona radicalmente en todos los medios. Ernesto Álvarez y José Luis Méndez han explorado algunas de sus novedades. Álvarez ha propuesto, sólidamente, que ambas novelas de Hostos están estrechamente vinculadas a sus diarios, de manera que son hijas de la introspección de su carácter. La manera como Hostos enreda y traspasa su intimidad con sus aspiraciones antillanas, ha sido observada también por Félix Córdova Iturregui. Pero *La tela de araña* explora otras preocupaciones hostosianas que tienen que ver más con su análisis sicosociológico del núcleo familiar, por un lado, y las contradicciones entre las necesidades auténticas del ser íntimo y el «malestar en la cultura», por el otro. Al menos, no cabe duda, Hostos particulariza en este texto el tema de la educación sentimental de la mujer. Es perentorio anotar, además, que Hostos ya formula aquí, de manera inequívoca, una de las tesis revolucionarias que desarrollará en Chile años más tarde: la radical igualdad de los géneros.

A nuestro juicio, la aparente vacilación entre la autenticidad y los convencionalismos que señala al respecto de *La tela de araña* Méndez en su libro reciente, *Hostos y las ciencias sociales* (San Juan, EDUPR, 2003) obedece al hecho de que la novela se escribió con urgencia para someterla a tiempo al certamen de la Academia de la Lengua. El *joven Hostos* llevaba años realizando ese autoestudió que llamó una vez «la sonda» con el propósito de dirigir el desarrollo de su carácter, templar sus «pasiones absorbentes» y construir e inventar en sí al «hombre completo» --¿hombre nuevo?-- de sus aspiraciones. Ese laborioso estudió sicológico del carácter que habría de descollar pocos años después en sus estudios de los personajes de Shakespeare, no alcanza a mostrar

en esta novela sino su punta de *iceberg*. En ese sentido, tal vez pueda aducirse que Hostos consideró la novela abortada, como también pudiera aducirse que descartó por la misma razón su tercera novela, *La novela de la vida*, de la cual sólo llegó a publicar el primer capítulo, «La última carta de un jugador», capítulo de un desenfrenado frenesí emocional y moralizador, seguramente de corte romántico, y anclado en uno de los dolores perennes de Hostos: la pérdida de su madre en 1862, doña Hilaria.

Aunque Hostos no vuelve a transitar los predios de la novela tras su salida de España, si regresa en varias ocasiones a la ficción narrativa corta, así como al cultivo del teatro, incluso de la poesía. La supuesta abominación de la literatura en Hostos, de la cual se hace eco incluso Julia Álvarez en su novela de 2002, *En el nombre de Salomé*, es una interpretación absolutamente errónea de sus postulados sobre la moral que pretende ignorar, olímpicamente, que Hostos fue toda su vida un ardoroso escritor, acaso nuestro Cervantes literario, pero como éste desdeñó la literatura de caballerías, en broma y en serio, Hostos desdeña, no la imaginación, sino la literatura que se enajena de la realidad y de la verdad. Como ocurre con Martí, acaso pueda considerársele un importante autor moderno, incluso modernista, pero no del primer modernismo de Rubén Darío.

Por otra parte, en los inicios de su etapa revolucionaria en América, Hostos se convierte en líder --sin ejército-- de los esfuerzos de la emigración para apoyar la revolución de Céspedes en Cuba y para promover una nueva revolución armada en Puerto Rico. En estos años llega a su cúspide el Hostos conspirador de las juntas y asociaciones de Nueva York, el Hostos que se mueve de manera incansable por todo el escenario antillano de guerra, y el Hostos que arenga y convence en innumerables dis-

cursos y proclamas revolucionarias de un tono aún no apreciado, pues la fuerza acaso soez y destemplada de su textos parece haber sido editada en las obras completas de 1939. Estuvo dispuesto, e intentó, enrolarse con un fusil en la mano en una expedición armada dirigida a Puerto Rico y en otra que intentó desembarcar en Cuba. Su respeto por los derechos de Cuba y de Puerto Rico lo colocan de frente contra el independentismo anexionista. Los apremios de la historia lo llevaron, en cambio, en su famoso viaje al sur de América, en un extraordinario periplo que le permitió entenderse con sus países y lo sumergió en el estudio de sus problemas.

Si bien Hostos no pudo eludir la definición de ideas y principios a la que propende la filosofía, no fue un filósofo metafísico ni un intelectual de torre de marfil. Así como salió en más de una ocasión a experimentar en campo abierto la fuerza de los temporales, así como subió a caballo los Andes y bajó a tierra estudiar los fenómenos de la Tierra del Fuego, Hostos recorrió los caminos, buscó los protagonistas, enfrentó las fuerzas actuantes de la realidad concreta. Fue, toda su vida, un hombre comprometido con la justicia y un pensador militante y solidario con los pobres y con los marginados. Vivió intolerante con las injusticias. Podríamos hablar, extrapolando, de un Hostos tercermundista así como de hecho hablamos de un Hostos antimperialista. Ese antimperialismo que se enfrenta, al iniciar su viaje sur, parado en tierra panameña, y a propósito del proyectado canal centroamericano, a la herencia colonial europea y a los nuevos proyectos y las ambiciones de Europa y de Estados Unidos.

De su intenso estudio de los países del sur y de su inspiración bolivariana, nacerá como una consecuencia lógica una sociología dirigida no sólo a la comprensión

---

*Hostos: «Formación y desarrollo de la economía política». [1878] En, ***Hostos en Venezuela***. Caracas: La Casa de Bello, 1989.

de nuestros países, sino a la imperiosa agenda de su transformación. La derrota del levantamiento de Cuba, lo obligará a buscar nuevas estrategias revolucionarias en la pedagogía, es decir, en la formación de los cuadros militantes de un ejército transformador de futuro.

Hostos no llegó, porque no podía llegar, no podía plantearse en serio, una revolución socialista en estos países intervenidos y dependientes. Sin embargo, llegó por su propia cuenta a formular un concepto acorde con el socialismo revolucionario, no marxista, al desentrañar el origen de la riqueza en el trabajo y la fuerza productiva de un proletariado que vio en contradicción con el capital. Pero más que eso, Hostos destaca en su ecuación cómo el trabajo deviene no sólo en riqueza, sino en independencia y libertad*. En su estudio de las fuerzas sociales, en sus luchas políticas todas, en su búsqueda del «hombre completo» y en el propósito último y más alto de su labor pedagógica, Hostos estuvo guiado por el norte del derecho humano a vivir, en libertad, una vida moral al margen de las aberraciones y de las injusticias. Esa búsqueda de libertad, para sí y para todos, ese intento de conquistar en el «reino de este mundo», y de construir -- no idear o concebir, simplemente-- una utopía de unidad entre nuestros países y de reivindicación de todos los marginados, más allá de la ilusión y la promesa, es la tierra prometida de la paz, el destino final de sus esfuerzos. Las rutas revolucionarias de Hostos pasaron --y acaso, aún pasan-- por la lucha por los derechos políticos, de hombres y de pueblos; la lucha anticolonial; la lucha antimperialista; la lucha en favor de los desposeídos y los marginados; la lucha por despertar los poderes alternativos de la sociedad civil; la lucha pedagógica por el hombre y la mujer completos; la lucha por la armonía del ser; la lucha por la libertad de todos --*todos*-- los seres hu-

---

* Juan A. Corretjer dice en ***Alabanza en la torre de Ciales***, que las manos que hoy trabajan nos traerán la nueva patria liberada.

manos.

En la presentación de las actas del simposio, recordé unas palabras que expresé días antes en la presentación de la revista *Biekesí*:

«Cuando cerramos en Humacao en el pasado mes de agosto el simposio que dedicamos a honrar a Eugenio María de Hostos en el centenario de su muerte, entregamos al pueblo de Vieques, a través de las manos de su alcalde, también desobediente civil, también sentenciado al *de profundis* de la prisión federal, la Medalla Eugenio María de Hostos a la Solidaridad. Estábamos convencidos de que Hostos, en la coherencia insobornable y abnegada de su vocación solidaria y libertaria, sobre todo para con los pobres de la tierra, hubiera estado con el pueblo de Vieques y hubiera apoyado con certeza la desobediencia civil, pero además, inclinado por vocación nata y por entrenamiento nonato a la mirada dilatada que todo lo vincula y anticipa, Hostos estaría reclamando mucho más: algo así como el fin de las guerras, el fin de las invasiones, el fin de los atropellos de las naciones poderosas contra las más débiles.

"Es cierto que Hostos intentó casi toda su vida organizar, inducir, apoyar, con todas las fuerzas de su espíritu, las guerras de independencia de Puerto Rico, de Cuba y de otros países del mundo. Cierto es que Hostos quiso ser en su juventud un artillero. Y también es cierto que intentó desembarcar en Cuba con un fusil. Pero en 1898, en Puerto Rico, y por el contrario, organizó una Liga de Patriotas para promover un plebiscito y procurar la fuerza imponderable de la solidaridad y los consensos. El mundo, para él, había ya cambiado.

"Y es que Hostos fue, antes que nada, un hombre de porvenir, un estudioso de la realidad cambiante, un innovador de cambios, un maestro de futuro, un dirigente promotor de una utopía alcanzable de justicia, libertad y dig-

nidad para todos.

"Eso nos permite asegurar, más allá de toda conjetura, que la revolución que Hostos propugnaría hoy, que la revolución que se desprende de sus obsesiones y se depura de sus dilucidaciones, pasa ahora por la búsqueda de la paz, pasa ahora por el fin de las beligerancias, pasa por la prohibición de las guerras, pasa por la destitución de los ejércitos, pasa por la abolición de todas, todas, las armas de destrucción masiva del mundo. **No hay hoy proclama más peligrosa para el imperio que la demanda de paz.** Paz es la consigna que a propósito de la guerra criminal, de rapiña, contra el pueblo de Irak, para el robo impune de sus recursos, escandaliza a los promotores de las guerras en Washington. Paz es la consigna que se multiplica en multitudes por todas partes del planeta. Los pueblos del mundo, hoy, reclaman paz, es decir, el fin de los ejércitos. Signifique eso lo que signifique, también, para la Universidad de Puerto Rico y sus programas de 'ciencias militares' (ROTC). ¿O es que, de espaldas a la lección de Hostos, vamos a calcular ahora el precio de un principio?" (EXÉGESIS 51: 13)

Es cierto, también, que Hostos planteó en varias ocasiones la utilidad de desarrollar un programa de estudios militares y que hizo participar en ellos a algunos de sus hijos. Nos lo recuerda Alejandro Torres. Tras el 1898, y como Comisionado de Puerto Rico, planteó como parte de su esfuerzo negociador al presidente de Estados Unidos la «reducción del ejército de ocupación», hasta la cantidad indispensable para que el pueblo de Puerto Rico pudiera aprender de él «la organización y disciplina» así como «la influencia que en la formación del carácter tiene el ejemplo de un ejército bien disciplinado» (*O.C.* [2001], V.II: 260). En un artículo incluido en las obras de 1939 (XIII.II: 249-251) Hostos aboga por «convertir la enseñanza militar en enseñanza cívica», de manera que el arte

militar tenga por única finalidad la defensa, 'contra extraños y contra propios, del derecho de todos y el de cada uno'.

Es, en verdad, en el *Tratado de moral* (Capítulo XVIII: *El derecho armado*. Libro Tercero: Moral social, en ***O.C.*** [2000], IX.I: 275-279) donde Hostos expone a profundidad los principios que fundamentan la práctica militar y su enseñanza. Hostos parte del concepto del derecho y de la necesidad de «armarlo». Con ello Hostos quiere decir que los derechos no existen sino se ejercen, y que el derecho no crece sino se le hace vivo y efectivo:

«Derecho no ejercitado, no es derecho; derecho no vivido, no es derecho; derecho pasivo, no es derecho. Para que él sea en la vida lo que es en la esencia de nuestro ser, hay que ejercitarlo. Ejercitarlo es cumplir con el deber de hacerlo activo, positivo y vivo. Ejercitarlo es armarlo. Armado del deber, el derecho no necesita para nada de la fuerza bruta» (276).

No obstante, Hostos reconoce la necesidad de utilizar lo que llama 'fuerza del derecho'. Así, por ejemplo, cuando se ha creado un derecho artificial que contra el derecho natural privilegia a pocos, o cuando un usurpador extranjero, en nombre de conquista o de ocupación, nos domina sin sujeción a ningún pacto e imponiendo a nuestra vida la ley de su interés o su capricho, es entonces «lícito» que «afirmemos con el arma de la fuerza el derecho que de ningún otro modo podemos vivir y realizar» (277). Hostos, que como hemos siempre dicho, va del hecho concreto al principio abstracto, para volver al hecho concreto, concluye lo siguiente:

«El deber abstracto de hacer efectivo el derecho, ejercitándolo, comprende tres deberes concretos: el de ejercitar el derecho, el de sostenerlo, el de defenderlo» (278).

Mucho nos recuerdan los apuntes de Hostos en estas páginas los apuntes de Martí al respecto del mismo tema, incluso su discurso de ***La edad de oro***, y precisamente cuando defiende el derecho de insurrección de los

«Tres héroes». Dice Hostos:

«El que abandona en un momento de desidia su derecho; el que no siente lastimado el suyo cuando se lastima el de otro; el que sordamente se promete cobrar por medio de la fuerza la justicia que se resiste a pedir al tribunal; el que ve sin sobresalto la violación de una ley; el que contempla indiferente la sustitución de las instituciones con la autoridad de una persona; el que no gime, ni grita, ni brama, ni protesta cuando sabe de otros hombres que han caído vencidos por la arbitrariedad y la injusticia, ése es cómplice o autor o ejecutor de los crímenes que contra el derecho se cometen de continuo por falta de cumplimiento de los deberes que lo afirman» (276).

Así, puede Hostos proclamar que «se cumple con el deber de sostener el derecho, cuantas veces y en cuantos momentos lo vemos negado, zaherido o perseguido en otro, guiándonos entonces por el principio de que el derecho lastimado en uno es derecho lastimado en todos» (278).

Estos prolegómenos son los que nos obligan a concluir que Hostos, vivo y presente entre nosotros, defendería el derecho a la vida y a la paz de los viequenses, y de todos nosotros. Al así hacerlo sólo estaría defendiendo el derecho a la vida, la dignidad y la libertad que se realizan sólo en el reino de la paz.

Algunos estudiosos de la obra de Hostos sostienen y sugieren que Hostos fue una figura inerte en la historia puertorriqueña del pensamiento del siglo XX. Nos preguntamos si, en efecto, estuvo ausente en la obra y pensamiento de Matienzo Cintrón y de José de Diego. Nos preguntamos si puede constatarse su ausencia en la obra de Lloréns Torres o de Nemesio Canales. Nos preguntamos si estuvo ausente en el pensamiento de Pedro Albizu Campos, Julia de Burgos o Francisco Matos Paoli. Nos preguntamos si estuvo ausente en Juan Antonio Corretjer y su Liga Socialista, o en Concepción de Gracia y su Partido Independentista Puertorriqueño, o en Juan

Mari Bras y el MPI o el Partido Socialista. Nos preguntamos si estuvo ausente en los fundadores del Congreso Nacional Hostosiano. Nos preguntamos si estuvo ausente en la Generación del treinta o la del Sesenta. Nos preguntamos si estuvo ausente en la rebelión nacionalista, en el joven Julio César López y la Dra. Margot Arce de Vázquez que izan por vez primera la bandera nacional en los predios de la Universidad de Puerto Rico, o en las huelgas de la caña y las luchas sindicales. Nos preguntamos si estuvo ausente en la obra de Lorenzo Homar y los grandes artistas plásticos. O en las luchas por un verdadero plebiscito. O en las luchas descolonizadoras y los reclamos de autodeterminación. O en los fundadores de nuestra filosofía. O en los educadores del país. Si las respuestas a estas preguntas son las que creo, entonces, cabe cuestionarse quién mitifica, del mismo modo que cabe recordar la sabiduría de aquella expresión del sentido común que aconseja no pretender tapar el cielo con la mano.

No obstante, nadie cuestiona que la dinámica de la vida colonial es para el común de los colonos desidia y enajenación del entorno verdadero, ceguera y sordera total ante las manifestaciones de fuerza de aquellas figuras extraordinarias que enfrentaron el avasallamiento. ¿A qué extrañarnos, entonces, de que Hostos, igual que todos los próceres de la historia patria, sea un virtual desconocido en *ese país* ilusorio que genera, como lo hace con cualquier mercancía, la publicidad, o un factor inerte en la prédica de titulares frívolos de los medios? ¿Cómo extrañarnos de que aquéllos que podían inspirar reto o solución al problema colonial sean anulados, reducidos, oscurecidos y enlodados?

Al regresar a Puerto Rico en el 98, Hostos vio que no podía depender de los caciques políticos ni de sus partidos. Descubre, entonces, como lo ha demostrado Roberto Mori en su libro ***Hostos insepulto*** (2003), la

fuerza original de las comunidades, el poder civil del pueblo, y apela a él directamente fundando la Liga de Patriotas. Ni esos caciques políticos de la colonia ni los caciques del poder económico que medra en ella, reconocerán a Hostos que los denuncia. ¿Les corresponderá hacerlo a los que aún aspiran a construir la patria libre?

En carta dirigida a su padre, Hostos se lamentó en una oportunidad de haber *madrugado* demasiado, de haber llegado *muy temprano* a los grandes propósitos de su vida. Siendo así, Hostos no brilla, no puede brillar, en verdad, en la colonia. Su naturaleza verdadera anuncia un tiempo que aún no llega. Empero, el Hostos que yo sé abrió la ruta de nuestro destino colectivo y guarda la puerta de nuestra libertad.

Hostos: las manos y la luz*

"...Si no creyera en lo que agencio...
¿qué cosa fuera la maza sin cantera?"
Silvio Rodríguez

1. La fragua de Hostos

Hostos no está con nosotros. A 162 años de Ayacucho; a 118 años del Grito de Lares; a 91 años de la guerra de independencia que las Antillas, bajo la dirección de Martí y la inspiración de Hostos y de Betances, desenfundamos contra España; a 88 años de la ocupación norteamericana; a sólo 3, prospectiva la mirada, de su sesquicentenario, aún Hostos no nos acompaña. Aquí, en este recinto que muy bien podría abrigarse con sus huesos, reconocerse en su nombre y reclamarle, un busto patentiza con dureza de roca esa ausencia, que ¿es ausencia o es desconocimiento?

El siglo 19 nos cuenta la historia de un pueblo estrangulado y disperso en tres Antillas y un continente, nos confiesa de su incorporación al tiempo que no acaba

*Discurso leído ante el busto de Hostos de la Universidad de Puerto Rico (Río Piedras) el once de enero de 1986, a invitación de la Federación de Maestros. Publicado en la ***Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña***, XXVI.95-96: 77-83 (1987).

de Bolívar, de su despertar a los aires de la primavera de los pueblos, de una muchedumbre curtida en la privación y la impaciencia que reclama por fin identidad, y se imprime a sí misma el carimbo de muchos nombres ardientes que desconocemos, como desconocemos la agonía y la pasión de sus vidas municipales y de sus vidas heroicas.

No hemos acudido hoy a invocar el nombre de Hostos en vano. Hablamos de un hombre que en la limitación de los barrancos de aquel siglo, hízose ala, para fundar, ante la historia incrédula, árida y falaz, la república moral de Puerto Rico. Hablamos de un hombre que en la fragua más fatal de nuestra historia, se desenvainó carbón encendido, hecho para quemar el mal inútil, hecho para arrancarle senderos a la sombra. Hablamos de un hombre que se concreta en su nombre pronunciado, nos sorprende como embarazo en el pecho, y nos inquieta el caminar. Hablamos de un hombre cuya muerte irrumpe en el aire y cunde trueno por toda la tierra antillana, como un resquemor, una desazón, una angustia desvelada e insomne. Aquél que, ante Hostos, pretendiendo justificar lo injustificable, alegó: "Soy español primero que republicano", descubrió sin proponérselo los quilates de este "ilustre desconocido". Pues Hostos fue patriota puertorriqueño por ser, antes, revolucionario. Y por eso mismo fue íntegramente cubano, indoblegable haitiano, apasionadamente quisqueyano, antillanista del zapato al sombrero, revolucionario latinoamericanista. Si desconocido o si lejano, si descansa en la república hermana, espera por nuestro reclamo desde esa tierra que lo reclamó siempre como lo hace hoy, desde el corazón de su gente, y porque espera sobre el pecho de "sus islas", como pudo también esperar, en esa montaña patagónica de Chile que lleva ostentosa su nombre.

Hostos estuvo siempre donde pudiera ser útil a los propósitos de "ese mundo moral" (Cintio Vitier) que

condujo cada paso de su vida. Marchó de Puerto Rico cuando no pudo serle útil al país que no lo escuchó. Y estará de regreso cuando lo llamemos con aquel mismo sentido de urgencia con que llamara él a "Ruiz, Segundo Ruiz", en el cementerio de Chile.

2. La luz: una pedagogía para la liberación

Eugenio María de Hostos fue, como saben ustedes, el maestro inserto en el político, el político inserto en el revolucionario, el revolucionario inserto en un hombre de carácter excepcional. Digámoslo de otra manera: Hostos fue un hombre de condición inédita y sin émulo, dirigido a toda luz y abierto esfuerzo a formular "principios" que se reñían frontalmente con la realidad social del mundo hispánico. Del reformismo inicial intentado por vía revolucionaria en España entre las altas figuras de un nuevo gobierno, pasa sin fricción ni demoras al convencimiento de la necesidad de una revolución en las Antillas, gemelo y espejo ya, de esos esfuerzos cenitales del siglo que son Ramón Emeterio Betances y José Martí.

La conciencia revolucionaria de Hostos, hija de principios éticos incuestionables y claros, de un sentido de razón creador, y de un apremio de justicia reparador, fue embarcadero que se encauzó por rumbos diferentes. El más notable, tal vez, fue la lucha política que para nuestro Hostos era, en cierto sentido, labor de pedagogía. El pedagogo, es decir, el que conduce, se hermana con el profeta, capitán de pueblos, líder del cambio.

Don Pedro Henríquez Ureña observa que en la mayor parte de la vasta obra escrita de Hostos rezuma el maestro. "Cuando no es estrictamente didáctica –nos dice–, para uso de aulas, esclarece principios, adoctrina, asconseja". Cuando no es ciencia, es ética, nos impone dirección en el saber y en el sentir. ¡Y qué eco de mundo era este Hostos! ¡Qué sol para cobijarlo todo! Contemplemos un momento esta asombrosa diversidad

recorriendo algunos de sus títulos: *Tratado de lógica; Ciencia de la Pedagogía; Geografía política e histórica; Prolegómenos de sociología; Prolegómenos de sicología; Tratado de moral; Lecciones de astronomía; Manejo de globos y mapas; Comentarios de Derecho Constitucional; Geografía evolutiva; Hamlet; Moral social; Gramática general; La enseñanza científica de la mujer; Comedias; Cuentos a mi hijo.*

Para Chile y para la República Dominicana la mayor parte de sus empeños académicos. Llamado por ambos países, fundó por toda la isla hermana escuelas normalistas, y de comercio, naútica, escuelas de artes y oficios, academias militares, escuelas preparatorias, kindergarten, un instituto profesional con facultades de derecho, medicina, farmacia e ingeniería; dirigió escuelas y preparó sus maestros; escribió los textos; creó los materiales, y redactó las leyes de educación. Libró una ardua batalla a favor de una enseñanza sin las cegueras del dogmatismo, el autoritarismo y el memorismo de la escolástica; implantó la enseñanza científica y laica; dio rango académico a la sociología; defendió el derecho de la mujer a la educación científica y creó, para eso, una Escuela Normal para Mujeres y un Instituto de Señoritas; fundó escuelas nocturnas para obreros. Introdujo el trabajo manual, la gimnasia, el juego, las excursiones, las masas corales, las artes domésticas, las lecciones objetivas. Y organizó a los trabajadores de la educación al instituir la Asociación de Profesores. En Chile llegará a ser rector del Liceo de Chillán y del Liceo Miguel Luis Amunátegui. En la República Dominicana, Inspector General de Enseñanza Pública, y luego, Director General de la Enseñanza. Presidentes y dictadores, incluso ese lobo sombrío llamado Hilario o Ulises o Lilís, descubren su sombrero ante Hostos. Y el padre Billini, portavoz de la reacción católica y escolástica, se retracta ante los frutos

irrefutables de su escuela normal.

Pero los propósitos pedagógicos de Hostos desbordan la mera preparación académica. Portador de su llama inextinguible y fiel al norte revolucionario, Hostos, con su cíclopea carga educativa no había abandonado su lucha política tras la Paz del Zanjón de 1878, que dio fin a la guerra de Cuba: sólo le daba forma nueva en la lucha magisterial. La tarea que se había impuesto era la de enseñar a pensar a América; la de crear antillanos para su confederación necesaria; la de sembrar razón y entendimiento; la de forjar principios, amor por la libertad y voluntad de intransigencia con la justicia; la de crear, en suma, un ejército en ejercicio de civilización capaz de unir –en sus palabras– "los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos".

Por eso, cuando triunfa en la república antillana ese enemigo real de siempre, la tiranía odiosa de toda inteligencia, cultura y bondad, Hostos parte a Chile. Y allí, nuevamente, cuando hasta Chile llega la noticia de la nueva guerra de liberación antillana que organizara Martí, abandona todo lo instituido y el aprecio nacional de Chile, movido por el imperativo rector de su existencia: la acción directa por la justicia y por la liberación de los pueblos. Gracias, Hostos, por tu ejemplo.

3. Libertad y revolución

Contra los males endémicos de nuestras sociedades coloniales, como contra los males endémicos de la sociedad española, la receta hostosiana incluía como ingrediente *sine qua non* la educación para la libertad, pues consideraba prioritario, para que fuese factible y no utópico cualquier transformación política, que las masas desgarrasen esa red y venda de la superstición, la ignorancia, esa obediencia ciega a la autoridad económica con sotana y bendición o sin ellas, y fuesen capaces de discernir cuáles eran sus verdaderos intereses y cuáles sus

verdaderas soluciones.

Cuando los norteamericanos ocuparon la isla riqueña con el propósito de anexarla, Hostos, que intentó evitarlo con innumerables trabajos, que procuró por medios diversos que las autoridades coloniales norteamericanas reconocieran la personalidad jurídica del país, reconocieran que, en respeto a sus propios principios fundadores, debían crear las condiciones de autodeterminación, debían respetar el derecho internacional, el derecho constitucional propio, el derecho moral que no caduca de puro imprescindible; cuando invaden los norteamericanos –repito– y Hostos no consigue tampoco que los puertorriqueños se organicen para defender su soberanía, formula para la Liga de Patriotas que funda, propósitos políticos y propósitos cívicos, educacionales; fundación de escuelas, que funda, mientras dicta conferencias que creen conciencia entre los puertorriqueños de los derechos que les cobijan y que deben reclamar como derechos inalienables. Cuando no puede vencer, Hostos educa para la futura libertad.

En su trabajo sobre el poeta cubano Gabriel de la Concepción Valdés –Plácido–, Hostos había detallado los males que afectan a las sociedades coloniales: en lugar del concepto del derecho individual y social, había –hay– desprecio de la autoridad reinante hacia el derecho, y la fuerza del egoísmo individual; en lugar de orden moral, encontramos soborno de caracteres y conciencias; en lugar de moralidad intelectual, escepticismo, postración; en lugar de la noción de lo bueno y lo justo, el mal omnipotente y la iniquidad procaz; en lugar del sentimiento de la dignidad, la indignidad reinante; en lugar de integración, desintegración.

La dignidad hostosiana no es un vano orgullo que se permita florecer entre cadenas y hambre. Es una condición de integridad de los cuerpos incompatible con la esclavitud, la sed y la subordinación colonial que sólo

pueden producir "una sociedad infortunada, no formada, aún no organizada y ya desorganizada, cadáver de un cuerpo no desarrollado, esqueleto de un muerto que no había vivido". La ausencia de este elemento vital para la vida de los hombres y de los pueblos, sólo podía producir en Puerto Rico, para decirlo con palabras que en las historias de nuestra literatura le atribuyen al español Jacinto Salas y Quiroga, "el cadáver de una sociedad que no ha nacido".

Y esa libertad nutricia, principio rector de toda sana transformación social, esa libertad ansiada, es, para Hostos, *sanar*: "sanar es devolver a un organismo el uso regular, normal, natural, de cada uno de los órganos que conjuntamente fabrican la salud". Y esa libertad habría de ser antillana, o no sería, y a ella habrían de advenir juntas las islas, o no advendrían.

Parte considerable de la labor de Hostos cuando llega a Nueva York en la década del 1870, fue combatir, dentro del independentismo, un irreflexivo y deslumbrado brote anexionista. Lo combate como destino para la República Dominicana junto a Luperón y contra Báez. Adelantaba ya en 1870, desde perspectiva algo invertida, aquél célebre primer artículo martiano del Partido Revolucionario Cubano al proclamar: "Yo estoy en Nueva York para hacer la revolución de Puerto Rico y contribuir al desarrollo de la de Cuba". Entre las filas del movimiento cubano también florecía, vigorosa, la amenaza anexionista.

Si el afán anexionista antillano era amenazante, lo era porque entre las autoridades norteamericanas, en la prensa, y en las actividades económicas, se veían signos inequívocos y se escuchaban voces articuladas consignándolo. Hostos había empezado a notar a mediados de la década de 1870 la transformación económica y política, y el vivo apetito imperialista que se apoderaba de los Estados Unidos. Es, según vemos, al

calor de esta compleja coyuntura, que Betances –primero, Hostos y Martí después– idea y propone la necesidad del antillanismo y la confederación antillana.

Hostos, en 1896, lo formula como sigue:

"Los Estados Unidos, por su fuerza y su potencia, forman un miembro natural de esa oligarquía de naciones. Nacar bajo su égida es nacer bajo su dependencia: a Cuba, a las Antillas, a América, al porvenir de la civilización, no conviene que Cuba y las Antillas pasen del lado del poder más positivo que habrá pronto en el mundo. A todos y a todo conviene que el noble archipiélago, haciéndose digno de su destino, sea el fiel de la balanza: ni norte ni sudamericanos, antillanos: ésa nuestra divisa, y ése sea el propósito de nuestra lucha, tanto de la de hoy por la independencia, cuanto la de mañana por la libertad".

Radicalmente contrario a la anexión –mucho más si forzada– como desembocadura para cualesquiera de sus islas, y como amenaza y peso para los países del Sur, Hostos anota en su *Diario*, en 1870, esta sentencia profética:

"Yo creo que la anexión sería la absorción, y que la absorción es un hecho real, material, patente, tangible, numerable, que no sólo consiste en el sucesivo abandono de las islas por la raza nativa, sino en el inmediato triunfo económico de la raza anexionista, y por lo tanto, en el empobrecimiento de la raza anexionada".

¿Qué razones podían mover a las gentes a deser esa anexión? Los problemas de credibilidad y orgullo denigrado que campearon por la América comparada injustamente con el norte henchido y la Europa almacenada, fueron resueltos por Hostos de forma parecida a la solución luminosa que les diera Martí. Así lo hizo también con la encerrona imperialista del problema de civilización y barbarie. Y así lo hizo bosquejando las causas que explican las enormes diferencias de estado social, político y económico que existen entre la América nuestra y la

América sajona. Como Martí, con ademán severo, dictaminó, además, en contra del enajenado europeísmo para indicar que "estamos para ser hombres propios, dueños de nosotros mismos, y no hombres prestados", y que es a través del conocimiento de nosotros mismos, y no de la importación de esquemas y soluciones, que conquistaremos lo nuevo de este mundo nuevo.

Así, pues, las Antillas que nacieron de un mismo parto, encerradas en un mismo callejón geopolítico, y destinadas por eso sufrir los mismos ventarrones, sólo independientes, confederadas, y así incorporadas al continente, encontrarían su destino redimido. La dignidad de las islas era para Hostos una condición de supervivencia, un fenómeno concreto, articulado, "numerable"; pero también imprescriptible.

Cuando, consumada la ocupación, Puerto Rico es "robada de lo suyo" y despojada del derecho de autodeterminación, del derecho a plebiscito, Hostos señalaría para la posteridad –que somos nosotros:

"Aquellos de entre los puertorriqueños que vean más a fondo el porvenir, seguirán queriendo que Puerto Rico sea un Estado confederado de las Antillas unidas en un todo político y nacional, y esos puertorriqueños saben ya que ni hoy ni mañana ni nunca, mientras quede un vislumbre de derecho en la vida norteamericana, está perdido para nosotros el derecho de reclamar la independencia, porque ni hoy ni mañana ni nunca dejará nuestra patria de ser nuestra".

4. Las manos: un laborar incontenible por la liberación

En su etapa de formación española, antes de cumplir los 30 años, Hostos desempeñó una actividad revolucionaria de altos vuelos que culminó con el periodo liberal republicano que triunfó en el 1868. Entonces se le ofreció, incluso, la gobrnación de Barcelona. Pero

aquéllos que se proclamaron españoles antes que republicanos carecían de principios y atributos para servirle a "sus islas" como era imperativo hacerlo. Hostos, raíz y ala en cada acto, rompe con ellos y marcha de regreso a América.

Su gesta de reivindicaciones y de regeneración fue distribuida por igual al servicio de Puerto Rico y Cuba, de las Antillas todas, y de Nuestra América en general. En Nueva York, junto a Betances –siempre adelantado, precursor–, y mientras pudo ser útil, sirvió con aliento encendido a las causas de la revolución. Conspiró y agenció, buscó armas y medios, acuñó con voluntad indebatible la teoría y la moral, propagandizó y convenció. Abordó incluso la embarcación de una pequeña expedición armada dirigida a Cuba que a poco de zarpar halló naufragio. Cuando no pudo ya serle útil a sus propósitos en Nueva York, emprendió su peregrinación de propaganda y solidaridad por Colombia, Perú, Chile, Argentina, Brasil y Venezuela. Dondequiera que estuvo defendió lo justo y propuso soluciones. Abogó con tal ahínco por el ferrocarril trasandino –por ejemplo– que la primera locomotora que cruzó los Andes llevaba su nombre. Explicó por los países del Sur la causa de las Antillas como causa de Nuestra América, pues más que el compromiso bolivariano de Ayacucho, más que la culminación del sueño justo del territorio americano, la independencia de las Antillas serviría a la independencia de las repúblicas suramericanas al aplacar, con ese paso firme, el hambre del "minotauro americano".

En 1876 Hostos publicó el *Programa de los Independientes*, documento que contiene desarrollados principios que Martí consideró un "catecismo democrático". No formuló tesis marxistas, tal vez porque sólo pretenderlo hubiese sido idealismo. Pero se mostró entonces todo lo revolucionario que le era dado ser en su lugar y su día.

Recordemos que en estos países caribes y convulsos, oligárquicos o tiránicos, imperaban aún relaciones de producción basadas en la esclavitud o en el trabajo servil. Hostos, más allá de su vocación contra toda superstición y dogma, dedicó su vida a luchar por un gobierno republicano y democrático. Ello significó hacerse de una posición en la precaria y desguarnecida trinchera antiesclavista, antiabsolutista, anticlericalista, anticolonialista y antimperialista. Convencido de que "la revolución es el estado permanente de las sociedades", denunció cuanta presa de injusticia alcanzase a conocer, ya fuera en América, en Polonia, en Irlanda, en China.

Lo encontramos a toda hora y en todo momento inmerso en la hoguera sufrida de los pueblos, para rechazar desde allí cuanta explotación sale a su paso; para consagrar su voz, su pluma y su ejemplo a la confraternidad de todos los pueblos; para defender sólo con armas de alma, a todos los desheredados y a todos los desposeídos, fueran huasos, araucanos o rotos de Chile, fueran chinos o quechuas en Perú, o fueran indios o gauchos en Argentina; lo encontramos entregado en cuerpo y alma a "pedir práctica leal de los principios democráticos, formación de un pueblo americano para la democracia, educación de la mujer americana para precipitar –con ella- el porvenir de América; lo encontramos reclamando redención para los asalariados y los campesinos; lo encontramos inmolándose a sí mismo en la línea de fuego, al descubierto, invocando a América a provocar por su propia mano su propia superación. Su vida, una tragedia de Esquilo.

Hecho para resistir y hecho para liberar, Hostos actuó siempre dispuesto a responder en cualquier momento según la razón del derecho y la justicia. Abandonó toda comodidad y toda holgura para sufrir las mayores penurias, vejámenes y estrecheces. Al llegar a Nueva York hecho ascua, la primera vez, vive de limosnas. Al

volver en 1898, tras abandonar ya viejo la rectoría de Chile, no encuentra trabajo en la ciudad trasmutada, sorda y ruidosa, que ostenta con sorna ya evidente la Estatua de la Libertad.

Como Prometeo encadenado, Hostos entregó el fuego divino de los dioses al "hombre malogrado" de las Antillas; y le dio la esperanza. Creó, donde no lo había, sentido de porvenir; lo auguró, y cuando no, lo diseñó para nosotros. Representó, como Betances, el esfuerzo titánico del impulso creador con toda su secuela de heroísmo doloroso y tragedia militante.

Nadie, como Hostos, representó ese espíritu de rebelión creadora. Nadie como Hostos, más tenaz, perseverante; nadie, mejor toreador de la adversidad; nadie más pronto a asumir "sin mancha y sin desmayos" la necesidad tantas veces cruel de sus actos, y el destino trágico, previsible o no, de aquéllos que sostienen indoblegablemente enarbolados los principios de justicia y razón. Nadie, como Hostos, portó más heroicamente el fuego que afirma lo imposible como posible y que niega lo visible como lo únicamente posible. Gracias por el fuego, Hostos. Gracias por el fuego.

5. Hostos: unción de acero

Luego de este somero recorrido por el recuerdo de Hostos, duele y sorprende escuchar voces muy autorizadas sostener la tesis de que Hostos "murió de asfixia moral". La frase anterior es de Henríquez Ureña. Juan Bosch sugiere que la muerte advino como consecuencia de un abatimiento general y no de la "afección insignificante" que lo atajaba. Es innegable que en el *Diario* encontrtamos heridas como ésta:

"Qué vale un hombre que, al cabo de treinta y tantos años de continuo agitarse en el vacío, cae de repente en el centro de la realidad para confundirse violentamente contra ella y saber, al cabo de su vida, que no ha estado

viviendo, que ha estado soñando, que son sueños insensatos sus aspiraciones a todo bien, a toda justicia, a toda verdad, a toda perfección individual y colectiva y que la única cosa que no es sueño, por más que parezca una pesadilla del infierno, es la aterradora realidad del infortunio irreparable de su patria, del sacrificio irreparable de su familia, de su propia irreparable desventura?"

En la última página del *Diario,* escrita sólo cinco días antes de su muerte, Hostos, contemplándose a sí mismo, lamentaba estas palabras:

"Volví a hallar al pobre Sócrates. Ya está muy abatido. Al '¡Cómo va señor?', me contestó: 'Arrastrándome'. Y efectivamente arrastraba un tanto las piernas. Y comentó el arrastre: 'Hace días siento calambres que a veces son fuertísimos al despertarme y que después se convierten en un cansancio de piernas doloridas. Aun más fastidioso que ese achaque de casa vieja, es la cantidad de sedimento de estómago que se me ha depositado en la lengua, y que ya parece que no cede a los purgantes. Mientras tanto, trabajando, a pesar de que me prescriben el descanso completo. Pero el trabajo es hasta un entretenimiento indispensable en mi mal'. 'Pero, en suma –le pregunté con interés afectuoso–, ¿qué mal es?' '¿Mi verdadero mal?' ¿El verdadero?' 'Ese.' 'Mi mal verdadero...'

"No había en su voz ninguna amenaza de suicidio; pero sí una tan intensa expresión de fastidio de la vida, que repercutió hondamente en mi cerebreo, tan poseído ya también del fastidio de la vida."

Si bien estas palabras expresan desalientos con gran fuerza, es cierto que las páginas de pesimismo y frustración no son pocas a lo largo y lo hondo del *Diario*, y que van seguidas, a menudo con ritmo súbito, de páginas de gran exaltación, esperanza y, como él mismo decía, "deber de iluso". Además, las páginas citadas no muestran una

progresiva decadencia del ánimo. Están insertas entre otras en las que Hostos, Fénix de sí mismo, se muestra ya observador, ya ecuánime, ya entusiasta, ya pronto al consejo y a la rectificación. El *Diario* transparenta a un Hostos, ora abatido por las renovadas luchas civiles que sangran nuevamente las calles dominicanas, ora interesado en el análisis de las causas. Sí nos habla Hostos de "ese mortal fastidio de las horas", pero es el "fastidio de las horas continuas sin trabajo", que para Hostos es, en los pueblos turbulentos, "el gravamen más pesado".

Dudamos sinceramente que este recio luchador, Sísifo depuesto mil veces y mil veces dispuesto a ascender, perdiera repentinamente, al final de su vida, una de las propiedades más constantes de su esencial carácter: la unción de acero.

¿No tuvo cosecha Hostos? ¿Fue triste su cosecha como sugiere Bosch? Al hacer Hostos, en el 1872 la biografía de Plácido, concluye con estas palabras:

"La eternidad hace bien en ser paciente. Los momentos pasan; pasan con ellos los hombres; pero siempre llega el día de la victoria para la justicia. Que no lo vea el que por ella ha sucumbido, eso ¿qué importa? El fin no es gozar de ese día radiante; el fin es contribuir a que llegue el día."

Y mientras llega el día, que "ni mares, ni sirtes, ni ventisqueros, ni caos, ni torbellinos os arredren; más allá de la tempestad está la calma: con hojas se hacen tierras, con verdades se hacen mundos".

Imbuido de tal convencimiento no tuvo aliento Hostos para el desaliento que desaira y postra. Presto a volver con sólo pedirlo, lo sentimos reanimarse entre nosotros. Airado, álgido y tronante, Hostos es la imagen de un pueblo armado, finalmente, de su alma; armado, finalmente, de su muerte y de sus muertos; armado finalmente de su vida y su destino; armado de su amanecer, y amanecido.

Hostos, el escritor, o el augurio imperioso de América

Para mi hijo Marcos Ariel,
porque un día será más hostosiano que su padre.

"Hablaros de las Antillas es
hablaros de mí mismo."
Hostos: ***Yara.***

1. Preliminares

Comenzamos con una afirmación categórica que requerirá sin duda de glosa y hermenéutica: Eugenio María de Hostos es uno de los más notables autores literarios

---

* Diferentes versiones de este trabajo se ofrecieron como conferencias o fueron publicadas. Como conferencias leímos versiones en la Universidad de Puerto Rico en Humacao, tan temprano como el año 1986. Posteriormente, e incluida ya como parte del programa de conferencias del sesquicentenario de Hostos, leímos otras versiones en la Escuela Superior de Comerío (1987), el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y El Caribe (1988), nuevamente en la Universidad de Puerto Rico en Humacao (1989) y en el Recinto de Río Piedras (1989). Versiones editadas e impresas son: la de EXÉGESIS 3.7:19 (1989) bajo el título de *Hostos: una literatura para la liberación*, , y la que se publicó con el título de *Hostos: la llamarada escrituraria*, en ***Hostos: sentido y proyección de su obra en América*** (1995) . La versión final fue la trabajada como prólogo del tomo II, volumen I de las nuevas ***Obras completas*** de Hostos, bajo el título de *Hostos, el escritor, o el augurio imperioso de América,* versión que presentamos aquí.

puertorriqueños de la América Nuestra. Los títulos de nuestros trabajos previos sobre el tema revelan el contenido que esconde este continente: *Hostos: una literatura para la liberación*[1] y *Hostos: la llamarada escrituraria*[2]. En este estudio hemos recogido parte de las expresiones vertidas en esos trabajos a la vez que hemos incluido otras para ofrecer, como un mosaico que reuniera varias perspectivas, una interpretación cabal de la obra y la teoría literarias de Hostos.

Téngase en cuenta que la obra *literaria* de Hostos no puede resolver el problema de especificidad y catalogación de los textos hostosianos. Como ocurre en el caso de Martí --y así lo hace constar Cintio Vitier en la ***Obra literaria selecta de José Martí*** que publicó la Biblioteca Ayacucho-- las páginas literarias de Hostos desbordan los parámetros de los llamados géneros puros, agigantándose precisamente en los ensayos, notas de viajes, el mismo *Diario* que se publican en estas obras en otros volúmenes. Téngase en cuenta además que, según explicaremos posteriormente, apenas existe como un atisbo tímido y reciamente reprimido una intenciónprimaria estética en los textos de Hostos. Más aun: no hay intención estética primaria ni aun en los supuestos *géneros puros* agrupados aquí, excepto, tal vez, en la poesía y el teatro. Los tomos que recojan la literatura hostosiana quedan así truncos por el artificio imprescindible de articular una obra de dimensiones oceánicas, concebida bajo el imperio de la desazón, la urgencia justiciera, y dentro de la fragua de plenitudes de un ser de genio habituado a los relámpagos y dotado de la palabra aluzada de su videncia.

2. Hostos y sus críticos

Curiosamente, ni siquiera Hostos, el escritor, se salvó de la nube del olvido que cubre nuestro suelo desde el 1898. Hostos, el escritor, no es menos desconocido que el Hostos educador, el político, el antillanista o el

revolucionario. No obstante, en lo que al escritor y su obra concierne, podríamos afirmar que la relación de Hostos con la literatura se ha distorsionado de la manera más desconcertante hasta el punto de crear en torno suyo un mito donde el hombre real resulta irreconocible.

Lo primero que es perentorio destacar cuando hablamos de Hostos como escritor es que muchos de sus críticos no han sabido encontrar al Hostos literario, a pesar de su innegable magnitud continental. Desde Antonio S. Pedreira, José Balseiro, Adelaida Lugo Guernelli, y Luis M. Oraa, hasta Luis Zayas Michelli, la mayoría de sus críticos han logrado difundir la imagen de un Hostos que aborrece la literatura o que no alcanzó a levantar vuelos con ella ya fuese por su alegada "renuncia" o porque el hábito moralizante y docente destiñe sus páginas. Aun cuando se advierta el talento literario en Hostos, éste se percibe sólo como un potencial no realizado, y por ello, merecedor de nuestro lamento. Diríase que su inmensa obra reduce su importancia a lo más propiamente *escriturario*, es decir, lo rendido al servicio público, fuera instrumento de sus empeños políticos, moralizadores o docentes, o fuera certificación objetiva de la realidad vivida, sin más descarga incendiaria ni embarazos de alto riesgo.

Recordemos que cuando nace Hostos en 1839 Puerto Rico era una isla que recién sentaba las bases infrestructurales de una futura nación. El desgobierno colonial español malnutrió al país, lo anemizó. Todo era aquí conato, primerizo. Apenas hacía unas décadas que empezaban a publicarse los primeros diarios y libros para un país casi analfabeta. Tenía Hostos sólo cuatro años cuando se publica el *primer vagido* de la literatura puertorriqueña: el ***Aguinaldo puertorriqueño*** de 1843. Apenas veinte años más tarde, en 1863, publicaba Hostos una obra de cumbre andina: ***La peregrinación de Bayoán***. Ella sola bastaría para asegurarle a Hostos un

sitial de honor en nuestra historia literaria todavía emergente e indecisa, pues no será sino hasta la década de los ochenta, cuando un aluvión de obras importantes cristalice con fulgor sin muerte la esperanza de una tierra prometida en el empeño de Betances. Por , pero no sólo por ella, tiene Hostos ese lugar destacado: lo tiene también por la totalidad de una obra --que, si bien acompañada de otro puñado de obras capitales, distintivas, verdaderamente singulares-- hace de nuestra historia literaria, desde las últimas décadas del siglo XIX, una historia verdaderamente *nuestra*[3]. Entre todos los autores decimonónicos del país, Hostos es bahía aparte, porque rezuma una experiencia continental nada común y, además, porque es personalidad transfigurada por la experiencia de la soberanía, de la continentalidad asumida, de la ejecución de sus ideas --con sus posibilidades y sus limitaciones-- desde el gobierno chileno y dominicano.

Francisco Manrique Cabrera, Josefina Rivera de Alvarez, José Ferrer Canales, Julio César López, entre otros, destacan el carácter *cenital* --para usar del calificativo que acuñó Juan Antonio Corretjer-- de la obra literaria de Hostos. Andrés Iduarte consideraba "la existencia y la labor de Hostos más disciplinadas que las de José Martí, menos violentas que las de Sarmiento, más emocionadas que las de Andrés Bello". Rufino Blanco Fombona también destaca "las condiciones de perennidad" de las páginas hostosianas. Este desentendido entre entre críticos que lo lamentan y críticos que lo alaban obedece, probablemente, a varias causas. Una de ellas --tal vez la matriz, porque genera otras-- es la disparidad entre el concepto decimonónico y el contemporáneo de lo que es un escritor.

3. Un pequeño género humano.

La independencia política del continente planteó ante

la conciencia lúcida del mismo Bolívar la urgencia de efectuar, sobre la independencia política la independencia cultural. Los siglos de conquista, colonización y gobierno colonial impuestos sobre la América, fueron a la par siglos de conquista, colonización y gobierno colonial en el plano cultural. La hegemonía política, económica y social se vertía también por los cauces de la conciencia y la cultura patrocinada y canonizada. La dirección política se tradujo también en dirección cultural que pretendió con éxito sólo parcial colonizar la imaginación[4]. La dicotomía entre civilización --europea-- y barbarie --americana-- estableció fronteras sobre el pecho desnudo del continente que marginaron la expresión de su voz auténtica y *natural* y que instauraron como cánones únicos aceptables, desarrollados y válidos, los modelos europeos. La *ciudad letrada* --así llama Angel Rama al mundo de la cultura hispanoamericana en su obra póstuma del mismo nombre[5] --convertida por el régimen en ciudad escrituraria y al escritor degradado a mero escribano, estuvo en continua oposición a la ciudad real. Contra ello tronó no sólo Bolívar cuando negó la occidentalidad de América al señalar que ésta era "un compuesto de Africa y América más que una emanación de Europa", sino una urdimbre de próceres de nuestra independencia cultural. Entre ellos, Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, Victorino Lastarria y Francisco Bilbao[6]. Pero fueron, tal vez, Hostos y Martí los maestros más grandes de América en este aspecto.

El bolivarismo, que es según Miguel Rojas Mix[7] la ideología del *primer hispanoamericanismo*, al definir al americano como "un pequeño género humano", intentaba abrir cauces de desarrollo propios para el continente cónsonos con su gigantesco ademán soberanista. Roberto Fernández Retamar[8] al recordar la conclusión de José Luis Romero en el sentido de que América es "el primer territorio occidentalizado metódicamente", subraya la

vinculación que establece Leopoldo Zea entre la occidentalidad y el desarrollo del capitalismo europeo desde el siglo XVI. Con la colonización, es decir, con la incorporación de América a los planes de desarrollo económicos de Europa, el *descubrimiento* deviene en encubrimiento a través de una política cultural desarraigante. De ahí, en parte, que sea una constante del pensamiento hispanoamericano, según apunta José Luis Gómez Martínez[9] --siguiendo a Zea--, la búsqueda de la propia identidad, y con ello, la morfología urgida y apremiante de fundar una nación viable en medio del caos posbolivariano.

La obra medular de Hostos, ya sea en el ámbito de la política, de la economía, de la sociología, del derecho, de la filosofía, de la pedagogía o de las artes todas, está imbuida por el norte de esa emancipación de estirpe bolivariana, por la urgente necesidad de descubrir a la América desconocida por los suyos y recién nacida en el universo de las naciones independientes, para restaurarla, transformarla, proponerle rumbo y destino propios, y modo de alcanzarlos. ¿No apuraba ya Hostos en ***La peregrinación de Bayoán***[10] la apremiante necesidad de conocer "la realidad antes de intentar modificarla"? Con este propósito buscaron Hostos y Martí la esencia del carácter mestizo de América, y ambos hallaron que su voz y su pensamiento verdaderos tenían otra raíz --no europea, no occidental--, tallo y follaje distintos, otra sustancia, distinta condición, que halló sólo expresión en el graffiti marginado que logró burlar la censura. El nuevo mundo no lo era sólo a expensas de su nueva geografía y nueva naturaleza. Lo era, sobre todo, gracias a su nueva sociedad y cultura que, a fuerza de soñarlo y desearlo integró su hombre nuevo en mundo nuevo a pesar de los siglos desintegradores del desgobierno español.

El prestigio cultural de las metrópolis siempre ha deslumbrado y seducido al ***aldeano*** americano (Martí).

Los caminos de la crítica han presumido demasiado con las anteojeras de teorías europeas divorciadas de la producción cultural americana. A principios de siglo desvariaron estos conceptos occidentalizantes por los cabos cenegosos de las teorías del arte por el arte, del purismo aburguesado, de la *torre de marfil* aristocrática, del esteticismo y el estilismo críticos. Ellos envilecieron y anularon la comprensión del fenómeno verdadero de un arte que surgía lacerado, encarcelado o sangriento, porque poco podían aplicarse sobre una realidad que no contribuyó a crear sus fórmulas y sus categorías.

Por caso egregio se ha citado a Alfonso Reyes quien, en una de sus obras más deslumbrantes titulada ***El deslinde*** --el deslinde entre la literatura y la no-literatura-- considera como no-literatura a aquellas expresiones que desempeñaron lo que él llama **f***unciones ancilares*, es decir, "literatura aplicada a asuntos ajenos, literatura como servicio"[11]. Lo que Reyes parece no observar es que esta literatura instrumental, de emergencia, escrituraria si se quiere, la literatura comprometida que surge a pesar de la amenaza y el desamparo, parece ser la constante del proceso cultural latinoamericano que no ha podido desembarazarse de sus apremios y sus penurias.

Roberto Fernández Retamar le responde a Alfonso Reyes al afirmar que, precisamente, la "línea central de nuestra literatura parece ser la amulatada, la híbrida, la 'ancilar'; y la línea marginal vendría a ser la purista, la estrictamente (estrechamente) 'literaria'"[12]. Ni en el caso cenital de José Martí que menciona Fernández Retamar, ni en los casos capitales de la literatura hispanoamericana, puede afirmarse la sentencia de Reyes sin decapitar absurda y precisamente aquella porción de sus obras que los hace grandes e imperecederos. Ese rumbo, que es una constante del siglo XIX latinoamericano y que es pieza clave de cualquier interpretación que se formule sobre el

carácter de nuestra literatura nacional decimonónica, explica la siguiente definición sobre literatura que produce la ***Revista Puertorriqueña*** en 1887, seguramente a través de la pluma puertorriqueña de Manuel Fernández Juncos:

Entendemos por literatura el pensamiento humano expresado con arte por medio de la palabra escrita, y en este concepto pertenecen a su dominio, además de los géneros literarios por antonomasia, la elocuencia, la historia, la moral, etc., y no le son extraños tampoco las ciencias y las artes[13].

Ese es, naturalmente, el rumbo de Hostos. En su obra la teoría del arte y de la literatura --por un lado-- y la producción cultural propia --por el otro--, divorciadas durante toda la época colonial en la vida cultural del continente, se reencontrarán en una unidad de armonía netamente americana que no se avergüenza ya de su estirpe misionera. Es indispensable tener en cuenta estas observaciones porque sólo a esta luz puede entenderse el verdadero carácter de los textos hostosianos y la relación que mantuvo Hostos con la literatura[14]. Por las mismas avenidas martianas de afirmación americana, superando los cánones occidentalistas, y plenamente enraizado en la realidad americana que se esforzó por entender, buscó Hostos la auténtica expresión del continente con las armas de la indignación lúcida de un verdadero autor tercermundista que desde fecha tan temprana --para un premartiano-- como lo es el 1867, ya había proclamado:

«A nuevo escenario, escenas nuevas»[15].

4. La obra literaria de Hostos.

La obra literaria de Hostos repunta por al menos 15 de los 20 --ó 21-- volúmenes de las ***Obras completas*** del 1939. Incluye narrativa, poesía, teatro, ensayo, discursos, diarios, crítica y --claro que sí-- sus cartas. Un mismo aliento estremecido traspasa sus textos de modo

que nos permite reconocer a su autor. Aunque para efectos comunes la literatura hostosiana se estrecha y limita al cuento, la novela, el teatro, la poesía, la crítica y el ensayo, repasemos con celeridad al menos, su obra en su integridad.

Como narrador Hostos no es sólo el autor de ***La peregrinación de Bayoán***. También es el autor de ***La novela de la vida*** y de ***La tela de araña***, ambas novelas perdidas[16], aunque se conserva de la primera de éstas el primer capítulo: *La última jugada de un jugador*, incluida en este tomo. Las alusiones que hace Hostos sobre las últimas dos confirman su preferencia por el formato confesional del diario que utilizó en ***La peregrinación***. Esta única novela conocida de nuestro *sembrador*[17] es, empero, una de sus obras más reveladoras, no empece el hecho de que Hostos la escribió en 1863, a los 24 años de edad. Aunque en ella Bayoán se muestre en apariencia irresoluto, como un hamlet antillano, la extraordinaria analogía que puede establecerse sin dificultad entre el personaje y el porvenir de su autor demuestra la singular solidez de principios que gobernaban a Hostos a esa temprana edad, y el rigor con el que desde entonces sometía su paso y rumbo, obedientes al dictamen de su conciencia solar.

El autobiografismo es una actitud constante de la obra hostosiana. No obstante el hecho, poco responde a preceptiva literaria alguna, ni aún al narcisismo romántico. Obedece, exactamente, al ejercicio vital de un carácter en continuo examen y autoexamen; delata su conciencia insomne habituada a la perpetua presencia de la luz. Este partir de sí está presente en la novela como fuerza generadora --más real que ficticia-- que estructura y organiza la obra misma. El "vivir peregrinamente en confesión", como lo denominó Francisco Manrique Cabrera[18] nos da la clave del carácter hostosiano, pero no tan a la ligera. El Hostos de la cuita o la soberbia, de la

vacilación o el arrojo, tensionado entre el principio y el pecado que se revela en estas páginas tan próximas a su *Diario*, ¿es el verdadero Hostos? ¿O lo será, en cambio, el Hostos público, de voluntad, pasión calculada y determinación imbatible?

Este precursor del sicoanálisis crea una obra primeriza ya epítome, modelo o paradigma, de su obra posterior. Ello es así en cuanto la expresión --y con ella la función estética-- está subordinada a la función social redentora, militante y proselitista. Hostos proclama esa depuración de fuego --dolorosa, pero incandescente-- y la ejecuta sin titubeo toda su vida conforme lo decide. ***La peregrinación*** fue escrita con el propósito de abogar por la causa urgente de las Antillas y de apurar la regeneración del hombre hispánico todo. Dentro de ese contexto vindicante, el pensamiento universalista de Hostos se expande hasta recoger en sus velas el sentido civilizador a la larga, opresivo y destructor a la corta, de la llegada de Colón a América. La perspectiva colombina que asume en la narración actúa, paradójicamente, como descubrimiento y reafirmación antillanista y americanista. Así describe la geografía, paso a paso, sobre la cual se erige una civilización distinta a la europea que exige --y no callada-- respeto a su derecho de ser y a su dignidad indeclinable.

La afirmación de antillanidad radical lleva consigo la demanda de soberanía. Para Hostos, como se sabe, "la libertad es un modo absolutamente indispensable de vivir"[19] . Es tan así para los hombres como para los pueblos. Y si en un principio para el *joven Hostos* fue compatible con la idea de la federación hispánica, poco después será sólo compatible con la federación antillana, exclusivamente. Este elemento libertario impregna cada página de esta *novela política* --así la califica don Pedro Henríquez Ureña-- como energía esencial que la desborda y, casi, como factor numerable.

La novela tiene méritos literarios que la distinguen

como índole aparte. Los recursos hoy frecuentados del texto dentro del texto, del autor inserto en la narración como personaje, la intertextualidad, la narración casi toda fluir de conciencia, la ficcionalización de la realidad y de la ficción misma, el contrapunto de las opciones presentadas siempre dentro del reflejo dialéctico del diálogo, o, al menos, de una conciencia hablante, son recursos generados a partir de las necesidades de la historia misma y no técnicas *a posteriori* impuestas sobre el texto, retorizándolo. Mas la lentitud del tiempo narrativo basado en la epicidad del problema ético y no en la epicidad de acontecimientos fugaces, marginan un poco la obra del interés juvenil, acostumbrado a la celeridad de la televisión.

Otras narraciones de Hostos incluyen *Inda*, *Libro de mis hijos* y *Cuentos a mi hijo*, incluidas en el volumen de *Páginas íntimas* de sus ***Obras completas***. A pesar de lo que puedan aparentar los títulos mencionados, estos textos no pueden catalogarse como literatura infantil. Antes bien, se trata de obras que Hostos escribió para sí mismo y para su *Alma Inda* con la intención de reflexionar sobre las dificultades que implica la unión conyugal y la paternidad responsable. En ellas, Hostos, antes de ser padre, examina y resuelve problemas que de ordinario ocurren sin más motivo que la simple condición de ser padre.

En barco de papel[20] de 1897 y *De cómo volvieron los haitianos*[21] de 1901 son otros dos cuentos que, como no pertenecen a grupo narrativo alguno, aparecen apartes en las ***Obras completas***. El primero de ellos es, como cuento, obra más urdida que las anteriores. Oscila entre la lucidez de la reflexión y el devaneo de la fantasía. Hostos explora en él la función del imaginar, más que en el conocer y en el pensar, en el vivir mismo. De ahí que confiese recibir de su hija menor una lección de vida aleccionadora, casi redención, pues Hostos consideraba probablemente ya

abandonar el Liceo de Chile para embarcarse --¿en barco de papel?-- al teatro de guerra de las Antillas en armas. En el relato realidad e idealidad se conciertan. Todos los personajes imbuidos del carácter dual ficción/realidad, y seducidos por la imaginación y el deseo, se desplazan hacia el amado sol de las Antillas y hacia el recuerdo real, vivido, de un naufragio que la imaginación incorpora. En el debate aquí asordinado de un Hostos que ansía partir al teatro de guerra de las Antillas, la alusión a los cómplices que victimizan a la Cuba Libre --nombre que alguien quiso ponerle al barco-- se refiere probablemente no sólo a los chilenos, sino a todos los países hijos de Ayacucho que contemplan impávidos el drama sangriento de la luz que nace en el Caribe. La trama articulada sobre los ejes de los *oficios de padrazo* le añade una dimensión de paternidad que se afirma, desacostumbrada entonces excepto en Martí.

El cuento de los haitianos tiene una tesitura especial. Se aparta del ludismo donoso de *En barco de papel* para entrar en un ludismo satírico nada común en nuestro autor. Es un cuento del más cruento anticlericalismo. La trama está ideada, empero, con una particular modalidad de realismo mágico que combina lo fantástico con el humor y la ironía, decantada totalmente de pesadas meditaciones. El narrador se sitúa en un plano de total inmediatez, y con toda sencillez y naturalidad desenrrosca la mágica caricatura de los incidentes. García Márquez pudo aprender aquí el uso efectivo de la hipérbole en la develación de la asombrosa tramoya de la realidad humana.

El teatro de Hostos tiene una interesante particularidad. Me refiero a que con el género Hostos desarrolla las primicias de la literatura infantil antillana y con ello, según él mismo sostiene, los pininos del teatro nacional dominicano[22]. La *Loa a mamá*, *¿Quién preside?*, *El cumpleaños* y *La llegada de la guagua* son

las cuatro tentativas hostosianas en el género a partir de 1886, y todas, con absoluta propiedad, teatro de *nenerías* o teatro infantil. Aparecen en las ***Obras completas*** de 1939 en el tomo de *Páginas íntimas*, acaso porque como ocurre con los *Cuentos a mi hijo*, se trata de obras escritas con finalidad doméstica. Antonio S. Pedreira toma nota de otras dos comedias desconocidas: *El naranjo* (1886), y *La enfermita* (1889).

La *Loa a mamá* --1886-- está compuesta para celebrar el cumpleaños de su compañera. Es un romance dialogado con sabor a juguete cómico --como todas las demás piezas-- de intervenciones cortas y mucho movimiento, como un *ambos a dos*. En esta, como en las otras piezas, el patriotismo es un factor de intertextualidad que actúa como valor espontáneamente compatible con los motivos centrales. Los dos personajes de esta breve obra no son tales personajes, sino los hijos de Hostos Eugenio Carlos y Luisa Amelia. En la obra siguiente los ¿personajes? se duplican, mientras se multiplica el número de páginas, hasta 16. *¿Quién preside?*, representada en 1888, tiene cuatro escenas. Los personajes, el Maestro Ciruela --acaso porque un ciruelo es un hombre muy necio e incapaz--, el Maestro Cebolla --que en alguna acepción implica mando, autoridad--, la Maestra Pimienta --no sólo por picante, sino porque supone un ser muy vivo y agudo-- y la Maestra Nueva Flor --alusión a la escuela normalista que creaba Hostos en la República Dominicana--, desarrollan con picardía, ironía y cambios en el punto de vista de personajes oportunistas, el problema de la nueva escuela ante la vieja. Temas de antifeminismo, de extranjería, de lo antiguo y lo nuevo, de la fobia contra lo nuevo y lo ajeno, son tratados con un gran sentido del humor y a través de un diálogo ágil que juega con el equívoco al punto de parecer comedia de errores. La caracterización indirecta de los personajes desmiente lo que ellos afirman ser, constituyéndose así en una de las

fuentes de hilaridad.

Aunque Hostos escribió versos, su cultivo fue taller aislado, muy marginal, reducible a sólo un puñado de expresiones de las cuales la oda *El nacimiento del Mundo Nuevo o la turba anonadada*, escrita a próposito del "cuarto centenario de América" --según el decir de Hostos-- es el único caso destacado. Está compuesta de varias silvas, desconocidas algunas de ellas, pues en las ***Obras completas*** del 39 se publicó sólo una parte bajo el título inadecuado de *El nacimiento del Nuevo Mundo*. Hostos quiso rendir un nuevo homenaje a Cristóbal Colón, a quien Hostos exculpa de las atrocidades cometidas por los europeos todos durante la conquista y la colonización. Para ello se sitúa en el momento mismo del encuentro poetizándolo en toda su grandeza humana. De él salen victimados lo mismo Colón que el hombre americano por las fuerzas inmensurables que desató la incipiente burguesía europea. Pero la síntesis de la visión de Hostos que recoge el poema desde el dualismo del título se sitúa en el futuro, más allá de las profundas transformaciones que implicó para ambos lados del océano: para el poeta este fue el parto sangriento de un mundo por fin completo, unificado, y de una potencialmente más alta humanidad.

En cambio, el tronco grueso de la obra literaria hostosiana de raigambre no ficticia se encumbra por los parajes más álgidos y deslumbrantes de la literatura continental. Es la prosa ardorosa y bufante de discursos y artículos de militancia y proselitismo justicieros; es la prosa de rumbo capitán y tino vindicante de su crítica imbatible[23]; es el discurrir de alma honesta en la página encarnada, viva, del hombre más lacerado y abnegado de las letras antillanas.

Hablamos de la prosa de sus ensayos formales tales como *El descubrimiento y el descubridor*, o de *En la Exposisición*; hablamos de la crítica de Shakespeare: el

Hamlet, el *Romeo yJulieta*; hablamos de *El problema de Cuba* o de su *Plácido*; hablamos de la urdimbre ética de la poesía que pone en evidencia en *El propósito de la Normal*; hablamos de sus cartas, sus libros de viaje, de su periodismo de urgencias, de la intimidad bramante e ígnea del *Diario*; hablamos --¿por qué no?-- de textos de enjundia maestra como su *Tratado de moral*. La vértebra de este trabajo es hierro incandescente de herrero. El *Cuarto Libro* de esta obra, casi una tercera parte de la misma, está dedicada a la "moral objetiva", es decir, a la semblanza de personajes como Bolívar, Washington, Sucre, Colón, Duarte, Miranda, Las Casas, Benjamín Franklyn, Confucio, Pestalozzi, Garibaldi, San Martín y otros más, incluyendo grupos y aun pueblos de ejemplaridad indiscutible que objetivizan los distintos deberes morales.

"Para conocer la deslumbradora personalidad del Libertador --nos dice-- hay que comparar a Bolívar con Bolívar". Sus semblanzas destilan esa terneza de la gratitud de quien se sabe a la sombra de los astros. Entre ellos transita Hostos como émulo de sus cenitales. Y con la misma voz de epifanía del Martí de ***La edad de oro***, enseña y repara, mientras ajusta el mito a lo exacto del agradecimiento.

Puede distinguirse entre el ensayismo de lo que podría llamarse *el joven Hostos* y su obra ensayística definitiva posterior al 1868. Hay varias razones de peso para establecer esta distinción. Una de las más conocidas es que antes del año de la gesta de Lares Hostos concentró sus esfuerzos más revolucionarios que reformadores en una modalidad del objetivo cardinal de su vida diferente a la que lo distinguirá después para la historia: intentar la justicia en las Antillas a través de una estrategia de rebote. Esto es: luchar por la democracia y las reformas radicales que urgían las Antillas desde el centro del poder madrileño. Para hacerlo se alió a los sectores radicales

que procuraban republicanizar la metrópoli y dar jaque mate a la dictadura monárquica. Cuando sus aliados triunfan pero faltan a sus principios democratizadores, Hostos rompe con ellos y con esa estrategia para intentar entonces junto a Betances la viabilización de la independencia antillana y su confederación. Hasta ese año de ruptura, el *nuestro* hostosiano incluye lo español[24], aunque en algunos textos se puede percibir cómo va haciendo crisis su sentimiento de fidelidad según se agudizan los conflictos. Así, por ejemplo, en su trabajo sobre *El patriotismo*, escrito en el 1868.

Hay otros valladares que obligan a distinguir al *joven Hostos*. Puede percibirse una diferencia en la templanza del carácter. El *joven Hostos* parece no haber resuelto satisfactoriamente aún en estos textos primerizos los conflictos entre racionalidad y sentimiento del espíritu de la época que le aquejan. En estos trabajos hay numerosas condescendencias suyas a las maneras románticas suprimidas después. Encontramos también cierta inestabilidad de estilo y pensamiento ausentes en la obra posterior. Parece que Hostos, reconcentrado en sí mismo, fragua su carácter y afila armas para salir decidido y victorioso a las campañas que tiene decididas para sí. De los cinco ensayos de 1865, dos tienen ese temple de introspección casi constante en sus obras primeras. Piénsese en ***La peregrinación de Bayoán***; piénsese en el *Diario*; piénsese en ***La novela de la vida***. En *¡Sitio! Monólogo de un sediento* divaga la reflexión que reconoce la temeridad sin embargo infranqueable de su sed de justicia, y proclama su compromiso; en *El calabozo* crea una alegoría de atmósfera kafkiana que plantea y resuelve el problema de sentirse encarcelado en su propio cuerpo, pero despojado de sentidos místicos, pues se refiere al despertar de sus facultades a la conciencia plena, dominante.

Su prosa es más elocuente que discursiva, y más

literaria que elocuente (según la distinción hecha por Enrique Anderson Imbert[25] que recoge y hace suya Adelaida Lugo Guernelli en su importante obra : ***Eugenio María de Hostos: ensayista y crítico literario***[26]). El propio Hostos define en su juventud su estilo como sigue:

«Desflorar el asunto, saltar de reflexión en reflexión, imitar a las mariposas, a las mujeres y también a los hombres de mi tiempo, tomar por asalto a la verdad.»[27]

Generalmente *invertebrado*, según decíamos al comentar su narrativa: es también a menudo un estilo involuntario. Es decir, la tesitura de su prosa está vinculada y muchas veces determinada por la naturaleza del asunto. En los trabajos patrióticos, por ejemplo, encontramos unos ademanes álgidos, enérgicos, nerviosos, inclinados a formas rítmicas de la prosa que en otro tipo de trabajos casi no tienen relieve ni grito. Gusta Hostos de las oraciones-párrafos breves para cambios rápidos y giros bruscos que combina con oraciones-párrafos medianas o largas. Satura los textos de variedad de tono, elipsis, frases lacónicas, las series de ejemplos a menudo con sinonimia de las frases, las frases anafóricas, el retruécano, la conversión, el juego de palabras, el flirteo con silogismos y la antítesis en un fluir dialéctico que propende al pro y al contra de las cosas, al anverso y al reverso, como propende al apasionamiento y al incendio. La acumulación inflama de tensión la frase que se expande con precisión dirigida, y la luz y el calor de la tantas veces vehemente hoguera de sus textos impacientes es cifra de su encarnación y un problema para la interpretación correcta de aquello que se apura y se destempla, un problema de literalidad que agudiza además el fino hilar de su inteligencia. Alexis Márquez Rodríguez lo etiqueta no sin razón de estilo barroco[28]: un conceptismo americano secular.

Sus libros de viaje son, por otra parte, veta de poesía ética en medio del manto andino de sus reflexiones

penetrantes. Concha Meléndez ya lo advirtió, arrobada de verdes, en su trabajo: *Hostos y la naturaleza de América*[29]. El tema de la América Nuestra adquiere así, gracias a su peregrinar, resolución
inédita y recapitulación afirmativa. El cernimiento del hombre autóctono de América --vario, mestizo, desposeído, depauperado; el discernimiento de las fuerzas sociales, políticas y culturales que en su refluir se equilibran en el grado cero de la justicia y del restablecimiento, mientras decapitan el porvenir de nuestros pueblos; el inventario de los factores que explican su naturaleza y esencia históricas; la decodificación de la angustia secular que traspasa sus pampas, sus cumbres, sus litorales, y la codificación certera de sus esperanzas posibles, reales a costa tan sólo de su puño unido... Todos estos servicios realizó Hostos por su América suya, y sólo cuando podía distraerse de su gestión revolucionaria antillana. En estos siete veces siete --y muchos más-- ensayos de interpretación de su realidad, América inaugura sus augurios fundadores y, a través de ellos, la promesa se cumple y la América es ya nuestra.

El *Diario* de Hostos, finalmente, instituye por derecho propio el nervio rector de toda su producción literaria. Son páginas de expansión oceánica, de yuxtaposiciones arabescas, de heridas y arrojos, de instinto y convicción. Son páginas de encarnación y epifanía. Las mismas cartas de Hostos, el epistolario distribuido en dos volúmenes, llevan a pie, y descalzas, la misma promesa y videncia que se concentran huracanadas en el Diario. Las cartas de Hostos son hojas sueltas del diario de su corazón acorazado para el deber misionero que él intuyó, que él formuló, que él mismo se impuso, sólo. Frente al deber elegido, puso su propio pecho como quilla rompeolas. Y no cejó, no depuso actitud ni procuró relevo a pesar de la travesía homogénea en su desventura.

El *Diario* de Hostos es la encarnación de un mito

inconcebible: un hombre proteico en continúa superación de sí mismo. Por sus páginas, el hombre completo que fue Hostos transparenta sus translúcidos tejidos. Hostos no acalló discretamente en el *Diario* las voces inconvenientes de la inconciencia humana; no amordazó en esas páginas al caín oportunista, desviador y desvirtuador que tenemos todos censurado en el cajón de la cabeza. Hostos no es aquí, como en otros diarios concebidos para su publicación, personaje ficticio. Del *Diario* puede extraerse mucho más que el sicologismo que nos ha mostrado Gabriela Mora en su no obstante interesante trabajo: ***Hostos intimista.***

Félix Córdova Iturregui también advierte cómo el *Diario* de Hostos admite y reclama las más diversas e insospechadas lecturas. El mismo, en una conferencia reciente (*Intimismo y política en el Diario de Hostos*, 1988) ha hecho una lectura política de valiosos señalamientos. Entre ellos, el más significativo, nos recuerda que Hostos concibió *siempre* su intimidad vinculada de una forma compleja y totalmente nueva con la revolución antillana. "Hablaros de las Antillas es hablaros de mí mismo" advertía, llamándose también -- betancianamente-- antillano. Los asombros que no pueden contener los críticos de Martí ante su insólito ***Diario de campaña*** de 1895, se renuevan ante este *Diario* (1866-1903) que compromete a la América nuestra toda en la tarea sin antecedentes de una "reconstrucción" total hacia adentro lo mismo que hacia afuera, porque la *interna construcción* de *un hombre nuevo* --como dice Concha Meléndez[30]-- involucra la transformación plena del mundo.

El *Diario* es el testimonio de una lucha desigual, porque en el tránsito sinuoso y empinado de su vida, Hostos enfrentó la descarga diaria de una adversidad descomunal; enfrentó el horno inmutable y empecinado de un antagonista mutante e infinito, un imperialismo bifronte,

un doble imperialismo. Hostos no pudo vencer. Permaneció como Sísifo toda su vida empujando hacia arriba la roca que volvía a caer. Permaneció encadenado, toda su vida, como Prometeo, asistiendo al continuo restablecimiento de la opresión, la tiranía, el oscurantismo; a la estúpida constitución de la desventurada negación de la utopía social cuya posibilidad él ideó contra todo viento y marea. Pero nos hizo, sin embargos, el servicio imperecedero de hacer esa utopía posible y deseable.

Para explicar el carácter entrañable de la literatura de Martí apunta Cintio Vitier[31]: "Su escritura no es portadora de una liturgia sino de una pasión; no se define por la espacialidad sino por la temporalidad; no tiene un relieve ícono, sino un impulso misional y redentor". Tal vez aun más que Martí, Hostos se ajusta a esas palabras. Su voz es el más magno ejemplo de la *escritura como encarnación* que caracteriza al cubano, porque no tuvo su *palabra humanizada* otra misión que la justicia, la libertad y la solidaridad americanas. Su palabra es abnegación sin distracciones esteticistas. Su verbo es la expresión vivida e incandescente de su ser sin sombra y sin descanso. Y su obra, en todo caso, inmersa ya siempre en *ese sol del mundo moral* que nos explicó Vitier[32], una *llamarada escrituraria*.

Notas

[1] En ***Exégesis***, Revista del Colegio Universitario de Humacao, 3.7, abril-julio de 1989, 19-26.

[2] En, ***Eugenio María de Hostos: sentido y proyección de su obra en América***. San Juan: Fundación Pública de Puerto Rico y Comité del Sesquicentenario de Eugenio María de Hostos, 1990.

[3] Véase, de Marcos Reyes Dávila y María del Carmen Currás, ***La tierra prometida*** *(Antología crítica de literatura puertorriqueña: 1493-1898)*. Hato Rey, Puerto Rico: Borikén Libros, 1986, 551 págs.

[4] Jean Franco, ***Historia de la literatura hispanoamericana***. Barcelona: Editorial Ariel, 15-37.

[5] Hanover: Ediciones del Norte, 1984, 176 p.

[6] De estos últimos dos escritores se ocupa Hostos de manera específica

en sendos trabajos que se incluyen en este tomo.

[7] "La cultura hispanoamericana del siglo XIX." En, ***Historia de la literatura hispanoamericana***, II. Madrid: Cátedra, 1987, 55-74.

[8] "América Latina y el trasfondo de Occidente". En, ***América Latina en sus ideas***. México: Siglo XXI Editores y Unesco, 1986, 300-330.

[9] "Pensamiento hispanoamericano del siglo XIX." En, ***Historia de la literatura hispanoamericana***, II. Madrid: Cátedra, 1987, 399-415.

[10] ***O. C.***, VIII, 5.

[11] México: Fondo de Cultura Económica, 1983, 32.

[12] ***Para una teoría de la literatura hispanoamericana.*** México: Editorial Nuestro Tiempo, 1987, 91.

[13] Citado por Otto Olivera en ***La literatura en periódicos y revistas de Puerto Rico, siglo XIX***. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1987, 259.

[14] Para una explicación más detallada de la estética hostosiana, véase el prólogo al volumen 1, tomo 3, de esta nueva edición crítica de las ***Obras completas*** de Hostos o mi trabajo: "Hostos: una literatura para la liberación", publicado en ***Exégesis***, revista del Colegio Universitario de Humacao, 3.7. [Ambos trabajos se reproducen en esta edición.]

[15] ***O.C.***, XIV, 75-76.

[16] ***O.C.***, II, 208. Antonio S. Pedreira toma nota de otro título de probable aliento narrativo, perdido: *La resurrección social o Memorias de un hombre cautivo en las islas Palaos* (1866). En, ***Obras***. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970, 706.

[17] Véase el texto incluido en el Volumen 1, tomo 1, de la edición de las ***Obras completas***. Véase también el estudio preliminar de José Emilio González, ***La peregrinación de Bayoán: novela de afirmación puertorriqueña y antillana***, 49-63.

[18] ***Sin Nombre.*** III. 4, 1973.

[19] ***O.C.***, II, 236.

[20] En ***Obras completas***, XIV, 426-431.

[21] En ***Obras completas***, X, 400-403.

[22] Martí incursionó en el género con dos célebres intentos: el ***Ismaelillo*** en el 1882 y ***La edad de oro*** --revista-- en el 1889.

[23] De la crítica hablamos en el Vol. 1, tomo 3 de la nueva edición de las obras de Hostos.

[24] Sobre el fenómeno del *nuestro* como una alusión a lo español, tan frecuentado en los trabajos recogidos en el volumen ***España y América*** del joven Hostos anteriores al 1868, año de su ruptura con las causas del liberalismo y los correligionarios de España, hay que recordar que Hostos entonces participaba activamente en la política española en defensa de sus teorías políticas y en defensa de reformas revolucionarias

para las Antillas españolas. Además, escribía en periódicos españoles para un público español y, en muchos casos, lo hacía anónimamente, como paisano español, o lo hacía en representación de la redacción de un periódico y de su junta editorial. Observamos que en muchos casos los artículos anónimos o firmados por la redacción carecen de la vehemencia de otros trabajos que firma, en calidad de antillano, con su nombre.

[25] ***¿Qué es la prosa?***, Buenos Aires, Editorial Columba, 1963.

[26] San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

[27] En, *La ambición*.

[28] Véase su trabajo *El estilo literario de Eugenio María de Hostos*, en, ***Eugenio María de Hostos: sentido y proyección de su obra en América***. *Op. cit.*

[29] En, ***Obras completas*** de Concha Meléndez, II. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970, 25-42.

[30] *Op. cit.*, III, 609-621.

[31] "Prólogo." En, ***José Martí: obra literaria***. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, X.

[32] Cintio Vitier, ***Ese sol del mundo moral***. México: Siglo XX1 Editores, 1975.

La crítica deicida de Hostos o la incandescencia de América

Para mi hija Tainahíl,
que confesó al terminar de ayudarme a
revisar el Plácido, cuánto le conmovió el texto.

1. Introducción: nueva historia de un deicidio

Cuando platicamos de la tarea intelectual y --desde luego-- literaria de Eugenio María de Hostos hablamos --con mayor propiedad aún que en el caso de Gabriel García Márquez-- de la **historia de un deicidio**. Hostos, nutrido como muy pocos escritores por la adversidad más desvergonzada, curtido por la reciedumbre de su misión vindicante y sin asiento, auscultó a plenitud su propósito obsesivo, siempre bajo el signo de Urayóan, de aquél arauaco borinqueño que tuvo la osadía de atentar contra

* Algunas partes de este trabajo figuraron en nuestros estudios iniciales de Hostos como escritor detallados en la nota de presentación que aparece en la página 39. El tema de la crítica lo desarrollamos a plenitud como estudio preliminar al tomo III del volumen I de la nueva edición crítica de las ***Obras completas*** de Hostos (1994), de donde tomamos el presente texto.

los dioses. Su obra es el esfuerzo faústico, sostenido, contra el imperialismo jano y escurridizo que mordía con una mandíbula en el Caribe y con la otra al Continente **nuestro** en su integridad. Su obra se define sobre todo por su voluntad de augurio, por el afán de liberar de colonialismos y neocolonialismos a los habitantes todos de las tierras desveladas y desvastadas que llamó varias veces --fundador, inaugural-- como Martí, Nuestra América.

A los críticos les molesta el desenfado con que se mueve Hostos por los parajes de sus certezas, en contraste con la oscura pero placentera incertidumbre de que vive hoy la intelectualidad de la era de la física cuántica. Hostos forjó en la ignota alquimia de su conciencia ese augurio impaciente que comentamos, esa utopía de emergencia que debía realizarse entre las ascuas de la fragua. Quemó las manos y consagró su cuerpo como consagró su espíritu --en sacrificio-- a esa certidumbre. Y ofrendó a esos dioses imperiosos las sales de su dedicación y las linternas de su insomnio. Esa certeza se estremece en la pupila de su palabra escrita como una indignación. En ella, sólo el sol lo nombra.

En otras ocasiones hemos estudiado la obra literaria de Hostos. Hemos concluido que Hostos es uno de los más importantes escritores del Continente; que cultivó todos los géneros con contribuciones importantes en cada uno; que su importancia literaria hay que definirla dentro de los parámetros de la literatura comprometida, misional, liberadora; que su palabra está ungida por la preocupación constante por el porvenir de América[1]. Nos ocupamos ahora de su crítica, para lo cual será menester volver a comentar algunos aspectos de su teoría del arte y la literatura, así como algunos de los generadores ideológicos de su pensamiento.

2. La teoría estética de Hostos

La crítica suele enjuiciar con un poco de desplante y condescendencia no sólo la literatura de Hostos, sino también su crítica y su teoría de la literatura. Desde Antonio S. Pedreira[2], hasta Adelaida Lugo Guernelli[3], Matilde Díaz De Fortier[4], Raquel Romeu y Fernández[5], Hildred N. Waltzer[6] y tantos otros, se ha difundido la idea equivocada que Luis M. Oraa implica en el título de su tesis de Maestría presentada en la Universidad de Puerto Rico: *«¿Por qué Hostos renunció a la literatura?»*[7] Según estos críticos la obra literaria de Hostos lleva el lastre de una finalidad didáctica que la anula, o sostienen la tesis de la abominación de Hostos de la novela, la poesía y la literatura en general, por considerarlas **malsanas**. Otros, como David Lagmanovich, llegan a motejar el criterio crítico de Hostos como *primitivo* y *deficiente*[8].

Para que pueda verse cuán inexactas son estas aseveraciones conocidas sobre la relación de Hostos y la literatura, repasemos algunas de las palabras del apóstol sobre el tema.

Comencemos indicando que sólo cinco años antes de la publicación por sus discípulos de su *Moral social*, Hostos afirmaba que

«El arte [...] es, ni menos ni más, una de las formas de interpretación de la naturaleza. Desde ese punto de vista, está íntegramente comprendido en la evolución científica del entendimiento individual, y en el movimiento científico de la razón común»[9].

En la *Moral social*, precisamente, Hostos señala que el arte

«...trae de continuo a la realidad, porque la realidad es el campo de lo bello, y en esa operación provoca y facilita la observación y examen del aspecto y las propiedades externas de las cosas. Haciendo eso --añade-- el arte es moralizador, porque es educador de muchas fuerzas subjetivas, la sensación, la atención, la imaginación»[10].

Hostos, como puede verse, está lejos de condenar el arte, caducarlo o ponerlo en probatoria. En lugar de juzgar al arte anverso de la moral, como sin más se afirma, formula el axioma según el cual "ni la moral ni la crítica pueden pedir al arte lo que no debe el arte dar". "El arte no demuestra --apuntó en el *Hamlet*--, pero presiente", con lo cual sitúa al arte como auxiliar de la razón en la búsqueda de la verdad. No puede concluirse de esto que Hostos considere *malsana, per se*, al arte o a la literatura. Antes bien, analiza la esencia y la naturaleza del arte con todo el respeto y la admiración que le merecen una variedad considerable y significativa de obras aludidas por él, pertenecientes a culturas heterogéneas de todas las épocas; no deja de incluir la literatura en los planes de estudios que crea en la República Dominicana y en Chile; no *renuncia* jamás a la literatura.

Hostos tiene que consignar, no obstante, ejerciendo el juicio crítico que es consubstancial en él, el hecho de que "el arte tiene, además de sus funciones *intrínsecas*, una función moral"[11]. Y es en cuanto a *tal función* que deduce que no todo arte, por serlo pretendidamente, es aceptable o bueno, es moral.

Obsérvese que esta conclusión hostosiana no viene a propósito de comentarios de obras literarias. Hostos articula estas ideas cuando está examinando el concepto de *moral social*. Es decir, la moralidad es el sujeto, medio y fin de sus observaciones, no la literatura que, en este contexto, es sólo una variable tangencial. Siendo así, Hostos no puede pasar por alto aquellas faltas a la moral en que incurre a veces la literatura porque ese es de momento el eje determinante de sus juicios. Adviértase que el concepto hostosiano de moral no es el estrecho, doméstico y dogmático al uso, sino aquel incendio generador de vida, libertad, conciencia solidaria y justicia política que, "lejos de la moral asustadiza que hasta en el arte espía el pecado", explica en su ***Tratado de moral***.

Adviértase además, que el problema particular de la literatura con la moral viene como consecuencia de la dualidad del signo linguístico. La música es para Hostos *unívoca*, mas la literatura está inalienablemente atada con la idea que encapsulan sus signos[12]. Hostos tiene conciencia plena de que la palabra es un poder que puede usar el absolutismo para oprimir o el revolucionario para emancipar. La literatura, pondera Hostos, influye en el lector a través de la selección que estructura al texto, y así inhibe o alienta, o descubre vías a su *praxis* --social, y desde luego, política-- concreta.

Desde una perspectiva exclusivamente ética, Hostos le objeta al arte, en primer término, "el culto de lo bello por lo bello" que finge ignorar su carga y su descarga ideologizantes, y que es otra forma de aludir a la frase del arte por el arte cuando el modernismo apenas insinuaba sus atisbos por el horizonte. De otra parte Hostos rechaza el afán de popularidad y vanagloria individualista que lesiona y niega el verdadero fin de un arte que ha de ser dación y entrega, beneficio del hombre todo, esfuerzo apremiante y sin descanso por la justicia y por el bienestar físico y moral de todo hombre, sobre todo en la América colonial y poscolonial, su América amarga. Sobre la espalda castigada del continente, el arte y la literatura, como todo, queda definida a sus ojos por su orientación y su demanda de esfuerzo, sangre y libertad. "La justicia primero, y el arte después", proclamó con Hostos Martí, y tras ellos los adalides de la literatura política décadas más tarde.

Al criticar *los devaneos de la fantasía*, Hostos no confunde el uso de la razón como facultad para transformar la realidad y la razón como facultad meramente imaginativa y puramente esteticista. La imaginación es para Hostos una de las "operaciones de la intuición" que es, a su vez, una de las "funciones de la razón". Por encima de la batalla que mucho después se

daría contra la torre de marfil modernista, Hostos incorpora la imaginación que idea utopías redentoras y se proclama definitivamente a favor de la *literatura comprometida* cuando ésta es, además de bella, exacta, justa y verdadera. Literatura y compromiso forman en Hostos una identidad inalterable que no logran hollar los tópicos eternos de la metafísica romántica en boga. Como se sabe, del positivismo tomó Hostos, entre otras cosas, un casi absoluto desdén por los apremios de la metafísica. Para Hostos el artista, sumido en el inaplazable proyecto de reconstrucción nacional, debe ser un propagandista de la verdad que repara o ajusticia, un *comprometido*. Hay, pues, un imperativo realismo crítico y ético en Hostos, cónsono con todo el empirismo esencial de un pensamiento inmerso en la tarea misional.

Otras objecciones de Hostos tienden a renegar --en apariencia-- de algunos géneros, particularmente de la novela. Recuérdese que también José Martí --como muchos otros escritores del ochocientos--, autor de la novela ***Amistad funesta***, renegó de ella y del género mismo al reparar en que casi no hay novela que no sea vulgar y en que en la novela "hay mucho que fingir". En ambos próceres --Hostos y Martí-- hinca esa urgencia por la predicación revolucionaria que en Hostos no cedió --apenas-- a las tentaciones de la literatura que asombran empero en Martí. Pero el rechazo de Hostos --en el ***Tratado de moral***-- no es al género, sí a su realización decimonónica particular, ya se trate de la novela romántica, la realista o la naturalista. Proscrita durante la época colonial, la novela, según advino tras la independencia, parecía no colmar las aspiraciones libertarias puestas en ella. No obstante, Hostos habla del género definido como un fenómeno sincrónico del siglo. Nuevamente, más que estética, más que de la novela *en sí*, Hostos pretende sobre todo discernir los efectos sicosociales de ella a través de la observación --que no

debemos descartar con un *a priori* anacrónico-- de los efectos que a su juicio el género ejercía, de las funciones que cumplía, y de las necesidades apremiantes de los distintos proyectos de reconstrucción nacional en la América nuestra. Rechaza también, por no ser inconsecuente, la afición adicta a ellas típica de la cultura hispánica según la simboliza para él la locura de Alonso Quijano --el personaje-- que no alcanza a ocuparse de resolver sus problemas concretos y prácticos por no huir de sus evasiones ilusionistas[13]. Atiéndase que, en última instancia, Hostos rechaza la modalidad, el *ismo* en cuestión, no al género como estructura literaria, algunas de cuyas obras específicas elogia.

De la novela romántica indica que ésta "enseñó a amar como sólo se ama en el aire, de modo que "violenta los sentimientos, falsea las pasiones y altera la noción intuitiva de las virtudes y los vicios". Del realismo apunta que dio éste "de la sociedad un trasunto tan parcial que hizo responsable de todo a la sociedad, irresponsable de sus torpezas o sus culpas al individuo, víctimas del estado social a los perversos, a los ignorantes, a los culpables, a los criminales", de modo que "desproporciona las causas" y "desconcierta la relación de medio y fin". Del naturalismo anota que "ha empezado ya a hacer responsable de todo a la naturaleza, y va a concluir por hacerla odiosa"; "hace --además-- el mal de desvirtuar el fin que el arte literario puede y debe tener de concurrir con la ciencia a la formación del sistema de pensamiento contemporáneo"[14].

Sorprenden estos juicios de Hostos por lo audaces y, para muchos, por lo atinados, según las conclusiones que sobre estos temas hace la crítica actual. No olvidemos que Hostos como maestro egregio, es un adorador de la verdad y un forjador del carácter. Pero en el fondo, Hostos advierte además --desde luego que en otros términos-- el retraso y el desfasamiento infraestructural y, desde luego, superestructural del mundo latino en relación

con el apogeo del norte que reoccidentalizaba a América a través del neocolonialismo[15]. La inminencia postergada una y otra vez de la América que puja por nacer a través de las páginas que la afirman de Hernández en su ***Martín Fierro*** y por las páginas que la niegan del Sarmiento y el Alberdi que proponen sustituir nuestra población con europeos porque el indio es tosco y feo, no cristalizaría sino hasta llegar a las posturas ya lúcidamente antiimperialistas de Martí, tal vez más explícitas y conocidas que las de nuestro Hostos. Por eso Hostos rechazó de forma más tajante y concienzuda las novelas que se producían en el mundo hispánico que las novelas del norte de Europa ("sajonas, escandinavas o teutónicas"). Amén de señalar que éstos atinaron con un "género de novela moralizadora"[16], añade que ésta no los distrae de la urgencia de trabajar por transformar las condiciones materiales de vida de sus comunidades, que era para él una prioridad inaplazable.

Recordemos, por otra parte, que estos juicios de Hostos nos resultan audaces y controvertibles más por la fuerza y contundencia de su enunciación, por una parte, y por las variadas consecuencias descolonizadoras que implican, por la otra, que por su novedad esencial. Hostos no se encuentra solo con ellos. Alejandro Tapia y Rivera denunciaba socarronamente los *versómanos fusilables* que anegaban las páginas periódicas con su literatura de ocasión o circunstancia y con su servilismo laudatorio incondicional a las autoridades. Antonio S. Pedreira[17] y Otto Olivera[18] nos refieren esa intensa batalla por gestar algo más que abortos literarios durante el siglo contra la devastación desoladora de la represión que consiguió a latigazos de censura, cárcel, destierro y compontes amortiguar la verticalidad del *jíbaro impaciente* que abre el decimonónico. Las pugnas entre el sentido utilitario de la ilustración, los afanes didácticos del neoclacisismo, los ensueños del primer romanticismo nuestro y el realismo

crítico enanizado como *bonsai*, peleaban por el poco espacio permitido en los escasos, breves e intermitentes periodos constitucionales del régimen español en Puerto Rico. No era la apatía, como se dice, de un país condenado ciertamente al analfabetismo: era represión, escepticismo e impotencia. Y era también el rechazo a emular modelos exógenos e imperiales. El poeta maestro de Martí, Rafael María Mendive atacó desde las páginas de la ***Revista de La Habana*** en 1853 la doble influencia ética y estética de la literatura francesa por considerarla un atentado contra la moral ciudadana y la independencia literaria de Cuba. Decía Mendive:

«Lo que censuramos... es la esclavitud literaria en que una nación se coloca con respecto a otra... Censuramos... el gusto enfermizo y estragado que escoge, entre los modelos que aquella nación favorita nos presenta, los menos análogos a nuestra índole y a nuestra fisonomía nacional, los más opuestos a los preceptos y a las nociones de lo bello,... por último (y esto es o más deplorable), los más a propósito para corromper las costumbres, inflamar las pasiones maléficas, romper los vínculos más sagrados, y aflojar las riendas a las aspiraciones más viciosas y desarregladas»[19].

Sobre este aspecto Olivera nos recuerda que personalidades literarias de primera categoría, como Gertrudis Gómez de Avellaneda, coincidían al destacar la unicidad esencial de lo bello y lo bueno[20].

Sería fácil ver en las palabras de Hostos en el ***Tratado de moral***[21] una condena de la novela de Cervantes. Dice allí Hostos:

«De esta corrupción del juicio y del sentimiento individual por la novela sería argumento bastante la presencia de ***El Quijote*** en el mundo de las letras, si ese fuera el único género de corrupción que ella pudiera fomentar.»

Pero vemos en otros textos observaciones que

demuestran la excelente comprensión de la importancia de la novela, y con ella, del género mismo. Amén de un señalamiento incluido en la misma obra[22] en el cual afirma, a propósito de la escena de *la guerra de los dos alcaldes*, que «España no ha salido del ***Quijote***; y todo lo que en él ridiculiza, zahiere o maldice el buen Cervantes, todo se nos presenta todavía en España o en lo que ha sido de España...» comenta en una página de su *Diario,* a propósito ahora de Puerto Rico, lo siguiente:

«Antes que Don Quijote, Sancho ha visto la realidad desnuda: un pueblo de esclavos blancos y de esclavos negros. Estos, envilecidos por la esclavitud social; aquéllos, por la política; los últimos madurando su odio contra los déspotas; los primeros, rumiando su venganza contra sus amos»...[23]

Hostos ha puesto sus ojos donde corresponde, y ha visto cómo el drama esencial del ***Quijote*** es la derrota de los ideales y de las aspiraciones humanistas y democratizadoras del Renacimiento encarnadas en don Quijote y Sancho por el absolutismo político y religioso, medievalista y feudal del siglo XVII. La observación emerge evidente en un comentario que hace Hostos ante los monumentos de Córdoba en el volumen *Mi viaje al Sur*. Luego de transitar por la reforma y la contrarreforma, el Renacimiento, la libertad de conciencia fundada en Norteamérica, las hogueras del Santo Oficio y la expulsión de los judíos y los moriscos, articula Hostos lo siguiente:

«Por aquel tiempo, España decadente, a pesar de la armazón poderosa que aun encubría la impotencia del absolutismo teocrático y monárquico, gemía la pérdida que lloraba el mundo entero, y, con él vacilaba entre los ideales disipados. Cervantes que, como Shakespeare, había sido bastante original para dar a una forma propia más intensidad de pensamiento literario que la hasta entonces concebida al género de la literatura que cultivó, Cervantes había dicho alegóricamente en el ***Quijote*** por

qué camino --la reforma del carácter por la extensión del sentido común--, se iba al ideal que dibujaba el porvenir»...[24]

Caso inopinadamente interesante y distinto es el de Hostos con el teatro. Ello es así porque, de arrancada, Hostos manifiesta sentir favoritismo por este género literario. Ya sea en las páginas que al tema dedica en el ***Tratado de moral***, ya sean otras páginas que exploran la situación del teatro dominicano, o ya sean las páginas que comentan la aparición de ***La cuarterona*** de Alejandro Tapia, su entusiasmo por el género resulta evidente. Hostos destaca su universalidad, en el sentido de que "es el único género literario que está al alcance de todo el mundo"; destaca la sencillez de su cuna de corral, zaguán y toda clase de solares yermos; destaca su desprendida atribución que no reclama como condición *sine qua non* grandes presupuestos y que ha permitido desde Indochina, Siam y la desvalida América, el desarrollo de la imaginación para crear efectos e ilusiones tal como hace hoy --y él aconsejaba entonces-- el *teatro pobre*. Hostos no puede rechazar la posibilidad de advertir la oportunidad que ofrece el teatro para educar, conciente, como se indicó, de la "infalibilidad de su influencia" sobre el individuo y sobre la sociedad[25] .

Si bien, consiste en su convicción, critica al teatro europeo que invierte riquezas en la creación de efectos fatuos, de meros efectos técnicos justificables a su juicio sólo a base de la teoría del arte por el arte, no se le escapa que el teatro de América tiene mejor inclinación de servir a los propósitos de crear una literatura nacional, una literatura ya autóctona, americana. Es precisamente ***La cuarterona*** de Tapia la que le induce a expresar estas reflexiones desde fecha tan temprana como el 1867[26] . A propósito de Tapia, y sin dejar de desaprobar la errónea ambientación de sus obras anteriores, Hostos apunta:

«Entre tanto, celebremos la elección del asunto que

demuestra la posibilidad de un teatro americano con pensamientos, aspiraciones y fines distintos del de Europa, como son distintas la vida, la cultura y la meta de uno y otro continente.»

A todo concluye Hostos con un axioma terminante: «A nuevo escenario, escenas nuevas.»

Para desanudar las desavenencias entre los críticos sobre la teoría hostosiana del arte se requería un poco más de imbricación, y mayor penetración en la complejidad --empero, sin paradoja-- de una expresión de claridades menos evidentes de lo que parece porque tiene mucha tramoya enmascarada y porque baila en una medida no siempre advertida al son de determinadas pasiones. Además, había que evitar buscar donde no corresponde la teoría de la literatura y el arte de Hostos. En lugar de procurar el ***Tratado de moral*** donde, como vimos Hostos sólo pretende enunciar con precisión cómo incide la moral en el arte y la literatura, debió acudirse desde un principio a las ideas sembradas en sus trabajos de crítica literaria. Allí el verdadero rostro de sus ideas se muestra sin el antifaz mediato de sus ideas sobre moral.

3. La crítica de Hostos: los fundamentos

El pensamiento de Hostos no es sólo la resultante de un eclecticismo enciclopédico o un enciclopedismo mestizo: es, además, la resultante de su genio avizor, creador de categoría y de destino. Carlos Rojas Osorio, en su libro reciente, ***Hostos: apreciación filosófica***[27], define las tendencias básicas de la filosofía hostosiana. Acudimos a él por tratarse de uno de los estudios más recientes realizados sobre el tema. He aquí nuestro resumen del mismo, a modo de inventario:

1. Racioempirismo o defensa de la unidad de la razón y la experiencia. La razón, para Hostos, guía todo nuestro conocimiento no sólo en sus formas lógicas, sino también en la ética --cuyos juicios morales no son ciegos e

irracionales, sino guiados por la razón-- y en la función crítica, cuyo principal instrumento es la razón.

2. Positivismo o restricción del conocimiento humano a la ciencia, con su secuela de negación de la metafísica y la religión como verdad, no como sentimiento.

3. Agnosticismo o negación de la razón humana para conocer las causas y principios primeros.

4. Naturalismo o defensa de la naturaleza como origen conocido de las cosas y del saber científico.

5. Realismo, pues el conocimiento tiene como objeto la realidad y no lo fenoménico. Su realismo es empírrico-racional.

6. Etica idealista-personalista. La esencia de la ética hostosiana es la creencia efusiva en unos valores ideales. Como personalidad moral el hombre es un ser de derechos y deberes recíprocos.

7. Humanismo más renacentistas que comtiano, como reconocimiento de la identidad del ser humano.

8. Iusnaturalismo y antimaquiavelismo: la sociedad se establece por necesidad natural del hombre; el estado, por un contrato.

9. Democracia representativa y federalista. Para Hostos la auténtica democracia ha de ser federativa y ha de permear todas las organizaciones menores de la vida social. Su economía política va intermedia entre el crudo capitalismo individualista y el socialismo utópico de entonces. Hostos sólo reconoce como auténtica la propiedad basada en el fruto del trabajo propio y, aunque es un derecho individual, es también una capacidad del Estado que ha de regular el bien colectivo.

Dentro de su propósito inalienable de procurar el bienestar de nuestra América, estas armas del pensamiento hostosiano cumplieron fielmente su misión. Si la postración poscolonial de nuestra América Latina debíase en parte al enclaustramiento secular de su pensamiento que precipitó sus pueblos al aborto y

favoreció su propensión a la devastación económica, social y política de sus comunidades, urgía oponer a las garras escolásticas de su lógica tradicional extranjerizante la fuerza constructiva y regeneradora de un racionalismo de estirpe revolucionaria, enraizado, además, en las convicciones más certeras de la Ilustración. La Ilustración promovió en América la liberación del hombre de su sensación de incapacidad, aventándolo a someter a la crítica más audaz toda creencia, a reconstruir su conocimiento empíricamente a partir de la realidad inmediata latinoamericana, a enlistarse en la cruzada de servir para mejorar la calidad de vida de los pueblos. Dentro de este ejercicio en libertad de la razón que no es agresiva aunque sí sea revolucionaria, la crítica hostosiana, igual que su pedagogía, no tenían otro fundamento: libertar con el auxilio incandescente de la verdad al hombre americano y transformar la precariedad material de su existencia. ¿Qué otra cosa significa la fábula de la pobre escuálida campesina al final de su ensayo magistral *El propósito de la Normal*?

Al establecer esta paridad entre crítica y pedagogía reconocemos que la crítica hostosiana estaba ungida de una misión social irrenunciable de índole docente. Hostos distinguía entre la función de la crítica en los países desarrollados y la función de la crítica en los países *niños*, o países infantes, países que Corretjer llamó *ascendentes*[28]. "El papel de la crítica en los pueblos que se forman --nos dice Hostos-- no debe consistir en retraer; consista en atraer". "Me parecía que a un arte incipiente corresponde una crítica docente", señala en otra ocasión.

En el tejido de estos puntos de partida está la estética hostosiana definida por la tríada de lo verdadero, lo bueno y lo bello; y la crítica, como ejercicio de la razón que procura juicios exactos y que no huye de lo bello ni lo niega, no olvida tampoco el bien social que es norte de sus

pasos. Hostos ha señalado, en lo que corresponde a la crítica de las artes liberales, que

«...hay dos objetos distintos a que encaminarse: uno, el examen de lo bello independientemente de lo verdadero y de lo bueno; otro, el examen de lo bello en cuanto útil a la cultura y al bien de los humanos.»

Y añade:

«Los que cultivan el primer género de crítica contribuyen sin duda al progreso de la sensibilidad humana, que es donde radica el instinto de lo bello, y en ese sentido cumplen el fin de la crítica reparadora, puesto que contribuyen a esclarecer las consecuencias efectivas del arte»[29].

La función de lo *útil* en la literatura, es decir, la definición del valor del arte y la literatura por su función ancilar o instrumental, ya lo hemos discutido en otras oportunidades[30]. Sí importa aquí destacar el hecho de que Hostos ni siquiera niega el valor de la crítica estilística en cualesquiera de sus modalidades. No obstante, advierte que "el segundo género de crítica contribuye de una manera más activa al fin moral"[31], que para Hostos fue el alfa y el omega. Su oposición a la actitud meramente esteticista determina que su crítica --lo mismo que su literatura-- muestre poco interés por el estilo y mucho por la creatividad descubridora.

Son, pues, dos las vertientes instrumentales de que hablamos: la literaria, que puede cumplir o no una función docente; la crítica, que, a su vez, puede asumir o no un carácter docente. Hostos se propuso, con su crítica, develar la dimensión educativa de las obras que estudió porque el arte puede --y debe-- cumplir también esa función. Ese es, precisamente, uno de los fundamentos que definen la literatura y la crítica decimonónicas en Puerto Rico y en toda Hispanoamérica. Uno de nuestros primeros críticos literarios, el puertorriqueño Manuel Fernández Juncos, avaló el criterio docente que Hostos le

impartió a su crítica en sus propios escritos[32]. Así, aunque Hostos alegase en alguna ocasión que, tal como son hoy, ni la poesía ni la literatura --en general-- son educadoras, podía no obstante elogiar a Goethe, Leopardi, Byron y Hugo porque en su opinión, precisamente, reformaron la poética al incursionar en la realidad como debe hacerlo un arte docente, un "arte libertador".

Recordemos, por otra parte no distante, que Hostos vivió con un sentido de urgencia extraordinario, presente en su vida desde 1866, cuando a los 27 años se preguntaba: "¿Es tiempo todavía de ser hombre?"[33] Más aún: Hostos, como Martí, vieron una dicotomía entre el acto y la palabra. Aquella curiosa expresión de Martí en el prólogo a sus ***Flores del destierro*** que alude a la "expresión" como "hembra del acto", ya había alcanzado en Hostos formulación axiomática desde 1873 cuando, en el prólogo a ***La peregrinación*** afirmaba: "Las letras son el oficio de los ociosos o de los que han terminado ya el trabajo de su vida"[34] . En la obra de Hostos, aún más que en la de José Martí, todo --y sobre todo su palabra-- quedó subordinado al imperativo de actuar, efectivamente, en aras de disolver toda injusticia. "Bien concebido, bien intentado"[35] ha sido uno de los principios que determinaron toda su *praxis*.

Si Hostos, finalmente, se mostró en algún sentido idealista con la literatura y el arte, fue porque era capaz de imaginar lo ideal y de definir el deber del arte; si se mostró, por otra parte, realista, fue porque conoció y reconoció la realidad objetiva del arte y de sus obras. Pero el ejercicio real de su vida, su *praxis* concreta, lo llevó indefectiblemente a intentar llevar la realidad hasta lo ideal que concibió, tal como hizo consigo mismo. En esto último no hay ni idealismo ni realismo: sólo la ígnea roca de una revolución.

4. La obra crítica de Hostos

La crítica de Hostos era, pues, del todo desusual e inesperada. ¿Cómo, sino, considerar las páginas solares de su *Hamlet* o de su *Plácido*? Apenas empieza éste último Hostos observa:

«Bajo el pie de la coacción lucha el cohibido, y del contraste entre la fuerza vencedora y el derecho no vencido, surge la vocación poética de la sociedad, hecha carne, hecha hueso, hecha hombre, hecha individuo en el poeta lírico»[36].

El maestro Pedro Henríquez Ureña observó en varias ocasiones el magisterio de Hostos sobre el escritor y crítico de águila y sol que fue Martí. Y ello a propósito precisamente del *Plácido*. Don Pedro llega a decir lo siguiente:

«Entre los escritores modernos de la América hispánica, Martí leyó ciertamente a Hostos y a Montalvo, a cuyo linaje espiritual pertenece. El ensayo de Hostos sobre Plácido, comparado con una página de Martí en su madurez adolescente, es como un cuadro de Tintoretto que anuncia al Greco»[37].

Este tomo recoge ocho de esos trabajos suyos de crítica sobre poetas; cuatro sobre teatro; dos sobre narrativa; tres sobre artes plásticas; cinco sobre música. Vemos en ellos el heterogéneo descubrir de presencias que se captan sólo con el instrumento del genio. Su crítica excede el procedimiento descriptivo y estilístico hasta negarlo. Su crítica es la lenta revelación de los trasfondos que determinan la estructura. La estructura de la obra de ficción de Hostos está generada desde dentro: las urgencias del contenido esculpen, desde el fondo, las formas. Así, la crítica de Hostos busca los vectores invisibles de la profundidad generadora en la sicología del arte, en la sociología del texto, en los agentes todos implicados en el resultado interdisciplinario como una radiografía. Cuando los factores políticos, morales,

sicológicos y sociológicos no fueron suficientes, su exégesis examinó también los efectos linguísticos, sensoriales y estéticos. Rufino Blanco Fombona ya había advertido lo siguiente:

«En sus trabajos exclusivamente literarios se descubre la inclinación a la frase mórbida, coloreada, voluptuosa. De los poetas habló en frases de poeta.

«Se comprende que siente la poesía con intensidad. La explica buceando en el corazón de los *aedas* y extrayendo la perla de hermosura. Pero como le asiste constantemente una idea de mejora humana, a veces, para explicar la perla, estudia el mar»[38].

No olvida Hostos lustrar --románticamente-- los quilates de la poesía en *Armonías*, buscando más que al hombre (Ventura Ruiz Aguilera) al poeta. En *Guillermo Matta* busca, en cambio, al hombre que es su amigo, mientras advierte que la educación literaria no conviene a la América Latina, porque está urgida de cultivar la razón para reconstruirse. En *Carlos Guido Spano* Hostos hace un esfuerzo explícito por separar al hombre y al poeta, para analizar ambos. Como se ve, los títulos de sus trabajos delatan su pretensión de destacar a los autores como seres humanos y no las obras, como otras modalidades críticas prontas a enajenar al autor de sus obras. Es en este trabajo sobre Guido Spano, donde improvisa una curiosa fórmula de un programa temático ideal para la poesía latinoamericana de 1874, seguramente revelador:

1. sondear en el pasado para alborozarse con el triunfo de la razón, la ciencia y la conciencia;

2. sondear el porvenir para anticipar las glorias futuras de los dos continentes;

3. descender al abismo del coloniaje para oponerle la esperanza de la independencia;

4. buscar inspiraciones fuera de los enclaves coloniales donde se refugió el carácter de la patria;

5. indagar en la entraña americana la causa de la visión nuestra de una libertad más racional y democrática que las europeas;

6. tratar de encontrar los planos para las reconstrucciones nacionales entre los materiales toscos de nuestra realidad;

7. amar el sufrimiento de la mujer menospreciada y el deber de libertar su conciencia y su dignidad;

8. acariciar el deber de educar y dirigir hacia la libertad la razón naciente en los niños;

9. cantar la redención por el trabajo;

10. cantar a la familia que representa el porvenir y la libertad del continente;

11. interpretar nuestra naturaleza característica y vigorizante.

Parte considerable de ese *programa* parece haberlo encontrado en la biografía crítica de *Plácido*, el poeta cubano Gabriel de la Concepción Valdés, que le sirve a Hostos para realizar un proyecto maestro: a través del análisis sicológico y sociológico de los poemas, lograr la imagen política y moral más veraz de la deprevación del coloniaje español en las Antillas.

En *Soledad* hace el elogio primerizo del que sería uno de los poetas más importantes de la República Dominicana (Gastón Deligne). Además, advierte sobre el carácter docente que ha de tener la crítica en los pueblos-infantes, o niños, o ascendentes. Por eso nunca, aconseja Hostos sobre este particular en *El argumento de Bartrina*, debe seguirse dócilmente a la Europa ajena. En *Poesías de la señorita Perdomo* se ocupa de los aspectos formales. En *Salomé Henríquez Ureña*, de la mujer heroica más que de la poetisa, ya que estas palabras las pronunció en el aula tras conocer el inesperado deceso de su gran amiga dominicana. En *Lo que no quiso el lírico quisqueyano* (a propósito de José Joaquín Pérez) Hostos muestra su curiosidad por la identidad que ve entre el oído

hispánico y el metro octosílabo del romance.

El teatro, como hemos señalado, fue una de sus muchas pasiones. No sólo fue dramaturgo consistente con seis títulos a su haber[39], también apadrinó una tentativa de teatro nacional dominicano con la *Nenería de la Cumbre*, esfuerzo que él confiesa en su artículo *De teatro nacional*[40] y que le reconoce la historia de la literatura del país hermano[41]. La crítica del teatro pone en evidencia la fascinación que sentía Hostos --no por el autor, sino-- por las obras --y particualarmente los personajes-- de Shakespeare. De los cuatro trabajos sobre el género, tres versan sobre el autor inglés. Para Rufino Blanco Fombona,

«Nada existe en castellano hasta ahora, a propósito del *Hamlet*, que pueda parangonarse con la obra de Hostos. Nada que se le acerque. El crítico americano desmonta la maquinaria del inglés formidable; estudia, analiza, disocia los caracteres antes de presentarlos en acción. Nadie, ni Goethe, comprendió ni explicó mejor el genio de Shakespeare, ni el alma de Hamlet. Voltaire, tan perspicuo siempre; ¡qué pequeño luce junto a Hostos cuando ambos discurren a propósito del dramaturgo británico! Moratín, ¡qué microscópico! ¡Qué palabrero y lírico Hugo»[42].

Tanto en *Romeo y Julieta* como en el *Ensayo crítico sobre Hamlet* Hostos muestra su sabiduría en el campo de la sicología. Ello es indispensable porque, a su juicio, en Shakespeare "la estética responde a la sicología". Carlos Rojas[43] ha explorado este aspecto del saber hostosiano casi olvidado que bufa sus truenos por estas páginas. Contrariando la noción huera extendida sobre lo que es salud mental, Rojas encuentra en Hostos la idea central según la cual el sentimiento y la conciencia del bien no necesariamente se tienen que someter a la razón de la realidad, sino a la inversa.

«Es posible para el hombre honesto --apunta Rojas-

- el combate mediante el cual se empeña en enfrentarse a la realidad no para ceder a sus requirimientos sino para impulsar su transformación a la luz de los más nobles ideales del bien y lajusticia»[44].

En este punto, Hostos y Hamlet intercambian sus rostros y nos descubren la verdadera urdimbre de lo trágico.

Estos estudios hostosianos sobre el teatro desbordan la mera crítica de los personajes hecha en diálogo con Goethe y Leandro Fernández de Moratín: el análisis ausculta la estructura, el fondo filosófico, los monólogos y los diálogos, los aspectos sicosociales. En el *Rossi en Hamlet* le añade Hostos al análisis las dimensiones propias de una representación. Hostos se fija en la adecuacidad de la traducción, en algunos efectos, en la actuación, y en la verdad de la representación en relación con la verdad del texto.

Entre los artículos sobre arte destaca *En la Exposición*. En este trabajo Hostos improvisa una teoría estética coherente que no admite las confusiones que causan sus páginas sobre el tema en el ***Tratado moral***. Puede comprobarse aquí que la tríada hostosiana de lo verdadero, lo bello y lo bueno que hemos comentado no tolera la simplificación que se le atribuye a las ideas estéticas de Hostos que, por demás, poseía una considerable cultura, incluso musical. Hagamos un breve inventario de los axiomas formulados *En la Exposición*:

•El arte es indiferente a la moral, porque el arte verdadero no puede ofender nunca a la moral. El arte es esencia como es forma, y en el arte, como en la realidad que reproduce, la forma es contenido de una esencia: divorciar la esencia de la forma, la forma de la esencia, es despreciar el arte.

•Hay un pecado de injusticia en juzgar con el criterio de la moral absoluta un efecto de arte.

•Enemigo del error como es el arte, yo no he podido

considerarlo nunca como hecho individual y tengo una irrefrenable propensión a contemplarlo como fenómeno social.

•Sentimiento, voluntad, entendimiento, son fuentes de belleza, de bondad y de verdad, y de ellos nacen el arte, la moral y la ciencia [...]. Desarrollar su sentimiento, su voluntad, y su entendimiento es perfeccionarse; por eso a todo paso, a todo adelanto, a todo perfeccionamiento de la humanidad corresponden florecimientos del arte, de la moral y de la ciencia.

•La estatuaria y el politeísmo eran solidarios: muerto el politeísmo, la divinización de la forma humana debía ceder su puesto a la divinización mística de las virtudes impalpables y a la casi divinización de la razón, que impalpable en sí misma como la virtud inmaterial, ha creado, como ésta, formas de arte más completas, más varias, más espirituales.

•Lo bello es buscado y es amado hasta por lo que es diforme y horrible. La naturaleza y la humanidad hacen lo mismo: buscan y engendran los contrastes para producir la belleza y la armonía. Idéntico procedimiento es el del arte.

•Si la naturaleza a simple vista tiene poca afición a la geometría, el arte tiene horror a las formas repetidas.

•Hace ya tiempo que ando buscando por América latina un poeta que cante con alma americana nuestros dolores y placeres, nuestras alegrías y tristezas, nuestras esperanzas y nuestros desalientos, nuestro pasado y porvenir, y es cosa extraña que el poeta más latinoamericano que conozco sea un pintor. Los americanos imitadores (buenos y malos) de los líricos europeos se van a Europa hasta cuando quieren cantar a América.

•Pero como el arte es la libre e individual interpretación de la realidad, ya sea ésta humana y subjetiva o natural y objetiva, la facultad inventiva se alía únicamente con la realidad, y no consiste en prescindir de

ésta, sino en completarla verosímilmente con los complementos estéticos que lleva el artista en su fantasía, en su modo peculiar de sentir y de expresar lo bello y en el conocimiento que tenga de las leyes generales de la naturaleza o del espíritu y en la forma original propia suya, que da a las verdades observables y observadas.

•El miedo a la libertad de conciencia, que es una de nuestras tristes herencias de la educación colonial, hace que pueblos e individuos de América latina, satisfechos del derecho escrito de creer libremente, no lo practiquen.

5. Conclusión

Hostos nos ofrece en cada crítica algo más que una radiografía que penetra hasta la armazón oculta de las obras o de los autores que examina. Su expresión es presa viva, definida lo mismo por la precisión de su lógica implacable que por la vitalidad de su corazón impetuoso. Esta humanización resultante de la palabra que se indigna, palpita y se desangra, es un valor estético casi nunca reconocido en su literatura.

Asombra encontrar tan vivo al hombre que fue Hostos entre estas páginas que con tanta frecuencia y audacia le sirvieron de pretexto, no para explicar al *otro*, sino para explicarse a sí mismo. Es una constante esa fuerza radiante de la interioridad hostosiana, que no es, por otra parte, exclusivamente suya. Cada página es, ciertamente, una encarnación de sí mismo, pero acompañado de toda su recua incandescente de destino. Hostos identificó su espíritu de tal forma con la suerte y el porvenir de las Antillas, que no podemos comprender a Hostos sin examinar --como él hizo con Plácido-- las penurias del Caribe intervenido. Como Moisés, vivió cara a cara con los dioses de su martirio, y sintió toda su vida sobre su pecho la garra helada de su aliento colonizador. ¿Por qué entonces deben extrañarnos esas certidumbres suyas -- confundidas en demasía con la docencia-- que son la

medida más exacta de su voluntad deicida, de su linaje urayoán?

No le faltaba razón a Francisco Manrique Cabrera cuando apuntaba que Hostos "cuidaba demasiado de vivir al exacto nivel de sus palabras". Su palabra nos da, pues, la medida del hombre, y la medida del hombre que se ofrenda a su videncia es la del profeta de una epifanía continental. José Ferrer Canales afirmó en los actos del sesquicentenario que Hostos era "el heraldo de un porvenir de justicia aún no alcanzado". Su palabra es el augurio que inaugura en sí el imposible que construye. Es el testamento de una consagración que se atrevió a quemar las naves y a enfrentar la inmolación. Es la predicación de un hado sin la fortuna de Martí, de un hado que no obstante su fardo de tragedia y obstinadas videncias, venció en sí y venció de sí al forjar para nosotros lo que a nuestra luz de autopsia es un imposible, y al sostenerlo incorruptible e inmaculado, para nosotros, hasta su muerte.

Notas

[1] Véase, *Hostos, el escritor, o el augurio imperioso de América*, en ***Obras completas de Eugenio María de Hostos*** (Edición crítica). San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1990, 1.2. [Aparece también en este volumen.]

[2] *Hostos, ciudadano de América*. En ***Obras***. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

[3] ***Eugenio María de Hostos: ensayista y crítico literario***. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

[4] ***La crítica literaria en Puerto Rico: 1843-1915***. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1980.

[5] ***Eugenio María de Hostos: antillanista y ensayista***. Madrid: Seminario de Estudios Americanistas, Facultad de Filosofía y Letras, 1959.

[6] ***The inner pilgrimage of Eugenio María de Hostos, as seen through Bayoán***. Tesis doctoral presentada en 1976 en la Universidad de Nueva York.

[7] Oraa publicó, además, ***Hostos y la literatura*** (Premio Siboney 1981). Santo Domingo: Editora Taller, 1981.

[8] *La crítica literaria en Hostos.* En, ***Sin Nombre*** (San Juan), III. 4, de abril a junio de 1973, 23-29.
[9] ***O.C.***, XIV, 103.
[10] ***O.C.***, XVI, Cap. XXXII, *La moral y el arte*, 254.
[11] Carlos Rojas, ***Eugenio María de Hostos: apreciación filosófica***. Humacao, Puerto Rico: Colegio Universitario de Humacao (UPR) y Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1988, 61.
[12] ***O.C.***, XI, 45-46.
[13] Hostos alude precisamente a la sátira de esta costumbre hecha por Cervantes en ***El Quijote*** (***O. C.***, XVI, 261).
[14] ***O.C.***, XVI, 262-263.
[15] Véase, sobre este particular, nuestro prólogo al Vol. 1, tomo 2 de las ***Obras completas de Eugenio María de Hostos*** (Nueva edición crítica). *Op. cit.*
[16] ***O.C.***, XVI, 267.
[17] En, *El periodismo en Puerto Rico*, ***Obras,*** San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970, II.
[18] En, ***La literatura en periódicos y revistas de Puerto Rico, siglo XIX***. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1987.
[19] En, Otto Olivera, *Ibid.*, 146.
[20] *Ibid.*, 146.
[21] En, ***O.C.***, XVI, 261.
[22] *Ibid.*, 318.
[23] Tomo I, 273-274.
[24] Tomo VI, 281.
[25] ***O.C.***, XVI, 268.
[26] ***O.C.***, t. XIV, 75-76.
[27] *Op. cit.*, 106-109.
[28] *Cenitales y ascendentes.* En, ***Poesía y revolución***. Río Piedras, Puerto Rico: Quease, 1981, 84-87. Hostos expone esta idea continuamente. Véase también el último fragmento (XII) de *En la Exposición.*
[29] En el volumen de **Crítica** (XI) de las ***Obras completas*** del 1939, hay un trabajo de Hostos titulado *Crítica general,* indispensable para entender las ideas de Hostos sobre este particular.
[30] Véase nota 1. Véase, además, de Marcos Reyes Dávila y María del Carmen Currás, ***La tierra prometida*** *(Antología crítica de literatura puertorriqueña: 1493-1898)*. Hato Rey, Puerto Rico: Borikén Libros, 1986, 551 págs.
[31] Hostos, *Op. cit.*, 25.
[32] *Ibid.*, 261.
[33] ***O. C.***, 1, 24.
[34] ***O.C.***, VIII, 14.

[35] ***O.C.***, VIII, 8.
[36] ***O.C.***, IX, 7.
[37] ***Las corrientes literarias en la América hispánica***. México: Fondo de Cultura Económica, 1978, 167; y , ***Obra crítica***. México: Fondo de Cultura Económica, 1960, 677.
[38] ***América y Hostos***, Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, 1839-1939. La Habana, Cultural, 106.
[39] Además de las cuatro obras que aparecen en el tomo 2 de este volumen, hay que añadir *El naranjo* y *La enfermita*, perdidas.
[40] ***O.C.***,XIV, 130-138.
[41] Véase: ***Panorama del teatro dominicano***. Santo Domingo: Teatro Gratey, 1984, 1, 212.
[42] *Op. cit.*
[43] *Op. cit.*, 75-86
[44] Rojas, *Op. cit.*, 86.

Las nuevas *Obras completas* de Hostos son, en efecto, obras nuevas

La afirmación contenida en el título de estas líneas podría parecer, aún desde un primer plano, una paradoja irresponsable cuando no una de esas falacias infladas de la publicidad. Lejos de ser así, la novedad anunciada adquiere un valor absoluto cuando la consideramos aten-

---

* En el año 1994, tras la renuncia de Julio César López a la dirección del Instituto de Estudios Hostosianos (IEH), la Junta Asesora del IEH, representada por Julio César López y José Ferrer Canales, le recomendó al entonces rector, Efraín González Tejera, nuestro nombramiento en propiedad para cubrir la vacante. Si bien fue nuestra intención continuar el trabajo de López, nos fue imposible no someter a nuestro juicio propio algunas de sus disposiciones, entre ellas las concernientes al proyecto de las obras completas. Entre las determinaciones que tomamos, estuvo la incorporación de un tomo que recogiera los trabajos de Hostos en pro de una de las ideas que más claramente caracterizan su pensamiento: la lucha por la confederación de las Antillas. Tras nuestra salida de la dirección, se determinó regresar a la definición original del proyecto. Como parte de nuestra gestión, además, reiniciamos la publicación del boletín del IEH llamado ***Bayoán*** *(Nueva Época)Núm. 2.* Este trabajo se publicó en el 1994.

tos a los numerosos elementos combinados por primera vez en este nuevo proyecto que realizamos. Aunque estos elementos en verdad fraguan en esta edición un producto insólito, una primicia que en su conjunto es inédita, no han logrado sin embargo sacudir la idea prevaleciente de que la nueva edición de las obras de Hostos que prepara el Instituto de Estudios Hostosianos (IEH) es todo lo contrario: sólo una reimpresión de las ***Obras completas*** publicadas en el 1939.

Tal vez algunos de los títulos hasta ahora publicados —***La peregrinación de Bayoán, Tratado de Sociología, Diario, Ciencia de la Pedagogía, Cuento. Teatro. Poesía. Ensayo***—, títulos muy próximos a los conocidos, hayan contribuido a popularizar la imagen errónea. Lo cierto es que el proyecto concebido por Julio César López —primer editor-jefe de esta edición y director fundador del Instituto de Estudios Hostosianos— estuvo imbuido desde su germinación por una concepción tan radicalmente dispar a la edición existente que tuvo dificultad para ser aceptado por la familia de este apóstol de la libertad creadora, este profeta de la antillanidad.

Podemos resuminar la radical originalidad de esta edición en siete instancias. La primera es que esta edición ha redefinido los tomos que componen el conjunto a partir de conceptos de mayor interés y relevancia en el contexto actual, pero tomando en cuenta la propiedad y la coherencia de sus contenidos. El producto ha sido una rearticulación del pensamiento de Hostos generadora de nuevos frutos, de derivados no contemplados en la edición de 1939 sino de forma atomística o tangencial. Volúmenes como el de ***Literatura, Europa, América, Educación, Derecho, Filosofía, Idioma*** o ***Geografía*** son prueba fehaciente de ello.

En segunda instancia: se han relocalizado los materiales incluidos en los distintos tomos de la edición de

1939 para que correspondan a la redefinición señalada en primer término. De esta manera la fragmentación de los temas cardinales de la obra hostosiana queda anulada en un cuerpo de textos asociados, de intertextualidad evidente, en trabazón de referencias mutuas, del cual brotarán efervescentes tomos imprevistos. Así, por ejemplo, tomos tentativamente titulados ***La idea de América***; ***La lucha por la Las Antillas***; ***Puerto Rico (Madre-Isla) I***; ***Puerto Rico (Madre-Isla) II***; o el ya publicado ***Ciencia de la Pedagogía***.

En tercera instancia, esta edición se anuncia como «crítica». Con ello se quiere aludir a varias cosas. Una de ellas, es que trae numerosas anotaciones de interpretación, de identificación de alusiones y referentes, de señalamientos bibliográficos y biográficos, de cotejo de versiones y estudio del texto, de probables o indudables fuentes, de contexto histórico. Estas anotaciones son un auxilio de valor inapreciable para el lector de hondo calado.

Otra de ellas, es que esta edición ha revisado cuando ha sido posible los textos de la edición el 1939 con las ediciones originales, con manuscritos de Hostos o con otras ediciones para producir el texto más fiel posible a Hostos. El resultado ha sido el descubrimiento de omisiones, sustituciones y adiciones, de diferencias casi innumerables en muchos casos. Esto, a nuestro juicio, es por sí mismo una cuarta instancia.

Otra, vinculada también al concepto de edición crítica, es que cada volumen —y muchos tomos dentro de cada volumen— trae un estudio preliminar preparado por un especialista de reputación reconocida en el tema. Estos estudios enmarcan el área temática discerniendo desde una perspectiva diacrónica o extemporánea, enriquecida con los desarrollos más recientes de cada disciplina intelectual, los aspectos más imperecederos de la obra hostosiana, a la vez que aclaran sus lagunas ocultas, los

derivados superados por nuestras actuales certidumbres de época, los secretos amordazados.

Además, sexta instancia, cada tomo trae una serie de índices que facilitan el cotejo de toda referencia. Un índice de contenido, un índice de materias, un índice onomástico, un índice de toponímicos, un índice de títulos, y un índice de ilustraciones, facilitan la consulta rápida y le imparten a los textos una nueva herramienta de indudable valor pedagógico.

Empero, la novedad probablemente más importante sea la incorporación a las ***Obras completas*** de centenares (1) de textos virtualmente inéditos, publicados algunos en periódicos españoles, chilenos, argentinos, peruanos, principalmente; (2) de manuscritos nunca publicados; (3) de borradores de trabajos publicados o nunca publicados. En algún caso hay un texto singular como la novela ***La tela de araña***; o un tomo inédito del ***Diario*** escrito en francés. De esta manera, las ***Obras completas*** del 39, que quedaron incompletas pocos años después con la aparición del llamado «volumen XXI» editado por los hijos de Hostos con el nombre de ***España y América***, figurarán mucho más completas, confiablemente más, no empece el hecho de que, a pesar del esfuerzo por localizar todos los textos originales y manuscritos de Hostos dentro y fuera de Puerto Rico, al día de hoy ha sido imposible dar con parte considerable de los originales utilizados en la edición del 39 para realizar el cotejo necesario, y ha sido también imposible localizar algunos remanentes aislados nunca incluidos, de cuya existencia sabemos.

Las tareas descritas constituyen una misión permanente del IEH. Confiamos que cuando el presente proyecto culmine con dos tomos de índices y bibliografía, las ***Obras completas*** *(edición crítica) de Eugenio María de Hostos* que preparamos sean todo un acontecimienyto cultural de valor inmarcesible, un homenaje singular, casi único, dentro del ámbito cultural no sólo hispanoamericano, sino universal.

Hostos según Ruano

Podría pretender que escribo estas líneas sólo como un puertorriqueño orgulloso de las «luchas emancipadoras» de una legión bicentenaria de forjadores de la nacionalidad puertorriqueña; podría pretender que escribo sólo como un historiador y crítico de la literatura puertorriqueña, o como un creyente en el derecho de autodeterminación de los pueblos, o como un estudioso de la obra de Hostos, o sencillamente, como director del Instituto de Estudios Hostosianos. No lo hago porque no creo que podamos fragmentar de esta manera nuestra conciencia, y porque de todas formas el producto final sería muy parecido. Quiero aclarar, no obstante, que esta respuesta que creo necesario publicar acerca de la obra del profesor Ruano, sale en efecto de la mano del director del Instituto de Estudios Hostosianos (IEH), pero no es una respuesta «oficial» del Instituto, porque en realidad sólo soy un colaborador en una tarea de investigación que involucra a muchas personas con las cuales no he discutido aún los méritos de esta controversia.

Digo «controversia» porque me propongo hacer unos comentarios en torno a algunos puntos de vista que sobre

---

* Publicado en ***Bayoán*** *(NuevaÉpoca)*, número 2 (1994).

Hostos ha venido publicando Argimiro Ruano, profesor del Recinto Universitario de Mayagüez, autoproclamado «desmitificador» «del mito biensonante» que sobre «Eugenio María Hostos» —como quiere él llamarle—, han construido a pesar de Hostos mismo, un grupo, tal vez algo nutrido, de estudiosos de su obra. Me decido a publicar estas observaciones por varias razones. Entre ellas, porque rechazo la insidia y la soberbia de quien carece de méritos y de pruebas para sostener muchas de sus alegaciones; porque Ruano parece tener éxito relativo al embaucar con su fraude crítico a algunos puertorriqueños de reputación connotada, que de alguna manera patrocinan sus publicaciones; porque he sido reiteradamente aludido y difamado por el señor Ruano; y porque creo tener alguna responsabilidad ante el país, como miembro del Instituto, de aclarar inuendos infundados.

La obra del señor Ruano sobre Hostos parece haber sido incitada por los preparativos para la celebración del sesquicentenario en el 1989. Quiso participar en el proyecto de conferencias, informando su disponibilidad para hablar sobre Hostos, el revolucionario. Aunque no sabemos si llegó a dictar esta conferencia ni si la publicó, sí sabemos de su libro *Hostos según Hostos* (1988) y de algunos artículos suyos aparecidos en revistas en los que, al juzgar por títulos y contenidos, además de afanes daba ya muestras inequívocas de una superficialidad supina. (En *Atenea* —RUM, Año X, 1-2, 1990—, por ejemplo: *Sobre la cara de Hostos y La Borinqueña.*) El libro fue abandonado una tarde en las oficinas del IEH por Josemilio González, tan indignado que se negó a depositarlo en un rincón de su casa. Una reseña de este libro escrita por el Dr. Carlos Rojas Osorio, autor de un importante libro titulado ***Hostos: apreciación filosófica***, aparecido en esos años (1988), fue publicada en un número monográfico dedicado a Hostos de ***EXEGESIS***, revista del Colegio Universitario de Humacao, esa «pu-

blicación universitaria del este», como la llama el señor Ruano, quien evasivamente rehúsa llamar por su nombre a las personas y las publicaciones que injuria. Las observaciones de Rojas fueron recibidas por Ruano con inusitada acritud. Comparto las observaciones que sobre esta obra de Ruano hace el Dr. Rojas, por lo que no regreso sobre mojado.

De momento me preocupa la controversia que Ruano ha querido generar en torno a sus expectativas frustradas de beneficio personal a partir de su edición precipitada de ***La tela de araña***, y a numerosas afirmaciones que sobre Hostos hace el señor Ruano, tanto en el prólogo y notas de esta novela como en su ***Biografía de Hostos***, cuyos primeros dos tomos hemos tenido oportunidad de examinar.

Con la alusión a las frustradas expectativas personales de Ruano quiero referirme a su solicitud —de fines de 1991— de la Cátedra de Honor Eugenio María de Hostos que otorga el Presidente de la Universidad. Ruano insiste en acusar al Instituto de Estudios Hostosianos de haber interferido en la concesión a él de esta Cátedra. La verdad es que el Instituto de Estudios Hostosianos no tenía —hasta que asumí la dirección del IEH hace unos meses—relación alguna con el comité asesor que evaluaba las candidaturas. La verdad es que el entonces director del Instituto de Estudios Hostosianos, Julio César López, **nunca** formó parte de este Comité, **nunca** participó en reunión alguna del mismo, **nunca** realizó gestión alguna ante dicho Comité, ni dicho Comité consultó **nunca** al profesor López sobre los méritos de las propuestas de investigación presentas a evaluación. Si el profesor Ruano propone obrar como caballeros, debería ofrecer inmediatamente una disculpa pública al profesor López.

Las circunstancias en las cuales se dilucidó la propuesta del señor Ruano no son públicas. Las deliberaciones del Comité se realizaron exclusivamente entre sus

miembros, por lo tanto, ignoro cómo puede hablar el señor Ruano con tan absoluta certeza sobre lo discutido en su seno. Ignoro también si tuvo acceso y oportunidad de evaluar las otras propuestas presentadas. No creo necesario explicar por qué pienso que de haber tenido esta última oportunidad el señor Ruano sería totalmente incapaz de emitir un juicio imparcial. Los exabruptos emitidos por el señor Ruano a propósito de este asunto lo incapacitaron para asumir la Cátedra con la dignidad intelectual y el temple maduro que a mi juicio es consubstancial con la posición. De ello guardo en mi archivo pruebas fehacientes. Empero, ante mi consideración personal obraron otra serie de elementos, como lo fue, en efecto, su irresponsable edición de ***La tela de araña***, su pretensión de apropiarse infantilmente del texto, su negativa a colaborar con la reiterada oferta del director del IEH para transcribir, editar y publicar este libro, su negativa a revelar dónde se encontraba el documento, negativa que obligó al IEH a realizar su propia investigación hasta dar con el mismo. (El señor Ruano admite, punto a su favor, 924 errores de transcripción en un texto de 229 páginas.) Obró considerablemente, además, no su inerte autoproclamación como desmitificador de Hostos, sino las teorías descabelladas y la alquimia afiebrada que elaboró entre revanchismos decimonónicos sobre Hostos.

El señor Ruano se ilusiona pensando que sólo él ha realizado una labor encomiable a propósito del sesquicentenario de Hostos. Inflando la indudable importancia que tuvo el descubrimiento de esta novela, pasa por alto que el IEH ha rescatado centenares de piezas no incluidas en la edición de las ***Obras completas*** del 1939, algunas de ellas totalmente inéditas. Pero como el señor Ruano se ha negado siempre a aceptar la ayuda o a utilizar las facilidades del IEH —que ha brindado auxilios innumerables sin mirar a quien porque ésa es una de sus funciones medulares: auxiliar y fomentar la investigación y

el estudio de la obra de Hostos—, no ha disfrutado de usufructos.

Por eso resulta grotescamente incomprensible su aseveración en el sentido de que el IEH debió aconsejar al Comité de Consulta que, de otorgársele la Cátedra, Ruano seguramente brindaría de esta forma al IEH el manuscrito de ***La tela de araña***, o que dada su posesión exclusiva del manuscrito, el IEH debía recomendar que se le facilitara a Ruano la manera de editarlo y publicarlo. Además de las razones ya anotadas, ese manejo de la obra de Hostos hubiera podido interpretarse sin violencia como una forma de soborno de la cual jamás seríamos parte. Es inconcebible, por otra parte, que se pretenda que el IEH renuncie a su deber inalienable de realizar sus propias investigaciones y a realizar su propia edición —autorizada— de ***La tela de araña*** —volumen I, tomo IV de las ***Obras completas*** de Hostos, Edición crítica—, como lo hará en fecha cercana.

Los trabajos sobre Hostos del señor Ruano testimonian claramente su gran capacidad de trabajo y su interés sin mengua en Hostos. Indudablemente Ruano ha considerado y explorado una considerable cantidad de aspectos de la vida y obra del autor mayagüezano. Es innegable, además, que sus obras exponen vertientes de gran interés, muchas de ellas poco consideradas, con novedosas aportaciones otras. Pero de ello a afirmar, como lo hace en su ***Biografía de Hostos*** —I, 42—, que su biografía debe tener «prioridad» sobre los veinte tomos de las ***Obras completas*** de Hostos de 1939, hay un universo de soberbia. Como éste último, podríamos hacer un inventario innagotable de exabruptos intelectuales del señor Ruano que resultan intolerables. Enlistemos algunos de ellos:

1. Ruano sostiene insistentemente que su obra sobre Hostos es la única —o casi la única— aportación novedosa que produjo el Sesquicentenario, porque lo más

de lo producido es el recitatorio de los forjadores de su mitología, la obra de los «relacionistas públicos» del «mito biensonante».

2. Ruano sostiene que la obra de Hostos no mereció otra cosa que la oscuridad y el olvido, y que si en alguna medida ha salido a la luz, ha sido gracias a los «inventores» del mito de Hostos. Entre ellos, los propios hijos de Hostos, José Balseiro, Gabriela Mistral, Juan Bosch, José Ferrer Canales, Antonio S. Pedreira, Julio César López, y muchos más. En su ***Biografía de Hostos*** (I, 32.) señala Ruano: «En realidad su vigencia bibliográfica fue modesta, y, de hecho, es necesaria la tarea constante de que la oscuridad no acabe con él después de muerto, como le dio tanto que hacer estando vivo.» Añade poco después: «Se parte de que Hostos no se ha impuesto, ni se impone, por sí mismo; de que hay que darlo a conocer». (34)

3. Su interpretación de ***La tela de araña*** adolece de los mismos dos males fundamentales de su obra de interpretación en general. El primero, es una incapacidad profunda para distinguir la biografía de la ficción novelística, es decir, un empeño ciego por interpretar literalmente como biografía las páginas de sus novelas. El segundo, es una incapacidad para leer e interpretar críticamente los diarios de Hostos, a pesar de los esclarecidos trabajos escritos sobre el tema, particularmente los de la Dra. Gabriela Mora.

Ruano se resiste a aceptar que la ficción novelística no puede ser considerada reflejo mecánico y sin distorsión de la biografía, lo que no quiere decir que nosotros neguemos que exista relación en absoluto. A su juicio, ***La tela de araña***, sometida a concurso según parece en el 1864, puede dar margen a anotaciones como las siguientes: si en el texto un personaje exala humo de tabaco, Ruano anota al calce: «Eugenio María es, desde joven, fumador habitual. Es también excesivamente adicto al café. Al dinero que gasta en eso, tiene que sumar el

que le cuestan las medicinas para aliviarse de los cólicos por su adicción. Lo consigna en sus *Diarios* ***dos años*** más tarde» (***La tela de araña***, 57); si en el texto de una novela se habla de maldecir, es suficiente para que Ruano anote: «En los años que le aguardan, también Eugenio María maldecirá más de una vez» (63). Ruano no tiene reparos en señalar como verdad matemática sin residuo: Bayoán=Hostos. Tampoco cree necesario matizar que si Hostos describe en ***La peregrinación de Bayoán*** a un padre, la descripción para Ruano es, *ipso facto,* la imagen fiel y exacta que Hostos tiene en su conciencia de su propio padre.

Sobre el segundo mal de Ruano habría que destacar que éste hace una interpretación muy literal y poco contorneada de las declaraciones de Hostos en el ***Diario***. Parece Ruano creer que es el primer lector de sus intimidades, porque parece ser el primero en extraer de su lectura interpretaciones tan poco reflexivas. Para Ruano, los diarios de Hostos reflejan un ser atormentado, indeciso, titubeante, soberbio, egoísta, incapacitado, lleno de remordimientos. Para Ruano, Hostos es un personaje sin mayores méritos intelectuales que fue incapaz de ingresar en las instituciones universitarias españolas. Para Ruano, las ideas de Hostos parecen no tener luz propia, sino ser sólo un pálido remedo de las doctrinas de la intelectualidad española. «Hostos no consigue hacer carrera alguna» apunta Ruano (II, 92); «Y es que con esa aureola doctoral se pasea Hostos por Sudamérica. Hasta se le ofrece cátedra de Filosofía y Literatura en Buenos Aires, cuando, en realidad no había pasado del bachillerato, si es que llegó a terminarlo» (II, 93); «Como tantos fracasados más en la historia de las aventuras políticas, se refugia en el magisterio en el exilio. ***Consigue*** ser aclamado como reformador escolar en Santo Domingo, pero no sin opositores que denuncian públicamente la inconstitucionalidad de un profesor sin título pro-

fesional, y pagado por el Estado sin ser ciudadano del país». Esta última joya de Ruano trae la siguiente nota al calce: «¿Fue durante la controversia que alguien eliminó información comprometedora en los archivos de la Universidad Central?» (II, 93).

No se trata de que neguemos absolutamente la pertinencia de estos temas, sino del sentido chato, desembuido de contextos, desarticulado de las complejidades que le otorgan otro relieve y peso a estos temas. El ***Diario*** de Hostos exige una lectura interdisciplinaria, pues desborda la sicología de texto básico combinada con catecismo con los que lo asume Ruano. Escribir el ***Diario*** es para el propio Hostos, más que una terapia, el laboratorio sicoanalítico donde fragua su conciencia y su carácter titánicos, la singularísima sonda —real, no de cine— de uno de los hombres más exitosos en la historia en la formación del «hombre completo» que quiso ser. Todos los que han examinado a fondo los trabajos de Hostos concluyen reconociendo la creación de un pensamiento propio, innovador, coherente, naturalmente nutrido de muchas fuentes, pero radicalmente distinto. Es increíble sostener —si se tiene en cuenta su obra total, la altura de las metas y la dificultad de sus propósitos, el despliegue pleno de su actividad derramada en tantos países— la tesis de que a Hostos debe juzgársele como un ser fracasado, necesitado de títulos de papel para hacer valer el poder generador de su pensamiento; o la tesis de que Hostos «***malgastó*** en autodidactismo» el capital que su padre le enviaba desde Mayagüez. Es increíble, a menos que se sostenga la tesis fundamentándola en una moral doméstica, aldeana, de esas que buscan frenéticas pecadillos de papel.

Escudado de un loable esfuerzo por desmitificar, olvida Ruano que, en el caso de Hostos, si bien se han hecho atribuciones inciertas y se han publicado afirmaciones del todo erróneas que deben ser corregidas, no es

lo mismo destruir los mitos que sostienen la hegemonía de un país sobre otro o de una clase sobre otra, que desvirtuar la aportación que pueden hacer íconos loables en la lucha de resistencia y en la gesta de liberación de un país intervenido, país que sólo con esfuerzo titánico rescata del olvido los hechos y las figuras memorables porque el régimen reprime todo aquello que con potencialidad de emblema pueda inflar el orgullo nacional. Ignora Ruano al país colonizado, la situación de los próceres y de las gestas nacionales, la persecusión, la prohibición de las banderas, los compontes, las carpetas, la ley de la mordaza, la sangre derramada. ¿Qué implicaciones ideológicas tienen estos inusitados olvidos?

El contexto teórico verdadero de Ruano se pone en evidencia cuando consideramos su manera de sopesar el valor de los actos de Hostos, sus palabras, su obra literaria e intelectual. La óptica hispanista —europeísta— le impide considerar adecuadamente la situación del puertorriqueño en el siglo XIX, la forja de la conciencia nacional puertorriqueña, el carácter y el valor de las obras que contra corriente surgen. Ruano no tiene reparo en rematar sin advertencias que Hostos es un autor «español»; Ruano establece como contexto único de comparación las obras de la cultura española, cuando es sabido que las grandes obras de la literatura hispanoamericana muestran desde su arranque rasgos específicos que la separan de la metrópoli y la distinguen de la «imaginación colonizada» que etiqueta la producción cultural del montón.

Pero lo más significativo de este asunto es que para apoyar su labor desmitificadora y devaluar la vigencia de Hostos en toda Hispanoamérica, Ruano no sólo esconde la inmensa bibliografía —única entre los puertorriqueños— de Hostos; no sólo esconde la interpretación forjada al calor de toda una vida de estudio de la obra de Hostos de figuras respetables como Margot Arce de

Vázquez, José Ferrer Canales, Francisco Manrique Cabrera, Josemilio González, Manuel Maldonado Denis, Julio César López, Rufino Blanco Fombona, José Martí, Antonio Caso, don Pedro y Camila Henríquez Ureña, Juan Bosch, entre tantos; no sólo esconde las innumerables aportaciones de lo más exquisito de la intelectualidad de Nuestra América, aportaciones que trajeron, a propósito del Sesquicentenario, centenares de estudiosos de todas las direcciones del orbe, sino que distrayéndonos con nimiedades insubstanciales que finge haber descubierto (como si Hostos se escribe con la ache o sin ella, o si el IEH no es serio porque no escribe el nombre de Hostos sin el «de» que, no obstante, usaba su padre), se apoya en lo más retrógado y fascistoide del pensamiento dominicano que sobrevivía amargamente durante la época de Trujillo.

Dice Ruano: «Los intelectuales dominicanos de turno señalan, sin embargo, notables censuras a la personalidad histórica del Hostos final, el pedagogo. 'Su escuela no produjo un solo tipo ejemplar, ni una mentalidad de primer orden. Considero una desgracia nacional el retorno al positivismo crudo de Hostos en 1880' (Peña Batlle).» (I, 34) Y busca refuerzo con citas de Andrés Avelino y de Robles Toledano.

Este Manuel A. Peña Batlle afirmó que la escuela nacional dominicana se inspiraba aún —a principios de la década de 1950— en las ideas y sistemas del pensador antillano. Sin embargo, «calificó como fracaso la obra de Hostos por antiespañol y anticatólico». Estas expresiones remedan la resucitación del espíritu de aquel célebre antagonista que en tiempos de Hostos lo combatió con saña por darle a la educación un sesgo laicista, «positivista» y «racionalista»: el presbítero Francisco Javier Billini, abogado de la educación tradicional, dogmática y escolástica.

En 1951 el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas

Trujillo Molina, «Padre de la Patria Nueva» desde 1930, promulgó la Ley Orgánica Nacional No. 2909, ordenando una educación «basada en los principios de la civilización cristiana y de tradición hispánica». Esta ley se produjo dentro del contexto de un «Concordato en hora feliz suscrito con la Santa Sede». A propósito de esta anulación del sistema educativo hostosiano, *El Caribe* hizo una encuesta «entre notables intelectuales dominicanos» —46 en total— acerca de la influencia de Hostos en la vida dominicana y la vigencia de su influencia laicista en la trayectoria social del país y en la educación. La lectura de las respuestas a esta encuesta (***La influencia de Hostos en la cultura dominicana***. República Dominicana: Editora del Caribe, 1956) evidencian que a pesar de que bajo el trujillismo no había espacio para que se afirmara lo contrario —claro en las loas y aplausos a los cambios proclamados por el generalísimo, que sobre todo al final de todos los trabajos se reproducen invariable y unánimemente—, las respuestas no siguen, osadamente, el patrón «contrario al radicalismo de la excesiva tesis antihostosiana de Peña Batlle» (Emilio Rodríguez Demorizi). Así, por ejemplo, Porfirio Herrera Báez señala:

«Parece innecesario abundar prolijamente en la prueba de la influencia hostosiana en nuestro medio, cuestión esta que puede considerarse definitivamente corroborada aun por los más enconados adversarios que tuvo el Maestro en su tiempo y aún contemporáneamente. (...) Hostos constituyó una fuerza constructiva que determinó un verdadero renacimiento de renovación pedagógica».

Pero examinemos de cerca las respuestas de los antagonistas de Hostos en los cuales se apoya Ruano. La respuesta de Andrés Avelino, para ser debidamente apreciada, hay que considerarla en un contexto más amplio:

«Quien haya leído mis obras y conozca mi pensa-

miento sabe que soy un antipositivista y un antimaterialista. He combatido el positivismo y el materialismo en todas sus múltiples formas.Por eso no puedo estar ni he estado nunca de acuerdo con el pensamiento y la obra de Hostos en Santo Domingo.

Todo positivismo, materialismo, misticismo científico, existencialismo, socialismo, comunismo, es materialista.Hablo sin ambajes. Soy antimaterialista y he combatido el materialismo en todas las formas ante dichas. Ahí están mis obras para respaldar lo que acabo de decir. Soy cristiano católico y amo entrañablemente mi ancestro y mi cultura hispánica. ***Sin duda, la influencia de las ideas positivistas y racionalistas de Hostos fueron perjudiciales, y lo son todavía, para la cultura dominicana.*** (Esta es la porción citada por Ruano.) *Antes de Hostos el pueblo dominicano era un conjunto de personas que estaban unidas en sociedad por una religión, la católica, y vivían en una unidad de pensamiento y acción cuya directriz fundamental y total era el pensamiento, la religión y la cultura hispánicos»...*

¡Hermoso!

La respuesta del presbítero Dr. Oscar Robles Toledano es aún más interesante. Al principio advierte que desea ser justo y objetivo en la dilucidación de su respuesta porque, dice, «deseo acertar». Añade:

«No voy a censurar en él sus designios, que eran buenos, pues siempre tuvo el bien en el deseo y el afán; ni su persona, sin duda respetable y bañada de altísimo decoro; ni sus prendas literarias, que de veras son excelentes y fascinantes. Escritor de raza, se mueve con holgura en el campo vivo del idioma.

Ni mucho menos -líbreme Dios de ser injusto— he de poner reparos a quien asegure que era el señor Hostos, poseedor de varia y bien cuajada cultura, pues me consta era dueño de asombrosa y riquísi-

ma ilustración en múltiples providencias del saber» (127).

Este presbítero Robles Toledano pretende que, a través de una recopilación de citas del propio Hostos, sea él mismo quien, «sin embozar su pensamiento les rompa el encanto (a sus discípulos) y deshaga el mágico prestigio, al declarar y confesar por sí mismo, que es positivista, agnóstico, materialista, anticatólico, antiespañol y amante apasionado de federaciones y confederaciones»(!) (127). No es capaz, sin embargo, de negar que «la capacidad receptiva de Hostos no tenía límites. Era singular su virtud para transformar en idea propia y vivificar con su propio calor cuanto leía y estudiaba.» Todo el texto de este antagonista refleja este asombro y respeto. No obstante, termina concluyendo:

«La República Dominicana discurre hoy por otros caminos. Cristo, nuestro bien, ha resucitado en las aulas de las escuelas. Su figura, no la de Renán, sino la del Evangelio,preside y fortifica nuestra Vida Nacional. Las luces inmortales de sus doctrinas se dilatan hasta los más opuestos parajes de la Nación e iluminan, portadoras de sosiego y armonía, la intimidad de nuestros hogares, bañados de alentadora gracia teológica.

Trujillo que reinstauró en nuestra Patria lo que era reinstaurable y ha creado todo lo que existía y debió haber existido, redujo de nuevo a su ancho cauce la tradición, reorganizando totalmente la enseñanza y los planes educativos, hermanando de esta suerte, la ciencia y la fe, el saber y la creencia, y abriendo horizontes insospechados a las generaciones que hoy crecen y se levantan» (141-142).

Emilio Rodríguez Demorizi, en el mismo libro, reconoce sin temor a represalias lo siguiente:

«Empero, la impugnación de Peña Batlle es el mejor tributo que hoy puede rendírsele al insigne Edu-

cador: revisar su obra, vivificar lo permanente de esa obra; extraer de ella lo útil y valedero, constituiría una nueva modalidad del hostosismo. Peña Batlle inició la bella empresa. Al hostos de ayer podráo p o - nerse el Hostos de hoy y de mañana, porque en su vida y en su lección dominicana hay aún simiente viva; ese hálito de vida inmortal que el caminante advierte en el Teatro de Dionisos: ni los rotos capiteles ni las truncas cariátides ni las hierbas intrusas que los griegos de hoy dejan crecer en el recinto augusto, disminuyen la grandeza del espectáculo en que Atenas virtió su espíritu. El espectáculo Hostos era de esos» (15).

La obra de Ruano me trae espontáneamente a la memoria a aquel secretario de los últimos diez años de Goethe, autor de la célebre obra ***Conversaciones con Goethe***, Johann Peter Eckermann, de quien se duda con frecuencia si entendió siempre rectamente el pensamiento de Goethe que pretende transcribir, puesto que existía una evidentemente enorme desproporción entre las fuerzas intelectuales de ambos. Ruano, como ex-sacerdote, parece demasiadas veces portavoz de una reacción católica que olfatea pecados por todas partes, y como español, parece asimismo portavoz de una reacción hispanizante que ridiculiza los esfuerzos revolucionarios de sus colonizados. En cuanto a esto, no tiene siquiera el mérito de enarbolar teorías propias. Podríamos considerarlo el remedo oscurantista de un pálido reflejo decimonónico, la voz epigonal y mortecina del padre Billini.

En el Centenario de la muerte de Martí

Hostos en la sangre de Dos Ríos

1. Oración liminar por Martí y Hostos

"Firmada por la muerte" --tu muerte, Martí[1], señalada como un augurio en el *Manifiesto de Montecristi*--, la guerra del 95, la guerra de independencia *"que no ensangrentó sin razón"* la patria antillana, como decías, hace otra vez ahora, de las tres islas, una. La guerra que recordamos hoy, preñó tu muerte, esa muerte que llevaba entre embarazos la libertad de Cuba y el aldabonazo que alertó la amenazada independencia de tu América. Por ti, *"un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos (...) sustituye sin obstáculo, y con ventaja, al pueblo avergonzado"* en su dependencia. Y porque deseaste que como tu corazón fuera la *guerra necesaria*, conmemoramos hoy, juntos, y unidos a tu muerte, un siglo de independencia cubana y un siglo de ultrajante coloniaje puertorriqueño. Por eso quiero recordar, con esta oración liminar, no sólo al casi millar de puertorriqueños que engrosó las filas de tu sueño

---

*El presente texto se ofreció como conferencia dictada en el teatro de la Universidad de Puerto Rico en Humacao en el año 1995, como parte de nuestro homenaje a José Martí, en el centenario de su muerte. El mismo se publicó en EXÉGESIS 23/24 (1996).

y sembró con su sangre la semilla de la libertad cubana, si no, también, a tu oculto maestro, que herido junto a ti en Dos Ríos, murió de esas heridas, de tu misma herida, en 1903: Eugenio María de Hostos. Permíteme destacar hoy algunos hechos ocultos sobre ustedes, en nombre de ambos.

2. Antecedentes

Un nutrido grupo de lectores de la obra de los próceres decimonónicos antillanos ha reparado en la coincidencia de obra y vida de varias figuras semejantes a nuestros Hostos y Martí. Muchos se han detenido a examinar las afinidades, las analogías, las simetrías, los paralelismos y los diálogos ocultos, que sin necesidad de extensa preparación ni peritaje pueden observarse particularmente entre Hostos y Martí, mediatizado todo por la extrañeza que causa el repetido comentario de que escasean las referencias mutuas, que jamás se dieron la mano ni colaboraron explícitamente con la causa compartida.

Entre los cubanos, distingo las observaciones de Luis Toledo Sande y de Emilio Roig de Leuchsenring. Entre los puertorriqueños, naturalmente, las de José Ferrer Canales y Manuel Maldonado-Denis.

Toledo Sande es autor de varios libros sobre Martí, entre los cuales sobresalen ***Ideología y práctica en José Martí*** (La Habana: Centro de Estudios Martianos, 1982) y ***José Martí, con el remo de proa*** (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990). Uno de los trabajos reunidos en este último lleva el significativo título de *"José Martí, puertorriqueño"*. En él subraya Toledo Sande el profundo compromiso de Martí con la causa de Puerto Rico, desde el 1871, cuando menciona a "*las Antillas*" en su opúsculo ***El presidio político en Cuba***. Empero, enfatiza que es con la fundación del Partido Revolucionario Cubano en el 1892 que toma fuerza su

proyección antillanista, complemento y producto de la estrecha colaboración que los trabajadores puertorriqueños también organizados, y la camaradería aún más estrecha con boricuas como Sotero Figueroa y su esposa Inocencia Martínez --aquél dueño de la imprenta que llevó desde Puerto Rico a Nueva York y editor de ***Patria***, y aquélla presidenta del primer club femenino de apoyo a la causa antillana[2]--. Destaca, asimismo, la estrecha colaboración de Martí con Betances, residente en París.

Emilio Roig, en cambio, sigue la pista a las relaciones de Martí con Hostos a propósito de la recopilación de los trabajos de Hostos sobre Cuba que realizó en razón del centenario de su natalicio en el 1939 (***Hostos y Cuba.*** Segunda edición. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974). Lo prologa un extenso trabajo titulado *"Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico"* (31-123). En él, tras repasar brevemente la biografía, enfatiza el compromiso temprano del Hostos que desde el 1863, a los veinticuatro años, publicó en ***La peregrinación de Bayoán*** su *"grito sofocado de independencia"*, y que desde el Grito de Yara se convirtió en adalid "*de la libertad cubana, como medio para conseguir también la independencia de Puerto Rico, primero, y más tarde la integración de la Federación Antillana*" (36). Respecto a eso, cita las durísimas palabras de Hostos publicadas en ***La Revolución*** en 1870, con el título de *"Manifiesto a los puertorriqueños"*, y refiere detalladamente la labor propagandística que realizó Hostos en su peregrinaje por la América del Sur, fortaleciendo y completando su visión de Nuestra América como contexto de la lucha antillanista que promueve y analiza constantemente, señalando particularmente los trabajos sobre Plácido y Aguilera, y cerrándola con la cooperación que coordinada con Estrada Palma y Sotero Figueroa realiza desde abril de 1895 como presidente de un Círculo

Revolucionario Cubano en Santiago de Chile, constituido por él y *otros ocho cubanos*.

Roig recorre el origen de este afán unificador de las Antillas presente ya en los sueños de Bolívar, deteniéndose en los esfuerzos conspiradores que motorizó el general venezolano Narciso López desde 1850, en correspondencia clandestina con el célebre novelista cubano Cirilo Villaverde y con los puertorriqueños Andrés y Julio Vizcarrondo, y en la fundación en Nueva York en 1866 de la *Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico*.

Más tarde, al examinar la naturaleza de las relaciones entre Hostos y Martí, concluye, tras repasar los viajes de ambos, *"que no tuvieron oportunidad de conocerse y tratarse personalmente"*, y que no existiendo evidencia de correspondencia entre ambos, sólo es posible rastrear las referencias mutuas en sus obras. De Hostos no identifica nada anterior al 1895. De Martí, rescata para la historia un trabajo de Hostos publicado en el primer periódico que publicó Martí, en La Habana, cuando contaba sólo diecisésis años: ***La Patria Libre***, y, entre otros, la importante reseña de 1876 titulada *"Catecismo democrático"*. Acto seguido, destrenzada la íntima e intrincada urdimbre de sus *"ideologías antillanas concordantes"*, enfatiza la gestión adelantada en el tiempo de Hostos, pero la "*fundamentación*" y la "*visión política de Martí*", a su juicio *"no igualada y apenas comprendida*", particularmente en lo que concierne a la función de las Antillas ante la amenaza expansionista del estado norteamericano. No obstante, opina que en ambos se encuentran *"previsiones"* y *"actuaciones antiimperialistas"*.

José Ferrer Canales, por su parte, recogió en 1990, en una publicación conjunta del Instituto de Estudios Hostosianos y del Centro de Estudios Avanzados de Puerto y el Caribe, parte de sus numerosos trabajos

dedicados a la reflexión sobre la obra de estos antillanistas bajo el título ***Martí y Hostos***. Tras repasar breves expresiones de merecido homenaje, Ferrer patentiza los paralelismos entre ambos, hincando su atención en los siguientes aspectos, sobre todos: antillanismo; antianexionismo; independencia; pedagogía; derechos humanos; y bolivarismo.

De todas las útiles reflexiones de Ferrer Canales, nos parece más significativa y novedosa la relación que establece entre *El programa de la Liga de los Independientes* de Hostos, publicado en ***La Voz de la Patria*** en 1876 y las *Bases del Partido Revolucionario Cubano* que redactó Martí en el 1892, en cuanto uno y otra, en sus primeros artículos, establecen explícitamente la lucha por la independencia de ambas Antillas.

Maldonado-Denis, finalmente, participó en el 1980 en un *Simposio Internacional sobre Martí y el Pensamiento Democrático Revolucionario* celebrado en La Habana con una ponencia titulada *"Martí y Hostos: paralelismos en la lucha de ambos por la independencia de las Antillas en el siglo XIX"*, publicada junto a *"Un reexamen"* efectuado diez años después, en ***Eugenio María de Hostos y el pensamiento social iberoamericano*** (México: Fondo de Cultura Económica, 1992, 61-70 y 71-78). Tras repasar brevemente y a manera de comparación la biografía de ambos antillanistas, Maldonado-Denis pasa a delinear ocho paralelismos entre ellos: el llamado a la autenticidad y a la grandeza de nuestros pueblos y el contraste con la América de Lincoln; la posición antiautonomista; el anticolonialismo en todas sus formas y disfraces; la oposición a las tiranías latinoamericanas; la concepción del proceso revolucionario; la obra pedagógica; la importancia cardinal del sentido del deber y la moralidad; y la confederación antillana. En una tercera parte de este trabajo, Maldonado-Denis coteja los

pormenores de la relación personal que existió entre ambos.

Es, sin embargo, en el *"reexamen"* de 1990 cuando informa acerca del comentario de Martí de 1876 sobre *El programa de los Independientes*. Aunque afirma que Martí "*sí [...] conoció la obra intelectual de Hostos desde antes*", no ofrece evidencia ni relación alguna, y se circunscribe a expresiones como "no pudo haber pasado inadvertida", o "tiene que haber estado familiarizado". Según Maldonado, no es sino hasta marzo y noviembre de 1893 que Martí vuelve a mencionar, de pasada, a Hostos, en sendos artículos publicados en ***Patria***, además de un comentario no fechado que aparece en el volumen *Fragmentos* de sus ***Obras completas***.

En lo que concierne a Hostos, Maldonado resalta su labor protagónica desarrollada por Cuba desde su juventud, y destaca, como mérito de privilegiada importancia, que el *Programa de los Independientes* de Hostos contenía ya "las ideas fundamentales que servirían de base para la fundación el Partido Revolucionario Cubano en 1892 y para el **Manifiesto de Montecristi** de 1895". Amén de las ya conocidas reflexiones de Hostos de 1898 sobre el *testamento de Martí*, Maldonado revela la existencia de dos artículos de 1895 que se refieren, el primero, del 16 de junio, al *Manifiesto de Montecristi*, publicado en ***La Ley*** de Santiago de Chile, y el segundo, de octubre, al testamento y a la muerte de Martí, en el que Hostos reclama que las ideas de este *"testamento"* eran ideas *de la Revolución*.

3. Nuevos factores de interacción

Las reflexiones que siguen parten de los exámenes sobre este tema que hemos reseñado hasta aquí y son producto de mi interés constante por estas dos figuras. Durante el tiempo que me desempeñé como director del Instituto de Estudios Hostosianos adelanté nuevos

aspectos de investigación que han dado entre otros frutos los datos nuevos que acto seguido aporto, y la relectura y replanteamiento de algunos de los extremos de este asunto que, en parte, se desprenden de ellos.

a. Hostos y Martí *sí* coincidieron en un mismo espacio geográfico

Aunque no tenga importancia fundamental --ya que no parece haber tenido consecuencias en la vida de Martí ni en la de Hostos, y ya que no podemos determinar encuentros--, lo cierto es que es falso continuar afirmando que Hostos y Martí no ocuparon ***nunca*** el mismo espacio geográfico. En 1857 la familia toda de Martí embarcó para la península a visitar al abuelo que había enviudado y vuelto a casar, y regresa a La Habana en el 1859. En 1857 Hostos pasa a estudiar de Bilbao a Madrid, y regresa a Puerto Rico en el verano de 1859. Martí tiene entre 4 y 6 años entonces. Hostos, entre 18 y 20. Ambos respiran aire de España durante los mismos dos años. Ambos regresan a las Antillas en el 1859, y tan aventurado es imaginar que viajaran en el mismo barco como no imaginarlo.

b. Martí conocía la obra de Hostos al menos desde sus 16 años

Tampoco es correcta la aseveración de que la evidencia histórica no señala de forma inequívoca que Martí conozca de la existencia y de la obra de Hostos sino hasta el 1876, cuando reacciona ante el *Programa de la Liga de los Independientes*, publicado en ***La Voz de la Patria*** (semanario de la emigración que se editaba en Nueva York), con un artículo titulado *Catecismo democrático*, publicado en ***El Federalista*** de México. Como mencionamos antes, Emilio Roig Leuchsenring

había señalado desde el 1939, en una publicación en homenaje al centenario del natalicio de Hostos (***Hostos y Cuba***), que

«en lo que a Martí se refiere, es indudable que desde los diez y seis años sabía de la existencia de Hostos y de la labor política que éste venía realizando en España durante esa época, pues en la página segunda del único número del periódico ***La Patria Libre***, que por Martí dirigido vio la luz en nuestra capital el 23 de enero de 1869, aparece un suelto --*Rectificaciones de Hostos*-- que aunque no consta que Martí lo escribiera, de él forzosamente tuvo conocimiento y, como director del periódico, autorizó su publicación» (86).

Tuvimos noticia de este hecho gracias a Ramón de Armas, investigador del Centro de Estudios Martianos de La Habana, quien insistió en haber hablado sobre el particular en visitas anteriores suyas a Puerto Rico. Cotejamos el tomo 1 de las ***Obras completas*** de Martí, edición crítica, publicada en 1983, y en una nota al poema de Martí *Abdala* publicada en el mismo número de ***La Patria Libre***, aparece el título de Hostos mencionado por Roig como uno de los trabajos reproducidos en ese periódico.

Nos dimos, entonces, a la tarea de rescatar del olvido este trabajo, hasta donde sabemos nunca antes citado ni referido en Puerto Rico, y le solicité como director del Instituto de Estudios Hostosianos, en una carta del 20 de octubre de 1994, al Vicedirector del Centro de Estudios Martianos, Pedro Pablo Rodríguez, una copia de este trabajo, que me fue remitada a fines de año. Como sospechábamos, se trata de la reproducción de las palabras de Hostos pronunciadas durante su célebre intervención en el Ateneo de Madrid en el 1868, y publicadas en el *Diario*, tomo 1 de las ***Obras completas*** de Hostos de 1939.

No es un suelto. Aparece en la página 3 y 4 del

periódico con la siguiente nota introductoria:

«Las dimensiones de nuestro periódico no nos permiten publicar íntegro el discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid por el elocuente orador porto-riqueño D. Enrique [Eugenio] María de Hostos, en la sesión del día 30 de Diciembre último; pero sí lo haremos con las ***Rectificaciones***, seguros de agradar a nuestro lectores.»

Ignoramos cómo es que no se ha difundido esta noticia tan importante en lo que concierne a la naturaleza de las relaciones personales e ideológicas de estos dos grandes maestros de la independencia antillana. Ni aún en 1990, en el artículo titulado *Paralelismos entre Hostos y Martí: un reexamen*, aparecido en su libro de 1992, ***Eugenio María de Hostos y el pensamiento social iberoamericano***, antes citado, el riguroso y siempre actualizado estudioso que fue Manuel Maldonado-Denis, toma nota de tan significativo dato, que obliga a *"reexaminar"*, nuevamente, la naturaleza y las implicaciones del texto martiano de 1876 antes citado, porque queda demostrado que Martí conocía y estaba al tanto de la obra precursora de Hostos en España, así como el texto de 1876 demuestra que Martí monitoreaba la obra de Hostos publicada en Nueva York y --entonces, ¿por qué no?-- en la América toda.

Algunos estudiosos subestiman el carácter revolucionario del joven Hostos, y podrían entonces descartar *a priori* la importancia de este señalamiento, dado el caso de que Martí tiene, no sin razón, la aureola de ser un revolucionario innato que desde los quince años sumó sus esfuerzos al grito de independencia de Céspedes en aquéllas expresiones suyas de ***El diablo Cojuelo*** que terminaban con la disyuntiva: *"Yara o Madrid"*. Si era el joven Hostos de la etapa española un reformista que sólo al final de ella adquirió sus convicciones separatistas y revolucionarias, ¿cómo podría iluminar el camino de un

Martí separatista y revolucionario?

c. El *Himno revolucionario* inédito de Hostos, de 1859

Releyendo algunos trabajos escritos por los hijos de Hostos, me topé con aquella alusión que hace su hija, Luisa Amelia de Hostos, en su libro de 1927: ***Mi pequeño cine parisino***, respecto a los actos de inauguración del monumento esculpido por Victorio Macho. Junto a la emoción que le producen los discursos de Balseiro, Angela Negrón Muñoz, Emilio del Toro, Barceló, el cable del Presidente de la República Dominicana y las palabras del cónsul de Colombia, destaca la presencia de la "*bandera de Borinquén*" y el canto del "*Himno nacional de Puerto Rico*". En relación con éste último, comenta lo siguiente:

«Acuden a mi memoria los versos pacíficos con que su esposa sustituyó los bélicos para que con el himno de Puerto Rico los cantaran las escuelas de Juana Díaz al fundador de la Liga de Patriotas al volver de Wáshington, donde obtuvo para sus compatriotas el Gobierno civil, las franquicias, las leyes de Instrucción pública, etc., el respeto del Gobierno asombrado de aquellos representantes que se llamaron Henna y De Hostos, y se llama Zeno Gandía» (179).

Amén de la inexactitud de señalar que *"obtuvo"* en lugar de *"gestionó"*, el comentario de Luisa Amelia me recordó la lectura de varios pasajes en los que se alude a este texto con toda celeridad, citando, siempre, el texto de Belinda Ayala:

¡Avante! Borincanos,
Borinquen os reclama,
a levantar su nombre!
a proclamar su fama!

Los hijos de Borinquen
su nombre ilustrarán:
industrias, artes, ciencias,
unión, fraternidad.

Que siempre ha sido norma
del pueblo borincano
pugnar en esa forma
por el progreso humano.

¡Avante! Borincanos,
Borinquen os reclama,
a levantar su nombre!
a proclamar su fama!

La gloria impulsa siempre
a todo pueblo amante
a engrandecer su historia
con página brillante

Bellísima Borinquen,
nido de amores puros,
tus hijos te prometen
velar por tu futuro.

El texto antes citado fue publicado por el Colegio Hostos de Río Piedras en el 1949 con una nota en la que se *"agradece al historiador Don Adolfo de Hostos el donativo de este precioso manuscrito"*. Luisa Amelia cita sólo la mitad de sus versos.

Pero lo más importante de este asunto es que Luisa Amelia añade una nota al calce en la cual comenta en relación al *Himno* lo siguiente:

«Compuesto por Hostos a los dieciocho años en Madrid, lo hizo cantar por su hermana, esposa del Ayudante de Serrano, Regente del Reino, que se peleó con él por esto. La letra era completamente

revolucionaria.»

"A los dieciocho años", nos sitúa en el 1857. En esa fecha no creemos que Hostos tuviera aún contacto con el general Serrano, como en efecto sucedió poco después. Lola, una de sus hermanas, estuvo casada con un militar español. La letra *"revolucionaria"* a la que se refiere, no la cita. Recordamos, no obstante, haberla visto en algún sitio.

En efecto, tras breve meditar recordamos que se publicó como facsímil ilustrativo en ***Imágenes de Hostos a través del tiempo*** (1988) como parte de las actividades conmemorativas del sesquicentenario del natalicio de Hostos. Aparece el texto allí, como *"material visual"* a dos páginas completas, antes de la página interior de título, en la forma de una reproducción de letra a mano sobre un papel rayado de orillas destruidas, y aparece nuevamente como ilustración en la página 45. Curiosamente no se incluyó en el volumen I, tomo 2 (1993) de la nueva edición crítica de las ***Obras completas*** de Hostos que publica el Instituto de Estudios Hostosianos (IEH), en el cual se recoge la obra literaria dispersa, a saber, cuento, teatro, poesía y la obra ensayística de mayor valor estético, pues pasó virtualmente inadvertido el texto a los ojos del personal de Instituto. Consideramos, entonces, incluirlo en el tomo III del volumen IV, *Puerto Rico I (Madre-Isla)*, primero de dos tomos que reunirán los trabajos dedicados a la isla patria, o en el tomo II, *La lucha por las Antillas*, tomo que como director del IEH, consideré imperativo añadir. Como creí advertir que no era una reproducción completa, le solicité durante mi gestión directiva del IEH al Archivo General de Puerto Rico una copia del texto. En ella aparece, tras la letra conocida y antes citada de Belinda Ayala Vda. de Hostos, el siguiente otro texto con el mismo título: *"Himno borinkano"*.

¡Avante borinkanos!

Borinken os reclama!
antes con gloria muertos
que vivos en la infamia!
Alarma contra el déspota!
Contra el tirano, alarma!
La vida por la gloria!
la muerte por la patria!
La vida por la gloria!
la muerte por la patria!
Coro
El sol de las Antillas
que apareciendo vá
alumbra cielo i tierra
la Historia alumbrará!

Puede leerse además, al final, las iniciales de "*E.M. de H., Madrid 1859*". Este texto impone ponderación y examen rigurosos porque la exhortación a las armas y la arenga de estirpe lareña obligarían a reescribir las tesis más conocidas sobre el desarrollo del pensamiento revolucionario de Hostos.

Hemos procurado con más premura de la aconsejable vincular este texto con la biografía del autor y con la historia puertorriqueña y española decimonónicas. Aunque hay hechos sobresalientes, ninguno tiene magnitud suficiente inducir una teoría sin sospechas.

En 1857, como hemos señalado antes, Hostos pasa de Bilbao a Madrid con el fin de estudiar la carrera de Derecho. Según su propio testimonio, al año siguiente se inicia uno de los periodos más críticos de su vida, de profundas transformaciones. La muerte de numerosos familiares lo asediarán sin tregua, amén de las repercusiones que en la evolución de su espíritu tuvo el krausismo, que bebe y asimila rápidamente en esos años, como hizo y hará con casi todas las corrientes de pensamiento conocidas en su época. En 1859 Hostos visita Puerto Rico y regresa a España. El viaje está

relacionado con la génesis de ***La peregrinación de Bayoán***, pues percibió a la isla *"dominada"*, y *"maldijo al dominador"*. En el viaje a la isla de 1862 conoció a Betances, que junto con Segundo Ruiz Belvis, Basora, Paradís y otros, rescataba esclavos *"y se le reconocía en silencio como el centro de atracción de los capaces de aborrecer por instinto la doble esclavitud en que gemía la triste tierra sierva"* (XIV, 69). Betances, añade Hostos, acababa de *"ejecutar un acto de sumo romanticismo, repatriando e idolizando los restos de su novia malograda"* --la *"Virgen de Borinquen"*-- desde Francia, donde reside tras el expulsión del país que sobre él y sobre Julián Blanco Sosa decretó en el 1858 el Conde de la Cenia, general Fernando Cotoner, por recoger *"firmas para elevar una petición al gobierno supremo solicitando la promulgación de las Leyes Especiales prometidas desde 1837"* a las Antillas (Lidio Cruz Monclova, **Historia de Puerto rico (Siglo XIX)**, t. 1, 355-356).

En Madrid, Hostos conoce y trata asiduamente tanto a Blanco Sosa como a Ruiz Belvis, sobre quien apunta el escritor español Julio Nombela lo siguiente:

«Quien se hallaba más identificado con Segundo Ruiz era Eugenio Hostos, que a pesar de no haber cumplido aún veinte años parecía un hombre de cuarenta, formal, serio, reconcentrado, taciturno con frecuencia.» (Ada Suárez, *"Segundo Ruiz Belvis"*, ***Caribe***. III.4: 17).

En el *Diario* Hostos menciona, además, la colaboración política con Julio Vizcarrondo, partícipe, como ya se mencionó, de la conspirador que agenció el general venezolano Narciso López durante la década de 1850. Aunque Vizcarrondo no regresa a Madrid sino hasta 1863, no sabemos desde cuando era conocido por Hostos.

Pero lo más importante y lo más revelador que debe tenerse en cuenta sobre el despunte del pensamiento

revolucionario de Hostos, más allá de su alegado reformismo de la época española, son las declaraciones que hace Hostos tanto en el prólogo a la segunda edición de ***La peregrinación de Bayaón*** como en el ***Diario***, y las reflexiones textuales del joven Bayoán en el texto mismo de la novela. A mi juicio, el joven Hostos manifiesta ya en 1863, en la novela misma, una determinada convicción republicanista y democrática claramente revolucionaria, una lúcida conciencia antillanista y americanista, una crítica denodada de la política española hacia las Antillas, una concepción de que las Antillas constituyen el "germen" de una nacionalidad distinta, tal vez aún inmadura y débil como para enfrentar sin dificultades los rigores de la independencia, y por eso, la necesidad de procurar alianzas a través de federaciones y confederaciones. La lucha reformista que dentro del régimen español desarrolla Hostos puede interpretarse como una línea estratégica adoptada por Hostos para dar cumplimiento a unas metas más altas, porque le pareció más factible republicanizar a España dentro de un modelo federal que reconociera las autonomías regionales que lograr la independencia plena de las Antillas.

A nuestro juicio la evidencia textual disponible permite afirmar que Hostos, al menos desde el 1863, según se desprende de ***La peregrinación de Bayoán***, había adquirido ya una conciencia política americanista y bolivariana madura y coherente, que predicaba la nacionalidad antillana, y la revolución política antimonárquica y republicana, hasta las más profundas y audaces consecuencias, pues Hostos abogó como portavoz del liberalismo español en múltiples periódicos en los que fungió como editor, por toda suerte de reformas sociales, económicas y políticas, tanto para las Antillas como para otras provincias españolas. Además, como señala muy bien Félix Córdova Iturregui en su trabajo titulado "*El radicalismo democrático de Eugenio*

María de Hostos: su período español"[3], si Hostos postuló

«la posibilidad de una transformación de las Antillas en un contexto español transformado radicalmente, ello era posible porque pudo articular las necesidades antillanas con las necesidades de las otras provincias españolas. El reclamo de Hostos para las Antillas era perfectamente coherente con el reclamo autonómico de otras regiones españolas.»

A los lectores poco avizados suele pasársele por alto el hecho de que sobre todo los textos recopilados en ***España y América***, muestran variaciones en el fervor antillanista, y que su temperatura se altera según como se firmen. Sostenemos la tesis de que estas diferencias obedecen al hecho de que durante esta época Hostos escribe a veces atemperando su óptica al punto de vista de una publicación española, controlada por españoles y para público español, y en otras, precisamente cuando firma con su nombre, desembaraza sus fuegos de vindicador antillano. En los primeros trabajos, mediatizados por la función intrínseca de ser portavoz de un grupo, el "nosotros" tiene un carácter peninsular inequívoco; en los otros, el calor tropical bate inopinadamente récords de temperatura, a pesar de mediar en todos los casos la censura española, y la discreción de quien tiene conciencia de lo que la prudencia permite hacer en casa ajena. Pero otro factor importante que hemos registrado consistentemente en nuestro examen de editores de las nuevas ***Obras completas***, es que los trabajos de Hostos publicados en las ***Obras*** de 1939 sufrieron frecuentes alteraciones, las más de las veces vinculadas con expresiones destempladas antiespañolas. De ello resulta que el verdadero temple de la obra hostosiana resulta mucho menos moderado de lo que hemos creído hasta el momento.

Su elección del nombre de Bayoán para bautizar a su

alter ego de ***La peregrinación...***, no es una metáfora inocua, sino una audaz declaración de principio de guerra, del simbolismo más radical imaginable, pues Bayoán es el primer americano en dudar de la inmortalidad de los españoles, el primer americano en enfrentar con sus actos al poder español asesinando al primero de ellos y, además, cacique borincano, embrión y espíritu sumo de nuestra mismidad nacional, y otredad española. El deicidio de Bayoán es, antes que nada, un hispanicidio.

Por otro lado, y dentro de la brevedad que impone este examen que no pretende ni puede agotar aquí los puntos de vista, su prédica a favor de una federación hispánica --prédica que realizó desde los inicios de su acción periodística y política y que era eje central del proyecto de acción concebido como estrategia desde ***La peregrinación de Bayoán*** de 1863--, implicaba una proclamación de los derechos políticos de las Antillas, como estados que se acogen a una federación política como opción aparentemente voluntaria o que quisiera ser reconocida de esa manera, pues Hostos sabe muy bien las dificultades que a la altura de 1863 traería intentar la independencia política de un Puerto Rico analfabeta y empobrecido.

Hostos siempre concibió la independencia de Puerto Rico dentro de una federación o una confederación. Las extrapolaciones de su proyección futura demarcaron siempre la existencia de bloques de poder hostiles que hacían aconsejable una política de solidaridad entre los más débiles. La confederación de las Antillas nunca fue un mero capricho de los afectos, sino una necesidad impuesta para hacer viable la supervivencia de ambos estados isleños, enfrentados por la historia contra la hostilidad de una España reacia, debilitados por la acción subdesarrollante de la política económica y social de la metrópoli, y acechados por la pujanza expansionista de los Estados Unidos, realidad que no escapó nunca de sus

exámenes de la situación caribeña. Pero en todos los casos, las diferentes versiones de su receta de federación, incluían, intrínsecamente, el reconocimiento de la soberanía democrática de la isla. Y todos los disturbios generados en Cuba y Puerto Rico desde el 1863 hasta el 1869 lo encontraron abogando de forma incondicional a favor de las islas. Por todo lo anterior creo que debemos darle credibilidad al propio Hostos cuando en un artículo de 1874 que citaremos más tarde, dice de sí mismo, que llegó *"muy temprano"*, ***¡en el 1863!***, a *"la revolución de las Antillas"*.

En un artículo publicado en ***La Discusión*** (seguramente de La Habana) en 1903 por Sotero Figueroa, ese olvidado puertorriqueño editor de ***Patria*** y mano derecha de Martí durante la época de gestación del Partido Revolucionario Cubano, a propósito de la muerte de Hostos comenta lo siguiente sobre la importancia estratégica que tuvo el concepto de confederación para ambos apóstoles de la independencia antillana:

«Eugenio María de Hostos murió abrazado a su bandera de redención y engrandecimiento de las Antillas. Su obra está en pie, porque es obra de justicia y de solidaridad; sus discípulos continuarán su apostolado. Juntas se levantarán las Antillas confederadas en el porvenir; o, fragmentadas, irán perdiendo su personalidad jurídica. No olvidemos que si en la lucha por la existencia triunfan los más fuertes, hay una ley de contradicción por la cual los débiles pueden transformarse en fuertes, y esta ley es: LA ASOCIACION PARA LA LUCHA.»

Este artículo fue reproducido en el hermoso volumen editado en Santo Domingo en el 1904 con el título ***Eugenio M. Hostos: Ofrendas a su memoria*** (290-302), cuyo contenido, si no lo hiciera el *Himno* revolucionario citado, desmiente por sí solo y de forma harto elocuente, las principales tesis antihostosianas

sostenidas por Argimiro Ruano en su ***Biografía de Hostos*** de varios volúmenes.

Es por todo lo anterior que el Martí revolucionario de 1869 vibra al calor de las ideas expresadas por Hostos, y endosándolas y suscribiéndolas, las reproduce en las pocas páginas de su primer número de ***La patria libre***. El hecho es prueba elocuente de que el propio Martí reconoce en Hostos, al menos desde el 1869, un magisterio que ilumina y acompaña sus pasos heroicos.

d. Las alusiones de Martí sobre Hostos, en 1876

En varias ocasiones, como ya se indicó, se ha citado este texto para denotar el conocimiento que Martí tiene de la existencia de Hostos y los elogios que dispensa hacia su *Programa de los independientes*. Pero sintonizados los oídos a sus diálogos ocultos, el texto permite extraer frutos más precisos que delimitan y enfocan mejor la naturaleza de la opinión que a Martí le merece Hostos y la naturaleza de las relaciones entre ambos. Veamos el texto con detenimiento.

«Eugenio María Hostos es una hermosa inteligencia puertorriqueña, cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje, en las cortes españolas, y cuya dicción sólida y profunda anima hoy las columnas de los periódicos de Cuba libre y Sur América que se publican en Nueva York.

«En Hostos se equilibran dos cualidades cuyo desnivel desdora y precipita a gran cantidad de talentos americanos: la imaginación hace daño a la inteligencia, cuando ésta no está sólidamente alimentada. La imaginación es el reinado de las nubes, y la inteligencia domina sobre la superficie de la tierra; para la vida práctica, la facultad de entender es más útil que la de bordar fantasmas en el cielo.

«Hostos, imaginativo, porque es americano, templa los fuegos ardientes de su fantasía de isleño en el estudio de las más hondas cuestiones de principios, por él habladas con el matemático idioma alemán, más claro que otro alguno, oscuro

sólo para los que no son capaces de entenderlo.

«Ahora publica el orador de Puerto Rico, que ha hecho en los Estados Unidos causa común con los independientes cubanos, un catecismo de democracia, que a los de Cuba y su isla propia dedica, en el que de ejemplos históricos aducidos hábilmente deduce reglas de república que en su lenguaje y esencia nos traen recuerdos de la gran propaganda de la escuela de Tiberghien y de la Universidad de Heidelberg»...

Desde el primer párrafo Martí pronuncia un juicio valorativo sobre Hostos que resalta su estimación y aprobación por la obra de Hostos, ***en España***, obra forjada durante la adolescencia de Martí, entre 1863 y 1869. A su juicio, a todas luces informado, la obra de Hostos destaca sobre otras, tanto en el pasado español, como en el presente. Expresiones como la de "*hermosa inteligencia*" ponen en evidencia afinidad, armonía, coincidencia, incluso exaltación. La "*enérgica palabra*" que "*vibró rayos contra los abusos del coloniaje*" ponen en relieve un conocimiento extenso de la obra de Hostos, una expresión de elogio ante la expresividad y elocuencia de la palabra de Hostos, y una nota de agradecimiento personal. Su alusión a "*los periódicos de Cuba libre y Sur América*" demuestra que Martí tenía acceso y leía con frecuencia periódicos de toda Nuestra América que se publicaban en Nueva York en los que Hostos colaboraba.

El segundo párrafo elogia las facultades intelectuales de Hostos e intenta definir los fundamentos que lo hacen posible, mientras destaca la obra de Hostos sobre la de otros "*talentos americanos*". Martí, aquejado como Hostos desde la más temprana juventud por la disyuntiva que la facultad imaginativa estetizante le propone al oponerse a la necesidad ética de interpretar y transformar la realidad fáctica, no sólo es capaz de reconocer en Hostos el mismo dilema que entonces sólo había ventilado con carácter explícito en sus diarios íntimos, sino que

elogia la manera como la capacidad expresiva de Hostos que percibe no desluce su capacidad para penetrar la realidad. Por eso, a la vez que elogia lo "*imaginativo*" con sus "*fuegos ardientes*", subraya en el tercer párrafo el valor de sus formulaciones de "*principios*", claramente inteligibles, prácticos y practicables. El término "*matemático*" lo empleó Hostos en artículos anteriores al 1876 para referirse a la manera como expresa su propio pensamiento.

La alusión al "*catecismo democrático*" en el párrafo siguiente implica una adhesión a la doctrina allí formulada sobre "*reglas de república*". Los recuerdos de Tiberghein y Heidelberg, reconocen la aportación del krausismo en la integración de la visión de mundo de Hostos, y desde luego, Martí. Mas, resulta interesante la manera en que Martí alude a la vinculación de Hostos con la causa cubana, porque lejos de imbuirle la fuerza de principio que late sus prioridades en el pecho que vive de acuerdo al principio antillanista y que es elemento de fuerza conmovedora en sus trabajos de la siguiente década, aparece aquí sólo como una observación curiosa sin importancia.

El trabajo que examinamos, de 1876, aparece en el segundo tomo de la nueva edición crítica de las obras de Martí, cuyos materiales se han distribuido utilizando varios criterios, pero priorizando sobre todos el cronológico. Hablamos, entonces, si consideramos que el proyecto de la edición crítica de estas obras superará mucho los veintiocho tomos de la edición de 1975, de los textos iniciales de Martí, aquéllos que forja al calor de su etapa formativa, lejos aún de la cristalización del Martí eterno, a quince años de *Nuestra América* (1891) y dieciséis años de la fundación del Partido Revolucionario Cubano (1892). Los trabajos recopilados en estos tomos no evidencian aún la concepción de unidad antillanista que distinguió a ambos próceres. En los trabajos recopilados

apenas figura, ni aun como conato, esta idea cardinal. Las atenciones de Martí están marcadamente orientadas hacia Cuba, y en ellas Puerto Rico o las Antillas son sólo aún un factor tangencial adicional. Se diría que Martí adolece del mismo razonamiento reduccionista entre los peninsulares que interpretaba que *el problema de las Antillas* era, sin más, *el problema de Cuba*. Resulta rudo el contraste con el Hostos germinal, quien estrena sus luces en el teatro del mundo con la concepción madura, integral y profética de la confederación antillana desde ***La peregrinación de Bayoán*** de 1863, su primer texto público. En el momento en que Martí escribe sus páginas, Hostos ya había desarrollado su intensa campaña a favor de Cuba beligerante en trabajos publicados en España entre el 1865 y 1869; había sumado sus esfuerzos y procurado por todos los medios conseguir suministros y asistencia material para Cuba desde Nueva York, y se había ofrecido repetidamente para abordar una expedición; y había peregrinado por Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Argentina y Brasil procurando el auxilio y la organización continental para la asistencia de Cuba dentro del más fiel y revigorizado espíritu bolivariano de unidad continental.

No obstante, resulta patente que Martí también explora y examina la situación política hacia los lados, partiendo, como es natural, de los países que visita y vive. Poco a poco va integrándose en él una visión antillanista y continental, sin duda fortalecida con el contacto y convivencia con la nutrida emigración antillana que desde toda la costa este vivía las certezas de sus múltiples hermandades caribeñas. En este mismo trabajo hinca un comentario mordaz sobre la presente coyuntura mexicana, a propósito del "*principio de soberanía*" de los pueblos, presente en el "*catecismo*" hostosiano que comenta. Se refiere al "*imperio democrático*", referido por Martí como "*cesarismo*", y que alude seguramente al ascenso al poder, ese mismo año, de Porfirio Díaz. Así va

armándose el germen martiano/hostosiano de *Nuestra América.*

4. Presencia de Hostos en *Nuestra América* y en el *Manifiesto de Montecristi*

Generalizada en la voz de los que conocen sumariamente la obra de Martí lo mismo que en la voz de sus más destacados exégetas, es la idea de que el ensayo conocido con el nombre de ***Nuestra América*** (1891) y el ***Manifiesto de Montecristi*** (1895) constituyen la quintaesencia y piedra de toque de la originalidad política y profundidad visionarias de la obra literaria toda de Martí, obra proteica deslumbrante y granero casi inagotable de textos a duras penas reunidos en cerca de treinta volúmenes.

Hostos mismo, al reproducir en Chile en el 1895 la carta que Martí enviara a Federico Henríquez y Carvajal que se conoce como el "*testamento de Martí*", comenta que las ideas allí expuestas

«no son ideas de Martí, sino de la Revolución, y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas»... (IX, 484)

Las ideas de esta carta a las que se refiere Hostos son sin duda las de la hermandad antillana, la necesidad de la guerra que inicia Martí, su deber de estar en ella y, sobre todo, su convicción aquí nuevamente reiterada, de que la independencia de las Antillas

...«salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.»

En un artículo de María Mercedes Solá publicado en el 1974 sobre la *"Presencia de Puerto Rico y los puertorriqueños en Martí"* (***Estudios martianos***.

Puerto Rico: Editorial Universitaria, 87-97), la autora destaca la importancia que sin duda tuvo la *"actividad antillana continua"* desplegada por la emigración desde Nueva York, seguida por Martí desde Centroamérica, en su decisión de establecerse allí. Es la opinión de Solá, allí expuesta, que Martí adopta el fervor y las tesis antillanistas durante su estancia en Nueva York, de manera que no puede adjudicársele novedad en ello, y que amén de la actividad revolucionaria de Betances desde Nueva York (1869-1874), prácticamente coincidente con la presencia de Hostos en esa metrópoli, es la inagotable prédica de unidad antillana y americanista desplegada por Hostos, previa a la de Martí, y a todo lo largo del continente, lo que le da la razón a aquél a la hora de señalar la paternidad de las ideas.

No tiene razón Solá al señalar que Hostos defiende la unidad política de las Antillas desde 1868 (93), porque lo hace como hemos visto al menos desde el 1863, y porque Eugenio Carlos de Hostos logró recuperar y reunir en el volumen ***España y América*** (1954), entre otros muchos textos, alrededor de treinta trabajos de Hostos de su época española, en los que aboga, desde el 1865, por reformas políticas, económicas y sociales para "las Antillas": Cuba y Puerto Rico, específicamente. El grupo nutrido de trabajos de Hostos sobre las Antillas, nos movió a reunirlos durante nuestra incumbencia como director del Instituto de Estudios Hostosianos en un nuevo volumen de sus nuevas ***Obras completas***, edición crítica: el tomo II del volumen IV: *La lucha por las Antillas: 1865-1869*.

Un detalle de enorme importancia sobre este particular que ha sido pasado por alto, es que la defensa de Hostos por Cuba es anterior por varios años al Grito de Yara de 1868. Los textos reunidos en este libro de 1954, recogen trabajos de Hostos que se ocupan *exclusivamente* de la situación cubana y abogan por sus

causas al menos desde el 1865. Los títulos de los trabajos son elocuentes: *Los senadores cubanos; La Isla de Cuba. I y II; Las elecciones en La Habana; El alboroto de La Habana; Asuntos de Cuba; La insurrección en Cuba.* Otros trabajos destacan desde su título el nombre de Cuba, sin mencionar ni incluir otros veinte en los que trata, como se dijo, los problemas de ambas Antillas, y en los cuales las referencias concretas particulares a Cuba son frecuentes: *Por qué Cuba tiene más enemigos que Puerto Rico y por qué Puerto Rico es menos atendida que Cuba; Las Capitanías Generales en Cuba y Puerto Rico; La esclavitud en Cuba y Puerto Rico.*

Si quisiéramos tan solo enumerar la totalidad de los trabajos hostosianos en defensa de Cuba, de la unidad antillana y del porvenir de la América latina, agotaríamos la paciencia del lector. Se encuentran dispersos a través de los veinte tomos de las ***Obras completas*** de 1939, particularmente en el tomo titulado ***Temas cubanos*** (494 págs.), así como en ***Mi viaje al sur***, ***Temas sudamericanos***, ***Forjando el porvenir americano***, ***Hombres e ideas***, ***Cartas***, ***La peregrinación de Bayoán*** y, naturalmente, en los dos tomos del ***Diario***. Amén, pues, como se ve, de los textos reunidos también en el llamado volumen XXI de estas ***Obras***, ***España y América***, son innumerables los trabajos de Hostos inéditos sobre estos temas recuperados por el personal del Instituto de Estudios Hostosianos. durante mi incumbencia como director identificamos tal cantidad de textos dedicados al tema general de América, que decidí crear un nuevo tomo, no contemplado en el proyecto original de las nuevas ***Obras completas*** de Hostos, con el título preliminar de *"La idea de América"* (Vol. IV, t. I), tomo que aceptó prologar el presidente de *Casa de las Américas*, poeta y crítico de renombre continental, Roberto Fernández Retamar.

Particularizaremos, acto seguido, las ideas capitales

sostenidas por Martí en *Nuestra América* y en el *Manifiesto de Montecristi,* para demostrar su presencia reiterada infinitamente en la obra de Hostos desde 1863 hasta su muerte en el 1903. Las ideas principales de *Nuestra América* son las siguientes: 1. Llamado a la unidad latinoamericana ante el peligro común inminente (*"Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes"*); 2. La admiración deslumbrada de la América latina ante la organización política de los Estados Unidos, frente a la vergüenza de sí mismos; 3. La imitación irreflexiva de Europa; 4. La idea de que Europa tardó siglos en gestar una forma eficaz de autogobierno y a Nuestra América no se le ha concedido ese tiempo; 5. La necesidad de conocer los elementos particulares que constituyen un país para saber cómo llevarlo junto al porvenir; 6. La defensa del *"hombre natural" --la barbarie--* contra el *"libro importado" --la civilización--*; *7. "Conocer es resolver"*; 8. *"La colonia continuó viviendo en la república"* tras la independencia; 9. La necesidad de una república que reivindique por igual los derechos de todos los sectores raciales y culturales que conforman la *"América mestiza"*; 10. *"El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América"*.

En el *Manifiesto de Montecristi* añade las siguientes ideas: 1. La justificación de la *"guerra necesaria"* y su limpieza de odios personales; 2. La mejor oportunidad de Cuba para gobernarse que la de los países de Hispano América; 3. La ausencia de problemas como el caudillismo, el ajuste erróneo de moldes extranjeros, el apego a las costumbres de la colonia, el abandono de la industria agropecuaria y el desdén por las razas aborígenes; 4. La ordenación de una revolución que no lastime ni sacrifique el decoro de un solo hombre, español o cubano; 5. *"La esperanza de crear una patria más a*

la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo"; 6. El *"heroísmo juicioso de las Antillas"*, prestará *"alcance humano y servicio oportuno"* a *"la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo"*.

Si quisiéramos penetrar en los diálogos ocultos entre nuestros dos próceres procurando definir los pormenores y las maneras como se concretan las mutuas internaciones en sus discursos, sería ocioso repetir el alcance de la *novela política* y *revolucionaria* de Hostos de 1863 así como insistir en el carácter de su labor antillanista durante su época española que termina a principios de 1869. Veamos sumariamente las cosas a partir de ese entonces.

En el ***Diario*** del 28 de marzo de 1870, anota Hostos:

«Siento con viveza mayor cuanto más estimulada por las ideas de mis coauxiliares, que esa sagrada revolución de las Antillas puede caer en el abismo si triunfan los intereses y las segundas intenciones de la oligarquía plutocrática e intelectual, y, recordando la acción ejercida hoy por el Gobierno federal contra Santo Domingo y viendo con ojos que ven la palpable indiferencia por las ideas que este negocio y toda la política federal en las Antillas patentiza, sentí con violencia y olvidé la austeridad de pensamiento. Pienso que es necesario que América complete la civilización, sirviendo a estas dos ideas: unidad de la libertad por la federación de las naciones; unidad de las razas por la fusión de todas ellas. A este trabajo han de concurrir todos los miembros del Continente; tierra firme e islas: la tierra firme ha entrado en fusión; el Norte, llevando a su consecuencia la libertad sajona y sirviendo de fundente a las razas europeas: el Sur, fundiendo con la europea la raza indígena: fuera de la esfera de acción americana, intentando entrar en ella, las Antillas: ¿qué son las Antillas? El lazo, el medio de unión entre la fusión de tipos y de ideas europeas de Norte América y la fusión de razas y caracteres dispares que penosamente realiza Colombia (la América latina): medio geográfico natural entre una y otra parte del Continente, elaborador también

de una fusión trascendental de razas, las Antillas son, políticamente, el fiel de la balanza, el verdadero lazo federal de la gigantesca federación del porvenir; social, *humanamente*, el centro natural de las fusiones, el crisol definitivo de las razas» (I, 284-285).

Las afinidades incluso de lenguaje son evidentes. Algunas ideas, reenfocadas en los años sucesivos, serán desbordadas. Pero este trabajo joven es sólo el comienzo de esta demostración. En un artículo de Hostos de ese mismo año titulado *Ayacucho* (XIV, 276) encontramos ya el temple y el tono de *Nuestra América*, y está también dividido en fragmentos. El tema es un llamado a la unidad de la América latina a propósito de la evocación de aquella "*revolución desinfectante*" que dio cumplimiento al "*tremendo derecho de insurrección*" de los países colonizados que Hostos reclama le sea reconocido por los países hermanos a Cuba. Curioso es que Hostos comience aludiendo a una fecha futura incierta cuando conformados y equilibrados los elementos constitutivos de nuestros países, empiece nuestra "*existencia completa*" y "*pueda haber historia de América*". Curioso, porque nos recordó aquella admonición de Martí cuando sentencia que no "*habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispano América*".

Un trabajo suyo sobre *El canal de Nicaragua* (XIV, 328) advierte sobre la necesidad de contrarrestar con "*otras influencias extrañas*", la "*influencia*" norteamericana en Centroamérica, recomendando la asignación del proyecto del canal de Nicaragua proyectado a la par del panameño, al director del canal de Suez, el francés Fernando de Lesseps, pero con "*capital universal*". En un *Manifiesto a los puertorriqueños* publicado ese año, Hostos repudiaba "*la voracidad codiciosa*" que en Londres y Nueva York opone a la lucha de las Antillas "*los mercados europeos y americanos*" (Ferrer, 178). Y en

un artículo de ese mismo año, *Delirio de vanidad*, Hostos lamentaba que las "*vanidades*" de los poderosos y los vicios personales de los ministros del gobierno federal defraudaran la causa cubana, a la vez que advertía "*la desviación*" que sufren los principios de este pueblo y denuncia la admiración excesiva que hacia el norte padecen los latinoamericanos (Ferrer, 175).

Al inicio de su viaje al sur, sobre Centroamérica, Hostos percibía ya la importancia geopolítica del Istmo, y las tentativas norteamericanas de apoderarse de él son advertidas y repudiadas ya. En una temprana alocución ante el peligro inminente, Hostos madruga así los objetivos del *Manifiesto de Montecristi*:

«La situación del Istmo, la importancia que su posesión tiene para nuestra raza, las mal disimuladas tentativas de los angloamericanos para apoderarse subrepticiamente de él, la fuerza que en él les dio la construcción del ferrocarril de Colón a Panamá, el espíritu que movió el tratado de neutralización del Istmo, las insolentes usurpaciones de autoridad a que se entregan los jefes norteamericanos de la estación naval del golfo cada vez que en la ciudad de Panamá hay un motín, la petulante afectación de dominio que hacen allí los ciudadanos norteamericanos, todo el porvenir de la raza latinoamericana aconseja y aplaude la actitud reservada y el alejamiento suspicaz que se nota en los panameños y en los colombianos que se han establecido en la ciudad.»

Y añade:

«Si las Grandes Antillas llegan a ser en la economía del Nuevo Mundo lo que pueden ser, tal vez llegue un día en que se distribuyan de una manera racional y natural, a la vez concorde con la distribución geográfica de las tierras y las razas, esas porciones de Continente que la ambición del más fuerte se ha atribuido en sus sueños de engrandecimiento. Entonces, y como precedente de la unión de nuestra raza en nuestro mundo, toda la parte del

Estado de Panamá que corresponde al Istmo, las cinco repúblicas centrales y las tres grandes Antillas, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, formarán una confederación de estados libres. Intermediaria de las dos grandes masas de tierra continental que a norte y sur tendrá, esa confederación mantendrá en sus límites propios ambas masas continentales» (VI, 78-79).

En las páginas siguientes de este cuaderno de viajes, Hostos,insiste en que no tiene "*rencor*" sino "*temor*" hacia el porvenir de la democracia americana por "*sus formas colosales*", y reparando en que su admiración por ésta es reflexiva, y por ello crítica, anota acto seguido que "*no es bueno, es malo que los norteamericanos tengan las tendencias absorbentes*" que practican hacia México y Santo Domingo, que es mala su "*repulsión*" contra los "*latinoamericanos débiles*", su doctrina Monroe, su ideal de ocupación de todo el Continente del Norte "*desde Behring hasta el Istmo*", su contribución a la prolongación de las guerras de independencia en todo el Continente Sur, su oposición a la idea de Bolívar del Congreso de Panamá y a la independencia de Cuba, y su negativa a agilizar la fraternidad de los pueblos del nuevo continente. En dos ocasiones adicionales en este texto, Hostos repara en su convicción de que "*ya los norteamericanos son tan fuertes, que acaso destruirían por una política de expansión y de invasión todas las esperanzas doctrinales de la democracia, si no tuvieran un freno en la solidaridad territorial de la América latina*". Así, tentando el cuerpo del imperialismo naciente, cree como Martí que con la independencia de las Antillas, "*quedaría eliminada para siempre una de las más formidables incógnitas el porvenir continental*"(81-83).

En 1872, en un artículo sobre *El Perú* (VII, 111), realiza un extenso diagnóstico de sus males partiendo de

su historia colonial. Allí, sin olvidar que se trata de uno de los "*pueblos-niños*" de América, señala que "*el Perú es todavía el campo de batalla del sistema de vida colonial y del modo de ser americano*" (115). Tras aconsejar la adopción de la doctrina de una secta socialista francesa que predicaba en 1848 la necesidad de un tercer ojo posterior para no olvidar el pasado, resume las fatalidades que pesan sobre el porvenir del Perú y definen su problema político. A juicio de Hostos, el error de sus gobiernos "*consiste en no conocer ese problema*", porque, como apunta más adelante: "*Conocerlo es aprender a resolverlo*", frase casi igual a la martiana antes citada. Hostos se detiene a examinar aquí extensamente el problema de "*la variedad de sus elementos etnográficos*". Y observa a propósito de esto que plantear el problema "*hubiera creado una clase gobernante*" que hubiera concluido por "*la formación de un pueblo homogéneo con los elementos heterogéneos de la población*" (118). Tras resaltar las peculiaridades de la situación en la que se encuentra cada sector poblacional --*servidumbre, inferioridad, desdén*--, Hostos explica cómo en vez de crear una *clase gobernante* que responda al país, se ha creado "*una casta privilegiada, una oligarquía*" (121). De esta manera, si bien "*ningún pueblo sudamericano sale exento de culpas de barbarie*" (111), la "*civilización*" que depende en estos pueblos de la "*práctica del derecho y del predominio de la libertad*" (125) pudiera concluir, "*no sólo por el Perú, sino por toda la América del Sur*", con unos "*Estados colombianos tan poderosos como los Estados americanos*" (143).

Desde ese entonces Hostos se halla identificado absolutamente con la historia y la personalidad múltiple y sin embargo una de la América nuestra. En un artículo suyo titulado *Cuba y Puerto Rico* (IX, 175), ha dicho como Martí:

«Hoy mismo, cuando imperturbable e impasible en mi designio, como los Andes están en su cimiento, encubro, como ellos, el fuego latente en las entrañas con la nieve aparente en la superficie, si quiero que los Andes se conmuevan, si quiero sentir las erupciones volcánicas del odio, derretir la nieve de mi fe matemática en el destino de mi patria y en el mío con el incendio de las pasiones que mi conciencia y mi razón han sofocado, me traslado mentalmente a aquella época, leo la historia de la conquista en cualquier parte de América, y la sed de justicia me devora y el hambre de venganza me exaspera, y m e siento Bayoán, Caonabo, Hatuey, Guatimozón, Atahualpa, Colocolo» (188).

Salta a la vista la similitud con el símil sobre los Andes en *Nuestra América* y con aquella nota de Martí publicada en el tomo de *Fragmentos* en sus ***Obras completas*** que dice: "Con Guaicaipuro, Paramaconi, con Anacaona, con Hatuey hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron..." (XXII, 27).

De 1873 son varias cartas públicas difundidas en periódicos suramericanos. Así, por ejemplo, en una dirigida al presidente del Perú, Manuel Pardo, señala como Martí: "*Yo creo, tan firmemente como quiero, que la independencia de Cuba y Puerto Rico ha de servir, debe servir, puede servir al porvenir de la América latina*". Las razones que explica coinciden y se extienden mucho más allá de las expuestas por Martí veinte años después.

En otra carta dirigida a José Manuel Estrada, Hostos repara en su labor de los últimos años peregrinando dentro de la intimidad del alma latinoamericana, y confiesa:

«Durante esos tres años, a toda hora, en todos los momentos, asociándome con presurosa conciencia a cuanto buen intento he secundado, rechazando con indignada conciencia cuanto mal para América me ha salido al paso; durante esos tres años, consagrados con mi

voz, con mi pluma y con el ejemplo de una vida desinteresada a la confraternidad de todos estos pueblos, a la defensa de todos los desheredados, fueran chinos o quichuas en Perú, fueran rotos y huasos o araucanos en Chile, sean gauchos o indios en la Argentina; durante esos tres años dedicados a pedir práctica leal de los principios democráticos, formación de un pueblo americano para la democracia, educación de la mujer americana para precipitar el porvenir de América, --nunca, en un solo momento, en la vida activa y en la vida sedentaria, hablando para uno o para todos, ante el público o ante un alma ignorante o generosa, nunca he dejado de invocar a América para que me secundara en la santa obra que no debe un solo hombre realizar. No debe, porque el porvenir de América no es competencia de un solo americano, sino de todos los americanos, y todos ellos tienen el derecho de poner su óbolo en la obra de redimir a las Antillas. Redención de las Antillas y porvenir de América latina son hechos idénticos. El tiempo, mejor argumentador que ningún hombre, argumentará por mí» (IV, 44).

Otras cartas destacan la importancia de dar a conocer a los países de nuestra América unos con otros, para que sepan cuánto se necesitan y no se miren con mutuo "*desdén*". Protestando contra la deformación del espíritu democrático comenta en una ocasión: *"Aquí un gobernador de provincia, que detesta la provincia"* (VII, 376). Pero seguramente es el *Plácido* (VII, 5-109) --el célebre estudio de Hostos sobre el poeta y mártir cubano, que aunque fue publicado en el 1972-73 Hostos hizo de él una primera lectura en Nueva York en el 1870--, uno de los estudios más penetrantes publicados en el siglo sobre la penetración de poder colonial en el espíritu de los colonizados.

De 1874 es su artículo titulado *La América latina* (VII, 7). Comienza planteándose precisamente el asunto

del nombre, y comentando el hecho de que en ese momento aún no prevalece el de Colombia "con que han querido distinguir de los anglosajones de América a los latinos del Nuevo Continente". No obstante, procede a definirla asistido por la precisión geográfica del continente y por la pasión de un amante enamorado de los "*tesoros que encierran los Andes*". Tras reparar en que "*la sociedad es en ese nuevo mundo tan desconocida como la naturaleza y es tan calumniada como ella*", procede a exponer los innumerables motivos de orgullo, desbordando las ideas martianas mencionadas de que no se nos puede juzgar con criterios europeos; de que "no hay en todo el decurso de la historia de la humanidad sociedades que hayan dado pruebas más evidentes de fuerza de resistencia y de vitalidad que las procedentes del coloniaje de la América latina"; de que las sociedades europeas demoraron "*diez y nueve siglos*" para hacer lo que les piden ahora a nuestras "*sociedades embrionarias*"; de que a pesar de esos diecinueve siglos no han podido erradicar los europeos la "*barbarie*" de sus países; de que se puede demostrar desde numerosos puntos de vista el atraso de la civilización europea en relación con los pasos civilizatorios americanos; de que puede la América nuestra salir airosa de una comparación con los Estados Unidos si se examinan las diferencias en sus orígenes históricos. Y nuevamente atrinchera sus ideas antiimperialistas al denunciar que ni las estaciones navales de Europa ni los buques de la armada norteamericana tienen derecho alguno a desembarcar en Montevideo ni en Panamá.

En un trabajo de este mismo año titulado *Congreso latinoameriano* (VI, 401), Hostos aboga a favor del mismo al partir de aquella expresión crítica que acuñó F. Bilbao al referirse a nuestros países como los "*Estados Desunidos*" --frase que reutilizará Hostos en el ***Tratado de moral*** con el mismo fin--. Repasa con celeridad los

esfuerzos históricos por unir los países del continente para explicar cómo y por qué pueden y deben conciliarse sus contradicciones, y aunque en esta ocasión no reclama la presencia del "*grave peligro [que] ha amenazado la vida colectiva del Continente*" y ha logrado reunirlo efímeramente, será siempre un bien, "porque el día en que cualquiera de esos problemas se plantee, será el primero de la personalidad internacional de América latina, y el primer día de esa personalidad será la víspera de nuestra independencia" (la de las Antillas).

En 1874 publicó Hostos también otro trabajo, titulado *Tres repúblicas* (VII, 40-105), dedicado al Perú, la Argentina y Chile. Es una exhaustivo estudio del pasado colonial de estos países que tiene como finalidad demostrar las diferentes maneras en que sobrevivió la colonia dentro de la independencia, y "cómo se ensayaron todos los caudilllos de la Independencia, y todos fracasaron", porque España no produjo sociedades: las "*abortó*", nacieron muertas. Tras describirlas someramente como disociadas, desequilibradas, sumisas y "*fanáticas del poder que las cohibía*", Hostos detalla la agenda de reconstrucción imperativa que enfrentaron. Era necesario sacar de su triste abatimiento la raza dolorida de los Incas; restituir a quechuas y aymares la individualidad que habían perdido; fundirlos con las razas mestizas; formar con ellos base de población, y con los cholos y negros y zambos y mulatos y criollos blancos un pueblo, etc.

Sus observaciones sobre Argentina se detienen en la pampa y en la necesidad de la república de reconocer que el gaucho era su "*complemento necesario*" y que se debía mejorar su estado social moderando su vida irreflexiva, "pero conservándole todas sus virtudes", y "valerse, para civilizar, de los mismos elementos que contrariaban la civilización", pues si la vida semisalvaje de la pampa había mellado su sociabilidad, no lo había hecho

igual con lo mejor y más puro que había en él: su alma humana, generosa, virtuosa y heroica. Hostos examina la inoperancia del pretendido dominio de sus ciudades y de sus universidades, subrayando las numerosas contradicciones de aquéllas y el fanatismo doctrinario, el escolacticismo jurídico, y el formalismo y la casuística de los teólogos de la Universidad de Córdoba.

En el 1875 Hostos escribe sus *Variaciones sobre un tema universal* (XIV, 315): la barbarie. En su comienzo nos recuerda la imagen del "*aldeano vanidoso*" de Martí, al comentar que "el hombre de la historia no se arrepiente de sí mismo: es siempre el mismo. Cada pedazo de tierra es la mejor de las tierras imaginables...", etc. Tras requisitar que todos los pueblos juzgan bárbaros a los demás y que los europeos consideran bárbaros a los yanquis y éstos a su vez a los latinoamericanos, Hostos sostiene que "los bárbaros han estado siempre en la frontera del porvenir".

La ***Moral social*** de Hostos, publicada en el 1888 a insistencias de sus discípulos --así como todo el ***Tratado de moral*** (XVI) del cual forma parte desde la edición de las ***Obras completas*** de 1939-- es un monumento al ejercicio radical aplicado a los principios desprendidos del examen continuo de sí mismo y de la realidad observable que practicó Hostos toda su vida. Allí ventila Hostos las infinitas incidencias de los principios en la realidad vivible. De cuantas cosas podrían llamarnos la atención para efectos de este trabajo, escojo la curiosa introducción de Hostos al libro en la cual, para demostrar las contradicciones de la civilización contemporánea -- donde civilización es el desarrollo de una mayor conciencia--, resalta ante todo la práctica cada vez más extendida y penetrante de Europa y Norteamérica del "*estrago de sociedades y civilizaciones incipientes*". Esta denuncia del imperialismo occidental que "usufructúa la teoría de la selección y atribuye a la lucha biológica la

aterradora ruina de las mil sociedades que, en todos los grados de razón y de cultura, ha destruido con perseverante brutalidad el egoísmo nacional", la contempla Hostos en todas las latitudes del globo: "Se buscan acá y allá --dice--, principalmente en América y Oceanía, islas estratégicas que gobiernen mares, estrechos y canales, y que aseguren la primacía comercial, y en caso de querella, la prepotencia militar del ocupante; se rebuscan los escondrijos de nuestro Continente, que se cree o se aparenta creer que no tienen dueño; se registra de norte a sur de este a oeste, de Guinea a Egipto, del Delta al Niger, el continente negro", etc. Pero Hostos destaca la labor de ocupación y desolación realizada por los Estados Unidos, que aplicando a los indios las tesis darwinianas "ha obtemperado fríamente con los brutales despojos de derecho consumados por cada Estado de la Unión cada vez que han necesitado de territorios ocupados por los indios".

Aunque hemos aludido a textos inéditos de Hostos, la serie de artículos publicados por él en ***La República*** de Santiago de Chile en 1874 a manera de "*crónica extranjera*", constituyen una porción de particular interés porque constituyen una anticipación a las *Cartas de Nueva York* que publicó Martí en ***La Opinión*** de Buenos Aires en la década siguiente, y porque constituyen una anticipación, además, a la sección de *Apuntes sobre los Estados Unidos* que decidió publicar en ***Patria*** desde 1894 para luchar contra el anexionismo que se extendía dentro de la emigración antillana.

El contenido del artículo del 30 de septiembre es explícito en cuanto a lo que acabo de señalar. Hostos, desde la primera línea, reclama que se le permita ver con los ojos de la razón y "no con los ojos de la admiración irreflexiva, el espectáculo que ofrecen los Estados Unidos de la América del Norte". Hostos pretende examinar cómo es que, si bien este país triunfó en la prueba de la

guerra civil --triunfo que ha desatado la admiración europea y, servilmente tras de ella, la admiración latinoamericana--, ha caído en una profunda crisis moral y en una adulteración de sus instituciones, movido por el desnivel entre el progreso físico de la industria y el bienestar orgánico sobre el progreso moral e intelectual, y además, por el advenimiento del personalismo a la política y la embriaguez de la victoria. Hostos, explícitamente, pretende "demostrar en la vida diaria de este país el doloroso contraste" que "no merece otra cosa que ser tristemente comparados a aquellos hombresillos (¿los "sietemesinos"?) precoces de gloria y de posición que [...] depravan precozmente las facultades con que pudieron servir a la humanidad". Hostos enumera una serie de "dolorosos espectáculos", el primero de ellos, "el de tantas fuerzas individuales y sociales que, sabiamente dirigidas, podrían llegar a restablecer el imperio de la libertad y de la equidad en tantas partes del mundo, no produciendo otra cosa que dinero y egoísmo".

En las cartas siguientes Hostos analiza la situación norteamericana, explorando todas sus regiones y contrastando repetidamente sus hallazgos con la otra América. La exposición de Cincinnati lo mueve a plantear los beneficios que traen estas ferias y a proponer la participación en ella de los países suramericanos en un mismo pabellón para que se muestre tal cual es y venza así el "*desdén*" de quienes la desconocen. La feria, propuesta en su carta del primero de octubre, es otro alegato de defensa de nuestros países. Anticipando las palabras de Martí, les dice a los europeos: "*Y*o quisiera que el inglés, más alto en razón y concepciones, me demostrara qué elementos superiores de sociabilidad tiene la sociedad inglesa, semi-feudal y pseudo liberal, para probarle que con los elementos de la sociedad chilena se puede ir más pronto a la verdadera civilización".

Con esta idea Hostos aboga por la construcción de

una unida personalidad internacional latinoamericana que reconociendo que las "*uniones son fecundas cuando son entre iguales*", pueda enfrentar la agitación continental "cuando Europa se atreve a poner pie en Méjico; cuando el Brasil aniquila al Paraguay; cuando España reivindica su derecho de propiedad en el pacífico; cuando Cuba clama en vano"... Tras insistir en aconsejar la creación de una "universidad internacional latinoamericana", Hostos vuelve a la carga a favor del pabellón colectivo "que recuerde los templos del Sol o las fortalezas de Tlascala", y tras referirse a él como "***nuestra exposición***", añade entre paréntesis: "¿se me ha perdonado el posesivo?"

Pero Hostos no ha abandonado su examen y preocupación por la situación política en los Estados Unidos. Si bien la carta del primero de octubre posee una sinópsis muy próxima a la que pudiera hacerse de *Nuestra América* --«Muchas reflexiones para una sola idea. Lo que piensan de la América latina. Europa y los Estados Unidos. Lo que cada sección latinoamericana piensa de sí misma y de las otras. El sentimiento popular de unión en todos los latinos de América. Los obstáculos. Medios propuestos para vencer algunos. La idea de esta carta»...-- continúa su severo juicio sobre los Estados Unidos en la carta del 9 de octubre para luego reunir ideas en las últimas cartas recobradas de esta serie por el Instituto de Estudios Hostosianos. Las cartas del 18 y del 24 de octubre son la encarnación doliente de quien ha atado inexorablemente su intimidad personal con el destino de las Antillas y de América. Son cartas particularmente conmovedoras y reveladoras de quien fuera proclamado con justicia "*Ciudadano de América*".

Partiendo de la "lúgubre profecía" de su propio padre: "Hijo, te levantaste muy temprano", Hostos, tras reparar en que en efecto, "cuanto más llego a donde debo, más temprano llego", concluye por observar lo siguiente:

«Héroe de los tiempos que no han sido, llegué a la revolución de las Antillas en 1863, cuando nadie se acordaba de ellas: llegué muy temprano. Héroe de los tiempos que no serán jamás, llegué aquí [Nueva York] en 1869 a buscar revolucionarios que no había, dejando, como el heroico perro de la fábula griega y la española, la carne por la sombra».

Se encontró con que

«esta gente colonial [...] se había empeñado en que el camino de la revolución era la anexión. Era una empresa heroica ponerse a predicar sentido común, a apostolar en favor de la verdadera revolución, a hacer propaganda en favor de una conversión hacia América latina: fue demasiado madrugar: me zahirieron».

En vez retirarse a Colombia, concibió otra idea:

«Predicar en favor de mis Antillas, era poco; ligar su porvenir al de la gran patria; vivir cordialmente en la vida de ésta; sentir y pensar y querer en Colombia, en Perú, en Chile, en Argentina, como sintiera y pensara y quisiera el mejor de sus patriotas; serlo todo a un mismo tiempo, antillano por la América latina, latinoamericano por las Antillas; peruano, colombiano, chileno, argentino, y además, ecuatoriano con los expatriados del Ecuador, boliviano con los patriotas perseguidos, paraguayo con el pueblo aniquilado, defensor de la libertad, la justicia, la razón y la desgracia en todas partes; indio con el indio maltratado; chino con el chino esclavizado en el Perú; huaso y roto con el roto y huaso que diezmaban las enfermedades de la Oroya; gaucho con el gaucho argentino mal apreciado [el 'gaucho enemigo de la civilización falaz', como dice en otra parte], eso era algo».

Pero llegó muy temprano. Hostos se abandona a estas cuitas desconsolado por la intervención de los poderosos y oligarcas de la emigración que aceptan la revolución porque no pueden "oponerse eficazmente a la corriente amazónica de la opinión cubana", pero, "fermento

continuo de corrupción" como son, trabajan por la intervención norteamericana buscando la anexión, mientras la revolución de Céspedes sufre porque no ponen los que pueden "unos cuantos millares de pesos, un corsario, un buque de guerra", que decida la contienda.

5. Hostos reconoce --también en trabajos inéditos-- la importancia de la obra iniciada por Martí en el 1895

En ***La lei*** de Santiago de Chile, Hostos publica en 1895 cartas sobre la nueva guerra de Cuba, como parte de la actividad solidaria que le solicitó Sotero Figueroa desde abril y que le recriminan amargamente otros oficiales del gobierno chileno. Además de los textos ya mencionados publicados en las ***Obras*** del 1939 o comentados por Maldonado-Denis, el Instituto de Estudios Hostosianos recuperó otras alusiones a Martí desconocidas. La del 13 de agosto parece ser la primera nota en la que Hostos confirma la noticia de la muerte de Martí: "Éramos de los que no creíamos en la muerte de Martí. [...] Pero ya no cabe duda: Martí ha muerto, y ha muerto a manos de un traidor". La del 25 de septiembre refunde la carta de Henríquez y Carvajal que difunde a su vez el "*testamento de Martí*". Y tras coincidir con la apreciación de Henríquez en el sentido de que la carta "es realmente la imagen del alma buena, sencilla y generosa de Martí", añade:

«Llena de ideas, llena de sentimientos, llena de cierta natural sombra de muerte, que necesariamente ha de afectar al corazón de las muchedumbres tropicales, nada es extraño que esa carta aparezca ya en casi cuantos periódicos nos llegan de las Antillas y de Costa firme.

«Aquella noble alma fulgura suavemente en esas líneas. Esa caterva de miserables, cuyo contacto aun lejano es la mayor desgracia, y cuya lava venenosa la única recompensa de buenos como aquél, aun tienen tiempo para ofender su memoria; pero ya leída esa carta, pasó el tiempo de la duda: quien la lea no puede

dudar de la recóndita buena fe con que pensaba y sentía Martí.

«Era, entre todos los revolucionarios de la grande Antilla, el cubano que más calorosamente había prohijado la idea característica de los puertorriqueños: la confederación de las Antillas. Y la había prohijado tal como ellos, desde 1863, en España, y desde 1869, en discursos, escritos, propagandas y verdaderos sacrificios, la habían concebido y consagrado.

«Claro está que no se dice esto para disputar glorias (que no es hora de disputar glorias, sino de despreciar brutalidades e injusticias) y se dice para más honrar la memoria del hombre generoso que tuvo la fortuna de inmortalizar, con su muerte, las ideas que adoptó.

«Pero no son las ideas lo que más cautivan en el **testamento** de Martí; lo que en él ha quedado como sello de su alma son los sentimientos plácidos, benignos y benévolos que habrían hecho de él uno de los grandes infortunados de este mundo, si la muerte piadosa no lo hubiera salvado. Gracias a ella, el **testamento** nos señala en Martí a uno de los mayores afortunados».

En estas líneas es Hostos mismo quien reconoce en el texto de Martí su huella digital, y tal vez más que ella, su propia voz profética, su propio espíritu atormentado, su propia abnegación e inmolación, y su propia ofrenda enamorada. Y todo, idea, pasión, visión y esperanza, están en Martí "expresadas con tan íntima buena fe (...) que toman nuevo realce".

En Martí ha visto Hostos sin duda, su determinado empeño por consagrar la vida a lo que llamó *el deber de sus deberes*, y bautizar con su sangre la libertad de la isla que ¡nunca vieron sus ojos ni pisaron sus pies! Esta es la confirmación rotunda de la tesis de identidades compartidas que hemos intentado desarrollar aquí, disfrazada por la búsqueda de perspectivas para un estudio de sus diálogos ocultos. Hostos y Martí comparten de tan intrincada y penetrante manera sus figuras históricas, que parecieran anverso y reverso de la misma moneda. Sólo que donde fue Hostos el horno,

Martí fue el pan.

Hostos sugiere en las líneas últimas citadas que, como sentimos todos, algo hay en Martí --el hombre-- que conmueve y llama al llanto presto, más allá del refulgir de la palabra iluminada, eternamente nueva.

Y como si quisiera devolver la palabra prestada, en numerosos trabajos de Hostos posteriores a esta fecha, de sus últimos años, hemos de encontrar expresiones y frases de Martí, pululando resplandecientes por su prosa. Entre ellas, el nombre perfecto tan buscado por el Hostos que acuñó "*nuestros países*" y "*nuestros pueblos*", y pidió se excusase el posesivo de "*nuestra exposición*"; aquél que, enfrentado a la realización del mal augurio, le permitirá en varias ocasiones definir inequívocamente su posición y rumbo ante la presencia en las Antillas de la América sajona: "nuestra América".

Notas

[1] No es la primera vez que nos ocupamos de la obra de José Martí. Hemos dictado dos conferencias (Universidad Central de Bayamón, 1979; y Colegio Universitario de Humacao, 1986) y publicado tres trabajos: *José Martí: la dulce quemadura de su hallazgo* (***En Rojo, Claridad***, del 29 de enero al 4 de febrero de 1982; *De Martí a Valladares,* ***Claridad***, del 4 al 10 de febrero de 1983; *Las almohadas de piedra de José Martí* (***En Rojo, Claridad***, del 26 de enero al 1 de febrero de 1989). Sobre Hostos, hemos dictado numerosas conferencias y publicado numerosos trabajos en ***Claridad, El Mundo, Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Exégesis, Bayoán (Nueva Epoca)***, así como los trabajos introductorios a los tomos 2 y 3 del volumen 1 de las nuevas ***Obras completas*** de Hostos, edición crítica.

[2] Sobre la vida y las tareas realizadas por estos dos olvidados próceres de la patria antillana, recomendamos el libro de rescate investigativo de Josefina Toledo: *Sotero Figueroa, editor de* ***Patria****. Apuntes para una biografía.* La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985, 193 págs.

[3] Este trabajo se presentó en el *Encuentro Internacional Sobre el Pensamiento de Hostos* que se celebró en el 1989 con motivo del sesquicentensario de su natalicio. El mismo ha sido editado por el Instituto de Estudios Hostosianos para aparecer en el tomo que recoge todas las ponencias presentadas en este Encuentro.

La tela de araña del Instituto de Estudios Hostosianos: Manual para techos de cristal

Buenas intenciones, buenas normas y leyes, fracasan diariamente en Puerto Rico, entre otras razones poderosas, por la carencia de presupuesto. Todos sabemos que así como el estado vilipendia los recursos del gobierno en gastos innecesarios o sencillamente fraudulentos, ahoga y estrangula programas importantes y de gran interés socio-cultural. Uno de éstos lo es el *Instituto de Estudios Hostosianos* (IEH).

Antes de éste que nos ocupa hoy, el último libro presentado de la *nueva edición crítica* de las *obras completas* de Hostos que realiza el IEH, lo mostré yo, personalmente, cuando aún fungía como director del IEH, durante los actos de conmemoración del natalicio de Hostos celebrados en el Recinto de Río Piedras, el once de enero de 1995. Se trataba del volumen de ***Crítica***. Desde entonces, hace dos años y medio, no veíamos nuevas salidas de este magno proyecto de más de treinta volúmenes, que en once años de operaciones --desde

* Publicado en EXÉGESIS 31 (1998).

1986-- ha logrado publicar sólo siete tomos.

El hecho de que en Puerto Rico, que yo sepa, sólo el IEH y Argimiro Ruano poseen copias del manuscrito, y de que yo posea copia del borrador de la transcripción preparada en el IEH con las correcciones realizadas por mí en cotejo continuo con el manuscrito de Hostos, me impone el deber indeclinable con mi país de comentar algunos aspectos de esta edición más allá de las páginas publicadas por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Si sólo el que esto escribe puede señalar fallas en esta edición, aparte de Argimiro Ruano, no puedo responsablemente, callarlas.

Responsabilidad de este autor y moción de relevo de ella

Entre enero de 1994 y enero de 1995 me desempeñé como director del *Instituto* (IEH) por designación de su presente Rector, Dr. Efraín González Tejera. Entre las tareas que realicé durante esos doce meses, estuvo la revisión y corrección de la transcripción realizada por el personal del IEH de la novela en manuscrito de Hostos titulada ***La tela de araña***.

Aunque los créditos correspondientes de la página de título leen como sigue: «*Transcripción, revisión y anotaciones por Vivian Quiles-Calderín, con la colaboración de Julio César López y Ernesto Álvarez*», y aunque en ninguna parte se consigna el trabajo que realicé *en la revisión y corrección del texto*, lo cierto es que cumplí con mi tarea.

Al abandonar la dirección del IEH en enero de 1995 dejé el manuscrito corregido. Este trabajo de edición fue motivo de controversias que se discutieron con los profesores que formaban entonces la *Junta Asesora* del IEH. Tengo en mi poder copia de la convocatoria a la reunión de la Junta Asesora celebrada el lunes 12 de septiembre de 1994 en cuyo punto número 6 se lee: «***La***

tela de araña**: dificultades de edición*». Hay una acta correspondiente y además el buen recuerdo de los presentes, a saber: Marta Aponte, Rafael Aragunde, José Ferrer Canales, Julio César López, Carlos Rojas Osorio y José Luis Méndez. Tengo copia, además, de un memorando dirigido a la actual directora del IEH, entonces investigadora auxiliar, con fecha del 15 de septiembre de 1994, en el cual dispongo como director que terminaré «*la revisión iniciada del texto y de las notas*» y que la novela se publicará de una forma que allí se especifica. Tengo copia de un informe de IEH dirigido a la entonces decana interina de administración del recinto, Dra. Aida L. García, fechado el 5 de octubre de 1994, en cuyo *anejo 2* aparecen participando de la tarea de investigación y edición, específicamente de ***La tela de araña, Julio César López, Vivian Quiles y este servidor. Tengo copia del *informe de labor realizada* sometido al rector del recinto, Dr. González Tejera, el 5 de diciembre de 1994, en cuya página 6, sección *IV- ee,* se lee: «*Revisé y corregí en 2 versiones* ***La tela de araña***». Tengo copia de una carta fechada el 13 de enero de 1995 dirigida al Dr. Carlos Rojas Osorio --quien me sustituyó interinamente en la dirección del IEH-- para detallarle todos los asuntos pendientes y ofrecerle mis recomendaciones. En la página tres de esta carta, el punto número cuatro, dice: «*En los últimos meses revisé el texto de* ***La tela de araña****. Se decidió publicar el texto...*» En esa misma carta, el punto número cinco, indica: «*Dejo en la oficina el texto de esta novela corregido con lápiz rojo. Advertí innumerables errores de transcripción y enmiendas al texto que hacen imperativo volver a revisarlo con esmero*».

Carlos Rojas me comentó recientemente que dispuso que se continuara con la revisión del texto que le entregué sin añadirle modificaciones propias. Tengo, además, en mi poder una fotocopia de todo el trabajo realizado por mí a través de toda la novela con los errores de transcripción

anotados que encontré y los señalamientos de corrección perentorios que determiné hacer. Hablamos, en promedio, de más de quince correcciones por página en un texto de 104, más o menos, lo que vale decir, alrededor de 1,500 correcciones. Un examen somero que he realizado del texto finalmente publicado me lleva a concluir que más del noventa por ciento de las correcciones señaladas por mí fueron incorporadas al texto publicado.

Finalmente, en una carta fechada el 13 de noviembre de 1995 dirigida a Rafael Aragunde, comento, a solicitud suya, un borrador del «*Estudio llevado a cabo por el Comité Especial nombrado por la Junta Asesora*». Tras rechazar entre otras muchas cosas la visión degradante que de las funciones del director del IEH se hace allí, señalo en el punto 23 lo siguiente:

«*El informe* [es decir, el estudio de este comité] *ignoró las recomendaciones específicas que le sometí al rector en mi informe de diciembre de 1994. El informe ignoró las preocupaciones sobre la natuyraleza de la tarea editorial de anotaciones quie especifiqué; ignoró los errores que encontré en la supuestamente ya depurada versión de La tela de araña*», etc.

La versión final de este informe nunca se me envió.

Entiendo que tengo derecho de reclamarles a todos los responsables la reparación de esta omisión. Recoger esta edición podría ser parte de la solución porque en la somera revisión que hice de esta publicación detecté correcciones hechas a la edición previa de Argimiro Ruano no señaladas en las notas como se proponen hacer los editores, e incluso frases omitidas del manuscrito original que cuestionan nuestra confianza. Si tomamos en cuenta que esta edición se publica increpando agudamente la versión a todas luces inescrupulosa de Argimiro Ruano, el asunto adquiere mayor gravedad puesto que Ruano advirtió al menos el carácter

«provisional» de su edición y admitió la existencia de errores. La edición del IEH fustiga con sobriedad la edición de Ruano en su *Advertencia editorial* al hablar sólo de *«discrepancias»*; mas la sobriedad se pierde en su no obstante excelente estudio preliminar, preparado por Ernesto Álvarez. Lo que resulta innecesario y excesivo a nuestro juicio, es continuar el castigo de Ruano al exponer uno a uno sus errores de transcripción. Tanto fustigar para incurrir en nuevos y propios errores nos impele a reflexionar sobre las penurias de la falta de modestia cuando se tiene techo de cristal. No basta con hablar toda la vida para ser un buen lingüista. En el campo intelectual, ¿el autor es quien realiza el trabajo manual sobre el teclado o quien lo dirige, lo corrige y lo autoriza?

Fe de erratas

Como, dado el caso, se podrá alegar que un botón no basta, expongamos cuatro. En la página 106 de esta edición (IEH), dice a partir de la séptima línea del primer párrafo:

«*Queremos una suma, una síntesis, y en vano la queremos. De los venturosos y los infelices; de las virtudes y los vicios, sacamos la idea de los hombres: pero el hombre,*[16] *la imagen de Dios, el fin palpable; no buscamos la virtud, y encontramos virtudes* [...]».

En la edición de Argimiro Ruano dice en su lugar:

«*Queremos una suma, una síntesis, y en vano la queremos de los venturosos y los infelices. De las virtudes y los vicios, sacamos la idea de los hombres; pero en el* ***hombre,***[16] *la imagen de Dios, el espíritu simple que realiza un fin palpable, no buscamos la virtud, y encontramos* ***virtudes*** [...]».

Yo leí y corregí el texto como sigue:

«*Queremos una suma, una síntesis, y en vano la queremos. De los venturosos y los infelices, de las virtudes y los vicios, sacamos la idea de los hombres.*

Pero el ***hombre****, la imagen de Dios, el espíritu simple que realiza un fin palpable... Buscamos la virtud, y encontramos* ***virtudes*** [...]» ¿Cuál es la versión correcta? Las normas que rigen todo el proyecto de edición de estas ***Obras***, publicadas en el primer tomo (***La peregrinación de Bayoán***, 1988), y las normas de edición indicadas para esta novela en específico, obligaban a los editores, si por algún motivo debieron suprimir una frase, a indicarlo en una nota, lo mismo que tenían que indicar la diferencia con la versión de Ruano. No lo hicieron.

Otro tanto ocurre en la página 122 (IEH). Es un inicio de párrafo que lee como sigue en la edición del IEH: «*Palma sabía que se alivian, y aliviaba la suya los dos únicos remedios que podían calmarla* [...]». El lector no sabe de qué habla el narrador porque se ha omitido una oración que, sin embargo, transcribió Ruano, en la página 88 de su versión. Dice allí:

«*Las pasiones son enfermedades morales incurables*[21]*; pero Palma sabía que se alivian, y aliviaba la suya con los dos únicos remedios que podían calmarla* [...]». En la versión en borrador del IEH que yo examiné estaba la frase, y la nota de Ruano también estaba incorporada como la nota número 60. ¿Qué ocurrió? Nuevamente: si el IEH determinó que era imperativo suprimirla por alguna razón que desconozco, entonces, ¿por qué no aparece esa razón en una nota ni aparece la correspondiente nota de cotejo con la edición de Ruano? En la página 213 de la edición del IEH dice en el párrafo situado a mitad de página, en la penúltima línea: «[...] *cuando de un acontecimiento que anunciaba desgracia veo producirse un contenido más duradero, una ventura más sólida.*» Donde dice «contenido» yo leí en el manuscrito «contento», igual que Ruano (229). ¿Leímos mal? Bien; pero, nuevamente, ¿dónde está la nota de cotejo con Ruano?

Debo aclarar que, antes de abandonar el IEH subrayé, reiteré e insistí en la necesidad de nombrar al frente del IEH a un director cuyo dominio de estas destrezas permitiera que el público lector puertorriqueño y el investigador de todas las latitudes pudiera confiar en el rigor de esta edición. Como ya se vio, reiteré la necesidad la volver a cotejar, cuidadosamente, un borrador del manuscrito que hallé, tras un examen no exhaustivo, con plaga de errores. Aunque son innumerables las correcciones realizadas por mí que fueron incorporadas a esta edición, me llaman la atención, además, las ausencias de las notas de aclaración y de interpretación que se acostumbraban, a excepción de la refundición de las hechas por Ruano. Me llama la atención la decisión de trasladar las notas al final de la novela y de actualizar y corregir evidentes errores de puntuación y ortografía porque como director insistí, sin encontrar respaldo, en la necesidad de ofrecerle al lector no especializado un texto verdaderamente legible y la oportunidad de hacer una lectura grata, sin interrupciones masivas, **pero con todas las anotaciones perentorias de este caso singular**.

En la aludida reunión de la Junta Asesora del 12 de septiembre de 1994, utilicé como ejemplo de la dificultad de transcribir, fiel al texto, como se me exigía, la siguiente porción del capítulo cinco, primer párrafo. El manuscrito dice:

«*Los que hayan gozado o sufrido de esa vida total de nuestro ser interior; que va desenvolviéndose lenta y dolorosamente; que de la confusa vitalidad de todas sus facultades se eleva trabajosamente a la tranquila actividad de todas ellas: que para lograr, si lo han logrado, la armonía de la vida, la concordancia de todas las aspiraciones de su alma, si han leído el capítulo anterior, se habrán dicho, compadeciéndose de Consuelo*»[...]

Le propuse a la Junta la conveniencia de corregir los errores evidentes del texto, por las razones indicadas en el párrafo anterior, ***pero*** con las anotaciones correspondientes que le permitieran al investigador, no al lector común, estudiar el manuscrito original. La Junta opinó como Julio César López que ello no podía hacerse. No obstante, para mi sorpresa, encuentro enmendadas estas líneas (IEH, página 119), y lo que es más sorprendente, no hay notas que indiquen cómo aparece el texto en el manuscrito, sólo dos (la 43 y 44) ¡que se refieren, nuevamente y siempre, a los errores en que incurrió Ruano!

Ernesto Álvarez:
un excelente estudio preliminar

El estudio preliminar de Ernesto Álvarez (17-100) es, por fortuna, otro cantar. No se distingue por planteamientos que en rigor debamos considerar inéditos, pero al insistir y resaltar algunos detalles particulares ya tocados en su mayoría por la crítica, ha logrado que el lector se percate de importantes aspectos sobre los cuales esa crítica no se ha detenido lo suficiente. El estudio --o «introducción»--, amplio y suficiente, está dividido en cuatro partes. En la primera, «*Observaciones preliminares*», se detiene sobre la fecha probable de escritura del texto para obligarnos a concluir que se trata de un texto primerizo, producto de ése que nosotros hemos llamado otras veces «***joven Hostos***», es decir, aquél que, en cuanto escritor, fue antes que nada novelista, cuyas obras surgieron de su constante autoanálisis, y ya defensor del principio de la soberanía para "*sus islas*" mediatizada a través de una federación porque reconocía los imperativos de nuestras dificultades económicas. Ya sabemos que en cuanto al psicoanálisis que Hostos inició todavía adolescente, en el 1857, fue un verdadero precursor, profeta de Freud, y que en el ***Plácido*** anticipa

ya el retrato del colonizado que lograra Fanon. A juicio de Álvarez, las dos novelas publicadas de Hostos son fragmentos anteriores al diario que conocemos, que comienza en el 1866, y por lo mismo, partes de ese diario que hemos considerado una de sus aportaciones más sobresalientes.

Álvarez observa con gran tino la importancia que tiene la clasificación que, a la altura de 1875, hace el propio Hostos de ***La peregrinación de Bayoán***, cuando ha ganado ya en gran medida la estatura continental que merece en la estimación de la historia. Llama a su libro «*poema-novela en prosa*», frase que a todas luces privilegia el poetizar sobre el novelar (*poema*; *en prosa*). Además, más allá de las observaciones de estilo y de estética que hemos hecho en nuestros propios trabajos, vincula acertadamente el lenguaje hostosiano con los simbolistas franceses y con el futurismo, y si bien no tanto con la lírica de Rubén Darío --como erróneamente se implica en la *Advertencia preliminar*--, sí con el nacimiento de la conciencia moderna y, desde luego, con los premodernistas.

En la segunda parte, Álvarez fustiga pleno de verdad, pero tal vez innecesariamente, como hemos dicho, los trabajos de Ruano sobre el tema. Al hacerlo, se apoya correctamente en la crítica que a éste le ha hecho Carlos Rojas Osorio y el que esto escribe. En la tercera parte, se detiene a examinar la novela española de la época. Álvarez nos pone en perspectiva los aciertos de Hostos en el género al ponderar que araba en el desierto de la novelística española de los sesenta, época que esperaba aún los grandes autores y textos de los ochocientos. Además, el asunto de la composición de la Academia de la Lengua, ante la cual sometió Hostos a concurso ***La tela de araña***, pues tenía entre sus miembros, entre otros, a Juan de la Pezuela, aquel tristemente célebre gobernador militar de Puerto Rico del *régimen de la libreta.*

Finalmente, la cuarta parte está dedicada a la reseña de la novela en sí. Allí Ernesto Álvarez nos habla de ***La tela de araña*** como una *novela de tesis* dedicada al estudio de la familia y concebida como un «*anti-Goethe*». En esta novela, pues, Hostos nos adelanta, en una versión narrativa, muchos de los sondeos expuestos en el ***Tratado de moral***, y mucha de la penetración y análisis psicológicos que articulará años más tarde en sus estudios de los personajes del ***Hamlet***, e, incluso, de sus tesis revolucionarias sobre *La educación científica de la mujer*. Resulta admirable la aguda y fina penetración que realiza Hostos con estos personajes, pues más que colorido y costumbrismo, Hostos parece querer sondear y descubrir en ellos su verdad humana, los hilos que mueven la conducta y cincelan el carácter. Con ellos, es decir, con estos hilos definidos y tomados de la mano, Hostos elaborará además las teorías pedagógicas que harán de su quehacer educativo un monumento al desarrollo de la libertad latinoamericana. Lejos de ser una obra fracasada y abortada, estéticamente inferior, como comentaron algunos en el IEH, son incuestionablemente numerosas y trascendentes al estudio de la obra toda de Hostos, las hebras con que tejió ***La tela de araña***.

Hostos: cinco tesis redivivas

Permítanme una expresión personal que estimo pertinente: hablar de Eugenio María de Hostos es una de las mayores dichas de mi vida. Hostos se me convirtió en algo así como un órgano del cuerpo una tarde que comencé a dolerme de su vida leyendo ***América: la lucha por la libertad***, esa egregia antología que cosechó con piedra y cielo Manolín Maldonado Denis. Anegado en un réquiem enamorado, me recuerdo escribiendo a pie, en medio de una calle de Río Piedras, un largo poema que titulé *En la tumba de Eugenio María de Hostos*, poema que se ha publicado varias veces y cuya primera tirada dediqué a Maldonado Denis, y luego a don José Ferrer Canales. Mi lazo consanguíneo con Hostos, esta parentela de espíritu desvelado que desde entonces alimento con regularidad, me hace sentirme, si se me permite la inocencia, un buen intérprete de su obra, indistintamente de lo que pueda pensarse y sin zozobras. Sé que esta certeza mía sólo tiene valor para mí, pero como el crítico y el poeta que me habitan son en realidad la misma persona, tomo con licencia mi imprudencia académica.

---

*Publicado en EXÉGESIS 42 (2001).

Existe un formidable consenso sobre cómo interpretar y valorar la obra de Eugenio María de Hostos. Claro está, que dicho consenso aplica fundamentalmente a apreciaciones generales en torno a los aspectos más prominentes, pues tan pronto el ojo crítico penetra las urdimbres y los vasos comunicantes, hila fino, y hace la exégesis que corresponde a los complejos teóricos, el consenso se pierde porque nos internamos en un mundo rico y vasto. Durante los últimos veinte años he desarrollado algunos puntos de vista sobre la obra de Hostos en los que insisto continuamente, en algunos casos porque contravienen tesis ortodoxas de la crítica más difundida y, en otros, porque intentan reparar algunos juicios erróneos de hostosianos de moda. Quisiera recordar hoy aquí algunas de estas tesis redivivas, siquiera someramente.

En primer lugar, sostengo que el pensamiento de Hostos era *revolucionario* por lo menos desde 1863, cuando publica ***La peregrinación de Bayoán***. La visión de la crítica tradicional que en el campo de la literatura igual que en el de la historia enfrenta al Betances *revolucionario* con el Hostos supuestamente *reformista*, piensa en el Betances rompehuevos de 1868, el Betances conspirador del Grito de Lares, para constrastarlo con el Hostos que en España aboga por una nueva República Española. El proceso lógico parece ir a la deriva de la siguiente ecuación: ser independentista es ser revolucionario; combatir, dentro del absolutismo monárquico, por un régimen constitucional y federal, es ser reformista. Se olvida, parece, el carácter revolucionario, en el plano político y social, cuando menos, del tránsito entre la monarquía absolutista y la república burguesa que transformaba el mundo desde fines del siglo XVIII. La historia considera ese tránsito una revolución. Se olvidan las múltiples y profundas vinculaciones en el plano social y económico que esas

estructuras políticas establecían dentro del ámbito español. La historia considera esas profundas transformaciones estructurales revolucionarias. Se olvida que Hostos sostiene, reiteradamente, que su lucha por la república tenía como finalidad estratégica la creación de una federación de provincias españolas cuasi soberanas de las que deberían formar parte las Antillas. Quiero subrayar la palabra *soberanía*, y quiero subrayar la palabra *federación*. Hostos, extrapolando el modelo de la confederación canadiense propuesta en esos años con la intención de resolver el problema de la diversidad cultural de sus provincias y la de evitar que gravitaran hacia el sur, dada la proximidad a los Estados Unidos, buscaba un modelo político que reconociera las circunstancias diferentes de las Antillas, respecto de la península, y proveyera el espacio que permitiera, dentro de un modelo español, la completa libertad de acción de los antillanos. Por eso Hostos rechazó en sus artículos desde 1865 la "asimilación de las Provincias Ultramarinas a las Peninsulares". Su vinculación con la corona buscaba la igualdad política a través del reconocimiento de las desigualdades de condición y constitución entre las colonias y la metrópoli. Era el suyo un verdadero *radicalismo democrático*, para decirlo con palabras de Félix Córdova Iturregui.

Pero Hostos estaba ponderando otros aspectos al elegir la ruta de la libertad de sus islas. Sabía ya entonces, y lo reiteró en innumerables ocasiones en las décadas siguientes, incluso tras la invasión norteamericana, que Puerto Rico, mucho menos que Cuba, **no** estaba en condiciones de sobrevivir en la liga de naciones independientes por la postración y la miseria en que nos mantuvo la monarquía española. Incapaz, no obstante, de aceptar la subordinación y la colonia, encontró salida feliz a través de la idea de una federación de la república española primero, y luego a través de la idea de una

confederación de las Antillas, confederación que tenía que pasar por la independencia de cada una de ellas.

Por eso no debería sorprender que Hostos considere su novela de 1863 un *grito sofocado de independencia*. Juan Bosch relata en su biografía de Hostos cómo éste llegó a la concepción de esa primera novela pasando, primero, por la concepción de la necesidad de la unidad antillana. En una de sus travesías por el Atlántico Hostos evocaba sobre cubierta el incidente desgraciado de un pasajero, presuntamente enfermo de cólera, que fue arrojado al mar, según le pareció, vivo. Recordaba vivamente la conversación de algunos pasajeros, familias cubanas y dominicanas a quienes interrogaba sobre la situación de ambas islas hermanas.

"Una noche –cuenta Bosch–, en que acodado en la baranda, tarde ya, veía la luna menguante rebrillar sobre el agua, se le ocurrió pensar que tal vez fuera posible constituir con los tres pueblos una federación, que quizá los tres podían satisfacer igual destino histórico. Un repentino júbilo, como de quien descubre una ley científica, le embargó de golpe... La pequeñez de Puerto Rico, la poca cosa que significaba lograr la independencia de Puerto Rico podía ser un obstáculo para un alma capaz de concebir sólo en grande; pero el obstáculo dejaba de serlo tan pronto el ideal se ensanchaba y ganaba las tierras de las islas hermanas... A partir de aquel día, y mientras se acercaba a España, Hostos empezó a ir viendo todos los aspectos de su concepción". (***Hostos, el sembrador***, Huracán, 1976, 28-30)

En su artículo *Cuba y Puerto Rico*, de 1872, Hostos expresa de mnanera incandescente el significado vital y visceral que tiene patra él su identificación con Bayoán. Hablando de la conquista de América, confiesa: "Mi espíritu ha debido vivir en aquel tiempo negro, porque yo que no he conseguido odiar a los españoles... no puedo pensar en el primer momento de la conquista, sin odiar con

frenesí, con deleite, con unción, a aquellos monstruos de ingratitud y de injusticia. Hoy mismo... si quiero que los Andes se conmuevan... me traslado mentalmente a aquella época, leo la historia de la conquista en cualquier parte de América, y la sed de justicia me devora y el hambre de venganza me exaspera, y me siento Bayoán, Caonabo, Hatuey, Guatimozín, Atahualpa, Colocolo".

En ***Hostos íntimo***, su hijo, Bayoán Lautaro de Hostos, recuerda vivamente como su padre "irrumpía en quejas, en protestas, y amargos comentarios, cada vez que recordaba la guerra de exterminio de la conquista". (República Dominicana: La Trinitaria, 2000, 96.)

Acaso, entonces, no deba sorprender la manera como Hostos enfrentó, sin demora, en el mismo 1868, la renuencia de sus antiguos correligionarios que se negaron a extender la república a las islas, y cómo así mismo, sin demora, aceptara públicamente que el camino a la soberanía tendría que ser otro, de modo que ya en 1869, a pesar del triunfo de la revolución republicana que tanto buscó, estaba en un exilio sin retorno. El mismo rompimiento de Hostos con sus correligionarios republicanos es prueba patente de este planteamiento, pues el distanciamiento de Hostos con la revolución triunfante no ocurre por otra razón. Prueba lo es también que tanto el Grito de Lares como el Grito de Yara encontraran en Hostos su abogado en pleno Madrid. Martí lo vio así y por eso reproduce en ***La patria libre*** el discurso de Hostos pronunciado en el Ateneo de Madrid (EXÉGESIS 23-24: 57-64). En la agenda de Hostos siempre estuvo el reconocimiento de todos los derechos políticos del pueblo de Puerto Rico y el reconocimiento, por parte de Madrid, de la plenitud de los derechos constitucionales de los ciudadanos puertorriqueños. Y en su agenda estuvo siempre la realización de cambios radicales en los planos ecónomico y social de todas las Antillas. El volumen *España y América* (***Obras***

completas de Hostos, XXI) es evidencia vasta de ello.

Pero, además, hay que señalar que en Hostos, el sentido de la libertad, iba mucho más allá de Puerto Rico y de la misma palabra *independencia*... En un interesante artículo de 1970 de Francisco Manrique Cabrera, el autor reflexiona sobre el concepto de revolución en Hostos y concluye que pasa por etapas: "Comienza por referirse al ámbito político en el 1868 español... Luego acaricia la lucha armada en tierras antillanas... Gracias a la experiencia neoyorkina puede... ensanchar y profundizar el horizonte revolucionario: revolución militar, política, social, moral, mental, verdadera revolución" (***Hostos. Ensayos.*** 1992, 45-62.) Pues Hostos, nos recuerda, también vio en el proceso moral de Hamlet una revolución.

Segunda tesis: la dramática altura del escritor que críticos mojigatos se niegan a reconocer ante la contundente presencia de su abrumadora obra. La costumbre de seguir criterios importados y la costumbre de repetir sin examen juicios de "autoridades" como Antonio S. Pedreira, llevó a numerosos comentaristas a parafrasear el lamento ante el escritor potencial que "renunció" al arte literario. Además de los innumerables paralelos que pueden establecerse entre los muchos escritores que renegaron o aborrecieron –como Hostos y como Martí– del quehacer literario de sus contemporáneos, ahogados en un romanticismo contemporizador sin remedio, es demasiado patente el valor y la importancia del quehacer literario de Hostos para que pueda ser negado. Pero también es importante establecer su especificidad.

Su defensa de un arte instrumental, que aspirase a realizar funciones más allá del plano estético para abogar por la ruta del compromiso social y por la liberación de los pueblos, no niega, como han dicho Fernández Retamar y Cintio Vitier respecto a Martí, la estatura del escritor que fue Hostos, sino que la explica. Para Hostos el arte no

podía dar la espalda a la realidad. Tenía el deber de explorarla, estudiarla, dominarla. Tenía la misión de contribuir al conocimiento de la realidad y a su transformación. Y como lo demuestra su ensayo sobre el Hamlet, o el de Plácido, y como demuestran tantos textos suyos, incluso su novela ***La tela de araña***, su sentido de la realidad incluía todo el drama humano registrado desde la tragedia griega hasta Goethe y Víctor Hugo, e incluía tanto la sonda de la psiquis humana como la historia y la política.

Téngase en cuenta, sobre este asunto, que Hostos señala de manera inequívoca la función política y propagandística que debía cumplir su primera novela, ***La peregrinación de Bayoán***. Téngase en cuenta la elección del nombre de su protagonista, el indio deicida Urayoán (=Bayoán), el primer indio de toda América que se atrevió a matar al dios español ahogándolo en un río. Téngase en cuenta que Hostos, a pesar de todo, pondera el valor literario de su obra al considerarla *poema-novela en prosa*, y al promover él mismo, dos veces, su publicación. Téngase en cuenta también que se trata de una de varias novelas escritas por Hostos, y una de muchas obras suyas de género narrativo. Asimismo, como se sabe, Hostos cultivó el teatro. Pero, específicamente, fue un iniciador del género de teatro para niños. Hostos escribió algunos versos, incluyendo una extensa oda dedicada al cuarto centenario de América. Hostos tiene una considerable obra de crítica literaria y artística. Hostos tiene una de las más profusas y deslumbrantes obras ensayísticas, notable no sólo por su fervor y profundidad, reconocida por autores de notable reputación, como José Martí, sino por el aliento lírico que traspasa una gran cantidad de sus textos. Hostos es, acaso, la figura cimera del quehacer literario puertorriqueño de todos los tiempos. Así lo entendió Francisco Manrique Cabrera, al concluir que "Hostos

muy a pesar suyo alcanzó rango de literato continental" (*Ibid.*, 38).

Tercera tesis: Juan Bosch, acaso siguiendo a Federico Henríquez y Carvajal, entrañable amigo dominicano de Hostos que lo ayudó a buen morir, pintó el cuadro amargo de un Hostos que muere de *asfixia moral*, con total *falta de fe*, imbuido del *fastidio de la vida*. Las últimas páginas del ***Diario*** y el pesar con que asumió Hostos tanto la ocupación militar estadounidense de Puerto Rico como los cambios políticos en la República Dominicana cuando es derrocado el Presidente Jimenes y asume Woss y Gil el gobierno en medio de un charco de sangre, contribuyen a fortalecer esa interpretación. Lo mismo se observa del Betances que en 1898 ve hundirse el sueño de su vida tras la invasión norteamericana de Puerto Rico y, lo que es más importante, la enajenada actitud de resignación y conformidad de puertorriqueños y cubanos. Claro que en el caso de Betances, más claramente que en el Hostos, la invasión se daba en las circunstancias de una edad avanzada y del convencimiento de que ya no quedaban fuerzas, ni días por vivir, para hacerle frente a la nueva coyuntura política cuya evolución no alcanzaría a ver. Bonafoux, sin embargo, no deja de anotar que Betances describe en 1896 como, a pesar de su internacionalmente reconocida estatura de estadista y de investigador médico, honrado por el gobierno Francia, todavía vende "sellos, banderitas, botones, alfileres a precios módicos" para recaudar fondos para la revolución antillana. Es una manera transparente de poner en evidencia un apostolado limitado sólo por la muerte.

Hostos sobrevive con dolor el trance del 98, pues, menor que Betances doce años, todavía podía actuar, como de hecho actuó, para realizar las tareas que pensó necesarias. No se trataba ya entonces de buscar un levantamiento popular con armas, sino de atravesar la nueva red colonial con sentido de unidad y dirección hacia

donde estaba la única puerta de salida para la soberanía de los puertorriqueños: la vía jurídica, y, dentro de ella, la de un plebiscito que debería ser reclamado por el pueblo de Puerto Rico dentro del marco de la Constitución de Estados Unidos. Al tomar conciencia de que sus acciones no conseguían respaldo, se convence de que los tiempos no están maduros y parte a la República Dominicana a retomar sus antiguos proyectos. Tres años después lo sorprende la muerte en medio de una revuelta política.

Es más claramente injusto en Hostos que en Betances, darle tinte de derrota a las circunstancias de su muerte. Tengo para mí, y sostengo que, en ambos casos, debe interpretarse que estos dos recios luchadores murieron con las botas puestas. En el caso de Hostos, el caso hoy pertinente, el desaliento que se respira en las últimas páginas del ***Diario*** no es caída inédita que lo sorprendiera al final de su vida. Hostos tiene muchas caídas de ánimo en el ***Diario***, seguidas, *ipso facto*, de otras de animación, determinación y militancia. A lo largo de su vida política lo esperaron muchas más derrotas que triunfos, pero mantuvo toda su vida un ritmo de combate sostenido y admirable. Máximo Gómez, escribió tras la muerte de Hostos lo siguiente:

"Lo mismo que el doctor Betances, era para mí este hombre una especie de mentor alumbrándome el camino con sus sabios consejos y robusteciendo mi fe y mi constancia cuando tratábamos de la redención de Cuba. Un día, no he podido olvidarlo, me dijo estas palabras: 'Cada uno por su lado tiene que trabajar y dar duro: tenemos muchas veces, aunque cueste sangre, que abrir campos de claridades. Las evoluciones muchas veces envilecen y cuestan más caro; por eso cuando se enarbola la bandera de la justicia y el derecho por las manos encallecidas del pueblo, es muy menguado aquel que piense en el fracaso, porque se va derecho al triunfo'" (***Hostos: Ofrendas a su memoria***, 277).

La estudiosa chilena Gabriela Mora, autora de varios trabajos concentrados en el ***Diario*** de Hostos, sugiere en uno de ellos (me refiero a la *Introducción* a la edición crítica de sus ***Obras completas***, 1990) que Hostos murió como resultado de trastornos físicos –que lo agobiaron desde su juventud– enardecidos por las *impaciencias* de su carácter. Esa sería la clave de sus referencias, en la última página del ***Diario***, a Sócrates, al fastidio de la vida e, incluso, la referencia negativa al suicidio.

Pero más significativos a propósito de llegar a una conclusión sobre cómo ponderar el desenlace de Hostos, son estos apuntes de Francisco Manrique Cabrera, fundador de la Cátedra Hostos en la Universidad de Puerto Rico:

"Fue eminentemente *hombre* vivo y lo *es*. Sabía que tendría su muerte: aquella que a su vida correspondía... Nuestra lengua popular suele expresar este decir: *murió como un perro*. Ese morir, por ende, no corresponde al hombre. Menos a hombre excepcional. Nuestro jíbaro hablando de su gallo valiente nos dice: *murió como un hombre*. Hay pues un especial morir que pertenece al hombre. Y hay, por ende, una muerte de hombría llena, coronadora de la vida. Es la muerte del hombre grande. *Paradójicamente*: Estas muertes singulares son las que más vida irradian al futuro. Más vida legan" (*Ibid.*, 168).

No fue, Hostos, el héroe de un día, porque su vida entera estuvo consagrada al deber, a la lucha y al sacrificio.

Cuarta tesis: No es un secreto que muchos posmodernos del patio coquetean con lo que llaman la *estadidad radical* que proponen para Puerto Rico. Desde hace diez años critico la ideología desnacionalizante de estos posmodernos. Uno de ellos ha propuesto su visión de Hostos como un *ideólogo inofensivo* y un *moralista problemático* en un libro escrito, irónicamente, bajo los auspicios de la Cátedra de Honor de Eugenio María de Hostos. Me refiero a Rafael Aragunde. Al

ocuparme de este libro lo hago como un reconocimiento al prestigio de Aragunde y por el temor del efecto que en lectores no formados puedan tener algunos de sus errores. En su libro, Aragunde afirma cosas como las siguientes, tomadas de aquí y de allá, pero que recogen la índole del libro todo:

"Hostos (...) le concedía a la estadidad la capacidad de descolonizarnos y la admiración que sentía por el ordenamiento republicano de los EEUU le impidió hacer planteamientos como el de la 'suprema definición' albizuista" (xviii).

Aragunde añade al final del libro lo siguiente:

"Para él era posible la soberanía bajo la estadidad federada y nada tendría de malo si una mayoría de los puertorriqueños optaba a través de un plebiscito por ella" (103).

En otra oportunidad, concluye:

"Lo cierto es que Hostos nunca se retiró del todo a filosofar. Le fue firmemente fiel a la práctica de la reflexión que ya en Nueva York esperimentara como imprescindible, pero continuaba a su manera y en otros lugares y mediante otras ocupaciones la tarea política complementaria. Su dedicación obsesiva a la pedagogía y a la teorización con que acompañó a ésta apenas puede explicarse de otra manera" (12).

"Si a Hostos, aun cuando pudo haber sostenido posiciones teóricas que le diferenciaban de las oligarquías que le invitaron a ambos países, se le permite trabajar activamente a favor de una educación que sin duda alguna él no pretendía que fuera reproductora de situaciones sociales y políticas como aquéllas, fue porque en sus escritos no se percibía nada que pusiera en entredicho el orden existente" (97).

"La hermenéutica hostosiana no ha errado al concebirle como fundamentalmente un moralista (...) un moralista circunspecto" (99).

Hasta aquí las citas al libro de Aragunde.

No es cierto, en primer lugar, que Hostos le concediera a la estadidad la capacidad de descolonizarnos. No es cierto.

No es cierto tampoco que Hostos no expresara planteamientos concordes con la suprema definición albizuista. No es cierto.

No es cierto que creyera en el ejercicio de la soberanía bajo la estadidad. No es cierto.

No es cierto que las luchas políticas de Hostos fueran luchas *complementrarias* a las docentes, sino todo lo contrario. No es cierto.

No es cierto que su dedicación a la pedagogía no tenga una explicación política. No es cierto.

No es cierto que los planteamientos de Hostos en su viaje por Hispanoamérica no pusieran en entredicho el orden existente en cada país. Ni siquiera en la República Dominicana y Chile. No es cierto.

No es correcto, finalmente, concebir a Hostos, principalmente, como un *moralista circunspecto*. No es cierto.

¿A quiénes habrá recurrido Aragunde para ayudarse con su interpretación de la obra de Hostos? Ciertamente que no fue Francisco Manrique Cabrera. Menos José Ferrer Canales. Imposible que leyera a Josemilio González, la biografía de Carlos Carreras, o la de Juan Bosch, ni siquiera el famoso ensayo de Pedreira... ¿Leyó a Camila y Pedro Henríquez Ureña? No parece. ¿Leyó a Emilio Roig de Leuchsenring y Lino D'ou? Ciertamente no. Mucho menos, a Manolín Maldonado Denis. Página 15 de ***América: la lucha por la libertad***:

"Por eso se compromete con aquellos peninsulares que buscan romper con el antiguo régimen español y que protagonizan la revolución septembrina –*revolución*, repito– de 1868. Su compromiso primordial, no obstante, seguirá siendo el que ha contraído con la libertad –

libertad, repito– de las Antillas".

Hostos, en carta de 1873, resume los objetivos de su viaje por el sur de la siguiente manera:

"Durante esos tres años (de exilio en el sur del Continente), a toda hora, en todos los momentos, asociándome con presurosa conciencia a cuanto intento he secundado, rechazando con indignada conciencia cuanto mal para América me ha salido al paso; durante esos tres años, consagrados con mi voz, con mi pluma y con el ejemplo de una vida desinteresada a la confraternidad de todos estos pueblos, a la defensa de todos los desheredados, fueran 'rotos' y 'huasos' y araucanos en Chile, fueran chinos o quechuas en Perú, sean gauchos o indios en la Argentina: durante esos tres años dedicados a pedir práctica leal de los principios democráticos, formación de un pueblo americano para la democracia, educación de la mujer americana para precipitar el porvenir de América, nunca, en un solo momento, en la vida activa y en la vida sedentaria, hablando para uno o para todos, ante un público o ante un alma ignorante y generosa, **nunca he dejado de invocar a América** para que me secundara en la santa obra..." (37-38) (La frase en negrita nos recuerda uno de los libros que componen el ***Canto general*** de Pablo Neruda –el poeta político, el poeta comprometido con sus pueblos–, el sexto: *América, no invoco tu nombre en vano*.)

Sobre la estadidad y la anexión, Maldonado Denis cita las siguientes expresiones de Hostos, la primera de 1870:

"Yo creo que la anexión sería la absorción, y que la absorción es un hecho real, material, patente, tangible, numerable, que no sólo consiste en el sucesivo abandono de las islas por la raza nativa, sino en el inmediato triunfo económico de la raza anexionista, y por lo tanto, en el empobrecimiento de la raza anexionada" (44).

La segunda, de 1898:

"Yo no creo digna de admiración a la fuerza bruta (...), pero creo digno de la mayor atención o del mayor cuidado el hecho manifiesto de que los norteamericanos enviados a Puerto Rico y los norteamericanos del Gobierno que los envía, están procediendo en Puerto Rico como fuerza bruta. ¿En qué dirección va encaminada esa fuerza bruta? En dirección al exterminio. Eso no es ni puede ser un propósito confeso; pero es una convicción inconfesa de los bárbaros que intentan desde el Ejecutivo de la Federación popularizar la conquista y el imperialismo, que para absorber a Puerto Rico es necesario exterminarlo; y naturalmente, ven, como hecho que concurre a su designio, que el hambre y la envidia exterminan a los puertorriqueños y dejan impasibles que el hecho se consume" (45).

En 1868, ¡1868!, Hostos declara en carta al director de ***El Universal*** de Madrid lo siguiente:

"Revolucionario en las Antillas, como activa y desinteresadamente lo he sido, lo soy y lo seré en la Península; como debe serlo quien sabe que la revolución es el estado permanente de las sociedades"... (15)

Quien le regatea a Hostos el atributo de revolucionario, ¿habrá leído siquiera siquiera estas palabras suyas de1896? Hostos no está hablando de sí mismo, pero bien podemos aplicarle a él sus ideas:

"Todo un siglo, o casi todo un siglo, consagrado por un pueblo a soñar y realizar una revolución, es un dato bastante en demostración de su necesidad. A la revolución (...) no va por gusto ningún pueblo. Van, primero, los más altos de pensamiento y los más prontos de corazón; después, los peor hallados en su suerte; enseguida, los afines en ideas, sentimientos e intereses; por último, la masa. Cuando la masa se pone en movimiento, la revolución es un hecho incontrastable" (41).

Sobre el patriotismo y los revolucionarios opinó lo siguiente:

"No el patriotismo charlatán, no la literatura engañada, no la oratoria de los días de fiesta; el patriotismo mudo, la literatura de conciencia imperativa, la historia de los días de luto, es lo que debe inspirar a los revolucionarios.

"No son revolucionarios los que, teniendo un deber que cumplir, un propósito que realizar, una alta aspiración que satisfacer, ven pasar las horas y días y semanas y meses y años, años enteros, años eternos para la patria mártir, sin idear otra cosa que la muerte de la idea en el cansdancio, sin hacer otra cosa que sobornar la conciencia para ahogarla" (42).

El verdadero revolucionario no es un activista irreflexivo, pura acción que no sabe lo que hace. Muy por el contrario, el revolucionario es un pensador radical y militante. Así, encontramos en Hostos una de las reflexiones más profundas del quehacer revolucionario, unida a una de las praxis más constantes y conscientes. Su reflexión no fue fenomenología ni platonismo.: fue aplicación continua y obsesiva del estudio de la realidad que halló ante sí en su paso por la vida, fruto de una curiosidad implacable e insaciable. Todo fue objeto de su estudio porque tuvo hambre de estudiarlo todo. Hostos reflexionó de la manera más extensa y coherente incluso tópicos entonces novedosos como la psicología y la sociología, y reflexionó de la manera más enciclópedica y creativa sobre educación, derecho, moral, el antillanismo, la revolución social y política, la sicología del colonizado, anticipando a S. Freud, a Franz Fanon, a Paulo Freire.

Lejos, pues, de ser Hostos sólo un ideólogo inofensivo o un moralista circunspecto, es decir, prudente y discreto, de capilla y voz baja, fue Hostos, esencialmente, todo lo contrario: un ideólogo innovador y revolucionario, un moralista activista y revolucionario, un moralista militante y radical. "Basta ya –como dijo Francisco Manrique Cabrera-- de que se tome ni a

Hostos ni a ninguno de los patricios auténticos nuestros por las ramas, y a pedacitos cómodos fuera del contexto medular que los define" (*Ibid.*, 37).

Dejo para comentario aparte la calificación de Aragunde sobre la función, dentro del político y del sociólogo, de la tarea pedagógica de Hostos. Lo dejo para comentario aparte porque esta es la *quinta tesis* que he defendido consistentemente contra la critica convencional. Cierto es que Hostos ha sido caracterizado siempre como el gran Maestro de América. Las razones no huelgan. Francisco Manrique Cabrera se pregunta en un apunte cuándo empieza el Maestro. Y se contesta:

"Cuenta D. Adolfo que Hostos en Bilbao a los 12 ó 13 años repugnó el método memorialista. En la Universidad de Madrid, el formulismo. En Nueva York traduce cuatrtillas destinadas a textos en Hispanoamérica. Ya adulto de esta vocación –1872, Chile-- escribe la serie de revolucionarios artículos *La educación científica de la mujer*. Igualdad educativa para la mujer. Se estrena como profesor en Caracas –1876– con mala suerte por falta de elevación de su director" (*Ibid.*, 184).

Olvida que en Argentina, en 1874, le ofrecieron las cátedras de Filosofía y de Literatura Moderna. Es decir, que Hostos fue maestro, prácticamente, desde siempre.

Esta conclusión se abre y fortalece si se considera que Hostos fue primero su propio Maestro, no sólo porque fuera esencialmente un autodidacta, sino porque desde adolescente se dedicó al estudio de sí mismo con el propósito de salir de una crisis afectiva que puso en jaque su desarrollo moral, racional y volitivo. Esa era la finalidad de su sonda psicoterapéutica. De este propósito derivó a otro: desarrollar en sí mismo al *hombre completo* que podía ser, perfeccionarse en un proceso interminable. Es esta sonda, este estudio de sí mismo, el primer embarcadero y, seguramente, el primer motor, de toda su

obra educativa. Llegó a ponderar el proyecto interminable de este hombre completo tan importante que lo catalogó como una especie de *revolución* interior. Así comienza su estudio del ***Hamlet***.

Aún más importante es la relación que establece Hostos entre este estudio de sí y la obra pública. Hostos mismos revela la relación entre su propensión temprana a realizar estudios sicológicos y su novelar. Las dos novelas que conocemos son seguramente prolongaciones de sus diarios dispuestos de manera que se acomoden a las necesidades del género. ***La tela de araña***, parece recoger los diarios más prematuros, posiblemente desde 1858 ó 1859. ***La peregrinación de Bayoán***, diarios del despertar político, libertario. Si aceptamos que Hostos insiste en vincular su intimidad con las luchas políticas a las que dedicó, con el más dramático sentido de sacrificio, su vida entera, entonces no debe extrañar que el estudio de sí mismo sea inseparable de sus luchas políticas por la libertad de América y, por ende, de su quehacer docente. No deja de observar Manrique Cabrera, que "Hostos tan sólo educaba para la libertad sin condiciones" (*Ibid.*, 37).

En efecto, desde el 5 de agosto de 1868 Hostos declara en su ***Diario*** que al porvenir de América ha consagrado el suyo propio. Ese porvenir tenía que ser tallado desde muchas perspectivas. Es mi tesis que Hostos fue, antes que político y que educador, antes que Maestro, escritor y filósofo, un revolucionario. Un revolucionario porque las derivaciones de su razón, de sus pasiones y de su voluntad tenían siempre y desde siempre, indefectible e inevitablemente, ese hondo calado radical. Su quehacer político estuvo definido por su utopía y estrategia revolucionarias, como también lo estuvieron sus actividades literarias, filosóficas y docentes. Don Pedro Henríquez Ureña lo vio muy bien. En 1935 escribió:

"Fracasa la guerra de los Diez Años, aplazada la independencia de Cuba, pero abolida siquiera la

esclavitud en las Antillas españolas, **Hostos no abandona la lucha: le da forma nueva**. Se establece en la única Antilla libre, en Santo Domingo, y allí se dedica a formar antillanos para la confederación, la futura patria común..." (***Obra crítica***, 1960, 675)

En el famoso discurso que pronunció con ocasión de la primera graduación de maestros normalistas de la República Dominicana, discurso que todo bachiller debería conocer, Hostos expresó con toda claridad y candidez el propósito de su Escuela Normal:

" Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan sólo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana; lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos" (*El propósito de la Normal*).

Es decir, que Hostos se había percatado, tras el periplo revolucionario que viviera en los años setenta en El Caribe, junto a Betances y a Luperón, y sólo tras la anulación de la guerra en Cuba, de la necesidad de formar auxiliares competentes para su ideal político y revolucionario, de modo que éste tuviera oportunidad de realizarse. Así como lo hizo el Che Guevara en la Sierra Maestra.

Por sus ideas, Hostos fue perseguido. En su viaje al sur enfrentó gobiernos, a pesar de que su misión era la de procurar la solidaridad hispanoamericana con la guerra de independencia antillana. Henríquez Ureña observa sobre su peregrinación:

"De paso, interviene en problemas de civilización de los países donde se detiene: en el Perú
protege a los inmigrantes chinos; en Chile defiende el derecho de las mujeres a la educación universitaria; en la

Argentina apoya el plan del Ferrocarril Transandino, y en homenaje, la primera locomotora que cruzó los Andes se llamó Hostos" (*Ibid.*) En Argentina organizó mítines en defensa de Cuba a pesar de que el presidente Sarmiento se inclinó ante el interés económico de la venta de tasajo y se avino a las protestas del embajador español.

A la República Dominicana no llegó Hostos en tiempos de dictadores: llegó invitado por uno de los padres de la independencia dominicana y uno de los grandes próceres del antillanismo: Gregorio Luperón. Tuvo que vencer la oposición de la Iglesia Católica y de la tradición. Tuvo que vencer obispos y emplear parte notable de su fuerza creadora en defenderse y convencer. Pero el dictador Lilís logró hacerle la vida imposible, de manera que, muy a su pesar, tomó rumbo a los Andes chilenos. Nos recuerda Henríquez Ureña en otro trabajo sobre la revolución educativa de Hostos:

"Mucho se la combatió; sacerdotes y políticos retrógrados la temieron; el tirano Heureaux quiso minarla, logró hacer emigrar a Hostos en 1888..." (*Ibid.*, 129) En Chile, el gobierno intentó acallar su propaganda política y ello precipitó su renuncia al rectorado del liceo que el gobierno fundó para él. A su regreso a la República Dominicana en 1900 tuvo Hostos que enfrentar nuevamente la oposición de quienes, incluso, cuestionaron sus títulos, y es precisamente la madeja de reacciones que socavan su obra y la del presidente Jimenes la causa que se arguye causó la asfixia moral y la muerte de Hostos. Décadas más tarde, el dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo continuó combatiéndola.

En el libro de don José Ferrer Canales titulado ***Martí y Hostos*** (1990), Ferrer recuerda una cita que hace Antonio S. Pedreira de Pedro Henríquez Ureña, en su célebre ***Hostos, ciudadano de América***:

"No recuerdo si estabas en la ciudad de México cuando ocurrió una discusión en la Escuela de

Jurisprudencia, en la que afirmaba Luis MacGregor Romero que México no había tenido una mentalidad como la de Hostos; Manuel Sierra defendía a la intelectualidad mexicana y, llamado [Antonio] Caso como juez, decidió que, en efecto, no había habido un Hostos; pero que hombres de ese tamaño sólo había tres o cuatro en América, y eso no era desdoro para México".

No digo más.

A propósito de una pedagogía hostosiana

El carácter hostosiano: unción de acero

«Vivamos la moral, que es lo que nos hace falta.»
Hostos

1. Introducción: hombre completo: hombre nuevo

La tesis central de este trabajo es que hay una trabazón inquebrantable entre el maestro que fue Hostos y ese su carácter de ser humano cuyo atributo más exacto acaso esté contenido en la expresión *unción de acero*. Hostos le dio expresión feliz a este pensamiento al acuñar la siguiente metáfora: "Un carácter basado en una conciencia es una estatua de mármol basada en una roca de granito" (*OC*, VI, 251). Pienso, respecto a la pedagogía hostosiana, que más que deberle a Pestallozi, Froebel o Krause, su pedagogía (que a nuestro juicio es

*El presente texto fue concebido originalmente para el programa de conferencias del sesquicentenario de Hostos. Versiones del mismo se dictaron en la Universidad Metropolitana y en el Centro Cultural de Cidra en el 1986, y asimismo, en la Facultad de Educación de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, en el 1990 y el 1992. Halló su forma definitiva en nuestra presentación en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo en el 2002. Se publicó en EXÉGESIS 46 (2003).

un sistema brillante todavía lleno de futuro) fue un derivado y una consecuencia del estudio de sí mismo y de su permanente determinación de lograr en sí mismo la construcción del carácter de ese *hombre completo* que vislumbró como una utopía. Hablamos de utopía no sólo porque su *hombre completo* fuera una ambición no realizada y ubicada en ningún lugar, sino porque para completar su radio de acción tuvo que, y *quiso*, extenderse fuera de sí mismo para construir pueblos, sociedades, de *hombres completos*. Hombres, seres humanos en general, muy parecidos en contenido y continente a lo que la ambición utópica del siglo veinte articuló en el término del *hombre nuevo*, pues el destino del *hombre completo* hostosiano era la completa libertad. La completa libertad la consigue sólo el que, *viviendo la moral*, lucha por ella. Es absolutamente incompatible con la colonia y el ser humano colonizado. Recordemos que Hostos dice muy claramente que "la libertad es un modo absolutamente indispensable de vivir" (***OC***, II, 236).

2. Hostos = Bayoán: el hombre completo.

Tanto para Puerto Rico como para la América Nuestra, Hostos fue un personaje de ésos que no se repiten en la historia de los pueblos. No mitificamos. Quién lo ponga en duda, repase primero sus obras completas sin convertir en protagonista la hojarasca, ese pespunte de lo accesorio y accidental. El filósofo mexicano Antonio Caso, según cuenta Pedro Henríquez Ureña, sostuvo en Ciudad de México a principios del siglo XX que del tamaño de Hostos había sólo tres o cuatro nombres en América. Como se sabe, en un libro reciente titulado ***Fifty Mayor Thinkers on Education: From Confucius to Dewey*** (*Cincuenta grandes pensadores en torno a la educación: de Confucio a Dewey*), de la prestigiosa editorial Routledge de Inglaterra, libro en el que

colaboraron intelectuales de unos diez países, se selecciona a nuestro Hostos como el pensador más fundamental en esta área del conocimiento en todo el mundo hispanoamericano. Acaso porque Hostos desarrolló un pensamiento pedagógico propio que no descuidó aspecto alguno; acaso porque no sólo desarrolló una teoría dirigida al conocimiento y al cultivo de la razón, sino que incluyó las facultades de la emoción y la voluntad; acaso porque también su pedagogía tuvo por objeto la descolonización de la conciencia; acaso porque además instrumentó esa teoría sobre el terreno arduo de la República Dominicana y de Chile, aplicada a los marginados, a las mujeres, a los obreros, a todos por igual. Hostos es uno de esos seres humanos verdaderamente únicos e insustituibles, que no se repiten.

Siempre tuvo urgencia de vivir. Vivía aprisa. A los 25 años comienza su ***Diario*** preguntándose si "es tiempo todavía de ser hombre". Ese *todavía* devela ya una premura, cuanto menos precoz, en un joven que parece temer se le haya hecho tarde para obtener sus metas. A los 23 años, dos años antes, había escrito y publicado una novela inaudita: ***La peregrinación de Bayoán***. Inaudita, porque es una novela de desarrollo introspectivo, de agudo análisis sicológico, escrita en una época en la que aún se destilaba de ese romanticismo que, si bien expresaba la fuerza de la emoción y del sentimiento, poco entendía todavía de los conflictos y de las estructuras de la interioridad de la conciencia. Pero Hostos, para nuestra sorpresa, se mueve entre esas fuerzas y estructuras con la presteza de un malabarista de altura. Inaudita lo es también, porque, como se ha señalado, en ella Hostos cuestiona ya, a los 23 años, con energía de genio, el dominio colonial de España en América, aborrece con una pasión que nunca lo abandonará la desolación de la conquista y sueña con la libertad de las Antillas. La identificación de Hostos con el primer indio (Urayoán =

Bayoán) que en América intentó y logró matar a un dios español es primigenia, cepa y médula, la inequívoca huella digital de su vida. Ni en el plano público, ni en el cultural, se había expresado nunca, de manera tan extensa y coherente, una denuncia anticolonialista tan cabal. El antillanismo de Hostos, más que columna erigida, es zapata, basamiento, punto de partida. Por eso ***La peregrinación de Bayoán*** se convierte en la profecía del deicida que fue Hostos. No porque Hostos fuera el viajero al sur de América que sacrifica su vida y se consagra en defensa de la Cuba en armas, sino porque Bayoán funge como *alter ego* de Hostos, y como tal, peregrino de sí mismo y, como señala Francisco Manrique Cabrera, constructor de un carácter más vigoroso que el de la Celestina o el del Quijote, pues no fue ficción, aunque a veces parezca increíble. La vinculación entre las dos novelas de Hostos y su propio ***Diario*** íntimo ha sido ya establecida. Hostos idea y construye su personaje Bayoán como ha ido construyéndose en el examen de sí mismo, de modo que puede deducirse que al construir su propio carácter vislumbraba ya su Bayoán. ¿Cuál de los dos es el arquetipo?, nos preguntamos; ¿cuál el paradigma?

Curiosamente el Maestro mayor de Nuestra América carecía de títulos universitarios. Así se le reprochó en vida, incluso a la altura de 1901, y así se le ha reprochado en obras recientes que no quiero recordar. Pero Hostos no terminó carrera, principalmente, porque no tuvo más maestro que sí mismo. En Bilbao, de adolescente, criticó el método memorialista. En Madrid, años más tarde, el formulismo estrecho de un saber gastado en tradiciones. Importa destacar el hecho de que su docencia no comienza con la reforma normalista de Santo Domingo en 1879. Desde 1870 ya fundaba en Lima sociedades de amantes del saber que pretendían fomentar la instrucción primaria y secundaria. Desde 1872 ya defiende la educación científica de la mujer. Desde 1873 ya se le

ofrecen en Argentina las cátedras de Filosofía y de Literatura Moderna. Desde 1875 ya aboga por el normalismo en Quisqueya, y desde 1876 ya dirige colegios e institutos en Venezuela. Antes de todo esto, sin embargo, había ejercido ya el magisterio en ***La peregrinación de Bayoán***, y era todavía casi un adolescente. Dentro y fuera del salón de clases, toda la actividad hostosiana tenía, a no dudarlo, cimiento docente: la espontánea docencia del decente, y la docencia del que tiene por hábito primario el estudio y la comprensión de todo lo que salta a su vista. Su ingreso a la dirección de escuelas no fue, pues, un salto afortunado. Hostos, el educador, llevaba toda una vida de lucha desigual consigo mismo, encausando la fuerza de su corazón justiciero, templando su carácter en la fragua más inaudita que se conozca, según se trasluce en su ***Diario***.

La revolución educativa que habría de despertar la admiración de Nuestra América la inicia consigo mismo al convertirse no sólo en objeto de estudio, sino también en objeto de trabajo. Ése era el propósito de la "sonda", el objeto de todo ese quehacer de diarios a los que somete sus pensamientos, emociones y acciones, desde 1857, a los 18 años, hasta poco antes de su muerte. Agobiado por una crisis de carácter, desarrolla una terapia psicocológica *sui generis,* mucho antes de Freud y del sicoanálisis. En 1875, al repasar sus escritos, habla del ***Diario de mi vida*** y, aparte, de ***La sonda***, como obras escritas [cito] "con el objeto de estudiarme a mí mismo, dominarme, mejorarme y proceder según conciencia". Consagrado a ese fin cenital, no admite concesiones, y por eso se refiere a la *sonda* como "el estudio rabioso, brutal, implacable que he hecho de mis facultades morales e intelectuales" (***Diario*** II, 174). Como puede verse, además del propósito de auto conocimiento, sus diarios tienen la misión de encauzar su voluntad y dirigir sus acciones. Gabriela Mora recoge en sus trabajos sobre el ***Diario*** las

diversas funciones que Hostos le atribuye, entre las cuales sobresale la terapéutica. Pero, acaso, la más importante de ellas sea la de permitirle convertirse en un *hombre completo*, meta que nunca se alcanza, pero que dirige y valoriza sus pasos. Su concepto ata en armonía todas las facultades humanas. Recordemos que al ensalzar precisamente el carácter de Cristóbal Colón, señala que su grandeza fue el resultado del despliegue en él del sentimiento, la voluntad y la razón (***OC***, X, 75). Escuchemos con calma cómo describe su hombre completo:

"Ser niño de corazón, adolescente de fantasía, joven de sentimiento, en la edad de la madurez temprana, en lo que quiero llamar la edad científica; ser armonía viviente de todas nuestras facultades, razón, sentimiento y voluntad movidos por la conciencia; ser capaz de todos los heroísmos y de todos los sacrificios, de todos los pensamientos y de todos los grandes juicios, y poner en todo aquella sinceridad, aquella verdad, aquella realidad del ser que sólo de ese sentimiento, que sólo de él trasciende; ser, finalmente, un mediador entre el racionalismo excesivo, no por racionalismo, sino por absorber en él todas las demás actividades independientes y necesarias del espíritu, y entre el pasionalismo de los que creen que todo lo hace la pasión, eso es lo que llamo yo ser hombre completo, eso es lo que practico" (***O. C.***, I, 194).

(Asombra pensar que este texto, que recoge algunas de las expresiones de más luz y de más remoto alcance de nuestra historia, no sea el resultado meditado y pulido, y vuelto a pulir, para propósito impreso, sino sólo palabras íntimas para sí mismo, garabateadas de paso, en su ***Diario***.)

Ante metas tan elevadas, que por vocación afectiva y derivación lógica traían como embarazos su determinación de consagrar la vida a la causa de la libertad de Puerto

Rico y de Cuba, no debe extrañar la continua insatisfacción consigo mismo, la severa autocrítica, la observación a plena luz de sus debilidades, el estudio minucioso de las causas de sus tropiezos, y los estados depresivos frecuentes. De todo esto es testimonio asombroso su ***Diario***. Por eso decía: "No basta tener fantasía, no basta tener ingenio, no basta tener nobles ideas, no basta tener instintos generosos para ser servidor de una gran causa: es preciso tener lo más difícil, lo que tienen pocos hombres, lo que poquísimos hombres tienen el valor de tener; es necesario tener carácter" (***OC***, VII 319). La aparición de la palabra *valor*, atada al carácter, recuerda el principio rector del albizuismo.

Si al final de su vida la impresión que queda ante el lector del ***Diario*** es tan patética, acaso haya que incluir, en la ponderación de sus palabras, el hecho de que no tenemos nosotros –nosotros, repito, no Hostos–, la entereza para contemplar, asumir ni comprender tanto sacrificio ni tanta inmolación. En efecto, Hostos repetidamente reconoce que ha elegido la vida del sacrificio y del martirio. Era su deber, su deber de conciencia, pues como señaló alguna vez, "la razón y la libertad son solidarias" (OC, VI, 80). Pero el sacrificio y el martirio son resultados de un vivir concebido a contrapelo del común de los mortales. Recordamos aquella luminosa frase escrita en el puerto de Río de la Plata: "Nacer americano es recibir al nacer un beneficio". Su contenido no expresa un idealismo romántico no meditado. Hostos se refiere el reto que representa América como *el reino de este mundo*, tal como lo concibió Carpentier en su célebre novela. Es decir, "un espacio sin límites visibles para el trabajo físico o moral, mecánico o intelectual", pues "América dilata el horizonte de la vida individual" (***OC***, VI, 241-243). No lo arredan el trabajo arduo ni las dificultades, antes bien, busca el camino más difícil, la subida más ardua. No es sólo en la

célebre alegoría de ***La peregrinación de Bayoán*** donde encontramos la concepción de la senda difícil de los pocos virtuosos: la selección de la senda difícil aparece una y otra vez a lo largo de su ***Viaje al sur*** –libro que en varios sentidos puede considerarse apéndice de su ***Diario***–: a veces a caballo, entre abismos, escalando los Andes, a veces penetrando por parajes de alto riesgo de la helada Patagonia, a veces escalando montes escarpados de Brasil... Hostos siempre opta por la senda más difícil. Es precisamente en su viaje a Brasil, a la salida del Plata, que parece colocarse ***en la brecha***, como en el famoso soneto de José de Diego, al exclamar: "¡Enfureceos, bramad, amotinaos! La resistencia es prueba de potencia: y cuando más nos obliguéis a resistir, tanto más poderosos nos hacéis" (*OC*, VI, 374).

En la introducción al volumen de las novelas en las ***Obras completas*** de Unamuno (Puerto Rico: E. Edil, 1967, 7), Manuel García Blanco utiliza como epígrafe una cita de don Miguel tomada de una carta a José A. Balseiro en la que hablándole a Balseiro del estudio de las novelas y del arte le dice: "Soy de los pocos lectores que no me me intereso en si se solucionan o no los problemas de una novela, ensayo, poema, etc., ni si los tiene. Me preocupa más lo que llamaría el metaproblema o trayecto. El camino y no la meta. Y es que no hay sino el camino". (Cita editada.) Hostos lo había señalado tal vez de manera más nostálgica y poética en su estudio de Plácido: "Los momentos pasan, pasan con ellos los hombres; pero siempre llega el día de la victoria para la justicia. Que no lo vea el que por ella ha sucumbido, eso ¿qué importa? El fin no es gozar de ese día radiante; el fin es contribuir a que llegue el día." No es, pues, cuestión de valorar si se llegan a las metas: el triunfo o el valor de una vida está en el día a día de su camino.

En Hostos, todo es actividad convergente, coherente. La acción política y el ***Diario***. También el ***Diario*** y la

novela tienen en Hostos un origen común: ambos recogen la actividad de introspección y de autoestudio de Hostos, y seguramente, intercambian y confunden sus folios. El diario ilumina la novela; la novela ilumina el diario. Si el ***Diario*** es la terapia personal del educador de sí mismo, la novela es terapia social del educador de pueblos. ***La tela de araña***, esa segunda novela perdida hasta hace pocos años, confirma el aserto. Allí, desde fechas tan tempranas en su vida, piensa en la educación del carácter femenino y concluye en la igualdad del hombre y la mujer. Allí anticipa ya, desde el principio de su obra escrita, cómo habría que interpretar la muerte de aquel que no tendría derrota: "Si vivir es luchar, el esfuerzo constante es necesario compañero de la vida. Si vivir es aspirar a un fin difícil, a un ideal lejano, *sólo vive el que ha tenido valor para vencer las dificultades del camino*, el que ha sabido entrever el infinito que le espera" (Edición crítica de la UDUPR, 1997, 104).

En Hostos, el novelar no es el ejercicio del hombre maduro, experimentado y retirado, sino el producto del estudio de sí –de "la escritura de sí", me dice hermosamente Carlos Rojas–, actividad que inicia precozmente el joven Hostos. La finalidad política de ese novelar la indicó expresamente Hostos desde siempre. Cuando el novelar no fuera suficiente, y el esfuerzo le resultara fallido, Hostos recurrió con el mismo propósito al periodismo. Cuando el periodismo lo estima también insuficiente, Hostos tomará parte de acciones políticas más concretas y directas. A través del estudio del ***Diario***, del ejercicio periodístico y de la militancia política, buscaba Hostos cumplir su propósito de construir en sí al hombre completo. Su construcción no se limitaba al recinto cerrado y aislado de su conciencia porque bien sabía él cuanto aportan al individuo las distintas relaciones sociales. El hombre completo que se llamará Hostos llevaba dentro de sí, como un carimbo de fuego, el

imperativo de consagrarse a la causa de la libertad de las Antillas. Intimidad y lucha política están en Hostos tan inextricablemente fundidas que afirma en varias ocasiones que hablar de las Antillas es hablar de sí mismo.

Educación, carácter y libertad son en Hostos una trinidad que no podría sostenerse si él hubiera descontinuado el ***Diario***. Ya se sabe de la pausa en la redacción de esta obra tras el matrimonio con Belinda Ayala. Lo que no siempre se coloca en su lugar es que también para esas fechas cesó la guerra de Cuba, y que tras recomenzar Martí su guerra necesaria, y al recomenzar Hostos a calibrar y accionar táctica y estrategia de libertad para sus Antillas con el movimiento de tropas norteamericanas, también reinicia el ***Diario***. Con las páginas de 1898 a 1903 ante nuestros ojos, ¿cómo podemos descalificar la evidencia?

Como buen luchador, Hostos siempre negó "sacrificios a la fatalidad" (***OC***, VI, 300) que pertenece al "reino de los cielos", no al "reino de este mundo". Pero si hemos de insistir en ver con lástima su muerte, entonces, lo mejor será interpretarla en los términos con que Hostos interpreta la muerte del rey Lear tras la muerte de Cordelia. Pensemos que en la vida de Hostos su *Madre Isla* era como Cordelia, y bien pudiéramos oírle decir: "Nada más desgarrador. El anciano se asombra [...] y abrazado al cadáver expira. Muere sobre la muerta [...] ¡Oh, Dios! ¡Aquellos a quienes tú amas no los dejas sobrevivir! Quedarse después del vuelo del ángel, ser el padre huérfano de su hija, ser el ojo que ya no tiene luz, ser el siniestro corazón que ya no tiene alegría, extender a cada paso las manos en la oscuridad y tratar de asir a uno que estaba allí y que ya no está –¿dónde está ella? Sentirse olvidado en la partida, haber perdido su razón de ser aquí abajo, ser en lo sucesivo un hombre que va y viene por delante de su sepulcro, ni recibido ni admitido,– ¡destino bien sombrío! Hiciste bien, poeta, en matar a ese viejo"

(*OC*, ed. crítica, I.III: 478).

3. Cómo era Hostos. Anecdotario.

Habría que definir al menos el perfil de su carácter.

Es imperativo apuntar, antes que nada, que el ***Diario*** muestra un Hostos distinto del que fue en público, precisamente porque muestra las batallas de su interior que nadie pudo atisbar. A pesar de ser una joya literaria, no es un diario literario porque no es un texto escrito para ser publicado, no es un texto escrito para un lector anticipado. Gabriela Mora ha demostrado muy bien el carácter singular de este diario verdaderamente *íntimo*, aunque Hostos pudiera preveer alguna vez otros ojos anclados entre sus renglones.

Ahí está misántropo a veces, aquél que todo lo sacrificó por los demás; deprimido y triste casi siempre aquél que siempre animó, alentó, organizó; tímido, orgulloso, emotivo, rebelde; hiponcondriaco incluso, acosado por problemas digestivos, del hígado, del corazón, y de pérdida de la tranquilidad de la razón, con cuatro crisis observables en 1871, 78, 87 y 1901. Ahí está frustrado tantas veces, huraño y acaso inadaptado, genialmente inadaptado desde la cuna al sepulcro. Está también el esposo amoroso de su *Alma Inda*, y el padre que escribe cuentos a los hijos que aún no han nacido.

Sin embargo, por encima de toda la precariedad que lo acecha, tanto en el plano social y político como en el estrictamente humano, la vida toda de Hostos está sembrada de acciones y reacciones que dejan al desnudo su unción de acero, esa unción del héroe dispuesto a asumir todos los sacrificios y a ofrendar su vida misma, no sólo en la fugacidad de un instante de gloria, sino en la agonía del esfuerzo diario del que lucha la vida entera.

Gabriela Mora anota como características dominantes del autor del ***Diario*** las siguientes, presentadas en grupos asociados para el comentario: introvertido, tímido,

idealista; emotividad, pasión, ensueño; tendencia moralizadora, obsesión pedagógica; orgullo, ambición, anhelo de gloria; dignidad, inercia, rebeldía; enorme propensión y capacidad para el amor; preocupación por su estado físico (***O.C.*** Edición Crítica, II.1: 77-102). Son las características del intimista que fue Hostos, tal como se presenta en el ***Diario***. No son las características, repetimos, del hombre público tal como fue visto y apreciado por sus contemporáneos. Esta distinción nos permite reconciliar las aparentes discrepancias que pueden argüirse. Por ejemplo, ¿cómo conciliar su cruzada contra la emotividad, la pasión y el ensueño con estas mismas características?; ¿cómo conciliar al introvertido y al tímido con su peregrinaje por el sur de América y su presentación ante todo potentado político de España, América y Norteamérica; ¿cómo conciliar tantas dudas y autocuestionamientos con las certezas de sus arengas en discursos y artículos de combate?

Los artículos y trabajos literarios suscitan asimismo otros equívocos aún no ponderados adecuadamente. Hemos insistido en que, por ejemplo, el talante de los artículos publicados por el que hemos llamado *joven Hostos*, el de la época española, tienen tono diverso en evidente función de quien los firma. (Véase, sobre este particular, mi introducción al segundo tomo del primer volumen de la nueva edición crítica de las ***Obras completas*** de Hostos, titulada *Hostos, el escritor, o el augurio imperioso de América.*) Si los artículos están identificados a nombre de Hostos, entonces el fervor, la trinchera y el embestir; si no lo están, y en cambio se colige que el artículo es del portavoz del órgano periodístico, entonces el tono se modera sensiblemente. En este último caso la voz de quien escribe se piensa española liberal, aunque radical. En el primer caso, español antillano a todas luces impaciente. Cuando Hostos publica ***La peregrinación de Bayoán*** piensa que su *poema-novela*

cumpla una función política en España. Escribe, pues, para un público lector español al cual intenta persuadir, cinco años antes del Grito de Lares. Caso curioso aún no dilucidado es el del ***Himno borinkano*** de Hostos, de letra revolucionaria análoga a la de Lola Rodríguez de Tió, que su hija Luisa Amelia alega Hostos escribió a los 18 años (***Mi pequeño cine parisino***, 1927: 179), y al que su madre, mucho después, cambió la letra. El himno aparece fechado en 1859, y se reprodujo varias veces en el folleto ***Imágenes de Hostos a través del tiempo***, publicación conjunta del Comité del Sesquicentenario de Hostos y del Museo de la Universidad de Puerto Rico, en 1988. En EXÉGESIS 23-24 (1995) discutimos algunas de las implicaciones de un texto que exhorta a dar "la vida por la gloria / la muerte por la patria".

Para conocer al Hostos figura pública optamos de momento por recurrir al anecdotario. Es cierto que las anécdotas, muchas veces retocadas por la memoria y tanto por las buenas como por las malas intenciones, pueden interpretarse de distintas maneras. Pensamos que, no obstante, no es tan fácil incurrir en error con un conjunto consistente de anécdotas, menos aún si la mayor parte de ellas están recogidas del mismo ***Diario*** de Hostos.

Tomemos, por ejemplo, la crisis sin par que genera en su espíritu la muerte en Madrid de su madre, doña Hilaria, en mayo de 1862. Reiteradamente Hostos declara que su muerte "lo despertó del sueño de la vida", lo sumió en un profundo abismo del que se libró tras ardua lucha y sufrimiento. Dieciséis años más tarde recordará la ocasión para señalar que fue el año más sufrido de su vida. Es posible que el constante estudio de sí mismo tuviera en la muerte de su madre su punto de partida. Bosch opina que tras la muerte de su madre Hostos vuelve los ojos por primera vez a su patria y se percata entonces de cuánto sufren los suyos. En numerosas ocasiones a lo largo de los años subsiguientes, Hostos se detiene en cada aniversario

de la muerte de su madre a reflexionar sobre ella, su padre, sus hermanas, y sobre su propia vida.

El joven Hostos se dio entonces a la tarea de soberanizar a "sus islas" a través de una federación española a construirse. Tras el triunfo de la Revolución Septembrina que da al traste con la monarquía española en el 68, en vez de ocupar su lugar, de tomar asiento en algún espacio del nuevo poder que se establece; en lugar de aceptar la gobernación de Barcelona que le ofrece Ruiz Zorrilla, o un puesto en la Asamblea Constituyente, como se le propone desde Puerto Rico, Hostos le reclama a Sagasta, a Castelar, a Serrano, presidente del Gobierno Provisional, los derechos políticos de Puerto Rico y Cuba y las acciones represivas que el gobierno español tomaba contra los insurrectos de Lares y de Yara. La ruptura de Hostos en el mismo 68, con los líderes triunfantes de la revolución republicana española, pone en evidencia que el foco de interés en la lucha española de Hostos no era España, ni la búsqueda de poder y posición de privilegio, pero sí lo eran las Antillas. Y pone en evidencia, también, la intención radical *y revolucionaria* de su militancia en España que iba mucho más allá de las medidas que practicaba y proyectaba el nuevo gobierno liberal y antimonárquico.

Como dios bajado del Olimpo, Hostos llega a Nueva York poco después dispuesto a tomar las armas en una expedición que pensaba saldría para Puerto Rico –y que nunca salió–, y las riendas de la revolución antillana. Ya sabemos que el encuentro con Betances no fue del todo cordial. Las organizaciones antillanas en el exilio neoyorkino estaban dominadas por anexionistas. Sabemos que enfrentó estas pretensiones anexionistas dentro del movimiento de exiliados con la intransigencia que fuera en él conducta constante, muy lejos del pragmatismo que le permitiera a Betances negociar o permitirse alegar en varias oportunidades que tenía la

intención de convertirse en ciudadano estadounidense. Pero lo que resulta asombroso es su búsqueda de vías alternas cuando se convence de que no pude prevalecer o de que las condiciones no están maduras. En este caso, sorprende esa determinación de hacerse útil a la causa de Cuba en armas convirtiendo en realidad la peregrinación de Bayoán, pero esta vez, una peregrinación al sur del inmenso continente que tenía como misión generar en todos los países movimientos de apoyo a la revolución cubana. Ruiz Belvis había partido y perecido en Chile en esa misión, seguramente de convenio con Betances. Hostos viaja *de motu proprio,* sin otra credencial que la de estar fundando nada menos que una nacionalidad, y sin apoyo económico alguno. No lo arredran los mareos que sufre tremendamente, pues tuvo la oportunidad de ver de lejos una vez la costa de Cuba. El viaje sirvió para establecer innumerables relaciones con figuras notables del siglo, desde el presidente Sarmiento y el general Mitre, hasta Oscar Wilde; desde el general Prado y Lastarria, hasta el presidente del Perú, Manuel Pardo. Sirvió además para que Hostos se nutriera a través del estudio de los factores económicos, sociales y políticos de la realidad continental de manera que se sintiera muchas veces impelido a tomar partido y a tomar acciones en apoyo de los chinos, en apoyo de la emigración chilena en el Perú, en apoyo de la mujer, de los indios, de los negros, de los gauchos, esa práctica de identificación continental que concretara en su nuevo espíritu la gran nación latinoamericana de Bolívar y que llevara a la Sociedad de Estados Americanos a declararlo en 1939 *Ciudadano de América.*

En 1875, tras su regreso a Nueva York, Hostos está tan pobre que no tiene para comer, no tiene abrigo adecuado, ni calefacción, ni botas de invierno; no tiene libros, ni papel, ni escritorio; no tiene para pagar una guagua ni para comprar café. Es en esas condiones que se

decide a partir en el barco *Charles Miller*, desde Boston, con destino a Cuba. Se trataba de una expedición organizada por Francisco Vicente Aguilera. Tras seis días de tormenta, el barco naufragante logra atracar en Rhode Island. Hostos pretendía entonces abandonar la pluma por el fusil y ofrecer su sangre y vida a la Cuba que sólo de soslayo vieron sus ojos. Si es asombrosa la actitud decidida de este intelectual militante que se transforma, como Martí, en soldado de armas y de ideas, más asombroso es que, tras el fracaso de la expedición, estuviese dispuesto a volver a intentarlo.

En 1875 estaba junto a Betances y Luperón en la República Dominicana. El sistema español de contraespionaje logra arrestrar y fusilar a todos los enviados en secreto a Puerto Rico. Un cargamento de armas y municiones es ocupado y encautado en Haití. Betances, el magnífico Betances, desiste tras diez años de agobiantes conspiraciones, concluye que los puertorriqueños no quieren ser libres, y vuelve sin aviso a París. Hostos permanecerá en la República Dominicana. Propaga sus ideas en un periódico que llama, naturalmente, ***Las Dos Antillas***. El gobierno español presiona al Presidente dominicano, y éste pide poderes al Congreso para clausurarlo. Al otro día sale el periódico con el nombre de ***Las Tres Antillas***. Otra vez presiona el ministro español, otra vez el Presidente pide poderes, otra vez lo clausuran. Pues Hostos vuelve a publicarlo con el nombre de ***Los Antillanos***. Entonces se promulga una ley para prohibirle a Hostos la publicación de todo periódico. En carta al director de ***El Porvenir***, Hostos señala:

"Si sólo se me hubiera prohibido ***Los Antillanos***, hubiera usado mi derecho y publicado tantos periodicos cuantos hubiera necesitado publicar para defender los derechos que asegura la Constitución, y la causa de Cuba y Puerto Rico y la emigración de ambas islas. Vedada expresamente para mí por el Gobierno la publicación de

todo periódico, no puedo hacer nada que no fuera extralimitación de mi derecho".

En 1895 Hostos está en Chile. Tras la experiencia en el Liceo de Chillán , el gobierno creó expresamente para él el Liceo de Primera Clase Miguel Luis Amunátegui. Pero el inicio de la Guerra del 95 por José Martí lo sacude nuevamente. Como delegado del Partido Revolucionario Cubano fundó sociedades, periódicos, dictó conferencias, enfrentó las presiones del gobierno para que suavizara sus ataques al gobierno español, y renunció, a los 59 años, y con una numerosa familia a cuestas, a la dirección del Liceo fundado para él con el propósito de ponerse al servicio del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York. Ya se iniciaba la intervención de Estados Unidos en la guerra y Hostos preveía la oportunidad de lograr la independencia de las islas luchando contra la posible anexión. El gobierno de Chile, con el objeto de hacerlo regresar a Santiago, le comisionó el estudio de los Institutos de Psicología Experimental en Estados Unidos. Al llegar a Nueva York la ocupación militar de las islas está en progreso. Las iniciativas de Hostos fueron numerosas: ante la prensa estadounidense, ante el Presidente de los Estados Unidos, ante el Partido Revolucionario Cubano, así como la fundación de la Liga de Patriotas, la divulgación de su propuesta para enfrentar la ocupación recurriendo a la propia constitución norteamericana y al reclamo jurídico de la identidad y de los derechos del pueblo de Puerto Rico.

Tan fuerte, tan incontenible era su determinación libertadora que, en una ocasión años atrás, durante la parada en Brasil en su viaje al Sur, pide pasaje en la agencia naviera y el encargado le pide el pasaporte. Hostos le responde: "No tengo pasaporte, ni puedo tenerlo." Cuando el encargado le pide explicación, Hostos le dice: "Porque no tengo nacionalidad. Estoy creándola" (Carlos Carreras, ***Hostos: apóstol de la libertad,*** 1929:

138).

En su vida, por otra parte, Hostos tendrá cerca de once amores que abandona, todos menos uno, para proseguir su peregrinación por toda América, abogando en todos lados por la libertad y la justicia para Cuba y para Puerto Rico. En algunos casos lo vemos profundamente comprometido. Pero sabe que no puede responsablemente someter a ninguna mujer, ni a la familia que ella supone, a los rigores de su peregrinaje y de sus sacrificios. Por eso, sólo cederá espacio al amor a los 38 años de edad, después de consagrar nueve años a procurar amparo y solidaridad para la lucha cubana iniciada en Yara. Un texto de 25 páginas (*Inda*) intenta justificar, ante sí mismo, esta "primera defección" a sus principios.

Tenía Hostos tan estricto y riguroso sentido del deber que la más mínima falta propia la interpretaba como la más grande. Cuenta uno de sus hijos, Bayoán Lautaro, lo siguiente: "Detestó, Hostos, los vicios de todo género. Fumó un corto lapso en Chile y dejó el tabaco con absoluta naturalidad. Los juegos de azar los condenó por perturbadores de la moral individual y colectiva. No jugó más que una vez en su vida a instancias de sus condiscípulos y amigos en Madrid. Hablando del juego, una vez, conmigo, me dijo: 'Hijo, no juegues nunca, por nada y para nada. Haz que tu conciencia repugne siempre el vicio. Cuando era estudiante, me hicieron jugar mis condiscípulos... no sé por qué gané; devolví el dinero y, todavía, conservo la vergüenza de haber sido vicioso...'" (***Hostos íntimo***, 2000: 86).

Carlos Carreras en su biografía destaca cómo conserva Hostos en medio de su pobreza su sentido de dignidad, y cómo este sentido no se ata a la opulencia. Cuando decide proseguir su peregrinación de Panamá al Callao, dice Carreras que Hostos "acude a la compañía inglesa a sacar el pasaje. Está tan escaso de dinero, que se ve forzado a pedir pasaje de tercera. En la tercera se va

sobre cubierta a la inclemencia del sol y la lluvia. Se ve uno rodeado de bueyes, caballos y terneros. Y hay que sufrir la ordinarez de los marineros apremiantes por sus faenas; la falta de higiene y el contacto con gente ruda. El encargado del despacho se extraña cuando él pide un pasaje de tercera, y cruzan este diálogo:

–¿Para usted, señor?

– Para mí.

– Pero mire, señor, que sobre cubierta no van los caballeros...

–¿Van los hombres? (pregunta Hostos)

– Cholos, sambos, sirvientes...

–¡Yo soy hombre antes que caballero! –responde. Y así embarca para el Callao." (47)

Pudiera uno pensar que sufrió la compañía de estos viajeros de baja clase. Pero ocurrió todo lo contrario: Hostos descubre la para él nueva raza del cholo que había convertido en feria una porción de la cubierta y comparte con ellos sus cantos y su alegría.

Hostos sí desempeñó tareas intelectuales para ganar su sustento durante la travesía. Pero nunca confundió el pago por su trabajo con la caridad. Cuenta también Carreras que en una oportunidad, en Lima, Hostos solicita un puesto en la redacción de ***El Heraldo***. El director se percata de sus apuros y le envía una delicada misiva con cien pesos, asegurándole que siempre su colaboración será bien recibida. Al recibirla Hostos le responde inmediatamente que agradecido como está de la delicadeza que emplea con su misiva, "no hay –dice– golpe más duro que el que se descarga con mano delicada". Y explica lo siguiente: "Si a fin de mes, el administrador de ***El Heraldo*** me llama, me pide un recibo y lo cambia por una cantidad cualquiera, lo tomaré. Entonces seré un trabajador cuyo trabajo se recompensa. Hoy sería un desgraciado, cuya desgracia se socorre. En el primer caso se me haría justicia, creyendo que yo vivo

gloriosamente de mi trabajo. En el segundo, se me calumnia." (57)

Acaso su relación con el trabajo intelectual se aclara aún mejor si se recuerda que Bayoán Lautaro sostiene que Hostos "conceptuaba que explotar la labor intelectual, tal como él la estimaba dentro de su doctrina, era hacerse un mercenario de las letras y, repudió por esto, toda su vida, la publicación para la venta, de sus obras" (60). Y ciertamente que Hostos, aparte de la publicación de ***La peregrinación de Bayoán,*** y de la edición que en vida suya hicieron sus discípulos de ***Moral social***, no publicó libro alguno.

Pudiera pensarse que la causa de Cuba lo hiciera sucumbir a tentaciones. Pero tampoco. Bayoán Lautaro también recoge el incidente en Perú en que una compañía inglesa intentaba obtener del gobierno un contrato nefasto para el Perú, que pretendía enlazar con ferrocarriles las minas de La Oroya. Desde ***El Nacional***, órgano comprometido con la defensa de Cuba, Hostos inició una campaña contra esta compañía y consiguió desviar la opinión pública contra ella. La compañía envió donde Hostos a un agente inglés con un cheque en blanco. Al día siguiente Hostos publicó el más ardiente editorial contra la compañía inglesa.

Aunque sufriera la pobreza, también podía hacerle, como hizo Pablo Neruda después, una oda, pues la pobreza era *amiga inapreciable* en sus viajes ya que gracias a ella nadie lo importunaba, podía *callejear* con completa libertad y aprender a ver con sus propios ojos y su propio juicio. (***OC***, VI, 147). La pobreza le permitió conocer de cerca lo que son los cholos y experimentar sus cantos, sus bailes y su alegría (***OC***, VI, 101), y preparó su encuentro alucinante con el primer chino (***OC***, VII, 147) y su encuentro con el primer inca (***OC***, VI, 136), con los negros para su sorpresa aún esclavos de Brasil (***OC***, VI, 380), y experimentar los amaneceres en las plazas de

nuestras ciudades de América (Cartagena, Panamá, pero sobretodo Lima), hermoso despertar de ciudades repletas de los gritos y cantos de tamaleras, melcocheros, aguadores, tisaneras, camaroneros, polleros, etc. (*OC*, VI, 133); y su desesperante experiencia con la divinidad, las procesiones, el espíritu castrante de las iglesias del Perú (*OC*, VI, 149).

Los potentados nunca lo intimidaron. En Chile el Ministro de Instrucción Pública intentó persuadirlo de moderar sus reformas pedagógicas desde el rectorado del Liceo Miguel Luis Amunátegui. Hostos no cedió prenda. Tampoco cuando el gobierno quiso silenciar su campaña a favor de Cuba y contra España, una vez Martí reinició la guerra. Cuando el Presidente de Chile lo llamó a su despacho, se presentó limpio, pero no con la elegancia y pulcritud que era norma en palacio. El Presidente, se cuenta, intentó persuadir a Hostos mientras miraba atentamente su zapatos fuera de moda. Cuando "casi al terminar la entrevista –cuenta Bayoán Lautaro– llegó el momento de despedirse, Hostos, mirando fijamente al Presidente, le dijo: 'Cuando yo tenga que volver a hablar con un Presidente de Chile, deseo que hable más con Eugenio María de Hostos, y menos con sus zapatos" (93).

En la República Dominicana tuvo que enfrentar Hostos también potentados, de seguro más sangrientos, como el General Ulises Heureaux, conocido como Lilís. Se sospecha que sufrió, incluso, atentados a su vida, a propósito de un cuerpo encontrado en el fondo de un pozo en el convento dominico. También, se alega, Lilís intentó entramparlo con una oferta de armas y municiones que le hiciera a través del General Pichardo. Se cuenta que Lilís también llamó a palacio a Hostos , y al verlo llegar le dijo sin quitarse la gorra de oficina que usaba: "Señor Hostos, lo recibo a usted, como recibía Napoleón a Talleyrand". A lo que Hostos respondió cubriéndose la cabeza: "Señor Heureaux, ni usted es Napoleón ni yo soy Talleyrand"

(Bayoán Lautaro, 143).

Bosch comenta cómo la música absorbía a Hostos. Pero el caso es que también lo absorbía la naturaleza, un insecto cualquiera. "Si el iris matizaba una flor –cuenta Bayoán Lautaro– , si sus corolas se plegaban, si una variedad botánica cualquiera atraía su atención, no pasó jamás desapercibida para él ni clavó su ponzoña despectiva la indiferencia; planta, flor, matiz, adaptación, familia, género y usos entraban a formar parte del acervo de sus observaciones." (114) Por esa profusión de vida y de luz estelar le encantaban las Antillas. Planetas, constelaciones, crepúsculos, auroras. Y la lluvía. La lluvía a cántaros. Los temblores de tierra no lo inquietaban. En una ocasión un fuerte temblor sacudió a Santiago de Chile cuando se participaba de una tertulia dentro de un club. Todos escaparon menos Hostos, quien para asombro de todos no abandonó su asiento. (104)

Nació en medio de un ciclón, como si la naturaleza cifrara su nacimiento con una estrella. Murió en medio de otro ciclón, como si la naturaleza quisiera confirmarlo. Bayoán Lautaro recuerda haber experimentado el paso de un ciclón cuando a su regreso a Puerto Rico se hospedaron en la Estación Agronómica de Mayagüez. Hostos anticipó el ciclón por la altura y el tono de unos cirrus. Días después llegó el azote. Aún no había pasado cuando Hostos salió a campo raso, exponiéndose a los inesperados golpes de zinc. Belinda, le llamó con temor diciéndole: "Hostos, no seas imprudente, ¿no ves el peligro inmenso que te rodea?" A lo que éste respondió con una sonrisa: "Inda, no seas buena, déjame gozar este maravilloso espectáculo..." (116-118) Asimismo pueden citarse su fascinación por los abismos de los Andes, los fulgores de la Tierra del Fuego, y la exhuberancia tropical de Brasil que tantas veces describió, jugando, sin querer queriendo, a ser poeta.

Terminemos las anécdotas hablando del amoroso

esposo que evidencia el tomo de sus ***Páginas íntimas*** (***O.C.***, III, 1939). Además de las cartas familiares, el tomo incluye el relato de su amor por Belinda Ayala con el título de ***Inda***; el ***Libro de mis hijos***, verdaderas páginas arrancadas al ***Diario*** íntimo, aunque breves, escritas entre 1882 y 1892, en las cuales se refiere al nacimiento de los hijos, y a la muerte de una hija; los ***Cuentos a mi hijo***, escritos en 1878, antes de ser padre, cuentos en los que Hostos se proyecta hacia el futuro para dilucidar sobre posibles y diversas situaciones con los hijos que vendrán; incluye, finalmente, las comedias que Hostos escribiera al fundar un teatro de nenerías, infantil, que interpretaban sus propios hijos y sus amigos.

Una hija murió, y él cuenta en un página de ***El Libro de mis hijos***, fechada el domingo 7 de enero de 1885, en una versión aquí abreviada:

"A las dos de la madrugada del día 26 de julio de 1884 lloró ruidosamente su venida al mundo la dulcísima creaturita que tan pronto habría de abandonarlo. Era, para ser más querida, muy semejante en el corte del rostro y en el color castaño claro de su pelo y en el indeciso verde-azul de sus ojos, a mi madre. Era tan apacible y tan buena, que casi nunca se la oyó llorar... Tenía todas las apariencias de la salud... Una mañana, al emprender mi viaje obligatorio a la ciudad, Eugenio Carlos, que jugaba con la niñita me llamó diciéndome: 'Papá, Rosa Inda tiene una cosita detrás de esta oreja'... Un día apareció manchada de puntos rojizos la mejilla izquierda de la tierna creatura, y fue preciso que su abuela y una madre de familia numerosa nos tranquilizaran, para que cediera nuestra alarma. El médico consultado recetó, y cuando seriamente alarmados lo hicimos examinar a nuestra hijita, ya el mal nos horrorizaba. ¿Qué mal era? Nunca médico alguno ha sabido qué leve mal ha degenerado, por inexacto o negligente diagnóstico, en causa de muerte... Cuando yo no lo temía, empeoró sin que me pareciera que

empeoraba y me iba siendo arrebatada sin que yo supiera que me la arrebataban... Di sin saber cómo mis clases de la mañana, sin reposo mi clase de Derecho, y vine aguijoneado por una angustia secreta a esperar la hora de mis nuevas clases. Estaba en la de 3 a 4, cuando vi entrar a uno de los vecinos de mi casa. Me puse en pie, corrí hacia el recien llegado, apenas lo oí, busqué al médico, nos fuimos, me arrodillé ante la hijita de mi alma, que estaba en los brazos del doctor su abuelo, la tomé en los míos, me pregunté mil veces por qué anhelaba como anhelaba la mansísima creatura, me quedé solo con ella, la hablé, la acaricié, la estreché contra mi corazón, gemí sin llorar, la imploré para que me mirara, abrió sus hermosos ojos, me miró, parece que quiso sonreírse, cerró de nuevo sus ojos, me pareció la noche, hizo un ligero movimiento, llamé a su madre desolada para no ser yo solo el que tuviera la amarga dicha de dar y hacer sentir el último beso a nuestra hijita, y cuando besos y sollozos se confundieron en la frente de la creatura bienamada, ya no la teníamos en el mundo de las pasiones y de los egoísmos. Dura prueba, dura prueba" (*O.C.*, III, 37-39).

Si unimos las puntadas, acaso tengamos el perfil inesperado de este hombre completo, como una constelación.

4. El Programa de Estudios Hostosianos

Revisemos, finalmente, al Maestro en sus funciones. Lo primero que habría que señalar es que, para ejercer de maestro de oficio, Hostos estudió la historia de la pedagogía con denuedo erudito, extendiéndose por los sistemas y filosofías educativos de la Edad Antigua, la Edad Media y la Edad Moderna. Hacedor de sí mismo, en todo, Hostos toma de muchos, y recrea, aplica, reformula e inventa. Como se sabe, contra la educación escolástica clásica, Hostos propone ena "escuela sin dios", pública y abierta. La distancia entre el sistema que

encuentra –que no era, dicho sea a propósito, sistema– y el sistema que no encontró diseñado en ningún sitio, pues es su recomposición, su invento, la distancia, repito, es abismal. Contra el dogmatismo y el criterio de autoridad, opone la duda metódica; contra la escolástica rutinaria y repetitiva, propone la experimentación y el empirismo; contra el verbalismo hueco de salón, propone la coordinación de las funciones físicas, afectivas y reflexivas; contra el memorismo que inculca conocimientos sin examen, fomenta el desarrollo de la inteligencia; contra la retórica, la oratoria y el latín, subraya el estudio de las lenguas vivas nacionales; contra la teología, el derecho romano y la metafísica, toma rumbo hacia el contacto con la realidad natural y la social; contra el dualismo de género que siempre subestimó a la mujer, la demostración audaz de la radical igualdad de géneros, no sólo respecto a la capacidad de estudio, sino ante todas las ramificaciones de la vida.

La educación clásica en manifiesta ruptura con la vida queda orientada por Hostos hacia la aplicación directa, en función de la vida. Y aprendiendo de la vida, Hostos intentó desarrollar las funciones de la razón, en el niño, según su propia ley de desarrollo. Las facultades de la intuición, la inducción, la deducción y la sistematización, las ejerce el hombre para indagar la verdad, descubrir la realidad y transformarla en ejercicio de bien y de justicia, pues, para Hostos, razón y conciencia tienen desarrollos paralelos y combinados. La razón descubre la verdad; la verdad es siempre un bien. Para Hostos, la desembocadura de toda educación verdadera es ética, moral. Y el ejercicio crítico o reflexivo que no se rige por la moral, es para Hostos, *maligno*. Pensar y vivir deben armonizarse de tal forma que, cuando sus discípulos le urgen que publique la ***Moral social***, Hostos responde: "Vivamos la moral, que es lo que nos hace falta".

Por eso no es aberrante afirmar que los propósitos

pedagógicos de Hostos desbordaban la mera preparación académica. Fiel a su norte revolucionario, Hostos, insistimos, con su ciclópea carga educativa no había abandonado su lucha política tras la Paz del Zanjón de 1878, que dio fin a la guerra en Cuba: sólo le daba forma nueva en la lucha magisterial. La tarea que se había impuesto era la de forjar nuevos americanos en la fragua ardua y ardiente de la explotación y la opresión del continente para la justicia; forjar en los pueblos caracteres imbatibles como el suyo, de manera que estos pueblos pudiesen optar, aptos por él, por la libertad. Hostos lo confiesa así en el discurso célebre que pronuncia en la graduación de la primera clase de maestros normalistas *(El propósito de la Normal)*. Pero prueba de ello es también su crítica a muerte de la labor educativa de las iglesias en el Perú, o la labor de los jesuitas enn Argentina y Paraguay. Allí Hostos vincula la importante labor de la iglesia en la corrupción del nefasto sistema colonial, y al evaluar en ***Mi viaje al sur*** la ***Herencia española*** del coronel Espinosa, denuncia a "esos frailes convertidos por un hábito sombrío en maestros de moral social" (VI, 179). Más claro, no se puede.

En el tomo XII, volumen 1 (335-486) de las ***Obras completas*** del 1939 aparecen bajo el título de "Los frutos de la Normal" una serie de indicaciones de Hostos sobre el programa y el plan de estudios para primaria, secundaria y los estudios profesionales de la Normal. Veamos algunos aspectos que han despertado nuestro interés.

En primer lugar, Hostos dividía las escuelas en una sección práctica de enseñanza primaria que servía de preparatoria y de escuela práctica a los aspirantes al magisterio. El trabajo duraba seis horas: tres en la mañana y tres en la tarde. Recomendaba no incluir más de diez (10) estudiantes en cada grupo, cosa de poder personalizar la atención. La escuela primaria y la secundaria ofrecían el mismo grupo de materias que correspondían a las seis

ciencias primarias. Una y otra, primaria y secundaria, se distinguían respecto a la extensión de conocimiento y el fin sicológico: la primaria, para nociones intuitivas, y la secundaria para nociones inductivas. Las ciencias eran: Matemáticas, Astronomía, Física, Química, Biología y Sociología. Dentro de esta última estaba adscrita la enseñanza del lenguaje.

En segundo lugar, la educación debía dirigirse de acuerdo a las leyes del desarrollo del espíritu humano. Concebía el desarrollo de la razón como un proceso por etapas definidas que no podían obviarse, de manera que a los niños se les trataba como niños, fortaleciendo las facultades racionales en el orden en que aparecen. En el niño predomina la intuición –y por esta razón es tan curioso. En el adolescente predomina la inducción. En el joven, la deducción, y en el maduro la sistematización.

Cada una de estas funciones de la razón realiza una serie de operaciones que el método de Hostos procuraba estimular. En la intuición, cuyo producto es la intuición de la idea, había que estimular las operaciones de la sensación, la atención, la memoria y la imaginación. En la inducción, cuyo producto es la inducción de una ley, estimular la observación, la experimentación, y el análisis. En la deducción, cuyo producto es la verdad condicionada, estimular la analogía y la síntesis. Y en la sistematización, cuyo producto es la ciencia, estimular la generalización, la especificación y la coordinación.

En tercer lugar, Hostos creía que el educador debía enfrentar al educando primero con el mundo exterior, prescindir totalmente de los libros, y atenerse a las intuiciones. El propósito era formar en los niños ideas claras y definidas, procurando no trasmitirle juicios formados por otros, sino que cada niño descubriera por sí mismo las ideas nuevas. Por eso era fundamental para Hostos despertar la atención y el interés. La memoria mecánica debía ser totalmente abolida, y nunca hacer

repetir.

El trabajo manual y el dibujo eran complementos de todas las materias y base de todo estudio. Decía que todo lo que el niño observe debía hacerlo también con las manos. No se aprenden mapas: hacerlos. No aprender diagramas: hacerlos. Ver el mundo por sí mismo. Y objetivar de este modo las ideas.

En cuarto lugar: el método intuitivo supone partir de la experiencia cercana y real del alumno y de una empatía educador-educando que debe procurarse. No se le coartan libertades con saberes ajenos o muertos. La intuición es presentista y veraz. Es la intuición lo que "nutre" las facultades mentales. Y tiene como propósito una sensación precisa, una atención firme, una percepción exacta, una memoria fiel, una imaginación clara y una idea concreta. En la secundaria y en el nivel profesional, Hostos señala la utilidad de refrescar la sensación de una intuición que sirva como punto de partida.

El método básico de enseñanza era, pues, el método natural de la razón: intuir para inducir; inducir para deducir; deducir para sistematizar.

En quinto lugar, Hostos admitía otros métodos auxiliares.

1ro., el método objetivo, que consiste en evocar continuamente objetos naturales por medio de objetos artificiales para estimular las intuiciones y representar objetos de conocimiento.

2do., el método expositivo. Prescindiendo de libros, el educador practica ante el estudiante los recursos de la razón para que éste los vea en operación.

3ro., el método deductivo o sintético, que parte de la inferencia y la sistematización para culminar en una sinopsis propia.

4to. El método socrático que busca intuiciones claras y verdaderas en el educando a través de inducciones y deducciones.

Sexto: con respecto al Lenguaje, Hostos destaca la vinculación íntima entre palabra y razón, subrayando en el apéndice a su ***Tratado de Lógica*** que la palabra es una condición esencial del pensamiento y del razonar, y que las varias evoluciones y ejercicios de la razón se manifiestan por medio de la palabra. "Se habla porque se piensa y porque sin palabra, que es su instrumento, la razón no podría funcionar", dice. Hostos demuestra su aseveración relacionando el desarrollo paralelo de la fuerza de expresión y la fuerza de la razón. La palabra se forma durante la etapa de intuición de manera que le sirve a la razón como de pasta o forma, en la cual se graban y se esculpen las intuiciones. Luego, durante el periodo de inducciones, la palabra se transforma en conceptos y en proposiciones. De ahí surge la necesidad del estudio del lenguaje y la Gramática General.

Se enseñaba la lectura en combinación con la escritura. El alumno aprendía leer escribiendo. No empezaba a leer en libro hasta que podía leer y escribir en pizarra. No consentía el deletreo. "La lectura –dice– desde el primer momento ha de ser razonada. El que no razona lo que lee, no lee". E insistía en que desde el primer momento se diera al niño el conocimiento puntual de las palabras con ejercicios prácticos de conversación, escritura y reflexión.

Por medio de la lectura se llegaba al estudio del lenguaje examinando el significado de las palabras y su empleo en frases. Entonces la composición. En los grados más altos de la primaria se comenzaban las nociones objetivas de Gramática.

Del mismo modo, Hostos creía que las lenguas vivas debían enseñarse con mucho uso y pocas reglas. Empezaba por hacerlas hablar y escribir y no por dar a conocer su gramática. Incluía el aspecto literario. Y recomendaba la lectura, las traducciones y la composición oral y escrita.

Sobre la Educación Estética, Hostos creía que esta no debía descuidarse, pero que no debía prevalecer sobre la científica, sobre todo en los primeros años. Una vez fortalecido el entendimiento, podría aplicarse el cultivo de las bellas letras. Sin embargo, Hostos advierte que el gusto sí debía orientarse por medio de la admiración de la naturaleza y de las artes. En el quinto año de secundaria se impartía el arte de la palabra, la composición literaria, retórica y métrica, y nociones de estética y lógica, estética y moral, estilo, tropos, géneros. En el sexto año, historia de la lengua castellana y de la literatura española e hispanoamericana.

He aquí un resumen de lo que a nuestro juicio son notables aciertos:

1. El propósito de enseñar a pensar críticamente desde la niñez.

2. Su arranque desde la realidad objetiva e inmediata del alumno.

3. La importancia que se le da a la intuición infantil porque el proceso parte del nivel exacto del educando.

4. Su determinación de permitirle a la razón del educando forjar su propio desarrollo. Primero, haciendo al niño agente de su propia educación; y segundo, inhibiéndose el educador, de ofrecerle juicios, definiciones, soluciones.

5. El encadenamiento estrecho entre intuiciones provocadas en una misma asignatura y entre asignaturas distintas.

6. La objetivación de las intuiciones como mecanismo de refuerzo.

7. La vinculación de la educación en los niveles lógico, sensible y moral.

8. La empatía entre educando y educador.

9. La condena de la memoria mecánica.

10. El uso del método socrático o dialéctico.

11. La importancia dada a la motivación.

12. La objetivación de las intuiciones a través de las manualidades.

13. La variación de actividades y la cooperación entre alumnos.

14. Su énfasis en la libertad del individuo y de la sociedad.

15. Su exaltación del patriotismo.

16. Su búsqueda exhaustiva de teoría y fundamento pedagógico, pero adaptados a la realidad y necesidades del país y de los estudiantes.

17. La prohibición de castigos y recompensas particulares.

18. Su radical demostración de la igualdad de los sexos.

19. La universalidad de sus fundamentos.

20. Su determinación de comprender la realidad objetiva, tanto natural como social.

21. El apoyo en los ejercicios de composición, oratoria, y lectura comentada para el estudio de la Gramática.

22. Su idea de socializar la escuela para que no terminase con la salida de los alumnos y en los alumnos, vinculándola con la comunidad.

23. La unidad de fundamentos con que logró articular un sistema.

24. La unidad de principios que acuñó en el *Programa de los Independientes*, como cimiento para la constitución de personas y de pueblos libres.

5. Conclusión

Señalamos al comenzar que la tesis central de este trabajo es que hay una trabazón inquebrantable entre el maestro que fue Hostos y ese su carácter de ser humano cuyo atributo más exacto acaso esté contenido en la expresión *unción de acero*. Toda la pedagogía hostosiana fue un derivado y una consecuencia del estudio

de sí mismo y de su permanente determinación de lograr en sí mismo la construcción del *hombre completo* que vislumbró como una utopía. Hablamos de utopía no sólo porque su *hombre completo* fuera una ambición no realizada y ubicada en ningún lugar, sino porque para completar su radio de acción tuvo que extenderse fuera de sí mismo para construir pueblos, sociedades, de *hombres completos*. Hombres, seres humanos en general, muy parecidos en contenido y continente a lo que la ambición utópica del siglo veinte articuló en el término del *hombre nuevo*, pues el destino del *hombre completo* hostosiano era la completa libertad. La completa libertad la consigue sólo el que, *viviendo la moral*, lucha por ella. Es absolutamente incompatible con la colonia y el ser humano colonizado. Recordemos que Hostos dice muy claramente que "la libertad es un modo absolutamente indispensable de vivir".

El once de agosto de 2003 recordaremos el centenario de su muerte, en medio de la celebración del centenario de la Universidad de Puerto Rico. Creemos que la Universidad podría hallar en Hostos su verdadero rostro, y que, desde luego, sería muy acertado vincular ambos centenarios.

Muchas gracias.

Hostos en su viaje al sur de América: arqueología de su mirada

El Año del Centenario de Hostos: 2003

Dra. Hilda Colón Plumey, Rectora del la Univ. de Puerto Rico en Humacao; Lcdo. Antonio García Padilla, Presidente de la Universidad de Puerto Rico; maestro e inspiración de nuestra época que responde al nombre de José Ferrer Canales; poeta y glosador insustituible de Hostos que todos llaman con cariño Julio César López; hostosianos e invitados, colegas y estudiantes, amigos todos:

Desde hace algún tiempo la Junta Editora de EXÉGESIS ha estado promoviendo el ambiente cultural necesario para que los puertorriqueños honren, como deben, el centenario de la muerte de Eugenio María de Hostos. Llegada la víspera, y ante el recuerdo de la resonancia continental que tuvieron tanto el centenario como el sesquicentenario de su natalicio, la Junta Editora

---

*La primera versión de este trabajo se dictó en la Universidad Columbia de Paraguay en el 2002 como apertura de su Cátedra de Pensamiernto Latinoamericano. La segunda lectura la reralizamos en enero de 2003 en la Universidad de Puerto Rico en Humacao como Conferencia Inaugural del Año del Centenario de la muerte de Hostos. Se publicó en EXÉGESIS 48/50 (2004).

de EXÉGESIS decidió tener una participación más activa porque era ya tan mayúsculo nuestro entusiasmo que no nos parecía justo que la obra de Hostos pasara casi tan inadvertida como un rótulo de máxima velocidad.

No hablamos de Hostos para recordar una pieza de museo ni, mucho menos, para mitificar una figura de la historia remota. Se trata de un modelo de tal vitalidad que no caduca, se trata de una personalidad con tales atribuciones de perennidad que lo mismo actúa para levantar nuestro sentido de orgullo nacional que arroja luces para comprender nuestro pasado, nuestro presente, y nuestro porvenir. Tampoco vamos a Hostos sólo por gratitud ante el hombre grande que fue: vamos a Hostos porque deslumbra la manera como expandió por todo un continente su personalidad egregia, porque dignifica el género humano, porque tiene respuestas para muchas de nuestras crisis imperiosas de hoy, y porque tras su último respiro quedamos tan atónitos que no sabemos qué hacer con tanta vida.

En efecto, en el caso de Hostos, nos asombramos de su lucha de día a día, de toda una vida. No tuvo cuna de oro ni meta de laurel: lo más inaudito en su caso es la totalidad de su camino. Por eso este centenario de la muerte de Hostos no tiene para nosotros ápice de pesar, sino aire de alabanza. Y no lo conmemoramos como hacemos con las tragedias, sino que lo celebramos, como corresponde hacer con aquellos asombros que nos elevan mientras imparten soplo de vida.

En marzo del 2002 inauguré en la Universidad de Chile un encuentro de escritores latinoamericanos con una conferencia sobre el desarrollo de nuestra personalidad histórica en el siglo XX que partía de la obra de Hostos para desembocar en la lucha de Vieques. La idea era explicar cómo, en la lucha de Vieques, se realizan los diagnósticos, recetas y pronósticos de Hostos. Algunos quedaron motivados con Hostos y me invitaron a

inaugurar en Paraguay hace unos meses, hablando de Hostos, la Cátedra de Pensamiento Latinoamericano de la Universidad Columbia. La conferencia que van a escuchar es la misma que leí en Asunción, mínimamente retocada para cepillarle algunas expresiones de circunstancia, pues encaja perfectamente con el talante que le hemos querido dar aquí a nuestra celebración del centenario de Hostos, y con el título del simposio: *Forjando el porvenir americano*.

Finalmente, quisiera que estuviera claro, que sin ustedes esta actividad sería un acto en el vacío. Es pues, en verdad, con ustedes, y no con la conferencia, que inauguramos hoy el Año del Centenario de Hostos en la Universidad de Puerto Rico en Humacao. Es la presencia de ustedes la que honra la memoria de sus sacrificios. Y ustedes deben sentirse orgullosos de ello.

Sin más preámbulo, vamos a la conferencia.

Hostos en su viaje al sur de América: arqueología de su mirada

"*La grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es...*
El hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este mundo".
Alejo Carpentier

1. Presentación: De los fundadores.

Buenas noches tengan todos ustedes. Hoy me siento, y disculpen el breve protagonismo, muy satisfecho de estar aquí, y de regreso, pues ya había estado en el Paraguay en el 1994, invitado entonces a participar en el *primer encuentro latinoamericano de escritores*

celebrado en Asunción. Entonces pude hacer muy poco por ustedes y por representar mi país. Como pude, con el auxilio de unos pocos amigos, preparamos, poco después, un número de la revista EXÉGESIS que dirijo en Puerto Rico para guardar memoria y dar noticia de ese encuentro. Fue mi manera de agradecerles la acogida y los días felices que todos los invitados pasamos entre ustedes. En la nota de presentación de ese número recordaba que a pesar del aislamiento más que centenario, a pesar de esa insularidad que parece estrechar o limitar el espíritu, Paraguay nunca ha dejado de estar cerca, muy cerca, del corazón del continente –y de nuestros sueños. Eugenio María de Hostos, puertorriqueño, se dolía, **reiteradamente**, hace más de 130 años, de la suerte de este país de agua y de ríos. Desde entonces, como fantasma de un arpa que suena lejana en la noche, como esa procesión de aguas que pasa en silencio por el Paraná, llegaba la nostalgia de ustedes hasta ese Puerto Rico, confín mío, y litoral norte de este hemisferio sur de Nuestra América. Desde el 94 recibo con regularidad pulsátil noticias del Paraguay, gracias a varias voces amigas. En estas últimas semanas, específicamente, todo el mundo vio las noticias de disturbios de importancia que ocurrieron en sus calles, y también –no podía faltar el chisme–, la noticia sobre la titularidad paraguaya en el marco de la corrupción latinoamericana.

Desgraciadamente, la corrupción es un mal endémico en todo el continente. En Puerto Rico, mi país, también clamamos en vano por una vacuna contra ella. Urge tener presente, al respecto, que no es un mal latinoamericano, sino más bien, un parásito inalienable, y por ello incombatible, que encontró caldo de cultivo propicio en el neoliberalismo que se nos ha impuesto desde fuera. Casi toda privatización es, en el fondo, una apropiación inmoral agravada. No habría más que mirar al norte, mucho más al norte, o mirar hacia oriente y occidente para ver llegar

la corrupción sobre pajaracos vestidos de negro. Pero también podemos mirar hacia atrás en el tiempo.

Quisiéramos creer que la posmodernidad neoliberal de la globalización ya se muestra tambaleante y reculona sobre el terreno del pensamiento de manera que estamos ahora en plena época *postemporánea*. Pero no vemos la postemporaneidad ni a diestra ni a siniestra, y me temo que no se deba a una una incapacidad nuestra para asumir una perspectiva presentista por deberle demasiado, a nuestros años, al siglo pasado, ese siglo que hasta ayer calificábamos de contemporáneo, y siglo del que aún, al menos yo, no puedo desubicar mis pies para instalarme sin deuda en el 21. Antes bien, creo, *aunque lo más seguro es que quién sabe*, como se dice tan sabiamente en México, que se trata de que el que sabe mirar atrás se instala en una atalaya que también permite mirar el porvenir.

En Francia hubo una secta en el siglo 17, resucitada por la revolución de 1848, que creía imperfecto al ser humano por carecer de un ojo detrás de la cabeza. Eugenio María de Hostos, recordando la referencia ilustrada, insiste, en que los latinoamericanos necesitamos de ese ojo, pues es necesario ver no sólo el pasado que hemos tenido, sino el pasado que aún comparte con nosotros, y el pasado que todavía mañana tendremos, como ocurre con *el traje que vestí mañana* en los célebres versos de Vallejo.

Hostos sabía muy bien que no todas las miradas atrás nos convierten en estatuas de sal, pues mirar atrás no es sólo asunto de certificar de dónde viene el lastre que nos mantiene en naufragio permanente. Algunos indios de América creían que en los momentos difíciles debíamos evocar y convocar el auxilio de nuestros antepasados. Como ellos, les propongo convocar los antepasados más íntimos y entrañables; convocar a aquellos antepasados que mejor instrumentaron el uso de la luz contra las

sombras; aquéllos que enfrentaron la adversidad con una tenacidad que no reconoció límite; aquéllos que acaso, ya en tránsito a la inmortalidad de la historia, nos legaron como herencia inmarcesible el valor del carácter, la dignidad del amor y de la solidaridad, y la lección magistral de saber que sólo vivimos *en* los otros, *por* los otros y *para* los otros, y que a esos otros nos debemos. Ese espíritu de los ayeres vive, y vive por ellos, sobre ellos y con ellos, como piedra, como fuente, como cimiento. Y es sobre esos espíritus que debemos fundar el saber y las instituciones. A fin de cuentas, el Paraná debió enseñarnos, como le enseñó el Duero a Jorge Manrique como llevar su duelo, que el tiempo y la vida son como *los ríos que van a dar a la mar*, una continuidad desde el origen que sólo existe mientras corre en libertad. Y el zócalo de este continente nuestro que fundaron nuestros antepasados es, bien mirado, sencillamente egregio.

Los historiadores de la literatura y de las ideas no dejan de señalar en nuestro caso el problema de la imaginación colonizada, y de cómo a contrapelo, las bases de nuestra historia propia tuvieron que luchar contra la censura y la represión del pensamiento más tenaz. Hay quien asegura que lo americano brotó primero en los barracones de esclavos, en la mita de los indios, a orillas de los ríos, disperso en la pampa y la cordillera, marginado e inundado de desesperación, pero siempre al margen de los enclaves del poder colonial. Lo cierto es que dentro de las ciudades amuralladas también germinó la nueva semilla, a veces encarnada en lo inusitado. Por no incurrir en el dilatado machismo que es característica tan penosa de nuestro pensamiento, recordemos como ejemplo, con celeridad, el nombre sin sombra de Sor Juana Inés de la Cruz. Su obra fue –y es, la proclamación del principio creador en la libertad del pensamiento. Como ella, y junto a ella, es justo también recordar los próceres de nuestra independencia política, pues en su agenda estuvo el

propósito de completar las tareas de la libertad, aunque la vida no les diera para tanto. Bolívar supo que la libertad estaba más allá de las cadenas rotas, aunque su vida se perdiera en el río Magdalena sin hallar cómo constituir la utopía de la libertad ansiada. Por eso me parecería hermoso que recobráramos el espíritu ayacucho, el espíritu chimborazo, panameño y jamaiquino de esa piedra de Pedro que es Simón Bolívar y, como Venezuela, también nuestros países se refundaran como repúblicas *bolivarianas* de América.

Hostos: fundador

Hoy, si me lo permiten, me propongo recordar a otro de esos espíritus fundadores. Mejor que recordarlo será pasarle la palabra. Fue amigo de Sarmiento y con Sarmiento se le compara. Fue amigo de Mitre, de Lastarria, de Bilbao, de Guillermo Matta, de Francisco Giner de los Ríos, de Federico Henríquez y Carvajal y de Luperón, del presidente del Perú, Manuel Pardo... José Martí lo consideró maestro, igual que don Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Máximo Gómez... Inútil, o al menos redundante, extenderse con una lista de nombres que no termina. Nació en el pueblo de Mayagüez en Puerto Rico, pero descansa en la ciudad de Santo Domingo, en el Panteón de los Héroes de la República Dominicana, con su llama eterna. La primera locomotora que cruzó los Andes entre Argentina y Chile llevaba su nombre. Y la Sociedad de Estados Americanos lo proclamó en la víspera del centenario de su nacimiento, en Lima, 1938, "Ciudadano Eminente de América". Sin embargo, no fue un buscador de gloria, aunque con la gloria soñara, porque su vida entera estuvo consagrada a la defensa, intransigente, de sus principios, de manera que no lo compraron los triunfos lisonjeros, no lo compró la oferta de la gobernación de Barcelona, no lo compraron los que intentaron sobornarlo con cantidades cuantiosas

para su causa de independencia antillana, no lo compró la miseria, ni la pobreza, ni la soledad, no lo compraron ni lo hicieron temblar presidentes, no lo compró ni lo venció la adversidad ni la derrota.

Viajó al sur. En su periplo se detuvo en Colombia, Panamá, Perú, Chile, Argentina, Brasil y, más tarde, en Venezuela, para auscultar el corazón del continente entero. De los 21 tomos de sus ***Obras completas***, al menos once están íntimamente consagrados al *porvenir americano*: uno al viaje como tal, otro a *temas sudamericanos*, otro a *temas cubanos*, otro a la República Dominicana, otro a sus *hombres e ideas*, otro –no podía faltar– a su ***Madre Isla***, pero en todos respira como inspiración, incluso en el tomo que recoge las luchas de su época española, el tema de una América que apreció como pocos con su mirada dilatada. Incluso en su ***Tratado de moral***, libro que se ha reconocido como una de las cumbres del pensamiento ético latinoamericano. O su ***Tratado de Sociología***, libro que funda en nuestra lengua una nueva ciencia. O sus ***Lecciones de Derecho Constitucional***. O su ***Geografía evolutiva*** y su ***Geografía política universal***. –¡Y aún no mencionamos la profunda revolución pedagógica que instaló en la práctica en la República Dominicana y desde las rectorías chilenas de los liceos de Chillán y el Liceo Miguel Luis Amunátegui en Santiago de Chile, principalmente!

Principalmente, decimos, porque al respecto de lo que concierne a su quehacer educativo habría que empezar al menos señalando que José Manuel Estrada le ofreció al hombre sin diplomas que fue Hostos la Cátedra de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, que dirigió dos colegios en Venezuela (en Isla Margarita y Puerto Cabello, y dictó cátedra en Caracas), que fundó en Mayagüez, Puerto Rico, el Instituto Municipal de Enseñanza Reformada, y que fue además, profesor de

Derecho Constitucional en la Universidad de Chile. En algunos casos redactó incluso las leyes sobre educación. En otros, la filosofía educativa. En otros, programas académicos y textos de las más variadas materias. Formó los maestros. Su creatividad no dejó aspecto yermo. Ni siquiera perdió de vista que la misión última de su pedagogía era formar los ejércitos necesarios para hacer practible su utopía de una América verdaderamente libre. Su nombre: Eugenio María de Hostos. Con la gracia de ustedes será *Hostos, el sembrador*, como lo llamó Juan Bosch, quien inaugure esta Cátedra de Pensamiento Latinoamericano. A nombre, pues, de Hostos, del Puerto Rico colonial, de esa isla Vieques que no tiene olvido, y del mío propio, les doy las gracias a la Universidad Columbia del Paraguay por fundar con Hostos esta Cátedra.

Se diría que al hacer el fugaz esbozo de su personalidad histórica en el marco de la cultura, destacamos, como suele hacerse, las obras de razón y de pedagogía de aquél que suele describirse en primer término, como un célebre educador, y luego, pensador y filósofo. Pero el caso verdadero es que Hostos es aún más grande en la esfera de los sueños y de las utopías. Me refiero a la obra de pasión y ardor consagrada a la búsqueda de verdad y de justicia, búsqueda que no conoció límites ni reconoció advertencias o sacrificios. Alguna vez califiqué esa obra como la *llamarada escrituraria,* término que defendí en la ponencia que presenté en el congreso dedicado a Hostos a propósito del sesquicentenario de su natalicio. Allí defendí la idea, entre otras, de que tal vez la obra más importante de Hostos no es la académica ni la que corresponde en propiedad a los géneros literarios generalmente reconocidos como tales, sino la otra, la que se recoge en los llamados géneros ancilares o instrumentales, de manera que en el caso de Hostos, como se ha señalado en el caso de Martí, la proliferación en Hostos de estos textos

no desmerece al escritor, sino que halla en él la cifra de su grandeza. Recuerdo, si se me permite la anécdota, que un catedrático argentino se me acercó entonces, al términar mi ponencia, para decirme que estuvo muy hermosa, pero que era *lástima que no fuera verdad*. No supe entonces, ni sé ahora, cómo se pueden leer tantas páginas de Hostos sin temblar, o para decirlo con sencillez, sentirse tocado en lo más hondo.

Hostos en su viaje al sur

En otras oportunidades hemos estudiado su obra literaria y su teoría estética, el sentido de su personalidad histórica, el carácter de su obra revolucionaria tanto en la época española que corresponde al *joven Hostos* como a su prédica antillanista y latinoamericanista, el carácter revolucionario en la forjación de su carácter y de su obra educativa , sus íntimas vinculaciones con José Martí... Pero en esta oportunidad, ante la inminencia del centenario de su muerte que conmemoraremos en agosto del 2003, como expresión de agradecimiento por la invitación que se me hiciera para participar de este encuentro, y como piedra fundadora del pensamiento latinoamericano que les propongo, quisiera repasar el sentido y la importancia que tuvo en el desarrollo de la personalidad y del pensamiento revolucionario de Hostos y, especialmente, el impacto que tuvo en su mirada utópica de todo el continente, los viajes que realizó precisamente por este contorno de ustedes, muy cerca de estos lares: me refiero a su *viaje al sur*.

Varias cosas habría que aclarar antes. Primero, que hay un volumen de 440 páginas en la edición de 1939 de las ***Obras completas*** de Hostos titulado precisamente ***Mi viaje al sur*** (VI), pero que este tomo, como antes indicamos, está lejos de contener todos los trabajos escritos durante el viaje y a propósito de él. Hay, otro tomo en esas obras que se titula, ***Temas sudamericanos***

(VII), escrito en su mayor parte durante ese viaje. Asimismo, muchas páginas de su ***Diario*** (I y II) en dos tomos, de las páginas recogidas en el volumen de ***Temas cubanos*** (IX), así como el tomo titulado ***Hombres e ideas*** (XIV), el volumen de ***Cartas*** (IV) y el de ***Crítica*** (XI), y, finalmente, el volumen que conforma ***Forjando el porvenir americano*** (XII): en todos ellos hay trabajos escritos durante el viaje o a propósito de él, fragmentos de una mirada hambrienta y tragadora como un Archivo de Indias, mirada que es necesario recorrer descalzo para tener una idea de cuán fundante fue esa contemplación.

En segundo lugar, hay que aclarar que el viaje al sur de Hostos responde a la coyuntura en que se halló a su regreso a América (Nueva York) en 1869. Al menos desde 1863, año en que publicó su novela ***La peregrinación de Bayoán***, Hostos se había dado a la tarea de resolver el dilema colonial de las Antillas apoyando y empujando una revolución liberal republicana en España que diera al traste con el absolutismo monárquico. Su misma novela, antes mencionada, estaba escrita, por un lado, con el propósito de abrirle los ojos al público lector español ante el atropello de que eran víctimas sus colonias de ultramar y, por otro, con el de hacer "propaganda" a favor de una confederación hispánica de estados libres que incluyera a *sus* Antillas. De esa manera las Antillas, postradas e inermes por el régimen, podrían gozar de la plenitud de los derechos ciudadanos y ejercer una soberanía *viable*, no tanto en cuanto a la posibilidad de ejercerla sino en cuanto a su convencimiento de que la independencia, dado el estado de penuria en que se encontraba especialmente Puerto Rico, tenía cerradas las posibilidades de desarrollo en libertad. Pero tras el triunfo de los liberales en 1868, el nuevo gobierno español se negó a extender la nueva política a las colonias con el pretexto de los gritos revolucionarios de Yara en Cuba, y de Lares, en Puerto

Rico. Indignado por lo que consideró una traición a los principios, Hostos rompió con sus antiguos correligionarios y se trasladó a Nueva York para participar como soldado en una expedición que se preparaba para Puerto Rico. La expedición nunca salió. Mientras, Hostos tuvo que enfrentar entre los emigrados el problema de las aspiraciones anexionistas de muchos de ellos, principalmente entre los cubanos. En esas circunstancias es que resuelve hacer su viaje al sur. Pretendía no sólo buscar apoyo entre los países hermanos de la América Latina para la lucha que se desarrollaba en Cuba, sino organizar comités de trabajo, tanto en el sur como en el norte. Esta fue la fórmula exitosa de Martí al fundar en el exilio el Partido Revolucionario Cubano. Pero al crear una fuerza de apoyo en el sur, Hostos pensaba que podría equilibrar la dependencia exclusiva en el apoyo de los norteamericanos y de la emigración radicada en el norte. Dado el fuerte anexionismo existente entre los suyos, la dependencia exclusiva en esa emigración y en la colaboración norteamericana era de temer.

En tercer lugar, hay que aclarar que su condición de exiliado parece acelerar, profundizar y radicalizar su apego e identificación con la patria grande latinoamericana, pues si bien por una parte, ya ese apego y esa identificación están presentes en ***La peregrinación de Bayoán,*** por otra, su conciencia de que no tiene patria en la tierra en que nació, colonia española, lo mueve a identificarse no sólo con la unidad de coyuntura histórica que lleva a cuestas el continente entero, sino, lo que es más importante, a juicio de Fernando Aínsa, la unidad de porvenir que vislumbra en términos de una utopía por la que vale la pena todo martirio (***Hostos: sentido y proyección de su obra en América***. Ed. de la UPR, 1995, 421). Es así como Hostos, que en su paso a Cartagena alcanza a vislumbrar la costa de Cuba que nunca pisó, hace de esa patria del porvenir que concibe la

causa de su vida, de manera que antes de pisar tierra del sur ya se siente hijo de ella.

¿Que de dónde le llega a Hostos esta devoción? Creemos que es el resultado de su propio convencimiento, una especie de autofecundación audaz de la sorpresa, inoculación de su intuición visionaria, impronta de sus afectos fraternales, pero sobre todo, la inmolación de su sentido del deber y de su consagración plena a los propósitos de la libertad. Sobre este respecto hablamos ya, como podrá sentirse, de uno de los temas más interesantes y permanentes de la obra de Hostos: el tema de la asunción de América, como augurio y como "utopía inconclusa" (Roberto Mori, EXÉGESIS 39-40: 4), como definición de una epifanía comunitaria, pero también como análisis e interpretación de sus problemas, como propuesta y lucha por buscar soluciones y diligenciarlas, como identificación íntima y pacto de sangre, no sólo con el ideal de la patria grande, sino, lo que es mucho más significativo, con su habitante natural, especialmente los pobres de la tierra. La solidaridad de Hostos con las poblaciones marginadas del continente no tiene límites. El tema, como se ve, es demasiado basto para pretender siquiera tocar la mayor parte de sus aspectos. Me limitaré a abordar algunos de los tópicos que estimo de mayor interés.

La construcción de su idea de América

Como hemos apuntado antes, estimamos que es en su viaje al sur que Hostos construye una fórmula concreta de la América grande. Ponderándola venía desde antes de 1863, cuando la incluye como factor clave en su obra primeriza, el poema-novela que titula ***La peregrinación de Bayoán***. En esta obra convergen todos los tiempos: el asfixiante pasado colonial, el precario presente en crisis, la lucha por un porvenir vislumbrado dentro de un posibilismo utópico. En esta novela, como hará toda su

vida, Hostos sueña sobre cubierta, y sueña sobre el mar. Se diría que la contemplación del océano dilata horizontes, pero que, enemigo acérrimo de toda fantasía sin asiento en la realidad, sus sueños siempre son idealidades *posibles* que le permiten concretar agendas y programas de lucha. Sus sueños son tan grandes y profundos, tan hondos y completos, tan orgánicos y específicos, que parecen anticipar cada reticencia, responder a cada objeción de la realidad, resolver cada obstáculo del camino. Lejos, pues, de la utopía de fe y la concepción sin raíz en ningún lugar de Moro, Campanela y Bacon, la de Hostos es una utopía reflexiva asentada en tierra, vislumbre que brota del estudio rudo de la realidad concreta. Por eso puede acotar que "la verdad tiene más mártires y mejores que la fe" (*O. C.*, VI, 54). Y por eso podemos asegurar que en su obra se constituye de una manera más pulida y compleja la visión de la América mestiza, la visión de la América que como Martí también calificó como sencillamente "nuestra".

Siempre es lejano el porvenir, asegura Hostos, como el arcoiris que se aleja a cada paso, pero no sin hacernos al andar el plan de la vida. Así, y en efecto, según veremos, en cada etapa de su peregrinaje por el sur se expande y perfecciona cada vez más su mirada. En tierra de Bolívar, Cartagena, desembarca, y allí mismo se inserta en lo que habrá de ser su destino al bautizarse americano, hijo de Bolívar. Vive la ciudad que despierta con vívida fruición, como de niños. Tanta, que le sorprende su encuentro con las ruinas del primer castillo español. Pero como nada detiene sus análisis y su búsqueda de soluciones, pasan por su mente los ferrocarriles, el comercio, la navegación de los ríos, la población. En Colombia, Hostos encuentra la primera solución al problema que lo trae al sur. Se trataba de una ley de mutualidad de servicios que primero conversa con el presidente y luego logra hacer aprobar por el congreso: una ley para poblar –y desde luego,

desarrollar– con antillanos la costa norte de Colombia, de manera que cubanos y puertorriqueños exiliados puedan ser acogidos por un país del sur, en un centro más próximo y propicio para la lucha que se desarrollaba en Cuba, mientras simultáneamente, éstos ayudaban a desarrollar y poblar una zona yerma. Sin embargo, será en su breve estadía en Panamá, esperando pasaje gratuito para el Perú –que no consigue–, que aflorarán en su conciencia algunos de los pensamientos de más hondo calado respecto a su concepción de América.

En el istmo Hostos repasará la historia colonial de América para adscribirse a los sueños utópicos que alucinaban a Bolívar al convocar al primer congreso latinoamericano. Tras censurar el cosmopolitismo de pésimo carácter que allí impera (VI, 75) pues todos creen estar en su casa, según dice, menos el panameño, hace un interesante análisis geopolítico que se deriva tanto de las ambiciones históricas del congreso que Bolívar convocara allí con el propósito de reintegrar la patria grande, como de las posibilidades del canal que de seguro algún día uniría, perforado el istmo, los dos grandes océanos, ya fuera por Panamá, ya lo fuera por Nicaragua. Tras contrastar la precaria situación *discordante* de Panamá, atribulada de extranjeros, Hostos reflexiona sobre la importancia que la posesión del canal tendría para los latinoamericanos y la necesidad de asegurar su neutralidad futura. Por eso, le parece imperativo denunciar las "mal disimuladas tentativas de los angloamericanos para apoderarse subrepticiamente de él" y las " insolentes usurpaciones de autoridad a que se entregan los jefes norteamericanos de la estación naval del golfo" (VI, 78). Es entonces que Hostos, como hemos dicho, proclama una de sus visiones más grandes del porvenir: las grandes Antillas, toda la parte de Panamá que corresponde al Istmo, y las cinco repúblicas centrales formarán una confederación de estados libres intermedia-

ria de las dos grandes masas continentales, próxima a una por su origen y su carácter, próxima a la otra por sus conexiones políticas, comerciales e industriales, solución de continuidad para ambas. La grandeza de esta visión no está en la confederación de por sí, la grandeza está en la misión que Hostos le atribuye: mantener en sus límites propios ambas masas continentales.

Ciertamente que Hostos soñaba con la constitución de grandes conglomerados políticos como triunfos del principio federal. Y no temía que se rompieran en conglomerados más pequeños, pues como dice, "la libertad no se domicilia en parte alguna con tanta fuerza como en los territorios pequeños". Pero desde ese entonces las formas colosales de la democracia norteamericana le inspiraban temor. Para enfrentar la nordomanía latinoamericana del siglo XIX que afiebraba también a la emigración de las Antillas, Hostos tuvo que defenderse primero de los que lo acusaban de sentir rencor contra los norteamericanos y, acto seguido, hacer una lista de los motivos que lo movían a sentir admiración hacia los norteamericanos: la república; la libertad religiosa; las leyes que establecen que el derecho individual, la afirmación del ser y la conciencia es anterior y superior a toda ley y reglamentación convencionales; la igualdad ante la ley de los individuos, de los sexos, de las razas. Pero luego aclara, que la admiración por sus principios es reflexiva, y que son precisamente los motivos de su admiración los que nutren su rechazo a la ambición territorial de los norteamericanos y al anexionismo. A su juicio, añade, no es bueno: "es malo que los norteamericanos tengan las tendencias absorbentes que han demostrado con su guerra contra México, la conquista de sus territorios, las tentativas de dominio sobre Santo Domingo, su repulsión hacia los latinoamericanos, el principio egoísta de la supremacía continental de la doctrina Monroe, su ideal de vida que es

ocupar todo el continente desde Behring hasta el istmo, el archipiélago incluido, su prolongación de la guerra de independencia suramericana, su oposición a la idea de Bolívar, antes y después del Congreso de Panamá, su oposición a la independencia de Cuba, su usufructo de la desgracia y debilidad latinoamericanas y que la fuerza de atracción de sus instituciones y tradiciones sólo alimenten su vanidad y nada de su solidaridad" (VI, 81-82).

Hostos ve entonces, casi treinta años antes del 98, cómo germina en los Estados Unidos la misma política imperialista que practican muchos estados europeos en África, en el oceáno Índico, en el Pacífico. Ese imperialismo occidental que extermina, francamente genocida, culturas y pueblos por todos los océanos, será claramente denunciado luego en el ***Tratado de moral***. Pero ya en Panamá, en 1870, piensa que sólo la independencia a tiempo de las Antillas, y la unión de éstas en una confederación junto a las repúblicas centrales, podrían frenar las ambiciones territoriales de los norteamericanos. Hostos formula entonces aquí la conocidísima imagen de las Antillas atribuida a Martí, como "el fiel de la balanza", ni norte ni sudamericanos: antillanos. Esa divisa es suya. Y también de los revolucionarios puertorriqueños como su amigo de la época española de estudios, Segundo Ruiz Belvis, y naturalmente, de Ramón Emeterio Betances, acaso en última instancia, el padre del antillanismo.

En su peregrinaje Hostos se detuvo también en el Perú. Entusiasta es la descripción del viaje, la entrada en El Callao, su encuentro con Lima. En su descripción de Lima detalla cada espacio, cada construcción, cada personaje. La pobreza que le había sido tantas veces funesta pues parece desmerecer ante los demás su reconocimiento como postulante, le ha sido esta vez, según dice, de gran beneficio, "amiga inapreciable" la llama, pues nadie se le pega, nadie lo importuna con sus

comentarios, nadie lo distrae, se ve obligado a transitar a pie, callejear, a utilizar los callejones estrechos que atajan, a encontrarse de frente con cada personaje contrastante, a resolver los extravíos, a ver con sus propios ojos y enjuiciar con su propio juicio. La descripción del amanecer en una plaza recuerda aquella hermosa mañana en que Oliver Twist despierta frente a la plaza pública que también despierta. Hostos celebra la creciente algarabía de cobrizos, negros, tamaleras, melcocheros, aguadores, tisoneras, camaroneros, polleros, vendedores, así como los demás transeúntes chinos, indios, cuarterones (VI, 133-134): *"Who will buy this beatiful morning!"*, parece decir.

Allí estudió el presente del Perú, el país, y la política de su presidente Manuel Pardo. En Chile estudiará su estado presente, y la política de su presidente Federico Errázurriz. Su ensayo sobre la *"Exposición chilena de 1872"*, escrito recién llegado, ganó el primer premio. Allí aboga por el ferrocarril trasandino y defiende el derecho de la mujer a usufructuar los beneficios de una educación igual a la del varón. Vislumbra la importancia que tendrá el Canal de Magallanes. La situación del araucano y del patagónico. La estructura geográfica desde el norte desértico y la costa hasta la Tierra del Fuego y las cumbres andinas que recorre a caballo. En Argentina estudia el presente del país y la política de su presidente Domingo F. Sarmiento. Además, estudia la inmigración europea, y cómo el ferrocarril y la electricidad se convierten en un instrumento eficaz de civilización de la pampa al poner en asociación los factores aislados, y llevar la costa al interior. Además, insiste en la importancia de trascender los Andes y encontrarse con Chile. En su estudio del interior de la república, la zona de Córdoba, Río Cuarto, Rosario, San Luis, San Lorenzo, Jesús María, recopila los datos más minuciosos de población, profesiones, alfabetismo, edificios, vehículos, instrumentos agrícolas, animales de

labranza, cosechas, sementeras, producto bruto, gobierno, correos, municipalidad, industria, peones, concesiones, religión, educación, historia, conflictos.

Ya en Brasil, tras arrobarse con la belleza tropical de Santos, se escandilaza al percatarse de que un buque transportaba muchos negros pues alguien le informa que son esclavos. Así, hace de Brasil, acto seguido, objeto de un nuevo estudio sociológico.

El legado colonial

En ese viaje al sur, aflora también otro de los aspectos más significativos en la construcción de su visión de América, pues allí lo golpea la fuerza del pasado colonial. Hostos mira atrás, con su ojo posterior, lo que es nuestra herencia colonial. Aunque, como señalamos antes, había hecho lo propio en su novela de 1863, ahora va mucho más lejos. A pesar de su aversión por las monarquías, los absolutismos y lo español, Hostos no deja de reconocer las aportaciones. Notable es su actitud ante el caso de Cristóbal Colón. Censura la conquista, la colonización, la destrucción de las poblaciones y las culturas precolombinas, pero aún puede enaltecer la figura histórica de Colón. A propósito del Cuarto Centenario de América, por ejemplo, escribió unos ensayos en los que enumera, entre otras cosas, la importancia histórica de la conmemoración: "la posesión de dos océanos; la apropiación de dos continentes, el Nuevo y el marítimo; el aumento de la población del planeta por el aumento de los elementos de alimentación con que América ha provisto al mundo, el maíz, la papa, el cacao, y el azúcar; la formación de más de veinte nuevas naciones, incluyendo el Canadá y Australia; el crecimiento de la industria de transporte marítimo, desde el fuste, la carabela, y la carraca, hasta el *clipper*, el vapor de ríos, y el de mar; la dilatación del comercio desde los mares cerrados de Europa y desde los litorales, incomunicados entre sí, de China, India, Persia y

Europa, al océano abierto y a las costas de todo el mundo comercial; el desarrollo de la industria fabril, desde la fuerza mecánica del brazo, hasta la fuerza propulsora de los agentes físicos más poderosos que el hombre ha logrado poner a su servicio; la dilatación de la patria, desde el lugar en que nace cualquier hombre, hasta el hogar que elige; el aumento de todas las fuerzas productivas, y la transformación de la vida humana, en cuanto instinto, en cuanto razón, en cuanto orden, en cuanto conciencia, en cuanto libertad" (X, 37;). Consecuente con esa idea, en su libro sobre la ***Moral social*** escogió a Colón para explicar lo que llamó *deber de civilización*, y a Bartolomé de las Casas para explicar el *deber de filantropía* (XVI, 434 y 381).

Pero, por otra parte, Hostos nunca pierde la ocasión de fustigar ni de lamentar nuestro pasado colonial. En innumerables trabajos Hostos reflexiona sobre el lastre que dejó como herencia el régimen colonial español en América. En numerosos volúmenes de las obras completas de Hostos hay pasajes de importancia e interés sobre este tema, pues era, como es natural, asunto inalienable al revolucionario que dedicó su vida a libertar a Cuba y Puerto Rico del régimen colonial español, a defender la independencia amenazada de la República Dominicana y a defender de Europa y de Estados Unidos a toda la América Latina. Uno de los análisis de mayor interés al respecto es el sicosociológico del colonizado que dedica al poeta cubano Gabriel de la Concepción Valdés, conocido como "*Plácido*" (IX, 5-109). Hostos combina en él el estudio de la historia decimonónica cubana con la biografía de Plácido, la historia de la represión colonial y la obra poética de Valdés. Pero como es de esperar que encontremos al respecto del mártir cubano referencias al coloniaje, buscamos mejores contextos.

Hostos sostuvo en un comentario dedicado al estudio

de la obra de Lastarria, que "nuestro pasado no es nuestro: es el cadáver de la sociedad absurda que sus creadores dejaron al marcharse, y nosotros no enterraremos al insepulto hasta que nos organicemos para vivir racionalmente" (XI, 292), dice. Esta descripción, que bien le cae al monstruo de Mary W. Shelley –***Frankenstein o el Prometeo moderno***, publicada en 1818–, no podía dejar de aparecer en el volumen dedicado a su ***Viaje al sur***. Hostos cree que, como le ocurre a Krankenstein, "los pueblos son responsables de sus tiranos". No obstante, se conduele hasta el punto de descubrir, por experiencia propia, cómo se corresponden los males físicos con los males morales del espíritu, pues los dolores del alma que padece por nuestros países se le traducen en dolencias físicas (VI, 126). En Lima conoce al coronel Espinosa. Le llama la atención una de sus obras: ***Herencia española***, de la que extrae el siguiente cuadro:

"Esta vida enfermiza de nuestras nuevas sociedades; estas dificultades de desarrollo de su existencia; este carácter morboso de una civilización que pudiera y debiera ser tan sana; esas formas ridículas de las creencias religiosas; esos frailes convertidos por un hábito sombrío en maestros de moral social; ese clero organizado jesuísticamente para herir en el corazón el progreso moral e intelectual de esos países; las jocosas alianzas del caudillaje semibárbaro con la teocracia semisalvaje; el fanatismo fetichista de las masas ignorantes; la brutalidad de las acciones y reacciones sociales; el predominio de la fuerza bruta; el militarismo entrometido; el personalismo corruptor; el funcionarismo empobrecedor; la inestabilidad, el desorden, la anarquía, las costumbres sociales, políticas, intelectuales, todo cuanto nos echáis en rostro: ¿qué son, señores españoles, sino obra vuestra, patrimonio vuestro, herencia española?" (VI, 179).

Muchos de los aspectos antes mencionados fueron estipulados por el mismo Simón Bolívar que no dejó fuera

de su ponderación del régimen español ni siquiera aquello que él llamó en la *"Carta de Jamaica"* "tiranía activa y dominante" , forma de la tiranía que dejó a nuestros pueblos en una "infancia" política lamentable.

Hostos pasa juicio sobre todos los pueblos hispanoamericanos. Lo podemos afirmar porque entre sus obras hay una ***Geografía política universal***. Sin embargo, como hemos indicado ya, en muchos casos el estudio se expande, y entre esos casos están, naturalmente, los estudios hechos a propósito de los países que visita. Pero además, en sus estudios hace constantes aunque breves incursiones respecto a aspectos de otros países, a modo de comparación, por analogía o contraste. Su relación con el Perú es curiosísima. Por un lado la solidaridad lo mueve a protestar por las "calumnias inicuas" que le hace Europa. Pero por otro, no puede evitar la desesperación que le causan algunas cosas que observa. Es precisamente Perú quien se convierte primero en motivo de su agonía, pues a su juicio "no hay en América un país más calumniado que el Perú; pero –añade– tal vez no hay otro que se preste más que él a la calumnia" (VII, 115). Hostos estima que Perú fue el país más corrompido por el sistema colonial. Su estado social era a su juicio el más complicado, campo abierto al nepotismo y al centralismo. Pero su problema mayor era el de constituir un pueblo unificado, fundido, identificado en un mismo pensamiento nacional, en un pueblo para la república, en un ciudadano para un gobierno democrático que agrava, en vez de mejorar, la "importación del brazo casi esclavo de los chinos" (VII, 119). En vez de ello, observa Hostos: "Vive el indígena en la servidumbre en que lo mantiene la colonia; vive el mestizo en la inferioridad que para él crearan los errores coloniales; vive el criollo en el desdén que desde su infancia le inculcaron hacia las razas que declararon inferiores" (*Ibid*).

Pero a Hostos, por ratos, le causa mayor

desesperación contemplar, sin posibilidad de escape, la omnipresencia de la iglesia. Siendo ***Mi viaje al sur*** un libro en el que Hostos repasa, pocos años más tarde de los hechos y a partir de sus notas, las peripecias de su encuentro con el sur, combina la frescura de los encuentros repentinos con la reflexión que *a posteriori* le provocaron. Callejear por Lima parecía haberlo condenado, según siente, a "conversar con la divinidad" todos los días (VI, 154). Hostos, que sólo creía en el dios de su conciencia y su deber (VI, 151), de repente se encuentra con que "había visto en dos o tres días más frailes, más conventos, más fiestas religiosas, más procesiones" que en todos los años de su vida. Se sentía "bloqueado por iglesias, asediado por capillas y conventos, ensordecido por campanas incansables, desvelado por la visión de frailes, frailecitos, devotos y beatas, deslumbrado por el esplendor del culto, cegado por el continuo resplandor nocturno de la pirotécnica eclasiástica, horrorizado, espantado y aterrado de la popularidad de aquella huelga continua de la iglesia, de aquella estupidez candorosísima de un pueblo que parecía inteligente y del zapar continuo en la conciencia y en la razón colectiva por aquel trastorno de todas las leyes económicas, de todas las reglas de la libertad, de todas las instituciones del sentido común" (VI, 149). Fíjense que no se trata del simple disgusto de un anticlerical. Hostos denuncia el efecto de la iglesia sobre la economía, la libertad y el sentido común, tanto que desarrolló entonces una especie de ecuación social, y un corolario de éste:

"Dado el número de iglesias en un país de Estado creyente, en qué proporción están la religión y la libertad. Esta es la fase política del problema. La fase social es ésta: Dado el abuso de una sola religión, en qué proporción están la religiosidad y la ignorancia." Dados estos dos teoremas, Hostos propone entonces el siguiente corolario que "agregaba –según dice– la fase demoledora: Dada la

población de una ciudad latinoamericana, cuántas iglesias sobran en ella o cuántas iglesias obstan en ella al desarrollo de la libertad y de la civilización" (VI, 148). Hostos ya había observado, a propósito de los mendigos y pordioseros, que "había una relación entre la abundancia de iglesias y la ciega conducta de la sociedad peruana, al dejar en estado de coloniaje a su raza indígena" (VI, 142).

En su estudio sobre la Federación Argentina Hostos repasa la historia de los hijos de Loyola en el corazón del continente y explica las razones de su éxito en la constitución de las misiones, destacando entre otras cosas la imitación de la organización de los Incas y el *socialismo teocrático* que lograron establecer. A juicio de Hostos, comparado con la tiranización colonial, la colonización de los jesuitas resultaba "más sabia, más humana, más fructuosa y más civilizadora" (VII, 79-80). No obstante, también a propósito de la obra de los jesuitas, Hostos señala que "la civilización no llorará jamás con lágrimas suficientes el tiempo perdido en los siglos coloniales de América Latina" (VI, 287). Como hemos visto, su evaluación no es, como puede parecer de entrada, desequilibrada. Hostos reclama que no tiene animosidad contra la Compañía de Jesús que representó sin embargo, aunque con móviles mezquinos, todo lo que el coloniaje negaba o deprimía en la América nuestra. Pero, a propósito de la Universidad de Córdoba, denuncia que sin embargo la milicia de Jesús sirvió "para completar el sistema de conquista que sobre la conciencia de los indígenas y los criollos americanos desarrollaba" (VI, 288).

Hay otro aspecto sobre este tema que me es imposible dejar en el tintero, y es la defensa de la América Latina respecto a la injusta comparación que en su defecto se le hace con la América del norte. En muchos trabajos Hostos analiza las causas del divergente y desigual desarrollo de las Américas. Hay toda una serie de artículos que a modo

de *crónica extranjera* publica en Chile en 1874, y en los cuales estudia el peligroso desarrollo de la libertad en el coloso del norte. Pero a propósito de este tópico prefiero comentar ahora un trabajo que escribe como introducción a los estudios que hace del Perú, Chile y la Argentina, y de la situación particular en cada uno de estos países, en sendos artículos también, de los respectivos presidentes Manuel Pardo, Federico Errázurriz y Domingo Faustino Sarmiento.

El artículo se titula, precisamente, "*La América Latina*". En este trabajo, repito, en defensa de nuestros países contra los que nos agreden lo mismo en Montevideo que en Ecuador, y contra los que nos calumnian, lo mismo en Bolivia que en Centroamérica, Hostos presenta una serie de preguntas que subvierten y claramente revierten la opinión general sobre el asunto, francamente llana y desinformada. Hostos pregunta allí, socráticamente, a nuestros críticos, cosas como éstas: quiénes poblaron los Estados Unidos y quiénes la América Latina, y para qué; qué representa Inglaterra y qué España en la historia de la humanidad; cuál es el sistema colonial de uno y de otro; cuál de las dos guerras de independencia empezó antes y cuál duró menos; en cuál de las dos la metrópoli puso más violencia; cuál tuvo más auxiliares; cuál fue el carácter de cada una de sus revoluciones; en qué momento histórico se dieron; en qué momento comienza la emigración europea; qué población tenía una y otra; qué parte tuvo la inmigración en el trabajo, en la producción, en la riqueza inicial y combinada, en uno y otro mundo... Las respuestas a éstas y otras preguntas sólo podían poner en su justa perspectiva las cosas. Y Hostos intenta hacerlo, con el rápido esbozo de lo que quisiera fuera un *estudio científico*, de las tres repúblicas antes mencionadas.

La fundación de la Sociología

Llamo la atención, otra vez, a que Hostos lleva dentro de sí el método científico. No puede enajenárselo. Martí se refiere a eso cuando califica como "matemático" el "idioma" de Hostos, y acaso por esa razón en varias oportunidades Hostos, por su parte, califica asuntos que estudia y aclara como "numerables". Lo indudable es que en esta serie de siete artículos, escrita según parece tras completar el periplo de su viaje, se pone en evidencia si la unimos a los demás textos escritos en este periodo, que en Hostos se encuentra la más abarcadora mirada, la más penetrante, la más robusta de datos, la más asentada en la realidad concreta, la más compleja y rica interpretación de ese sueño militante, de esa utopía con programa, de esa reflexión ansiosa que es el tema de la América grande, la América mestiza, la América que quería llamar Colombia, la América que se le adentra en la intimidad como víscera de su organismo para trasplantar, expandir y desarrollar la ciencia sociológica, y que incluso en el ***Tratado de Sociología*** llama con el cariño personal de quien la ha recorrido a pie, y con la misma ternura del hijo que transita todos los martirios por los caminos de cada uno y de todos los países de su América: "nuestra América". (***O.C.***, ed. crítica, VIII.I: 238). Aunque en su época española Hostos comienza a desarrollar un pensamiento sociológico respecto a sus luchas por la libertad de las Antillas, la lectura de los textos de Hostos de los setenta nos permite conjeturar que es allí y entonces, como fruto de su estudio cada vez más extenso, abarcador y detallado de su América, y no en sus lecturas del positivismo comtiano, que Hostos funda, temprano en esa década de los setenta, la ciencia de la sociología. Cuando menos, es ya la práctica prematura de una perspectiva y de un método, el ejercicio precoz de sistematizar unos datos específicos. De esta práctica y de este ejercicio extraerá años más tarde los principios de la ciencia. Hostos mismo parece

estar consciente de ello (Véase, sobre este particular, por ejemplo, VI, 290). Y a nadie debería extrañarle, pues repetidamente observa Hostos en su obra pedagógica que todo saber arranca de la intuición y de la observación, y que pasa por los grados de desarrollo naturales de la inducción y deducción hasta desembocar en la sistematización, que ya es la ciencia.

No puedo, sin embargo, dar por terminado el comentario sobre este aspecto, sin aludir a un rango importante que ostenta esta perspectiva sociológica. Es en este periplo de su viaje al sur que Hostos, como hemos demostrado antes, en su esfuerzo por estudiar y comprender los países, se plantea el problema del pasado colonial para comprender el presente, pues de alguna manera este pasado colonial sobrevive en la independencia. Pero al formular las tareas, necesarias y urgentes, del presente, respecto al porvenir que ansía, transita una especie de *sociología de la dependencia*, que lo lleva a proclamar entonces, veinte años antes que Martí, la necesidad de proclamar la *segunda independencia* de América. Como puede verse, pues, decimos que la forjación de la utopía en Hostos tiene un carácter revolucionario porque lleva embarazada la estrategia y el programa para hacer verdadera la libertad, tanto en cuanto en la soberanía de los pueblos como en cuanto la libertad de los ciudadanos. Y decimos, también, que ese sueño y esa utopía revolucionarios tienen su germen en su estudio científico de la sociedad latinoamericana, estudio ya, al menos, casi sociológico, y en propiedad político. Leer a Hostos, en verdad, es como transitar un paraje lleno de sorpresa donde abundan puentes insospechados de riesgo. A reto del riesgo vivió él, y así mismo –está en sus obras– recorrió a caballo cumbres y riscos de los Andes.

Los desheredados de la tierra

Antes de comentar brevemente este importante tema de la obra de Hostos, quisiera hacer mención, con toda celeridad, de un último tópico de altísimo interés en la obra de este viaje. Me refiero a su solidaridad con los desheredados de la tierra, las poblaciones marginadas, las porciones de población excluidas en nuestros países que cancelaban entonces, y aún cancelan, cualquier desarrollo de democracia y cualquier aspiración de libertad.

Su encuentro con cada uno de estos grupos desamparados es singularmente dramático. En su viaje a Cartagena, Hostos se encuentra con una fiesta de cholos (VI, 100). En Lima, callejeando una mañana por el mercado, se encuentra por "primera vez" con los 'descendientes puros de Atahualpa y Huáscar', toda una familia de la raza por él "condolida, compadecida, querida, estimada y respetada" (VI, 135). En Lima también, se topa delante de una iglesia con catorce chinos mendigos (VI, 142). El encuentro lo mueve a publicar en Lima, en 1870, un artículo sobre su primer encuentro con un chino (VII, 147) y otros artículos en su defensa. En Brasil, Los Santos, la sorpresa de encontrar, en medio de lo que creyó la visión de un paraíso tropical, una embarcación con un grupo de esclavos negros (VI, 380). Hay otros encuentros, pero éstos resultan ser los más dramáticos.

En la embarcación que se dirigía a Cartagena, al inicio del viaje, Hostos viajaba sobre cubierta y con pasaje de tercera, pues carecía de recursos. Discriminado y degradado de condición social por aquellos que ahora lo ignoraban, aislado de los viajeros de alguna cultura con los que pudiera conversar como gustaba hacer, acompañado de mulas, de la tripulación, de los sirvientes y esclavos, se percata de que los cholos y cholas de la embarcación estaban cantando. Hostos los describe minuciosamente como una "raza nueva", en parte *quichua* y en parte

caucásica. Bajo sus carpas, dice, convirtieron el buque en feria. Se contagía de entusiasmo su corazón, se detiene a hablarles, preguntarles, examinarles y dejarse examinar, a reírse de sus ocurrencias, y al oír con deleite de corazón sus cantos, empezó a encontrar los motivos sustanciales y permanentes que le permitían afirmar la confraternidad esencial de la América Latina. Hostos opina que son los gobiernos los que han impedido la confraternidad que sin embargo sienten y desean espontáneamente los pueblos.

Ya en Lima, por otra parte, y movido por la curiosidad y la solidaridad, Hostos siguió a una familia de cinco incas. Los describe físicamente, así como su manera de conducirse. Iban buscando compradores. Un mercader los llama y se intenta una compraventa, pero los indios advierten el engaño y se marchan. Entre el mercader y Hostos se desarrolla una interesante conversación en la que Hostos demuestra que la desconfianza del serrano es producto de su experiencia con los blancos de los poblados y que está bien fundada, pues incluso este mismo mercader intentó comprarles más barato de lo barato. Poco después, cuando el mercader le comenta a Hostos que los blancos van a la sierra de vez en vez para enganchar a los indios para el ejército o a robarles sus pequeños para venderlos en alguna casa rica de Lima, Hostos arde en cólera. "¡Una república sobre un pueblo maltratado, vilipendiado, despreciado! ¡Una democracia sobre una sociedad cuyos más vitales elementos así estaban comprimidos por el abuso de la tradición y la ignorancia! ¡Una independencia cimentada sobre las mismas iniquidades de la conquista y del coloniaje! (...) ¡Con que soy un iluso!", protesta Hostos.

En el caso de su encuentro con el chino Hostos parece traspasar el relámpago prospectivo de un existencialismo del aburdo. "Era un caído lo que veía, y me postré", dice. La visión, que parece descomponerle la conciencia, le carga la frase con un hipérbaton severo, y añade Hostos:

"En cuanto puedo yo asegurar que sea frente la del chino. Una superficie angulosa, cubierta de una piel rugosa, coronada por un cráneo angular, tornando ojos en ángulo, tal la frente. Raro vello más esparcido por la cara, como en la árida costa mal crecidas plantas; hundimiento crapuloso de los ojos; depresión enfermiza de las sienes; decoloración cadavérica, demacración pavorosa de las mejillas, tal el rostro. Pecho sumido, brazos caídos, piernas temblorosas, organismo sin nervios y sin músculos, estatura sin desarrollo, talle sin dignidad, tal el aspecto". Hostos miró en torno, y de cien viandantes la mitad eran chinos. Entonces denuncia la esclavitud civil y social del chino que llaman hipócritamente "inmigración asiática": esclavo en su país, esclavo en el destierro, esclavo moral en su conciencia. Hostos le reclama a la sociedad limeña que intervenga en los contratos de esta gente para asegurar que sean trabajadores libres, de modo que no terminen por "convertir el hombre en bestia".

La experiencia de Brasil, por su parte, es con los afroamericanos. No cabe en sí de furia al ver hombres esclavos y exclama: "Esclavos en una patria independiente que reconoce los derechos connaturales de sus hijos!" Hostos tampoco comprende ahora, como antes con los indios del Perú, cómo puede fundarse una nueva nación con un régimen constitucional que pisotee una porción considerable de su propia población. Tras la reacción primeriza que le causa a Hostos encontrar a estos esclavos, Hostos observa el carácter inusitado en el comportamiento afable entre libres y esclavos. Trata de explicárselo, y deriva de su explicación una anticipación del porvenir más risueño. Pero a mi juicio es de más interés un trabajo incluido en el libro de su viaje que se titula "*El trabajo esclavo*". Hostos destaca ahí que el origen de la riqueza está en las manos que trabajan y producen, de manera que "todo el capital es obra suya" (VI, 401). Siendo así, el esclavo debería poder comprar muchas

veces el valor de su libertad. Tras meditar sobre la *liberación de vientre*, de cómo la mujer es doblemente esclava, y de cómo la familia se convierte para el esclavo en infierno, Hostos anticipa los beneficios que traerá al país la inmigración de colonos libres.

A estas reflexiones se unen otras hechas en los muelles de Buenos Aires a propósito de los inmigrantes europeos, otras hechas sobre los inmigrantes chilenos en el Perú, otras sobre el derecho a desertar de los maltratados trabajadores de La Oroya, otras sobre los barrios de obreros, otras sobre los indios de la Patagonia, y otras y otras, pues además de huasos, rotos, pehuenches y gauchos, Hostos reivindica, como vimos antes, la marginación de la mujer. El interés de Hostos en la integración de los marginados por raza, origen, cultura, posición social o sexo, es una constante a lo largo de toda su obra, pues "el verdadero pueblo –dice– es el que componen los que trabajan" (VI, 131). Pero ese interés hostosiano parece siempre ir más allá de la solidaridad y del reclamo de justicia, más allá del sentimiento de fraternidad humana y de la conciencia moral, más allá del entendimiento de que la reparación y reivindicación de esta gente es una necesidad sin la cuál no hay ni república, ni democracia, ni libertad. "La razón y la libertad son solidarias", dijo (VI, 80). Para Hostos "la división de la sociedad en clases no es principio", sino un "contraprincipio" (II, 222). Y va más allá, y más allá, como si se adentrara, científicamente, en la ternura y en el amor.

Fin de fiesta

Hay un último aspecto de este tema que me seduce de ansiedad al terminar estas palabras. No sabemos en cuántos periódicos desplegó e instrumentó Hostos su tumultuosa actividad reivindicadora. Sólo en España, más de trece; en Nueva York, más de diez; en Perú, más de siete; en Chile, más de 18, en Argentina, más de 8, en la República Dominicana, más de 32. Incluso publicó en

varios periódicos franceses y belgas. Es incuestionable que Hostos dio a conocer su pensamiento ampliamente. En 1869, ya Martí, todavía adolescente, reproduce en La Habana algunas de las páginas del discurso que dio Hostos en el Ateneo de Madrid, discurso de ruptura con la revolución española que sus amigos rechazaban extender a las Antillas, principalmente por el levantamiento en Cuba de Céspedes. Años más tarde, en México, 1876, Martí escribe un trabajo sobre un importantísimo escrito de Hostos, el "*Programa de los independientes*", texto que Martí califica como un "catecismo de democracia". Allí –señor catedrático de la Argentina– es el maestro del idioma que todos reconocen en Martí, quien dice que en la palabra de Hostos se equilibran la imaginación y la inteligencia, de manera que "Hostos, imaginativo, porque es americano, templa los fuegos ardientes de su fantasía de isleño en el estudio de las más hondas cuestiones de principios..."

Como muy bien observa Fernando Aínsa (*Ibid*, 436), el *programa* que para la *Liga de los Independientes* desarrolló Hostos en 1876 era una asociación política que propone, como medio de lograr la unidad latinoamericana, lo que tiene entre sus fines, y esto es "la sustitución de la confraternidad sentimental que hoy aproxima tibiamente a la sociedad latinoamericana de las Antillas y del continente, con la confraternidad de intereses materiales, intelectuales y morales, y con la unidad de civilización que espera a sociedades idénticas en origen y tendencias" (II, 220-259). Aínsa entiende que se trata, entre otras cosas, de una nueva formulación de las continuas propuestas asociativas de Hostos, pero esta vez, a la manera de "un verdadero germen de 'mercado común' latinoamericano", que si no llega a constituir una confederación política, bien podría, arguye Hostos, constituir una 'confederación de ideas', una "forma definitiva de la libertad", que levantada a tiempo bien podría evitar la invasión de

México, o la tentativa de reanexión de Santo Domingo, o la "catástrofe todavía no bastante llorada del infortunado Paraguay". El *"Programa de los Independientes"* es también, y antes de todo, una anticipación de las tareas de la libertad tras obtener la independencia de las Antillas. Así lo expone Hostos en el exordio: "Próxima ya la hora en que los combatientes activos y pasivos de la independencia han de ser llamados a una obra de razón más larga, ningún patriota de razón puede resignar la responsabilidad que ha de tocarle en la tarea de constituir en la libertad la sociedad desorganizada que dejará la guerra y que deja siempre la educación mortífera del coloniaje" (II, 221). Esa conquista del porvenir es tarea ineludible de todo pueblo sometido. Por eso puede Hostos hablar, veinte años antes, con palabras tan similares a las de Martí, veinte años más tarde, de "cuando empiece para la América colombiana la existencia completa", de "cuando pueda haber historia de América" (XIV, 276). O como dice, sencillamente, en ***Mi viaje al sur***: "la segunda independencia" (105), libre de "la tiranía y el fanatismo", y de la herencia terrible del colonialismo.

No creo que esté alucinando si veo, o si más que veo pienso, o si más que pienso siento, que todo esto de buscar formas de asociación entre nosotros es, todavía hoy, una tarea urgente. Hostos habló de buscar formas de asociación, confederaciones y federaciones para poder hacer practicable la libertad. Nada, pues tienen en común estas asociaciones de Hostos con la globalización, ni con el Banco Mundial, ni con el Fondo Monetario, ni con los tratados de libre comercio, pues hemos visto que detrás de ellos hay casi siempre una poderosa aspiradora que se traga toda la riqueza del mundo, pero ninguna libertad para los pueblos de los países pequeños, los países pobres, los países de la periferia, los países dependientes eternamente subdesarrollados, cada vez más pobres y hambrientos. ¡Hasta cuándo seguiremos incurriendo en

prácticas políticas que sólo aumentan la desesperación de los vecinos de nuestras comunidades!

Hablando sobre Shakespeare, Hostos señala que su obra capital no es *"Hamlet"*: "la obra capital de Shakespeare es todo Shakespeare. Eso, por lo demás –añade–, es cierto de todos los espíritus de ese orden. Son masa, pedrusco, majestad, Biblia y su solemnidad es su conjunto" (***OC***, ed. crítica, I.III: 473). Lo mismo puede decirse de Hostos, y vuelvo a interpelar al catedrático argentino que me dijo que no era verdad la *llamarada escrituraria* que veía yo en la obra de Hostos. Fíjense en la hermosa y expansiva afirmación que acuña ante la pampa, como oración liminar a su encuentro con la Argentina, en su ***Viaje al sur***:

"Nacer americano es recibir al nacer un beneficio" (VI, 241).

En ella no hay lirismo sentimental alguno. Hostos participa aquí de la cosmovisión que expresó magistralmente Alejo Carpentier en ***El reino de este mundo***, visión recogida en el epígrafe de este trabajo: "la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es... el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este mundo". El *beneficio de nacer americano* está definido, pues, por las tareas urgentes que quedan por hacer en nuestros países, tareas que, demás está decirlo, no las asume Hostos con enfado ni con resignación, sino con la alegría de quien encuentra en la solidaridad con huasos y pehuenches, con rotos y guaraníes, con negros y chinos, con incas y araucanos, con obreros y criollos, la culminación de su destino: "un desierto que poblar; una naturaleza que conquistar; una sociedad que organizar; una raza que armonizar con otras razas; una población que completar con otra; un carácter nacional que refundir en otros caracteres similares o dispares", en suma, "una como repetición del principio del mundo y de la humanidad", un "espacio ilimitado al trabajo

del hombre". (VI, 242).

Entiendo esta fruición de Hostos con la agenda inconclusa que todos los aquí presentes aún tenemos para con nuestra América, dentro del contexto y en relación con otra idea hostosiana: aquella en que reniega de la rémora del *jesuitismo* que ayer como hoy pesa sobre la conciencia americana. Para Hostos ese "jesuitismo" radica en la visión fatalista o providencialista de nuestra historia, que propia del reino establecido y quieto de los cielos, se riñe con el reino de este mundo. Como se ve, no hay derrota en Hostos porque todo es lucha. Humildemente creo que, de frente a nuestro presente y a nuestro porvenir, deberíamos todos asumir como nuestra esta consigna hostosiana:

"Ha llegado la hora de negar sacrificios a la fatalidad" (VI, 301).

Fernando Aínsa apunta en otra parte del ensayo que hemos mencionado antes que "Hostos no hizo otra cosa que abrir posibilidades en lo imposible de su época (*Ibid*, 423), como si anticipara el "principio esperanza" que acuñó Ernst Bloch, ése que alienta en la realidad que sueña sus utopías. En el reino de este mundo, reino de las *utopías inconclusas* que es América, todo es fruto "del esfuerzo, del trabajo, de la lucha". Explica Hostos: "Esfuerzo de la larva por ser crisálida, trabajo de la flor por florecer, lucha del árbol contra la sombra, del agua contra el obstáculo al nivel, de la simiente contra el grano de tierra que la oprime, del polen vagabundo contra el átomo de polvo que lo fija o contra el soplo de aire que lo impele; esfuerzo del embrión por ser feto; trabajo del huevo o del claustro materno por dar vida; lucha en pro de la vida del pequeñísimo contra el pequeño, del grande contra el pequeño, del grandísimo contra el grande, del igual contra el igual, del menor contra el mayor, entre insectos, entre reptiles, entre alados, entre anfibios"... (VI, 410-411)

En ***La edad de oro***, Martí le explicaba a los niños que

en la época colonial no se podía ser honrado en América. ("*Tres héroes*"). Que no es honrado aquél que no se atreve a decir lo que piensa o que obedece a un mal gobierno sin trabajar para que el gobierno sea bueno. También dice, recordarán ustedes, que aquél que se contenta con vivir sin saber si vive honradamente va en camino de ser un *bribón*. Siguiendo a Hostos, que aseguró, y repito, que los pueblos se merecen sus tiranos si incurren en el pecado de omisión que es consentir; parafraseando esa conocidísima canción de León Gicco, "Sólo le pido a Dios que el dolor no me sea indiferente"... Saramago nos ha llamado con una campana, en el Foro Social Mundial de Brasil, a reinventar la democracia, y se organizan respuestas alternativas en muchos de nuestros países que buscan *globalizar la esperanza* amparados en la ardiente fe de que *otro mundo es posible*. ¡Cómo podemos, por dios, darle la espalda a nuestros sueños?

El Hostos que yo sé renace en cada abrazo fraternal lo mismo que en cada piquete de protesta, como renace hoy en Vieques, Puerto Rico, asediado y bombardeado inmisericordemente por más de 60 años por la Marina de Guerra norteamericana, y donde quiera que la dignidad denuncia la injusticia y la pobreza. Por eso los exhorto a conmemorar el centenario de quien hoy, más que nunca, es presencia fundadora, como una columna de fuego que no ha podido apagar la muerte pues arde en los puños, en las cacerolas, las campanas y las banderas que demandan justicia, pan y libertad por todo el continente.

¡Vieques sí, marina no!

Muchas gracias.

Hostos 2003: el Simposio

El año pasado Rafael Aragunde publicó un artículo con motivo del natalicio de Eugenio María de Hostos en el cual exhortaba a los estudiosos puertorriqueños a tomar el tema de Hostos con menos rigidez y seriedad. Aunque en lo personal no comparto algunos de los puntos de vista sobre Hostos del hoy rector del Recinto de Cayey, y aunque acaso el momento parezca a primera vista poco oportuno, le celebro hoy, sin embargo, la propuesta.

Este mes celebramos el 164 aniversario del natalicio de Hostos, pero este año, el once de agosto, recordamos el primer centenario de su muerte, justo en medio de las actividades conmemorativas del centenario de la Universidad de Puerto Rico. En las actividades conmemorativas del natalicio y en las de la muerte estarán presentes, de seguro, personalidades tan venerables como don José Ferrer Canales y don Julio César López, pero también estará presente el espíritu inolvidable de hostosianos como Francisco Manrique Cabrera, Josemilio González y Manuel Maldonado-Denis. Este último falleció hace justamente diez años, el dos de

*Publicado en ***Diálogo*** en septiembre de 2002.

octubre de 1992. Y su desaparición se nos ha hecho notable justamente con motivo de este centenario de Hostos.

De estar vivo Manolín, pensamos, habríamos visto en la prensa del país, semanalmente, artículos relativos al centenario de Hostos. Manolín habría aglutinado los esfuerzos de las más claras mentes del país, habría levantado una organización digna de la ocasión, y habría recordado la fecha de agosto con tal decoro que arrojaría sobre el país un aliento de profunda satisfacción. Tal era el poder de convocatoria de Maldonado-Denis. Tal era su capacidad de trabajo y de organización. Tal era su compromiso con la verdad de la historia, y su sentido de gratitud, y su conciencia de la importancia que tiene para los pueblos honrar sus héroes, su certeza de cuánto puede hacer por nosotros Hostos todavía.

Pero más importante es establecer cómo y cuánto Manolín habría iluminado los hitos que se cruzan en este aniversario. Manolín nos habría recordado, por ejemplo, que la tarea educativa de Hostos no tuvo como norte el estudio de carreras sino el cultivo de hombres y mujeres completos, de seres humanos conscientes de que sólo se puede ser en libertad. Manolín habría explicado cómo Hostos pudo consagrar su vida a la causas de la libertad de Cuba y la República Dominicana y cómo pudo insertarse en la senda de los grandes libertadores de la América Latina sin diluir su aliento por la causa de la libertad de Puerto Rico. Manolín aclararía que Hostos denunciaría el bombardeo inmisericorde de países lejanos como una práctica de venganza insensible al dolor ajeno y un ejercicio de prepotencia imperialista que no debería tener cabida en la tolerancia del siglo XXI. Manolín resaltaría cómo Hostos vislumbró el peligro de la globalización económica al advertir en muchas ocasiones a los países pequeños del peso incontrastable de los países grandes, y de cómo se perdería la soberanía y se

sucumbiría en la absorción de no buscar formas de asociación entre los países pequeños, nunca del pequeño con el grande. Manolín nos explicaría cómo en tantos países se busca con urgencia nuevas formas para sanear la democracia que vicia la cada vez más grande brecha de las desigualdades sociales y la corrupción que generan los grandes intereses. Recordar a Hostos es siempre degustar la fuerza de la honradez y encender la tea de la libertad.

Por eso ahora que la Junta Editora de EXÉGESIS auspicia un simposio sobre Hostos con motivo del primer centenario de su muerte dedica los actos a honrar la memoria de Maldonado-Denis. El Simposio, que se celebrará en el recinto humacaeño de la Universidad de Puerto Rico, hace una convocatoria abierta a los hostosianos de la nación y del exterior para conmemorar la fecha de aquél que la Sociedad de Naciones Americanas proclamó en 1938 "Ciudadano Eminente de América". El Simposio aspira (1) a fomentar **nuevas investigaciones**, (2) lo mismo que **nuevas obras de artes plásticas** y (3) **trabajos de creación literaria** que recopiladas en agosto del 2003 permitan honrar la memoria de la figura de más alto rango en la historia cultural de Puerto Rico.

El título del Simposio: ***Hostos: forjando el porvenir americano***, se inserta en la tradición más que centenaria de lo que fue uno de los ejes centrales del quehacer hostosiano. No hablamos sólo de su actividad incesante por la libertad y el bienestar de las Antillas, ni siquiera de su actividad tesonera por la libertad y el bienestar de la América Latina: hablamos de un laborar que no hay que mirar con ojos retrospectivos como pieza de museo porque las enzimas de su teoría y de sus ambiciones todavía están activas, todavía tienen campo de trabajo prospectivo, todavía tiene Hostos, como nos enseñó Manolín, luz de porvenir, consejo, proyecto, agenda viva.

El gerundio de la frase titular de este simposio –"forjando"– nos sitúa dentro del presente activo de un proceso que tuvo su inicio pero que no tiene aún su final. El gerundio de la frase titular de este simposio no mira la muerte de Hostos hacia el pasado, sino que se proyecta al porvenir. En el Panteón de los Héroes de la República Dominicana arde aún la llama eterna, y en esa llama está viva la gratitud del pueblo dominicano, y está vivo su recuerdo. Pero debemos tener la certeza de que esa llama debe arder también porque Hostos sigue siendo, para puertorriqueños y latinoamericanos todos, una provocación, una herramienta vital para cultivar esperanza y para forjar agenda de futuro.

El simposio no sólo propone que el tema de la figura histórica de Hostos sea importante, sino que también lo es todo aquello que fue motivo de sus desvelos, agonía de sus sueños, objeto de su quehacer iluminador, de su pasión de libertad, y de su querencia americana. Hostos no puede vislumbrarse como pieza de museo sino como la brújula que al definir los «principios de los independientes» –de los hombres y mujeres libres– y al estudiar las raíces de los males crónicos de los países de toda la América Latina define un mapa de acción imprescindible para las generaciones sucesivas que son las nuestras.

El Comité Organizador de este simposio no vislumbra la obra de Hostos como una obra decimonónica caduca. Si el pensamiento revolucionario de José Martí puede ser todavía en el siglo XXI el fundamento de una revolución en El Caribe, Hostos puede ser más que una inspiración para la América Latina. La utopía americana que forjó en sus estudios incesantes de la América Nuestra es una proyección necesaria y urgente, pero aún no cumplida. ¿Hemos creado el "hombre completo" que siempre soñó Hostos? ¿Le hemos dado a la mujer el mismo espacio libre y decoroso que merece todo ser

humano? ¿Le hemos devuelto al trabajador el fruto íntegro de su trabajo? ¿Hemos distribuido con razón y justicia la riqueza social? ¿Vivimos una verdadera democracia? ¿Educamos a nuestros niños en la plenitud de sus facultades? ¿Predomina en nuestras comunidades el sentido de justicia? ¿Somos solidarios con los pueblos del mundo? ¿Nos indigna la injusticia que se comete contra cualquiera y en cualquier parte? ¿Son libres los países de la América Latina? ¿Es libre Puerto Rico? Estas preguntas pueden darnos una idea de cuán pertinente es el mensaje de Hostos.

La Junta Editora de **EXÉGESIS** y el Comité Organizador de este simposio se solidarizan plenamente con las actividades planificadas por la Comisión Para el Centenario, el Instituto de Estudios Hostosianos, el Recinto Universitario de Mayagüez de la UPR, y por los hostosianos que en la República Dominicana, Cuba, el estado de Nueva York, Chile, Paraguay, Uruguay y Argentina, hasta donde hoy sabemos, planifican actividades conmemorativas. No obstante, **este simposio adopta una personalidad distintiva** que reside en su carácter festivo, pues siente y cree que la muerte de Hostos no se ha completado, que todavía está ocurriendo, que su testimonio todavía denuncia los males de un proceso que no sólo no ha pasado a ser un fósil de la historia, sino que un siglo más tarde ha visto fortalecer su fuerza desintegradora. Contra él, la principal receta hostosiana no era –ni es–, como suele decirse, la educación, sino **la libertad**, la necesidad de constituir una *liga de independientes* que sepa escoger con quiénes unimos las fuerzas, con quiénes confederamos los recursos, con quiénes hermanamos los sueños, con quiénes protegemos nuestro derecho a la vida independiente.

Creemos que con su muerte Hostos completa una vida que no cabe en un sepulcro, una vida tan grande, tan sembrada de semilla, tan concentrada de energía y tan llena de porvenir, **que tiene que ser celebrada**, pues no hay Hostos más vivo que aquél de su último respiro. Este simposio, pues, no será ni un réquiem ni la muda estatua de un pesar que no descansa: será una

Hostos y Martí: en la encrucijada de sus caminos

Cuando Eugenio María de Hostos se detiene en Montevideo en su paso a Buenos Aires, desde Chile, el 28 de septiembre de1873, transita la ciudad, la ve de cerca: sus calles, sus casas, su Avenida del 18 de julio, su monumento a la Libertad, la alegría de sus calles, de sus mujeres, la variedad de tipos humanos, la puesta de sol. Años más tarde retrata al país en su *Geografía política universal* (***Obras completas***, tomo XX) como una "república oligárquica" con una población de 800 mil habitantes, una pradera o pampa "encerrada en una red de ríos", cuyos contactos marítimos habían desarrollado asombrosamente la costa y la capital, pero cuyo interior permanecía en el "estado que conviene a los explotadores de revueltas".

Estaba entonces Hostos en mitad de una peregrinación de cuatro años que lo llevó por gran parte de los países de la América del Sur a buscar apoyo para la guerra de independencia de las Antillas. Su viaje lo detuvo en Cartagena, donde comenzó a construir a propósito de los cholos y de la fortaleza española en la bahía su ambi-

---

Publicado en ***Brecha*** de Uruguay en junio de 2003. Otra versión se publicó en ***Claridad*** [*En Rojo*] en enero de 2003.

ción de una América unida; Panamá, donde anticipó que las fuerzas del naciente imperialismo norteamericano se convertirían en la agonía del Itsmo; Perú, donde ponderó la manera como el coloniaje lograba sobrevivir a la independencia, abominó la cultura omnipotente de las iglesias y defendió lo mismo a los trabajadores de las minas, que a los incas y los chinos; Chile, cuya geografía escudriñó y estudió con detenimiento, como estudió la pujanza de su industria, las contradicciones de su devenir político y defendió el derecho de la mujer a la educación profesional; Argentina, donde ponderó la influencia de la variada emigración, la fuerza de sus ríos, el estado de su interior fragmentado, la situación de los habitantes diversos y dispersos, la herencia del jesuitismo y las misiones, la necesidad de que el ferrocarril tramontara los Andes; Brasil, cuya naturaleza lo fascinó, como lo sorprendió su sociedad aún esclavista y las inusuales relaciones que observó entre los distintos sectores sociales. Pocos años más tarde visitaría Venezuela. Mucho después regresaría a establecerse en Chile, hasta que la guerra iniciada por Martí en el 1895, y la inminente invasión norteamericana de las Antillas en el 1898 le arrebatara los reposos y lo hiciera volver a *sus islas*. Pocos años más tarde hallaría en Santo Domingo un lugar en el Panteón de los Héroes de la República Dominicana. La Sociedad de Estados Americanos lo proclamará en el 1938, en la víspera de su centenario, "Ciudadano Eminente de América". Recientemente la prestigiosa editorial Routledge de Inglaterra publicó el libro ***Fifty Mayor Thinkers on Education: From Confucius to Dewey*** *(Cincuenta Grandes Pensadores en torno a la educación: de Confusio a Dewey)*, libro en el que colaboraron intelectuales de unos diez países, y en el que, proveniente de la América Latina, hasta el siglo XIX, sólo se incluye a Eugenio María de Hostos.

Las vidas de Martí y la de Hostos se cruzaron como

los aniversarios de este 2003, año del centenario de la muerte de Hostos, año del sesquicentenario del natalicio de Martí: sin encontrarse frente a frente; sin darse la mano de hermano; sin pisar Hostos la tierra del cubano que consideró, no obstante, patria propia, al menos desde 1863, a sus 24 años; sin otear Martí la tierra puertorriqueña cuya libertad demandara desde el primer artículo de la constitución del Partido Revolucionario Cubano (1892).

La vida toda de Martí quedó contenida dentro del término vital de Hostos. Con ello queremos apuntar a que Hostos nace catorce años antes que Martí (1853-1895), en 1839, y muere en 1903, ocho años después. Pero también con ello, apuntamos a otras convergencias.

Cuando Hostos inicia su epopeya en favor de una revolución democrática española (1863), Martí tiene sólo diez años. Cuando Hostos rompe con los líderes triunfantes de esa revolución republicana en 1869, porque éstos líderes se niegan a instrumentar en sus colonias de Puerto Rico y de Cuba los principios ideológicos de su revolución, Martí, con sólo dieciséis años, ya sabe de Hostos y reproduce en su periódico, ***La Patria Libre***, parte del célebre discurso de ruptura de Hostos con sus correligionarios españoles. Cuando Hostos regresa a América, Nueva York, e inicia su peregrinación a favor de la revolución cubana por la América "colombiana" del sur mientras la estudia, aprecia y saborea, y construye con infinidad de datos y observaciones su idea sociológica de América y la utopía de su futuro alterno, Martí, de condenado a trabajos forzados, sale deportado a España e inicia su carrera de estudios de Letras y de Derecho. Cuando Hostos regresa de su peregrinación, intenta viajar como expedicionario a Cuba y promueve en el Caribe, junto a Betances, la insurrección de Puerto Rico, Martí regresa a América para establecerse en México y Guatemala, donde lee y escribe sobre "El programa de los In-

dependientes" de Hostos (1876). Mientras Hostos desarrolla su revolución educativa en la República Dominicana y Chile, Martí despunta como líder de la revolución antillana en Nueva York, como escritor de palabra arrolladora e iniciador del modernismo, como ideólogo de una utopía alterna para la "América Nuestra". Antes de caer en Dos Ríos, Martí, gran unificador de voluntades agregias, había ya reclutado a Hostos para defender y auxiliar la revolución antillana desde su asiento en Chile. Tras la muerte de Martí, Hostos regresa al teatro de las luchas martianas en El Caribe, Nueva York y Wáshington, para tratar de influir en los sucesos, previstos con temor por ambos, que se desarrollan tras la intervención norteamericana. Más que la independencia de Puerto Rico y Cuba, Hostos –y desde luego, Martí– penaban por la lucha por la verdadera libertad que había que fraguar tras la independencia. Independencia y libertad **no** eran sinónimos para estos visionarios. La libertad había que construirla, con *ardiente paciencia*, después de la independencia. Hostos sufría pensando en ello desde ***La peregrinación de Bayoán***, publicada en 1863. Pero fue en su viaje al sur que colectó la evidencia. Y esa evidencia le estrujó las urgencias.

Cuando honramos, con la conmemoración de estos aniversarios, a Martí y a Hostos, no pretendemos idealizar seres humanos ni fundar iglesias. Tampoco pensamos tan sólo en la gratitud que debemos sentir respecto al esfuerzo titánico de visionarios y luchadores de magnitud pocas veces vista en la historia de la humanidad. Cuando conmemoramos sus natalicios y los aniversarios de sus muertes no pensamos en sus vidas y sus obras como titulares de un periódico de ayer. Hay que reconocer que Martí actúa hoy y orienta aún revoluciones en El Caribe que se sustentan, bien o mal, en su nombre. Seríamos ciegos ante lo mejor de nuestra historia sino viéramos en Puerto Rico, en el Caribe, en la América continental toda,

al Hostos que hoy vive, nos alienta y alecciona.

Respecto a Martí, hay que decir que con justicia los cubanos convocan a todos los americanos a celebrar el sesquicentenario de su natalicio, evocando su obra como una que maquinó *por el equilibrio del mundo*. Dados los últimos acontecimientos internacionales, esta perspectiva del natalicio de Martí es inobjetablemente oportuna, y no es poca cosa. Basta repasar sus escritos de los años noventa, o tan solo las cartas del año de su muerte en las que confiesa repetidamente su temor de que los Estados Unidos intervengan en la lucha de Cuba contra el dominio colonial, no sólo por el futuro de la libertad en Cuba, sino por lo que ello significaría en términos del inicio de una política de intervención imperial que aspiraba ya sin disimulo a dominar los acontecimientos de Centroamérica y a torcer a su favor las luchas políticas y la actividad económica de todo el continente del sur. Hostos, como anotamos antes, ya había advertido estos temores suyos, desde 1870, apenas pisa tierra de Colombia (Panamá), al inicio de su peregrinación.

Martí intervino en representación de varios países del sur (Argentina, Uruguay y Paraguay) en la Primera Conferencia de Naciones Americanas (1889) y en la Conferencia Monetaria Internacional Americana (1890) promovidas por Wáshington con la idea de desarrollar una política panamericana y una Organización de Estados Americanos en la que por su incontrastable peso específico pudiera ejecutar, con la apariencia de una política regional, su política de dominio. En la conferencia monetaria, Wáshington intentó imponerle entonces, como hoy, a todo el sur de América su política monetaria. En ambas conferencias Martí, consciente de las consecuencias funestas, protagonizó la oposición, hasta tal grado que enfermó tras la segunda de ellas y el médico lo echó al monte, donde salieron, como notable compensación espiritual, sus famosos ***Versos sencillos***. No sabemos si

estos versos pudieran actuar hoy como antídoto en aquéllos que evalúan los tratados de libre comercio, pero debemos consignar que al menos Martí salió de allí con un sentido de urgencia inusitada a crear y armar el Partido Revolucionario Cubano (1892), y a desembarcar en Cuba la expedición que reinició la "guerra justa", la "guerra necesaria", de la independencia. Pretendía Martí precipitar la independencia de Cuba para conjurar a tiempo la intención norteamericana de conquistar nuevos territorios en el Caribe. Martí sabía ya de la intención de Wáshington de apoderarse de Panamá, entonces parte de Colombia, para construir en él el canal interoceánico antes que los europeos. Martí sabía que de ocurrir todo esto Estados Unidos habría torcido el rumbo de su historia, pues siendo el país que creó la primera democracia moderna, la conquista, la invasión, el dominio de los países del sur lo convertirían en un imperio, y democracia e imperio se rechazan mutuamente. La presencia viva de la herencia colonial española en América y la penetración económica de las potencias occidentales llevaron a Hostos a pregonar la necesidad de proclamar una segunda independencia de la América nuestra. Martí, años más tarde, lo secundará en esa convicción. Por eso es justo celebrar este sesquicentenario de Martí en los términos de la evocación de su lucha por el "equilibrio del mundo". No es otra cosa lo que demandamos ahora en Porto Alegre.

En Puerto Rico, por otra parte, enfocamos el centenario de la muerte de Hostos en términos de la forja del "porvenir americano", pues este fue uno de los nortes determinantes de toda su obra. En el Recinto de Humacao de la Universidad de Puerto Rico celebraremos en agosto un simposio* con este título que busca no la devoción de una imagen ni la evocación de una personalidad caduca y pretérita, sino la fragua todavía viva de sus visiones, de sus propósitos, y sobre todo, de sus principios, pues sus principios tienen todavía hoy poder generador, capa-

cidad de construcción, energía para instrumentar nuestras reivindicaciones más urgentes, iluminación para señalar el camino de nuestra libertad, mucho de esperanza, y cuánto de sueño. Libros pueden escribirse para ilustrar desde innumerables perspectivas cómo Hostos, su vida, su obra, sus ideas abundan en materiales que pueden demostrar nuestros asertos, desde los conflictos de género hasta las reivindicaciones de los viequenses contra la Marina de Guerra Norteamericana o los ataques a Afganistán e Irak. Escogemos hoy, por motivo de brevedad, una sola obra que por sí sola testimonia de manera irrefutable todo esto a la vez que evidencia la unidad de propósito y los diálogos ocultos entre Martí y Hostos.

En 1876 Hostos redactó ***El Programa de los Independientes*** que Martí comentó desde México, como se sabe, en esas mismas fechas. Generalmente este hecho se cita para demostrar la presencia de Hostos en el joven Martí, pues lejos está Martí en esta época de tener una obra abultada, y lejos está la adopción de una de sus ideas caracterizadoras: me refiero no sólo a la confederación de las Antillas, sino a la necesidad de la lucha convergente de toda la emigración antillana. Hemos discutido en otro trabajo, más extensamente, las coincidencias y diferencias entre Hostos y Martí ("Hostos en la sangre de Dos Ríos", ***EXÉGESIS*** 23-24, 1995: 35-51), desde la construcción de esa idea de la América nuestra y de la utopía del porvenir que forjaron al calor de su defensa de los sectores marginados de las sociedades latinoamericanas, hasta el planteamiento de la necesidad todavía hoy urgente de proclamar unidos, confederados para poder prevalecer, nuestra "segunda independencia"; pero entonces no destacamos lo que queremos ahora resaltar.

Este "programa" de Hostos es una compilación y demostración de los principios que deben regir la acción política de los "independientes". Hostos está pensando en la ardua construcción de la libertad tras la indepen-

dencia de Cuba –y desde luego, Puerto Rico–, pues sabe que la libertad es una conquista posterior y de mayor categoría que la misma independencia. En su peregrinar por el sur ha visto en muchos países independientes cómo se desarrolla con encono y franca desventaja la lucha por la libertad de pueblos en los que sobrevivieron a la independencia las formas más despreciables del coloniaje, ello a pesar de Bolívar, que supo discernir cómo salían a su paso la corrupción y las nuevas formas del despotismo. Los principios que Hostos formula en su programa eran válidos para Martí, en Cuba, igual que para cualquier latinoamericano del siglo XIX, del XX, o del XXI. Son válidos para los norteamericanos que defendían la democracia y rechazaban la política imperial de intervenciones de su propio país. Son los puntos de partida, los fundamentos de la acción revolucionaria, comparables, según Hostos, a algunos principios enunciados por Sócrates, por Jesús, por Martín Lutero, igual que a algunos principios promulgados por las ciencias, por las artes o por la política.

Allí dice Hostos que "el establecimiento del orden por la fuerza" o la autoridad de cualquier forma de jerarcas, o –¡ojo!– "la división de la sociedad en clases" **no** son principios. Sí son principios "el orden en la libertad" y "la soberanía popular". Principios son, en la ciencia política, "las ideas generales de donde se deducen espontánea, natural y lógicamente los derechos del individuo, los derechos de la sociedad, la autoridad de la ley, la organización de los poderes del Estado y la acción armónica de todos los territorios". Para Hostos son principios la Libertad (único principio que aparece escrito con inicial mayúscula), la autoridad, la igualdad, la separación de poderes, la nacionalidad y la expansión (salir de sí misma, difundirse, vivir la vida de relación, federarse o confederarse). Si hubiéramos de elegir una expresión para acariciar cada mañana y que tenga la luz propia que

tienen los soles, seleccionaríamos ésta: "La libertad es un modo absolutamente indispensable de vivir".

Martí, al ponderar este programa de Hostos, lo calificó de "catecismo democrático". Hemos oído y repasado muchas veces estas palabras interpretándolas sólo como una expresión de elogio, pero acaso sin reparar en que un elogio no puede tener mayor magnitud que éste. No se trata de elogiar la crítica que le hace Hostos al Hamlet. No se trata de elogiar los términos de su descripción de la Exposición de Chile, que mereció el primer premio a un recién llegado al país. Se trata de la concepción maestra de una revolución, guía o plano de la construcción de pueblos, de "principios" válidos, aquí y allá por todo el continente, lo mismo para el gaucho pampero, que para el araucano de la Patagonia, que para el chino esclavizado del Perú o el negro todavía esclavizado del Brasil. Se trata del apretado resumen selecto, de la depuración sin residuo de las esencias de un revolucionario que construye pueblos libres en el Caribe lo mismo que en el Paraguay o Panamá. Si algo distingue a Hostos de otros importantes revolucionarios del siglo es la profundidad y la profusión con que ponderó las tareas, los tópicos y los conflictos de las acciones revolucionarias que emprendió. ¡Y Martí lo enjuicia como "catecismo"!, palabra que alude al brevario de una revelación, expresada por aquel intelectual de talla mayor que no tenía en su sangre célula de vasallaje ni glóbulo de sumisión y que le decía al obispo de España que, en todo caso, fuera él a verlo a su templo, a la montaña!

Hostos: siempre de espalda al papel de Adán

Introducción

En la vida y obra de Eugenio María de Hostos la mujer es punto de partida, cauce o riel y, acaso, meta. Con esta afirmación queremos dejar establecido que a nuestro juicio la mujer desempeña en la vida toda de Hostos un papel protagónico acaso insospechado, o al menos, de una magnitud aún no ponderada. A nuestro juicio, el tema de la reivindicación del género converge con propiedad dentro de las dilatadas reivindicaciones sociales que planteó a lo largo de su vida. Me refiero, naturalmente, a las muchas reivindicaciones de grupos, sectores sociales marginados, explotados, o sencillamente olvidados, como los cholos, los incas y demás grupos autóctonos de América o de Oceanía, los chinos, los esclavos, los siervos, los trabajadores de minas y campos, los obreros, los inmigrantes, los analfabetas, los vasallos, los colonos, los beatos... En este sector extenso, cuyo horizonte se expande ostensiblemente fuera del marco de la razón, de la justicia, de la verdad, de la honradez, hay que colocar

*Trabajo presentado como ponencia en el *Cuarto Coloquio de la mujer* celebrado en la Universidad de Puerto Rico en Humacao en marzo de 2003. Se publicó en las actas del coloquio.

a la mujer.

Varios trabajos han señalado desde hace décadas la función singular que la mujer cumplió tanto en la vida de Hostos como en su obra. En su vida, pues, sus biógrafos, empezando con Juan Bosch, autor de *Mujeres en la vida de Hostos*, texto de 1937. En su obra, principalmente, todos aquéllos que en vida de Hostos tuvieron oportunidad de oír sus conferencias sobre "la educación científica de la mujer", y aquéllos que pudieron asistir a la inauguración del Instituto para Señoritas que Hostos fundó en la República Dominicana. La mayor parte de los que han versado sobre el tema parten, como es natural, de la lectura de sus conferencias sobre "La educación científica de la mujer", dictadas en Chile en 1872. Sin embargo, creo que no todo ha sido dicho sobre el tema, a pesar de la invaluable aportación, entre otras, de los trabajos de Irma Rivera Nieves (***El tema de la mujer en el pensamiento social de Hostos***. San Juan, 1992) y Gabriela Mora (Introducción a ***La educación científica de la mujer***. EDUPR), y el excelente artículo de Lucía Guerra, *Feminismo o ideología liberal en el pensamiento de Eugenio María de Hostos* (***Hostos: sentido y proyección de su obra en América***. EDUPR, 1995, 361 y siguientes.) Si se quiere un análisis de ***La educación científica de la mujer***, recomendamos el libro de Irma Rivera pues en él se analiza y discute el concepto filosóficamente partiendo de, pero no limitándose a, este texto fundamental, aunque tengo diferencias sobre algunas interpretaciones y conclusiones contenidas allí. Nosotros nos proponemos en este breve ensayo repasar someramente parte de la bibliografía sobre el tema para añadir algunos aspectos que no hemos encontrado incluidos en estos trabajos y que a nuestro juicio son de particular importancia.

Juan Bosch

Como primer biógrafo de Hostos y como compilador de la edición de 1939 de las obras completas de Hostos, Bosch tuvo la oportunidad de ver por primera vez en su conjunto, y ante sus propios ojos, la obra en veinte tomos de Hostos. De esa experiencia nace su libro, ***Hostos, el sembrador***. Pero, además, nace esta curiosa reflexión temprana sobre las "mujeres en la vida de Hostos", articulada inicialmente como una conferencia que ofreció en 1937.

Bosch se detiene en cada una de las mujeres que fueron significativas en la vida de Hostos o que parecieron serlo. Bosch habla, naturalmente, no de las muchas conocidas de Hostos, sino de aquéllas que parecen haber sido una "influencia" en la construcción de su interioridad. Por eso, puede detenerse por igual en la madre, las hermanas, o su tía-madrina Caridad, que en las fugaces inspiraciones del adolescente, o en aquéllas que dejaron en su ánimo ya maduro la cicatriz de un desmembramiento.

María, Lola, Ciprina, su hermana Engracia, su tía-madrina Caridad jugaron un papel de ensueño en el adolescente. Acaso contribuyeran a ir forjando un valor más excelso y trascendente en la idea que encarnará la Marién de ***La peregrinación de Bayoán***, en 1863. Hostos parece vivir al otro sexo como el motor o el "todo mecánico" de la naturaleza, como llamó a la mujer. No obstante, y a pesar de la fuerza decisiva que lleva en sí esta definición de apetencias de género, la experiencia más determinante vivida por Hostos ocurre a propósito de la muerte de la madre, doña Hilaria, en Madrid, el 28 de mayo de 1862. A lo largo del ***Diario*** Hostos no dejará pasar en blanco cada aniversario de esa muerte, que marcó el "año más terrible" de su vida, y la experiencia que lo "despertó –según dice él mismo– del sueño de la vida". Casi un año pasó Hostos en Puerto Rico, el "año de meditación más dolorosa que conozco en mí". Bosch

interpreta lo sucedido en estos términos: "Herido en lo hondo por un dolor cuya fuerza él no podía sospechar, Hostos se reconcentra en sí mismo y ve la vida tal cual es... Toda la vehemencia que ponía en amar a la madre iba a encauzarse ahora otra dirección" (San Juan: Editorial Mariéwn, 1988, 29). Hostos ve su patria sometida por un régimen colonial y vuelca en la lucha el amor por la madre. ¿Por eso la llamará, con insondable ternura, Madre-Isla?

Lo cierto es que Hostos despierta a la lucha entonces con una energía sin precedentes. Entonces se hace asiduo asistente a la terapia de sus diarios, y un año más tarde estaría publicando esa asombrosa profecía de su vida que es el "poema-novela" ***La peregrinación de Bayoán***. Con ella va la extraña ideación de mujer que es Marién, personaje que, como se sabe, encarna a Cuba. Durante la travesía al sur, años más tarde, otros rostros femeninos hacen estragos en su inclinación a hacer familia. La Carolina a quien llama dulcemente Candorina, en Colombia, y que parece revelarle el secreto del continente entero; la Manolita peruana que lo perseguirá en sueños a Chile y se le yuxtapone al personaje de Ofelia en el análisis célebre que hace entonces sobre el ***Hamlet***. Bosch aduce que la relación con Manolita despertó en Hostos un juego de pasiones sexuales que estuvieron a punto de vencer el carácter que a fuerza de fuego se había construido. Por eso, insiste Bosch, Manolita es "la razón del ***Hamlet***" (48) y la razón por la que entonces reedita en Chile ***La peregrinación de Bayoán***. En Chile, sin embargo, otros desembarcos y otras aguas remojan su corazón: la hija del célebre patriota chileno Lastiarra, Carmen.

Hora es de anotar ya la razón de tantas huidas: Hostos piensa y siente que no puede comprometerse porque carece de medios para sostener responsablemtente una familia y porque tiene el compromiso de vivir "peregrinando" buscando auxilios y apoyo para la guerra de Cuba. ¿Era esto sólo una justificación? En ese caso

Hostos no se habría planteado cómo resolver más tarde, tras su encuentro con Belinda, este conflicto, ni habría pasado toda una vida demostrando su responsabilidad por su vida conyugal y por su condición de paternidad. Un sólo botón incuestionable: Hostos no regresa al teatro de guerra de las Antillas en el 1898 hasta que Belinda accede a ello tras ver cómo Hostos encanecía día a día, se agotaba en el dolor, se desmedraba de tanto padecer (68). Hostos había encontrado a Belinda "como Bayoán conoció a Marién": "de pronto, de repente, sin saber siquiera que existía, sin prever el influjo de su existencia en mi existencia", en 1877. Ella contaba entonces con sólo 14 años y él ya con 38, pero esperaré a comentar con la ayuda de Gabriela Mora esta diferencia de edades. Por lo pronto, añadir tan sólo que con Belinda Hostos vivió una estabilidad que no conocía, y a su regazo se dio a la tarea educativa que habría de ser el asombro del mundo. Recordemos que un grupo de investigadores europeos escogió recientemente a Hostos como uno de los cincuenta pensadores sobre educación en toda la historia de la humanidad, y el único de toda la historia hispanoamericana.

Lucía Guerra

Por su parte, Lucía Guerra nos recuerda que a Hostos se le ha afiliado demasiado con la filosofía positivista. Sin embargo, las diferencias entre Hostos y los positivistas son muy marcadas. Comte, por ejemplo egregio, se opone en la Lección 50 de su *Curso de filosofía positiva* publicada en 1839 a la igualdad de los sexos basándose en los presupuestos de la biología de la época que concebían a la mujer en un perpetuo estado de infancia que la hacía inferior al sexo masculino y la acercaban a los animales (365). Allí se afirma que la mujer carece de capacidad para la labor mental, que es hostil a la concentración y abstracción científica. Guerra recompone la visión

teológica del rol de madre que la revierte al génesis bíblico y al pecado original. Nos recuerda que Sarmiento la educa, pero en las labores domésticas, y que ese sistema perdura en la Argentina hasta 1907. Nada fuera de lo normal, pues para esa época los dibujos anatómicos del esqueleto femenino delineaban la pelvis con proporciones exageradas, el cráneo notablemente reducido y en medio de su costillar un notable corazón. Ello le permitió a los científicos, según Guerra, descubrir entonces las semerjanzas significativas entre el esqueleto de la mujer y el del avestruz. (367). Hasta Charles Darwin redactó en 1871 un libro –***The descent of man***– para proclamar como ley natural la superioridad del hombre sobre la mujer.

Gabriela Mora

Gabriela Mora, por sum parte, añade a la lista de influyentes positivistas a Herbert Spencer. Como se sabe, Spencer, coincidiendo con Comte, repite la noción de que la función reproductora disminuye el intelecto. Mora encontró la obra del doctor Eduard Clarke, de la Universidad de Harvard, ***Sex education on a fair chance for the girls***, donde éste sostiene en 1873 que la pérdida de sangre menstrual empobrece el cerebro de la mujer, de modo que recomienda que la niña se asbstenga de estudiar una cuarta parte del mes y evite la postura erecta y el ejercicio (710).

Si bien Concepción Arenal y John Stuart Mill reivindicaron parcialmente a la mujer en 1869, como Sarmiento, limitaron su derecho a la educación a las artes domésticas. En cambio, Hostos no sólo sostuvo en *La educación científica de la mujer* que la razón no tenía sexo: también sostuvo, contra las legislaciones que alrededor del globo ponían a la mujer al nivel del niño y la declaraban legalmente irresponsable y por ello subordinadas al padre, al marido o al hermano, que la

mujer también podía asumir responsabilidades. De esta manera rechazo al matrimonio como la única carrera de la mujer y combatió la idealidad enfermiza del amor que en relación de franco soborno las exalta a cambio de la subordinación y la obediencia. Hostos expandió la reivindicación de la mujer y su independencia personal al ponerla a transitar también sobre el terreno de sus responsabilidades patrióticas y ciudadanas.

Sobre el asunto de sus preferencias personales por mujeres adolescentes como posibles compañeras, Gabriela Mora observa su propósito de reeducarlas. En ello no ve Mora el puro paternalismo de un gigante intelectual como lo fue Hostos, maestro para todos casi todos sus contemporáneos, hombres y mujeres, sino su insistencia en tener, en la esposa, una efectiva y real compañera moral e intelectual (716). Relacionado con este aspecto íntimo de la vida de Hostos, hay que anotar que Mora también observa cómo Hostos se sentía responsable de la pasión sexual que despertaron algunas de sus relaciones. "Al revés de lo común –apunta Mora–, Hostos piensa que él es responsable de la marcha de los sentimientos por lo que se jura a sí mismo que nunca una mujer padecería por él" (717). Y, añade, que la ternura hacia su mujer e hijos que revelan las cartas y otras páginas íntimas son un extraordinario mentís a aquellos que creen que el hombre hispano es incapaz de revelar su intimidad.

Lo cierto es que Hostos repasa la historia de su amor con Belinda, y escribe cuentos a los hijos antes de tenerlos, y obras de teatro para sus hijos. En ellos el introspectivo sondeador de sí mismo que fue Hostos, explora anticipadamente las dificultades que pudiera encontrar en el vivir de la nueva responsabilidad que había asumido. Anticipadamente... ¿Se puede ser más responsable? No en balde Gabriela Mora opina que Hostos fue "un feminista", tanto en el hombre público como en el privado. Y que practicó en su vida lo que predicó en sus escritos

(707).

Camila Henríquez Ureña

En el trabajo de Camila Henríquez Ureña de 1929 titulado "Las ideas pedagógicas de Hostos" –en ***América y Hostos***, 230 y siguientes– se apunta que Hostos persuadió en 1872 al gobierno de Chile de la importancia de abrirle a la mujer las carreras científicas de la Medicina y la Jurisprudencia, antes que en Europa, y que de hecho, las primeras mujeres que recibieron grado en esas facultades le tributaron públicamente homenaje de reconocimiento a Hostos (281). Se apunta que Hostos fundó una escuela normal para la mujer en la República Dominicana en 1881 con el nombre de Instituto para Señoritas cuya dirección le confió a Salomé Ureña de Henríquez y cuyo plan de estudios, definido por Hostos, no difería de las demás normales. En un artículo escrito años más tarde, tras la muerte de Salomé, Hostos la describe como un modelo de mujer, es decir, un ser humano completo (***Obras completas*** de 1939, tomo de *Crítica*, 223). Al regreso de Hostos en 1900 desarrolló el plan de que las escuelas normales fueran juntamente para hombres y mujeres.

La tela de araña

La segunda novela de Hostos, conocida recientemente, es caracterizada por Ernesto Álvarez, en su estudio preliminar, como una "novela de la educación para poner bajo dominio a los sentimientos" (Edición crítica, I.IV, 92). La novela proviene de ese periodo tormentoso de pasiones en que Hostos cae tras la muerte de su madre y de la que son frutos tanto los diarios como las novelas y muchos de los trabajos del joven Hostos, calificados por él mismo y sus contemporáneos como "estudios psicológicos", estudios a los que fue extensamente adicto y de los que participan obras suyas de importancia cenital,

además de sus novelas, como el ***Plácido***, el ***Hamlet*** o su estudio sobre ***Romeo y Julieta***. Hostos cree fervientemente en el arte que "presiente" la realidad y la explora. Y no teme convertir la familia en tema fundamental de sus reflexiones. Álvarez observa, incluso, que cree "percibir en Hostos una capacidad mayor para penetrar en la psicología femenina y diferenciar más cada uno de sus modelos psíquicos que lo que alcanza al describir el proceso del pensamiento masculino" (94). Y en verdad que Hostos apura allí, en fechas tan tempranas de su desarrollo intelectual, muchos años antes de sus conferencias de Chile sobre el tema y de sus estudios sobre los personajes femeninos de Shakespeare, no sólo la radical igualdad de facultades entre los géneros, sino las causas sociales e históricas de las desigualdades observables que, como no pueden suprimirse de inmediato o ignorarse, pues conforman hábitos de pensamiento milenarios y costumbres ancestrales enredados en la morfología sociológica de las costumbres y de las relaciones, dan origen a afirmaciones suyas aparentemente contradictorias que pueden encontrarse en textos didácticos como su ***Geografía***. Ésta es, precisamente, la sustancia de mi discrepancia con Irma Rivera que mencioné antes.

No obstante, es notable encontrar en un texto tan primerísimo como ***La tela de araña*** un diálogo como el siguiente, entre la joven casadera, Consuelo, y el maduro pretendiente, Palma. Consuelo dice: "Ya se ve... las hijas somos efectos comerciables y se dispone de nosotras como de papel de las acciones de ferrocarriles". A lo que responde Palma un poco más tarde: "No se alarme usted: es una mera precaución para evitar el desarreglo de la fantasía. Para ésta, el cultivo de la música; para el sentimiento en todas sus esferas, los espectáculos buenos; en la naturaleza, las campiñas, el sol en su salida o en su ocaso, las flores y los pájaros; en el arte, las óperas de

Bellini y Donizetti; sin excluir las ampulosas de Rossini; en el arte más humano, más bien la comedia y la tragedia que el drama; la historia, cuya aparente aridez fertilizan las reflexiones propias; pocas novelas, generalmente son malas, porque no las cimenta la verdad, y extravían la razón y el sentimiento; en el mundo, por último, el cultivo de las relaciones productivas; con los viejos para aprender serenidad; con los hombres maduros, para aprender la vida; con los jóvenes para no olvidar el entusiasmo. *Lo que digo de los hombres, lo digo de las mujeres: éstas son aquellos"* (149).

Tenemos en Hostos, pues, para resumir, una concepción radical de la igualdad de facultades entre hombre y mujer; una concepción sociológica de las diferencias entre géneros que se observan en la historia y que responden a modalidades culturales; un estudio minucioso de la sicología de una y otro que se virtió en diarios, en el análisis de personajes ajenos y en la construcción de personajes propios; una denuncia de la desigualdad y una defensa pública del derecho de la mujer, no sólo a la educación completa, profesional inclusive, sino a asumir responsabilidades ciudadanas, patrióticas y jurídicas; una instrumentación de la idea en el sistema educativo que construyó en la República Dominicana y en Chile que llegó al extremo de hacer escuelas normales conjuntas para niños y niñas; un sentido de responsabilidad que lo determinó a respetar la mujer donde quiera la encontró y a elegir como compañera no a una mujer para la cocina o para la maternidad ni una quimera romántica, sino una efectiva compañera de la vida, las ideas, y los deberes.

Este último aspecto no sólo está presente en la concepción de género de Hostos y participa en el plano de sus afinidades electivas. Lo más asombro es la temprana incorporación de la idea y la voluntad en el armónico conjunto de sus principios.

Ya para terminar, recuerdo que Féliz Córdova Iturregui interpreta también ***La peregrinación de Bayoán*** como un cuestionamiento de "todo un concepto de familia" ("***La peregrinación de Bayoán:*** *construcción de un punto de vista".* ***Hostos para hoy***, 1988, 101). Según Córdova Iturregui, el amor de Marién es, con todo, romántico y reduccionista, "exaltación de la domesticidad, del rincón, y del aislamiento". Por eso no es suficiente para Bayoán, y de ahí parte de sus cuitas. De hecho, Bayoán afirma: "Basta ya: no hay amor donde hay tanto egoísmo; no hay amor donde no hay el acatamiento de las sagradas decisiones de una conciencia pura (...) En donde no hay más que el pensamiento del objeto amado, no hay para mí más que el amor que he visto, no el amor que yo busco" (103). Parece evidente que el amor que Hostos busca, desde 1863, no puede estar desvinculado o enajenado de los otros, y mucho menos, de las urgencias de la lucha por la libertad y la justicia de la tierra patria.

En su ***Diario***, Hostos anotó en 1877, a propósito de Belinda y de las pasiones que nuevamente lo asaltan: "Jamás haría yo el papel de Adán" (269), es decir, que jamás cometería la infamia de culpar de su propia rebeldía a la mujer que lo acompañara en ella. ¡Vaya, vaya!

De Hostos a Vieques: la moral y los imperios

En ocasiones se detiene a comentarlo. Las más de las veces son expresiones inclusivas hechas de paso. Sin embargo, abundan, particularmente en los años de su viaje al sur, en ese primer lustro de la década del setenta. Me refiero a las múltiples ocasiones en que Eugenio María de Hostos se conduele de la suerte del infortunado Paraguay y de su *dulcísimo* pueblo guaraní tras la guerra con la triple alianza, la guerra desigual contra Argentina, el Brasil y Uruguay. Las numerosas alusiones a esa guerra evidencian que si bien Hostos no se detuvo a denunciarlo en trabajos de hondo y largo calado, la suerte del país atacado, invadido y ocupado entre 1865 y 1876, le conmovió vivamente. Hostos, sensible como la llama a los apuros de los vientos, hizo de la solidaridad un templo de fervores.

Había iniciado Hostos en 1870 una larga peregrinación por las tierras suramericanas para

---

Publicado en ***Biekesí*** 6 (2003). Leímos otra versión de este trabajo en la Semana de las Humanidades celebrada en la Universidad de Puerto Rico en Humacao en el 2003 bajo el título de *Hostos e Irak: la moral y los imperios.*

propagandizar a favor de la guerra de independencia que se iniciara en Cuba con el Grito de Yara en 1868 y para gestionar el apoyo de los países del sur amparándose en varias razones. Por un lado, temía desde entonces que el desarrollo de las fuerzas productivas norteamericanas lanzaran a Estados Unidos a la captura imperialista de las islas del Caribe, particularmente de Cuba y de su Puerto Rico natal. La emigración antillana que se organizaba en Estados Unidos padecía un mal que lo hacía temer aún más esa posible intervención: su inclinación por una solución anexionista al problema de la viabilidad política-económica de las islas que surgiría de romperse el vínculo con España, anexionismo producto de la admiración ciega ante su progreso económico y la nordomanía que prevalecía por doquier. Hostos, que rechazaba tajantemente la solución anexionista y que en su lugar proponía la confederación de las Antillas, pensaba que era una imprudencia política depender únicamente del auxilio en una Norteamérica hambrienta de poder. Por eso buscó diversificar y ampliar el apoyo a Cuba en el sur de América.

Por otro lado, Hostos anticipaba ya, con preclara anticipación de visionario, que Estados Unidos movía sus fichas para intervenir en Centroamérica en pos de bases de apoyo para su política de dominio hemisférico, política que se centraba ya en la construcción de un canal interoceánico en Panamá, canal que era necesario poder defender, principalmente, de las potencias europeas. El futuro canal es la razón principal por la que invaden, ocupan y retienen la isla de Puerto Rico en el 1898. A su paso por Colombia y Panamá reflexiona sobre estos temas. Pero además, antes de llegar a Perú, va dando cuerpo a la idea de la unidad latinoamericana, va acariciando los sueños de unidad continental de Bolívar, y va construyendo una concepción teórica de la América Nuestra que ata en un mismo nudo su estudio del pasado

y del presente para fraguar una utopía del porvenir. Hostos fragua una utopía robusta, compleja y táctica, anclada como pocas en el estudio exhaustivo de la realidad que va conociendo hasta el detalle más minucioso, desde la geografía y la geología, hasta los abonos, los inventarios de las haciendas, los sueños y las ambiciones de los distintos sectores y poblaciones, incluyendo, con particular atención, todos los grupos marginados de América. De esa concepción suya brota el reclamo hecho a los países de América de culminar el proyecto de Bolívar completando en Cuba y Puerto Rico la independencia del continente. Hostos lamenta los efectos prolongados de la herencia colonial de la América nuestra que nos mantienen desunidos y en perpetua riña, pero nos advierte de la necesidad de confederarnos para poder hacerle frente a los retos que plantean las potencias occidentales europeas y norteamericanas, y los retos colosales del porvenir que se avecina. El augurio geopolítico de Hostos fue, en efecto, extraordinariamente atinado, y la solución que propuso de unirse para poder equilibrar los campos de fuerza que estaban construyéndose, sigue siendo hoy, a mi juicio –y lo digo con mayor certeza después de la destrucción física y sociológica de la soberanía de Irak–, la ruta del porvenir. Vieques, el problema colonial de Puerto Rico e Irak, encuentran en el pensamiento anti imperialista de Hostos y en su conciencia moral un diagnóstico común y una común receta.

Me parece que es unánime, entre los entendidos, la posición cenital de Hostos en el contexto latinoamericano de la ética. No me limito a pensar en el educador, ni en el filósofo de la moral. Justo en la víspera del centenario de la muerte de Hostos que se conmemora el once de agosto de 2003, la prestigiosa editorial Routledge de Inglaterra publica el libro ***Fifty Mayor Thinkers on Education: From Confucius to Dewey*** *(Cincuenta Grandes Pensadores en torno a la educación: de Confusio a*

Dewey), libro en el que colaboran intelectuales de unos diez países, y en el que como única selección latinoamericana aparece Eugenio María de Hostos. Pero son también innumerables las referencias a su obra moral, que señalan a Hostos como cumbre hemisférica, no sólo en el plano de la filosofía ética, insisto, sino de la práctica, como modelo de vivir, pues Hostos dedicó parte considerable de sus esfuerzos al estudio y mejoramiento de sí mismo, anticipando con ello el psicoanálisis.

En este año que conmemoramos el centenario de su muerte, la Universidad de Puerto Rico en Humacao celebra en agosto un simposio en el que reclama que "no hay Hostos más vivo que aquél de su último respiro". Sin embargo, algunos ensayistas posmodernos interpretan la obra de Hostos como una caduca, inofensiva y problemática. Son los mismos ensayistas que niegan la pertinencia actual del concepto de nación, sobre todo en un estado y una comunidad, como la puertorriqueña, que aunque no ha logrado hacer prevalecer su identidad política ni su soberanía en los certificados, *vive*, no obstante, la nación. Estos ensayistas parecen darle la espalda a las complejísimas reflexiones de Hostos sobre la educación, sobre el derecho, sobre la vida moral, sobre la vida política de los pueblos, sobre la naturaleza humana. Hostos es pieza vital en muchos sentidos: como personaje que desempeñó, concretamente, en España, en las Antillas, en la emigración, en los países del sur de América, en Puerto Rico, una práctica,en diversos planos de la actividad humana, que no puede ser ignorada, ni desde el punto de vista del historiador que busca comprender lo que fue, ni desde el punto de vista de aquél que busca comprender lo que es. Si decimos que Hostos está vivo, cabría preguntarse entonces qué diría sobre el caso de Vieques.

Muerto en 1903, no tuvo oportunidad de anticipar nada en concreto sobre Vieques. Pero sí pudo anticipar el

sentido que tendría la conquista militar de Puerto Rico por las tropas norteamericanas. Esa es la razón por la que se decide a abandonar su posición como rector del Liceo de Primera Clase Amunátegui, en Santiago de Chile y su Cátedra de Derecho en la Universidad de Chile. Hostos intentó llegar al teatro de guerra de las Antillas antes de la invasión de Puerto Rico. No lo logró. Ya en Estados Unidos, a fines de 1898, integró una comisión junto a Julio Henna y Manuel Zeno Gandía que se entrevistaría con el presidente William McKinley para tratar asuntos como el problema monetario, el catastro, las leyes de bancos, la instrucción pública, el cabotaje, la autonomía municipal, los impuestos sobre licores, las milicias, el archivo y los concejos electivos. Pero, más que estos asuntos, a Hostos le preocupaba que las nuevas autoridades cumplieran con el principio de su constitución que establece que los poderes de un gobierno "emanan del consentimiento de los gobernados". A ello dedicó gran parte de sus esfuerzos y para ello fundó la *Liga de patriotas*. Hostos intentó organizar con la liga un grupo de puertorriqueños que instruyera al país sobre nuestro derecho a reclamar la celebración de un plebiscito. Como estuvo conforme con aceptar el resultado del mismo sea cual fuera, algunos arguyen que Hostos hubiera estado conforme con la estadidad. Lo que sí es necesario concluir es que Hostos establecía que, más imperativo que el derecho a reclamar la independencia, era el derecho a ejercer la soberanía que tenía y tiene el pueblo de Puerto Rico.

Si Puerto Rico no ejercía su derecho soberano a la autodeterminación entonces la dominación norteamericana sobre Puerto Rico se convertía en el producto de la ejecución de "la fuerza bruta", de "la brutalidad de la victoria" que pretende desconocer la "personalidad jurídica" del pueblo de Puerto Rico. Todavía en el 1900, nuevamente en el exilio, Hostos declara que es un "hecho manifiesto" que los norteamericanos proceden en Puerto

Rico como "fuerza bruta". Al preguntarse entonces "¿en dirección a qué va encaminada esa fuerza bruta?", responde:

"En dirección al exterminio. Eso no es ni puede ser un propósito confeso; pero es una convicción inconfesa de los bárbaros que intentan desde el Ejecutivo de la Federación popularizar la conquista y el imperialismo, que para absorber a Puerto Rico es necesario exterminarlo". (***Obras completas***, V.III, 2001)

Al oír a Hostos hablar de conquista y de imperialismo, ¿de qué exactamente estamos hablando? Veamos el contexto.

Hostos se expresó sobre la acción de conquista y dominación que durante el siglo XIX desempeñaron en América del Sur y Central, Asia, Oceanía, África, Australia, las potencias occidentales que se repartían el mundo. Y el testimonio de Hostos sobre este particular es claro y contundente.

Habría que decir, en primer término, que las expresiones que citaremos a continuación provienen precisamente del ***Tratado de moral*** (***Obras completas***, IX.I, 2000), título con que se conoce la recopilación de obras filosóficas –no políticas– de tema ético de Hostos. El libro tercero, publicado separadamente en 1888 en la República Dominicana por los discípulos de Hostos, se conoce como ***Moral social***, libro que acaso pueda considerarse como el núcleo fundamental más innovador del tratado, y libro que tiene la virtud de no estar constituido por una ética *a priori* sino *a posteriori*, derivada de la experiencia humana.

Hostos descata en la introducción la importancia del tema, pues alega que es precisamente la enorme divergencia y el insalvable contraste entre el extraordinario progreso material y el cuestionable progreso moral uno de los más formidables enigmas del porvenir. Le dolía la "incapacidad de la civilización contemporánea para hacer omnilateral –de todos– el progreso de la humanidad"

(191), de manera que "han podido renovarse en Europa y América –dice– las vergüenzas de las guerras de conquista, la vergüenza de la primacía de la fuerza sobre el derecho... la renovación de las persecuciones infames y cobardes de la Edad Media europea" (193). La vil repartición del mundo a través de guerras de conquista que tienen como fundamento verdadero el robo de recursos de pueblos alrededor del mundo, lleva a Hostos a declarar lo siguiente:

"Se buscan acá y allá, principalmente en América y en Oceanía (todavía el petróleo no tenía mucha importancia táctica), islas estratégicas que gobiernen mares, estrechos y canales, y que aseguren la primacía comercial, y en caso de querella, la prepotencia militar del ocupante; se rebuscan los escondrijos de nuestro Continente, que se cree o se aparenta creer que no tienen dueño; se registra de norte a sur, de este a oeste, de Guinea a Egipto, del Delta al Níger, el continente negro; en África, en América y en Oceanía, hoy como en los siglos XV y XVI, se ocupan territorios y jurisdicciones con la misma llaneza con que Colón ocupa las Antillas, con que Vasco Núñez de Balboa toma posesión del mar del sur, con que Vasco de Gama declara portuguesa una población de más de doscientos millones de hindús"... (194)

En otra página brillante, Hostos el educador, Hostos el demócrata, Hostos el moralista problemático, se pregunta:

"Qué ha sido de los indígenas de Australia? ¿Qué ha sido de los indígenas de las Antillas? ¿Qué ha sido de los indígenas del Perú, de México, del Brasil, de la Argentina? ¿Qué de los pecuodes, de los narragansets, de los natches? ¿Qué de aquellos dulces, pacíficos, benévolos, inofensivos habitantes de la Acadia canadiense, que ni siquiera eran salvajes, que ni siquiera eran de raza distinta, puesto que eran franceses, defensores de Francia y del derecho de Francia en la despiadada guerra de desalojo

que contra ella hizo Inglaterra en el Canadá?" (195)

Hostos se percata de cómo ha venido en auxilio de los conquistadores la política darwinista que tanta mecha y combustible generó más tarde en el fascismo europero. El "problema darwiniano" –observa Hostos– se proclamó lo mismo en el "Far West" (198), desalojando poco a poco de los territorios que según pactos previos ocupaban los autóctonos americanos, que en Australia. "Usufructúan – dice Hostos– la teoría de la selección y atribuyen a la lucha biológica la aterradora ruina de mil sociedades que, en todos los grados de razón y de cultura, ha destruido con perseverante brutalidad el egoísmo nacional". Y añade Hostos, el maestro y civilizador, el teórico de la lucha entre civilización y barbarie: " Culpa ha sido, torpeza ha sido de los hombres que se tienen por civilizados, el estrago de sociedades y civilizaciones incipientes". Hostos se percata de que el motor de destrucción está en el "tremendo empuje de la industria" y la lucha por la "primacía comercial". Por eso tiene que denunciar que las "naciones sedicientes civilizadas no han seguido, en sus relaciones con las que consideran razas inferiores, otra que la conducta ignominiosa de los bandoleros del mar, para quienes el dolo, el engaño y la violencia son medios necesarios" (198).

Se pregunta Hostos: "¿La civilización no es, al contrario, vencimiento de la fatalidad por la libertad, dominio de la fuerza por la inteligencia, apropiación de agentes naturales por agentes científicos y económicos, aprovechamiento de todo para mayor bien de todos, desarrollo tal de razón que cada vez haga más dueño de sí mismo al hombre"?

"Desolan, y ya han civilizado", dice en una conclusión de prodigiosa transparencia Hostos. Y añade: "Pero seres de razón, civilizar no es desolar; civilizar no es sustituir la población de un territorio con los advenedizos que ponemos en lugar de ella".

La posición de Hostos en el 1898 respecto a la ocupación "imperialista" de Puerto Rico se transparenta en este contexto. La edición reciente en dos tomos del volumen *Madre Isla*, como parte de la edición crítica de sus ***Obras completas*** que produce el Instituto de Estudios Hostosianos, no deja espacio para la ambigüedad. Hostos repudió la conquista, repudió el acto de barbarie imperialista de tomar por asalto, y sin consulta de ninguna índole, la isla –y el archipiélago– de Puerto Rico, concretamente, y repudió al país que de esta manera hacía trizas su propia constitución republicana. Todas las expresiones de Hostos sobre la ocupación de Puerto Rico pueden ser tomadas como evidencia de que repudiaría, asimismo, la política genocida y criminal desarrollada en Vieques. Añadirle a estas expresiones suyas sus planteamientos sobre la dignidad humana, el respeto a la vida y el principio rector de la libertad sin frontera del ser humano sería llover sobre mojado. De hecho, la ocupación de Vieques por la Marina de Guerra viola varios, sino todos, los principios de los independientes que formuló Hostos en el 1876, pues la ocupación militar de un territorio ajeno trastoca todo el fundamento moral de la conciencia y todo principio racional.

También me parece evidente que Hostos rechazaría la guerra contra Irak con todo el poder de su dignidad. Diría que se trata de una nueva guerra imperialista hecha con el sólo propósito de robarle el petróleo irakí a su población, y de establecer un régimen títere sostenido por las armas y los medios disuasivos ocultos pero aterradores de Estados Unidos e Inglaterra, que permita dominar el mediano oriente sin mediación de Israel ni de Arabia Saudita, con bases en Afganistán y ahora en Irak. Un multitudinario *gasjacking*. *Hussein made in USA* es una excusa insuficiente, pues no sólo era incapaz Irak de amenazar a Estados Unidos después de perder la guerra de 1991 y de vivir acosado y bloqueado por tantos años,

sino que las inspecciones tenían el efecto deseado. Cierto es que Irak no era una democracia, pero no lo es ningún país del área.

Pero, ¿de cuál democracia hablamos si los gobiernos no obedecen a los pueblos ni en Inglaterra ni en España? ¿No tenía Aznar que responder antes que a su compromiso y a su responsabilidad, a la voluntad del pueblo español? Darle la espalda a la voluntad popular, ¿no define lo que es una tiranía? Por otra parte, la democracia no se puede exportar, menos con la cruda violencia, la matanza criminal y atroz de inocentes que vemos por televisión. Los hechos no han demostrado que Hussein no gozara del respaldo de su pueblo, pues los invasores han tenido que utilizar todo su poderío aniquilador para prevalecer. Han asesinado miles de inocentes, como en todo el mundo se advertió que sucedería. Ello fue la principal razón que sostuvo la globalizada oposición a la guerra. Ante la matanza realizada en nombre de la libertad y de Dios, ¿no deberíamos recordar la destrucción de Sodoma y Gonorra: *"¿Y si hubiera sólo diez justos?"*, preguntó insistente Abraham a Jehová (***Génesis*** 18), para certificar que no eliminaría al injusto junto al justo. La televisión se conmueve ante las imágenes de una muchedumbre que tras semanas de bombardeo, muerte, terror, hambre y sed, pisotea estatuas de Saddam y recurre para sobrevivir al saqueo. Pero, ¿qué tan difícil es reunir un grupo de personas para cualquier tipo de diversión? Lo sublime, lo extraordinario, es cavar trincheras y esperar a que llegue un misil, un avión, un tanque. Lo sublime y extraordinario es que el pueblo proteste esa ocupación y demande cuando aún corre la sangre fresca por las calles el regreso de Saddam. La arrogancia imperial, que ya busca otros objetivos para continuar sus desenfrenos, no se conduele nunca.

León Felipe denunció a Inglaterra, cómplice del

abatimiento de la República Española en la guerra civil de 1936 a 1939, como la "vieja raposa y avarienta". España debería avergonzarse de haber patrocinado una Guérnica infinitamente más carnicera que la piratería del capitalismo más crudo, el capitalismo que creíamos desaparecido de la historia y que sólo mantuvo disimuladas sus garras mientras duró el jaque soviético. Viendo CNN comprendemos por qué estas guerras se denominan en la historia como "guerras de rapiña". Guerras para robarle a los muertos los dientes de oro. Se trata, sin más ni menos, de comerle las entrañas a seres todavía vivos, como hacen los buitres. Leí, hace unos pocos años, autores que alegan que estamos ante la construcción de una nueva era feudal. Sostienen que está en construcción un mundo en el cual habrá un país que fungirá como el *señor feudal*; el resto del mundo, avasallado. Avasallado quiere decir que serán dueños de nuestra vida y de nuestro destino. Ellos actuarán unilateralmente: han declarado que no necesitan de las Naciones Unidas. Esta organización se fundó para evitar guerras y matanzas. Ahora, bajo su protectorado, se desarman los países para que luego contemplemos cómo se bombardean pueblos que no pueden defenderse. Israel asesina y roba tierras a los palestinos todos los días. Estados Unidos convierte a Irak en su propia inmenmsa Palestina mientras destruye los fundamentos de un país al destruir y quemar toda la organización legal y las determinaciones jurídicas de los ministerios, de la misma manera que destruye con la anuencia del silencio de las naciones del mundo parte insustituible del milenario patrimonio cultural de la humanidad, crimen mucho más abominable que las acciones cometidas por el fundamentalismo afgano o la intolerancia nazi. Toda esa documentación de siglos, todas esas obras de arte de la historia, ¿se habrán quemado en verdad, o el fuego destruyó sólo la evidencia de un hurto colosal?

Destruida la organización de las Naciones Unidas por

un poder que lleva de manera unilateral, sin sufrir consecuencia alguna, la legalidad internacional en su bolsillo, no podemos ni sentarnos a llorar ni resignarnos a que lo que pasó pasó. No podemos, porque lo que pasó no dejará de pasar. Volverán los aviones y los misiles. Volverán los *marines* y la destrucción. No son omnipotentes, es bueno saberlo; pero también hay que saber que nunca ha sido un bien constituir tanto poder en un solo lado. Es una verdad de la historia que el poder absoluto corrompe absolutamente. Es necesario denunciar el imperialismo que vuelve, una y otra vez, por sus muertos. La televisión se encargó de demostrar cómo las bombas y los tanques elevaban los indicadores financieros de Wall Street.

Saramago ha llamado primero, en Brasil, a reinventar la democracia; luego, y a propósito de esta guerra, llamó a constituir a modo de una nueva superpotencia las protestas de la opinión pública mundial. Hostos creía en la necesidad de instrumentar fuerzas civiles al margen de los partidos políticos tradicionales. Pero esa opinión hay que forjarla con mucho cuidado y mucho esfuerzo, pues uno de los poderes de dominación está definido por el control casi absoluto de los medios de información multinacionales, el cine, la televisión, la prensa.

Creo que es necesario volver a la idea persistente en Hostos de fraguar, constituir, federaciones y confederaciones regionales. Los países pequeños están absolutamente impotentes ante la capacidad de intervención estadounidense. Pero hay que tener en cuenta que estas federaciones no pueden constituirse definidas sólo en función de los intereses regionales de sus miembros, porque por allí se colarán, siempre se cuelan para anularlo todo, los norteamericanos: hay que constituirse también en relación a los Estados Unidos. Esto es lo principal, pues quien pone el dinero domina, siempre domina. Hay que estar convencidos de que la fuerza bruta no podrá ser

vencida hasta que ella misma se dé cuenta de que se ha convertido en un poder imperial, y que **no pueden haber imperios buenos**. Verá entonces con terror su propia imagen en un espejo. Esa función concientizadora cumplió en Vieques, con notable maestría, la desobediencia civil.

La desobediencia civil en Vieques demandó el fin de los bombardeos movido principalmente por razones humanitarias. Se argumentó con razón el efecto letal de la contaminación producida por las prácticas; se argumentó con razón el deterioro de la calidad de vida del pueblo de Vieques; se argumentó con razón que la presencia de los marinos trastocó con el ejercicio generalizado de una violencia individual –que llegó al asesinato, las agresiones y las violaciones sexuales– la vida de los viequenses; se argumentó con razón la injusticia de las expropiaciones forzosas y la estrangulación de la economía de Vieques. Pero la desobediencia civil planteó también con éxito la demanda de paz.

Pienso que la humanidad debe hacerse eco de esta demanda, y que la paz debería proclamarse como la meta principal del siglo XXI: no más armas de destrucción masiva, NI EN IRAK NI EN NINGÚN OTRO LUGAR DE LA TIERRA; no más militarismo, PARA NADIE; NO MÁS GUERRAS! Nunca más! No toleremos otra vez la guerra. Que la guerra sea proscrita de la historia. Despidamos con ellas los ejércitos. ¿Cómo podemos tolerar aún la matanza?

¿Utopía? Las utopías mueven el mundo. Las utopías señalan rumbo. ¿Era imposible sacar la Marina de Vieques? ¿Será imposible que Puerto Rico recobre la personalidad jurídica que le arrebató la invasión norteamericana?

Hostos sostuvo con razón que "ni hoy ni mañana ni nunca, mientras quede un vislumbre de derecho en la vida norteamericana, está perdido para nosotros el derecho de reclamar la independencia, porque ni hoy ni mañana ni

nunca dejará nuestra patria de ser nuestra". Sostuvo también que el dominio norteamericano sobre Puerto Rico no podía sostenerse dentro del derecho norteamericano, de manera que la **"situación se vendrá al suelo en cuanto la Asamblea Legislativa de Puerto Rico pregunte en virtud de qué derecho del pueblo americano puede el pueblo puertorriqueño ser súbdito suyo**; y en cuanto pida que le enseñen la ley escrita que reconoce a la Federación americana, el derecho, el poder, la capacidad siquiera de tener 'posesiones', se caerá por si misma la 'posesión de Puerto Rico"".

Hostos nos enseñó la fuerza del consenso; la fuerza de la voluntad unida de un pueblo. ¿Podrá todavía hoy, a cien años de su muerte, señalar la solución al problema colonial de Puerto Rico?

Eugenio María de Hostos: el centenario ardiente

A la memoria de don Demetrio Ramos

Con la muerte de Eugenio María de Hostos, ocurrida el once de agosto de 1903, se cierra, en apariencia, el ciclo de una de las vidas más extraordinarias que alentaron el rumbo revolucionario del Caribe en toda su historia. Decimos que "en apariencia" porque personalidades como las de Hostos continúan alentando cambios radicales por toda la región. Pensemos en el zapatismo mexicano, en el sandinismo nicaraguense, o en ese Martí que continúa alentando la revolución cubana en el sesquicentenario de un natalicio que se celebra "por el equilibrio del mundo". Hostos, por su parte, es invocado como inspiración maestra de un movimiento de consenso sin precedente que al cabo de cinco siglos de coloniaje logró levantar el «cadáver aún no nacido» de la nación puertorriqueña y expulsar de su isla de Vieques a la Marina de Guerra Norteamericana, acontecimiento histórico que parecía un imposible, aún antes del "11 de septiembre", hasta que fue certificado, finalmente, el primero de mayo de 2003.

---

*Publicado en ***Cuadernos Hispanoamericanos,*** (núm. 640, octubre de 2003)

En medio de la corrupción omnipotente que arropa a un país entregado a las privatizaciones del neoliberalismo, Hostos también es evocado nuevamente, en el centenario de su muerte, no sólo como el maestro de moral incorruptible que fue, sino como fuente de una revolución educativa que se percibe imperativa. Filósofo o sociólogo, educador o moralista, propagandista o poeta, político práctico o utopista, Hostos es una de esas personalidades que desborda esquemas, una "figura poliédrica", como lo califica con devoción José Ferrer Canales. Si al final de su vida sorprende que la República Dominicana lo venere en el Panteón de los Héroes de la República, que un monte del sur de Chile lleve su nombre como lo llevó la primera locomotora que cruzó los Andes, que la Sociedad de Estados Americanos lo proclamara en el centenario de su natalicio "Ciudadano Eminente de América" (1939), sorprende aún más constatar que Hostos parece haber llegado al mundo armado ya con sus innumerables instrumentos maestros, pues los diversos desarrollos de su militancia y de su inteligencia tienen, todos, raíces ya patentes en el que con frecuencia llamamos "joven Hostos", es decir, el Hostos en su etapa de formación española.

Aclaremos, en primer lugar, que Hostos no es español, ni dominicano ni chileno, sino puertorriqueño. Cierto es que Puerto Rico era aún colonia española en el 1839, año de su natalicio. Pero como ocurre con Betances, con Segundo Ruiz Belvis, con los puertorriqueños todos que conspiraron contra la tiranía española a lo largo del XIX, particularmente los que protagonizaron en el 1868 el Grito de Lares, Hostos *vive* una nacionalidad que está en contradicción con el gobierno monárquico español, una nacionalidad que está "creando" con sus esfuerzos, según le responde al inspector de inmigración de Brasil en 1874.

No obstante, hablamos de su etapa española no sólo

porque allá acudiera a estudiar desde los trece años, sino porque entre 1852 y 1869 depura sus ideas y principios, así como madura y prueba sus armas. En el 1863 parece anticipar ya, proféticamente, lo que será la aventura de su vida entera. Ese año publica en Madrid el "poema-novela" que titulará ***La peregrinación de Bayoán***, con el propósito de reflexionar en voz alta sobre la situación política de las Antillas, y de crear conciencia entre los españoles de la política tiránica que practicaban en ellas y que habría de traerle el "desastre" del 98. Bayoán es en la historia puertorriqueña el *deicida*, pues el nombre se refiere al primer cacique que se atrevió a comprobar la inmortalidad de un español ahogándolo en un río. En la novela Hostos repasa la historia de España en América, denuncia su sometimiento, y denuncia la colonia. Peregrinación, camino o proyecto, al final del mismo, tras el proceso vacilante —o, acaso, dialéctico— que registra en su espíritu una tenaz lucha de fuerzas opuestas, regresa a la América que declara su patria.

Entre la denuncia y la adscripción a esa lealtad americana que proclamará desde la tribuna del Ateneo madrileño en el 1869, Hostos traza los hitos de una política que va más allá del reformismo que se le ha atribuido a su etapa española. Cierto es que Hostos abogó hasta 1868 por una confederación española que incluyera a las Antillas, pero su concepción era, por un lado, soberanista, en el sentido de que Hostos planteaba a partir –no, a imitación– del modelo canadiense la constitución de un estado federal español descentralizado que reconociera la autonomía y diversidad de sus provincias; por otra parte, Hostos se percataba desde entonces de que la nacionalidad de las Antillas era un germen a fortalecer más que una realidad cristalizada. Además, Hostos, que buscaba una solución viable política y económicamente para sus islas, advertía que el estado de deterioro y postración de ellas hacía muy difícil la constitución de un estado que no

estuviera asociado con otro. Más que en la independencia, aspiraba a la libertad. Por eso insistió continuamente en la constitución de una confederación de las Antillas, así como recomendó distintas fórmulas de asociación para los países todos de América. La verdadera naturaleza de sus miras se hizo evidente cuando triunfa en España la revolución septembrina en el 68. Hostos no se satisface con ella si no se extiende la revolución a las colonias. Defiendió en Madrid a los revolucionarios que en Lares y en Yara proclamaron las repúblicas de Cuba y Puerto Rico. Y cuando se percató de que Serrano y su gobierno traicionaban en las Antillas los principios republicanos, rompió con ellos e inició desde Nueva York su incesante prédica a favor de la independencia.

Con su regreso definitivo a tierra americana, Hostos llegó a la Jerusalem de su destino escogido. Esta consagración a la lucha por la libertad de las Antillas y de la América nuestra requirió en el joven Hostos de una preparación para el martirio. Este es otro de los asombrosos aspectos no caducables de su vida. Me refiero a que Hostos, a raíz de la muerte de su madre, ocurrida en Madrid en el 1862, sufrió una crisis de tormentos de la que salió gracias al auxilio de una práctica entonces inédita: el riguroso estudio constante de sí mismo realizado a través de la reflexión escrita en un diario. Esta práctica terapéutica de Hostos es única. Y de ella surgen no sólo los textos extraordinarios de sus diarios íntimos, sino las dos novelas conocidas de Hostos, así como también cuentos, ensayos, reflexiones, estudios sicológicos de muchos personajes de Shakespeare, estudios de la famila, estudios de la naturaleza humana, estudios epistemólogicos de los que derivará más tarde una pedagogía original que atenderá al cultivo en fases progresivas de las facultades humanas de la razón, la emoción y la voluntad, así como de las operaciones que van desde la intuición hasta la sistematización y el desarrollo de la conciencia del bien

moral basado en la experiencia humana. La certidumbre radical de la igualdad de los sexos que defenderá en Chile en los setenta e instrumentará en la República Dominicana en los ochenta, estaba ya expresada en limpio en ***La tela de araña***, novela de la fragua de sus sesenta. También está en ella su convicción de la función liberadora de una educación que ha de propender a forjar seres humanos "completos". Toda la obra de Hostos parte del principio rector de la libertad humana que forjó al calor transformador de sus años de oruga española.

El *Diario*, publicado en dos volúmenes en la edición de 1939, es un texto verdaderamente *sui generis*. Gabriela Mora ha demostrado en sus estudios de esta obra una singularidad que parte del carácter verdaderamente íntimo de su contenido, y que muestra con absoluta autenticidad al genio severo, voluble, vulnerable, mientras enfrenta los retos formidables de una obra redentora que se extendió por varios continentes mientras conspiraba contra el imperio español, contra el imperio norteamericano, contra los dictadores dominicanos, contra los reyes o dictadores de todos los países, y que se comprometió no sólo con los antillanos de Puerto Rico, de la República Dominicana, y de Cuba, sino con los colombianos, los panameños, los chilenos, los paraguayos, los peruanos, los argentinos, los brasileños, los venezolanos, así como con los chinos del Perú, los cholos, los mapuches, los incas, los araucanos, los gauchos, los esclavos africanos, los peuhenches, los indios de la América del norte, las poblaciones autóctonas de la Oceanía, la emigración latina en Estados Unidos, los trabajadores de las minas, los obreros, los inmigrantes, las mujeres, en fin, con todos los marginados de la tierra.

La expansión continental de sus luchas fue una continuación de su redención de las Antillas. A su llegada a Nueva York, en 1870, encontró que el liderato de la emigración buscaba la independencia de España sólo para

buscar luego la anexión a Estados Unidos. Hostos, como Betances, combatió el propósito *in situ*, pero lo combatió, además, al decidirse a buscar fuera de Norteamérica apoyo para la guerra que se desarrollaba en la Cuba de Céspedes. Es con ese propósito que inicia su viaje de cuatro años al sur de América, esa nueva peregrinación, fuera del marco de un "poema-novela", que habría de dejar grabada en la roca de la historia la personalidad viva del Hostos definitivo.

Su primer paso fue un tributo a Bolívar: asumir como suya la idea de la gran nación latinoamericana. Su viaje lo detuvo en Cartagena, donde comenzó a construir, a propósito de los cholos y de la fortaleza española en la bahía, su ambición de una América unida; en Panamá, donde anticipó que las fuerzas del naciente imperialismo norteamericano se convertirían en la agonía del Itsmo; en Perú, donde ponderó la manera como el coloniaje lograba sobrevivir a la independencia, abominó la cultura omnipotente de las iglesias y defendió lo mismo a los trabajadores de las minas, que a los incas y los chinos; en Chile, cuya geografía escudriñó y estudió con el detenimiento de los poseídos, estudió la pujanza de su industria, las contradicciones de su devenir político y defendió el derecho de la mujer a la educación profesional y a una vida social jurídicamente responsable; en Argentina, donde al ponderar la influencia de la variada emigración, la fuerza de sus ríos, el estado de su interior fragmentado, la situación de los habitantes diversos y dispersos, la herencia del jesuitismo y las misiones, la necesidad de que el ferrocarril tramontara los Andes, el estado de las haciendas y poblados, iba poco a poco instrumentando la primera mirada sociológica de América; en Brasil, cuya naturaleza tropical confundió con el Edén, lo sorprendió su sociedad aún esclavista y las inusuales relaciones que observó entre los distintos sectores sociales. Pocos años más tarde visitaría Venezuela. Su asentamiento en la Re-

pública Dominicana, donde fundó la escuela Normal y, a partir de ella, comenzó a expandir los horizontes de la educación laica y científica, coincidió con la Paz del Zanjón, es decir, con el fin de la guerra en Cuba. Hostos procuró entonces crear los ejércitos de "hombres completos" que necesitaba para construir con ellos la utopía de libertad que vislumbró en las Antillas. Mucho después regresó a establecerse en Chile donde, desde la rectoría de los liceos de Chillán y Amunátegui, emuló la obra educativa de Andrés Bello, hasta que la guerra iniciada por Martí en el 1895, y la inminente invasión norteamericana de las Antillas, en el 1898, le arrebatara los reposos y lo hiciera volver a *sus islas*. Pocos años más tarde hallaría, de vuelta en Santo Domingo, un lugar, ya sin exilios, en el Panteón de los Héroes de la República Dominicana.

Algunos estudiosos de las nuevas generaciones se han dado a la tarea de "desmitificar" la obra del hombre que fue Hostos, y al hombre mismo. Armados de una terminología "posmoderna" y desde el terreno pantanoso de una ideología neoliberal que ha hecho de la historia un relato de ficción mientras reniega de esa utopía que acaricia esperanzas más allá del sueño de los pobres y oprimidos, esa utopía que, en lucha contra la fatalidad y la derrota previa, auspicia la transformación revolucionaria en nuestros países, cada vez más necesaria, esos críticos descalifican al Hostos vacilante, indeciso, inofensivo, problemático, inerte ante las urgencias del siglo XXI, en cuya obra está ausente la aportación propia original.

Un punto de apoyo, incuestionable, parecen tener en el *Diario* de Hostos. En efecto, el *Diario* muestra un Hostos muchas veces confuso y contradictorio. Pero este Hostos no es el Hostos público de la tribuna, de la liga y del comité revolucionarios, del Ateneo y del salón de clases, de los discursos, las cartas, los ensayos todos. El Hostos del *Diario* es el sometido a las pruebas de su voluntad, a la terapia sicoanálitica de sus emociones, al

debate dialéctico que genera ideas y determinaciones. En él se crece la naturaleza humana, como en muy pocas ocasiones, si acaso alguna. En el *Diario* asistimos al testimonio siempre inédito de un ser ardiente y sin reposo. A la confesión de una verdad buscada sin guía, en el sobresalto del tiento que admiró Martí. A la determinación que tritura sus incertidumbres y que admiraron en él Máximo Gómez y Gregorio Luperón. Que tire la primera piedra quien nunca tuvo duda. Que tire la primera piedra quien no vaciló ante el debate con los egregios y los potentados. Que tire la primera piedra quien no tuvo temor al iniciar una revolución. Que tire la primera piedra aquel que abrió sin aprensiones las puertas de lo desconocido. Que tire la primera piedra aquel que se mantuvo sin vacilación al frente de las tropas de la ignorancia, de los campesinos hambrientos, de los trabajadores timados, de los desposeídos, de los marginados, del porvenir de un continente entero.

Al hablar, a propósito del centenario de su muerte, del *Hostos vivo*, no pretendemos resucitar un cadáver, sino adscribirnos a la agenda de una obra que tuvo como misión forjar el porvenir no alcanzado de la América nuestra. Pero si, en efecto, cargamos con un cadáver, no será un lastre caduco: será como Ramón Emeterio Betances cargó desde Francia con el cuerpo de su "Virgen de Borinquen", o será como el desmitificador aquél, que para demostrar la insustanciabilidad de la vida de Hostos, escribió una obra ¡en siete tomos! La libertad que señala y busca toda la obra de Hostos, sigue estando más allá del territorio inhóspito y feral que nos separa de esa utopía de confraternidad que aspiramos como porvenir americano, utopía que confieso me acaricia en mis desvelos, aunque sé que sólo está al alcance del que lucha. Para esa lucha encontramos en Hostos una cantera inagotable de piedras para la honda y para darle firmamento a las cuitas de nuestros senderos.

Discurso de apertura

Los vivos sueños de un Hostos vivo

No sé si ustedes están aquí para, como quieren algunos, enterrar un cadáver. Pero, para mi humilde entender, la presencia de ustedes certifica, inequívocamente, aunque algunos no lo quieran, que Hostos está vivo. Benedetti escribió a propósito de la muerte de Roque Dalton, que la muerte no sabría qué hacer con tanta vida. Preciso es afirmar lo mismo en el caso de Hostos. Recordemos que Juan Bosch consignó con su vida y con su sangre que había vuelto a nacer al conocer a Hostos, 35 años después de su muerte. Me pregunto cuántos de nosotros podemos consignar lo mismo.

Hace unos pocos meses le preguntaba al país si, acaso, podríamos decir en su ofrenda fúnebre como Cervantes dijo de don Quijote: que muere –otra vez– rodeado de sus amigos. Pero añadía que de ninguna manera debíamos permitir que se diga de sus sueños, lo que se escribió de los sueños de Quijano: que nacieron sólo para él. Y sólo él para sus sueños. Ustedes me dan

---

*Discurso de apertura del Simposio *Hostos: Forjando el porvenir americano*, pronunciado el jueves 14 de agosto de 2003 en el teatro de la Universidad de Puerto Rico en Humacao.

la respuesta. Hostos está aquí rodeado de sus amigos, y la presencia de ustedes es testimonio de que sus sueños no están muertos, seguramente porque no fueron sueños concebidos, engendrados y forjados sólo para él, ya que Hostos trabajaba no para sí, sino para los suyos.

Me pregunto, por otra parte, ¿quién vive más? ¿Vive más quien rinde sus armas ante el imperio o quien las levanta? ¿Vive más quien desdice de su nación o quien la afirma? ¿Vive más quien alienta las reivindicaciones de un pueblo o quien las disuelve en la ironía y la fatalidad? ¿Vive más quien se desvive por el progreso o quien se desvive por la justicia? Me pregunto, finalmente: ¿De qué otra manera se puede conmemorar mejor el centenario de la Universidad de Puerto Rico, y el cuadragésimo de este recinto que recordando la vida de quien llegó más alto y más lejos, por donde verdaderamente cuenta, que es en la moral y en el pensamiento?

No estamos aquí para agradecer, aunque deberíamos agradecer. Hostos es el más notable escritor puertorriqueño y no sé al día de hoy, año del centenario de su muerte, de una sola semana de lengua que se haya celebrado o se vaya a celebrar dedicada a su obra. ¿Eso es agradecer?

No estamos aquí tampoco para discutir una caducidad. No estudiamos el pasado sólo con el propósito de conocer lo que fue, sino para saber quiénes somos, en qué hemos fallado, qué nos queda por hacer, cuáles principios deben conducir nuestros pasos. ¿Hemos creado el "hombre completo" que siempre soñó Hostos? ¿Le hemos dado a la mujer el mismo espacio libre y decoroso que merece todo ser humano? ¿Le hemos devuelto al trabajador el fruto íntegro de su trabajo? ¿Hemos distribuido con razón y justicia la riqueza social? ¿Vivimos una verdadera democracia? ¿Educamos a nuestros niños en la plenitud de sus facultades? ¿Predomina en nuestras comunidades el sentido de

justicia? ¿Somos solidarios con los pueblos del mundo? ¿Nos indigna la injusticia que se comete contra cualquiera y en cualquier parte? ¿Son libres los países de la América Latina? ¿Es libre Puerto Rico?

Pensaba en estas cosas hace algunas semanas cuando recibí por correo electrónico la "Declaración de la paz" promulgada en mayo pasado, en Puerto Rico, por las participantes en el *V Encuentro (internacional) de Escritoras*, con un epígrafe de la poeta Etnairis Rivera, tomado de un libro escrito precisamente a propósito de Vieques, y con un preludio dedicado a Hostos. Dicen con valor nuestras mujeres: "...*no más bombas, no más ladrones del futuro, /no más guerra./Este es nuestro canto./El que sienta miedo, que respire hondo,/que piense en el mar,/en el beso de su amante.*"

Otra vez la mujer da el paso al enfrente. Otra vez la mujer se nos adelanta. Recordé que hace alrededor de diez años le propuse a la Junta Editora de EXÉGESIS la idea de convocar un *Congreso por la esperanza.* Entonces no supe darle contenido concreto a la idea, y no pude sostenerla. Sólo pensaba en combatir ese ingrediente de fatalidad que saturaba en Puerto Rico el pensamiento de los posmodernos, fatalidad que Hostos pensó necesario combatir porque destruye las utopías, desarma las luchas. Años después, en Porto Alegre, Brasil, comenzaron a celebrarse enormes convenciones bajo la consigna de la esperanza, de que otro mundo es posible, de que aún creemos en los sueños.

Detrás de nuestras mujeres, pero con ellas, detrás de Porto Alegre, pero con Hostos, confieso: Que estoy hoy aquí porque Hostos no me permite estar conforme con el país en que vivo. Que estoy hoy aquí porque Hostos no me permite estar conforme con el mundo en que vivo. Pero que también estoy hoy aquí porque Hostos me enseñó que la patria es el punto de partida. Y porque Hostos me enseñó a amar la Libertad, la España familiar, la Cuba que

lucha, la Dominicana que sufre, el Chile distendido que propugna, la Patagonia que se debate, la América del sur, la calumniada, la América del Centro que nos une, la América del Norte que era –y es– viva promesa, el mundo en fin, que es aspiración de vida fecunda y útil. Que estoy aquí porque no me satisfacen las prisiones que castigan y no rehabilitan. Estoy aquí porque la educación no forja conciencia moral ni seres humanos íntegros. Estoy aquí porque la familia se desintegra en nuestro modelo social, y se esfuma la vida en comunidad, tan necesaria para fortalecer por dentro los países. Estoy aquí porque cada vez se distribuye de manera menos equitativa la riqueza y toleramos los pordioseros en los semáforos. Estoy aquí porque Hostos observó que la riqueza se crea a través del trabajo y el trabajo hoy no se retribuye con justicia. Estoy aquí porque sé que hace más de un siglo que disponemos de la técnica y la capacidad industrial para terminar con el hambre en todo el mundo, pero toleramos que millones de seres humanos, tantos miles de niños, mueran de hambre cada año. Estoy aquí porque a la solidaridad sólo la despiertan en nuestros países los más casos extremos. Estoy aquí porque no sabemos vivir en la plenitud de nuestras facultades y los libros son cada vez más inaccesibles. Estoy aquí porque Hostos repudiaría las armas de destrucción masiva. En Irak, y en todos los países. Estoy aquí porque Hostos repudiaría las guerras, todas las guerras, no más guerras. Estoy aquí porque Hostos trabajaría por abolir todos los ejércitos. No más ejércitos. Esa debe ser la utopía del siglo XXI, nuestra utopía hostosiana. Estoy aquí porque Hostos forjaba sueños, creía en la democracia verdadera, en la soberanía de los pueblos, creía en la necesidad de la justicia, creía en sus utopías, trabajaba por otro mundo posible.

La lucha del pueblo de Vieques se desarrolló en esa dirección. Esa lucha fue maestra en nuestra tierra del poder de la solidaridad. Por eso este simposio, dedicado

a Hostos, en el centenario su muerte, terminará con la otorgación de la *Medalla Hostos a la Solidaridad* que otorgaremos al pueblo de Vieques.

Pero también este simposio se le dedica a la memoria póstuma de un estudioso ejemplar, y ejemplarmente militante, que nunca perdió de vista la actualidad del pensamiento hostosiano: Manuel Maldonado-Denis. Muchos otros pudiéramos recordar, entre los ya desaparecidos, y el recuerdo se encapricha ahora particularmente de Josemilio González, Francisco Manrique Cabrera y Juan Bosch. Por fortuna, contamos todavía con la presencia egregia, hostosiana, de Don José Ferrer Canales y de Don Julio César López.

Un último comentario antes de pasar la palabra. En la Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México leí recientemente este poema de Manuel Scorza, fallecido hace 20 años:

"América,
no puedo escribir tu nombre sin morirme.
Aunque aprendí de niño,
no me salen derechos los renglones;
a cada sílaba tropiezo con cadáveres,
detrás de cada letra encuentro a un hombre ardiendo,
y no puedo ni cerrar la a
porque alguien grita como si se quedara adentro."

Me conmovió este poema de Scorza porque a mí me ocurre lo mismo con Hostos. Alguien, siempre hay alguien que grita en sus páginas. Recordamos, por lo menos a la pobre campesina que se arrodilló ante el templo de la Normal porque creía en el poder transformador y reparador de la verdad. Pero hay muchas otras voces que gritan, aún irredimidos y oprimidos, en los textos de Hostos. Por ellos, por los que gritan y encuentran su voz en la palabra de Hostos, hemos forjado este simposio. Los invito a todos a suscribir con Hostos un pacto de sangre con aquella campesina que aún vive, que anda por ahí,

tocando, para quien pueda oír –para quien pueda oír, ¡eh!–, una campana.

Muchas gracias.

Discurso de clausura

Vieques: Medalla Eugenio María a la Solidaridad

Una clausura debe estar constituida por un acto que de alguna manera resuma el evento y lo cierre, o que lo impulse hacia el futuro y lo deje abierto. De una u otra forma, una expresión del sentido común aconseja cerrar con broche de oro.

No nos ha sido posible tener una idea cabal de la información compilada durante estos tres días. Habrá que esperar a ver reunidas las actas para pasar el justo balance y poder determinar en qué medida hemos logrado conmemorar con justicia este centenario. Me atrevo a anticipar que nos hemos quedado cortos. Sin embargo, el fruto ha sido grande, copioso. Gracias, muchísimas gracias, a todos los que han hecho posible lograr este simposio. Grande ha sido, es, lo que pudimos lograr, de todo corazón. Y así, de todo corazón, lo ofrecemos al pueblo de Vieques.

Me consuela pensar que el simposio no termina hoy. Y que sus consecuencias se expandirán quién sabe hasta dónde, hasta cuándo, quién sabe cómo. Cuando anunciamos hace algunas semanas que entregaríamos al pue-

blo de Vieques, como actividad cumbre de este simposio, la que hemos llamado ***Medalla Eugenio María de Hostos a la Solidaridad***, recurrimos a la idea desarrollada por Pablo Neruda en su discurso de aceptación del Premio Nóbel de Literatura que se refiere a la "ardiente paciencia". La frase, tomada de un poeta francés, articula toda una concepción de la historia humana que se ha caracterizado por el intermitente, pero continuado y perenne esfuerzo, nunca derrotado por los numerosos reveses, de construir un mundo mejor, idea también plasmada en la expresión de la idea matriz de este simposio: *forjar el porvenir americano*. Lo que decimos, pues, con esta medalla, es que, de espaldas a toda fatalidad, la vida de Hostos fue paradigma continental de ese esfuerzo, así como cien años después, del mismo modo, lo ha sido también el pueblo de Vieques. Contemplando la centenaria lucha del pueblo de Cuba por su libertad, expresó Hostos a propósito del poeta militante cubano conocido como Plácido, las siguientes palabras que llevo siempre en mi corazón:

"*Los momentos pasan; pasan por ellos los hombres; pero siempre llega el día de la victoria para la justicia. Que no lo vea el que por ella ha sucumbido, eso ¿qué importa? El fin no es gozar de ese día radiante; el fin es contribuir a que llegue el día.*"

Hostos no fue sólo un hombre de su tiempo, si con ello queremos significar que fue sólo un hombre del siglo XIX. Como ocurre con Rimbaud, el poeta francés que recuerda Neruda, el tiempo de Hostos fue siempre una anticipación, espacio futuro a descampado, deseados mundos posibles que hoy –¡hoy!– no hemos alcanzado. Hostos no aceptó el mundo que encontró en todo su peregrinar. Dedicó su vida entera, todos sus esfuerzos, a transformarlo, a dirigirlo por el rumbo de la libertad y de la justicia. Más que un hombre de su tiempo, fue Hostos un hombre *contra* su tiempo. No se puso nunca al servi-

cio de quienes hacen la historia desde Madrid, ni desde Wáshington, Londres o Moscú, sino al servicio de quienes la sufren. No aceptó ninguna forma de avasallamiento, ni del poder político, ni del eclesiástico, ni de las mentiras o el error de juicio de los medios de comunicación, sino que dedicó su vida a luchar por la libertad, que es mucho más que sentirse libre, pues requiere de la capacidad verdadera de autodeterminarse.

Hostos fue un hombre crecido contra la adversidad, en lucha tenaz, constante. Como el rostro esculpido por Buscaglia, de cara al viento huracanado del caos, de la destrucción, de la barbarie. Pero nunca derrotado. Hablamos del centenario de su muerte sin eufemismos, con la palabra dura, porque su vida fue un triunfo sobre la muerte. Su muerte, en cambio, dejó tras de sí un triunfo sobre la vida. Ésa es la clave por la cual elegimos la imagen escultórica de Buscaglia como emblema de este simposio, porque expresa el júbilo, el triunfo, el regocijo de un Hostos que pervive. Y por eso adoptamos también la imagen del joven Hostos retador, provocador, creada a partir de una fotografía por el pintor Dennis Mario, imagen que nos sitúa además en el Puerto Rico contemporáneo.

Albert Camus, otro premio Nóbel, dijo en su discurso de 1957, hace 46 años, que era urgente "inventar en el planeta una paz que no sea la de la servidumbre", que es la paz del silencio tras las bombas, o la del silencio cómplice. Vieques nos desensilló del silencio de los inertes, opuso la yola del pescador frente a los acorazados, y con toda la audacia del mundo, con toda la sangre, desobediente, de los sacrificios y de las prisiones, puso de pie, contra la soberbia, un pueblo entero.

Naguib Mahfouz, egipcio, pero también premio Nóbel en 1988, aseguró que "la mente humana asume ahora la tarea de eliminar todas las causas de la destrucción y de la aniquilación. Y exactamente como los científi-

ficos se esfuerzan por limpiar el medio ambiente de la contaminación industrial, los intelectuales –y con ellos todos nosotros– deben esforzarse por limpiar la humanidad de la contaminación moral". No podemos contentarnos con ser espectadores –pasivos– de nuestras miserias –añadió, aunque él no lo supiera, muy hostosianamente–, pues somos responsables de lo que ocurre en el mundo.

Aunque acaso me bastara la palabra de Hostos, he buscado legitimar ante los ojos de quienes aún operan con criterios de autoridad, las ideas de este discurso con las palabras de varios premios Nóbel. Con ello quería sugerir, además, y como de paso, que a nuestro juicio el pueblo de Vieques también merece un Premio Nóbel: el Premio Nóbel de la Paz. Pero lo más importante de este rodeo, de este distanciarnos, es constatar cómo prevalece siempre el punto de partida para Hostos. Puerto Rico, Vieques, nos ha colocado en el punto de partida.

Digamos, pues, con Hostos y con Vieques: Paz, y basta ya de guerras. No más guerras. Paz, y basta ya de hambre. No más hambre. Paz, que la solidaridad de todos, norte y sur, este y oeste, los de arriba y los de abajo, es la meta imperativa de este hoy, no del futuro. Nuestra, no de los que vendrán. Paz, y no más soles truncos.

Desde Vieques nos han invitado a ello estos amigos, y todo su pueblo. Y desde Humacao, en este centenario de la muerte de Hostos, decimos con el nóbel egipcio Mahfouz:

"Una queja en la hora de la muerte
es más que cien veces más
regogijo a la hora de nacer".

Acaso por ello, en su famoso poema "*Masa*", el poeta peruano César Vallejo, hiciera renacer, ponerse de pie, vencer la muerte y recobrar la vida, al soldado español conmovido ante la solidaridad del mundo.

Digamos que hemos nacido en la paz de Vieques. Y

regocijémonos. Digamos que hemos nacido en el centenario de la muerte de Hostos. Y regocijémonos. ¡Viva Vieques! ¡Viva Hostos! Gracias, Vieques, por la lección de amor. Gracias, Hostos.

Señor alcalde de Vieques, Dámaso Serrano. Entregamos al pueblo de Vieques, a través de sus manos, esta medalla esculpida por el laureado escultor puertorriqueño Don José Buscaglia, donada por él para su pueblo, y acuñada y fundida gracias a la generosidad de la Fundación Francisco Manrique Cabrera. Sabemos que en sus manos, señaladas por los votos del pueblo de Vieques, y ungidas por el valor de la desobediencia civil y el sacrificio de la prisión federal, esta medalla llega más pronto al corazón de su pueblo. Esperamos verla pronto en el museo de Vieques.

No es éste, no es, un reconocimiento oficial de la Universidad de Puerto Rico (que celebra su propio centenario de espaldas a Hostos). Es el Hostos encarnado en este centenario, quien , a través de todos los presentes, reconoce el valor de su pueblo y agradece con ella la lección, que esperamos sea imperecedera, de la solidaridad.

En la tumba de Eugenio María de Hostos

A José Ferrer Canales

Los momentos pasan; pasan por ellos los hombres;
pero siempre llega el día de la victoria para la justicia.
Que no lo vea el que por ella ha sucumbido,
eso ¿qué importa?
El fin no es gozar de ese día radiante;
el fin es contribuir a que llegue el día.
E. M. de Hostos

I. Por encima del ciclón, tu nombre ronco
Para verte bahía,
océano,
yunque de sol;
para verte coronaria incandescente, formidable farallón
contra toda ventisca y torbellino turbión, me interné
por las antiguas galerías de la pena,
retorné al inagotable arrecife de tu huella,
te busqué en los arenales de Quisqueya.
Y más acá de Mayagüez, donde trepan tantos

riachuelos y poco a poco se puebla un mundo de
troncos sufrientes, hojas caídas, temblor de cielos...
Este es el Otoao.
A millares de días de tus días resuena aún en la región
caribe
tu nombre ronco
como un campanar de quejas y enjutas esperanzas,
una oda,
un llamado,
un residuo prolongar romances viejos.
Te he sentido vagar por estos rumbos.
Tus ojos,
de ascua azul,
escondieron sus aguas
por el corazón de cueva de estas tierras cuando se
irguió el ciclón que te abatiera, el mismo ciclón rival
que te espiara al nacer, el mismo ciclón cerrero que te
antagonizara el vivir,
el mismo ciclón...

2. Los preteridos

Estoy en la tierra madre
de tu patria esfuerzo.
Y este mar embravecido que circunda no está aquí, ni
su furia distingue ni separa esta tierra de la otra.
Uno es el ciclón que las advierte y las revierte,
y uno es el amor que las pretende y las enciende.
Dígame Martí;
Betances, usted;
diga Luperón.
Nómbrenme este mar --caribe mar-- de las Antillas.
Desde Ayacucho, tronar anunciador del fin de un

exterminio,
la historia de los huasos y los quechuas,
la historia de los gauchos y los indios,
dejó sobre el tejado la negrada mambí,
los preteridos.
Ellos me dicen que, por estos caminos de tierra
quemada y estéril,
claréase un cementerio.
Y ellos, ellos,
los que mejor conocen tus restos,
ahora me dicen que pregunte por ti
a los sepultureros.

3. De sueños aterrados

Hostos! ¡Hostos!
Quien pregunta por ti,
¿por quién pregunta?
El antillano, nos dijiste, es un hombre malogrado.
Busquémosle entre los huesos ya tostados
la sonrisa de café.
¿Cuál sonríe mejor? ¿Cuál sonríe?
Miro hacia allá, y acá.
La patria se te escurre casi arenas, como antes,
mucho antes,
te desterró la tierra.
¿No ha sido todo un errar, una traición,
un sol tronchado?
Y ese siempre sibilino silbo del tiburón procaz,
el águila temible,
ora buitre de oro, ora rapiña de sal.

Nunca dolió más cronometrar su mundo enfermo.
Nunca fue más inconmovible la *charca*.
Nunca más estúpido y brutal su clínico recuento.
    Sudario colonial --decías.
    Vivir es un naufragio --diremos.
Y mordidos,
y arrugados, y ciegos,
mendigando penurias, enmudeciendo por cálculos.
Más allá, caracoles fueran con la casa a cuestas. Una oscura y obtusa vecindad. Un desahuciar. Un desterrar. Un enterrar de sueños aterrados por imperios cosmonautas.
Que ya le ponen *sitio* a Villanueva --más allá de la muerte la persiguen --en *Villa sin miedo*. Que ya nos desocupan de los sueldos. Que guillotinan la Universidad descabezados.
Y encarcelan el pan,
la tierra, la libertad, aquellos que se alegran diariamente de tener una patria que vender. Y todo es cercenar, todo es enturbiar o legislar la ley o la ceniza, el fraude o el derecho.
Y como irnos de asombro
en los puños van callando los índices,
van cayendo,
va quedando sola la queja negra *haití*
haití haití haití
como un tronar lejano.
Haití que fuera el sueño primero de un mundo nuestro,
la bicentenaria ilusión de un sol mulato que abrigara nuestros pueblos trigueños, la ímproba constancia de aquellos sueños chimborazos, sueños de Ayacucho,

que se forjan del dolor
e inopinadamente se disipan en las garras de unas alambradas.
¡Qué Haití, Haití, Haití,
en Puerto Rico.
¡Y Puerto Rico tieso,
escarnecido!

4. ¿Dónde, Hostos? ¿Cuándo?

Hostos...
Para esos negros remordidos
por ese monstruoso cuco blanco en el Caribe,
para los jornaleros timados, los hombres perseguidos
de todos nuestros países, fue la voz de antillano de tu deber de iluso,
tu sangre forjadora,
tu fuego saneador.
Hostos. ¡Hostos! ¿En dónde donde,
dónde estás?
¿Dónde allá se confederan los quebrantos?
¿Dónde quiebra Quisqueya su dolor tan suyo, su dolor tan nuestro?
Tras tu largo predicar peregrinante llegaste, ya encanecido, llevando dentro, contigo, muy dentro de tus ojos búhos,
la patria deshilvanada que no quiso ser,
que no pudo ser,
que no fue,
allá por 1903.

Hostos. ¿Dónde te resguardas, que escucho sólo el ciclón ciclón descarrilando ferrocarriles trasandinos, el

ciclón ciclón
que detuvo tus pies locomotoras que buscaban
océanos futuros,
el ciclón ciclón,
ese ciclón que está donde no estás,
con su humo y su sombra,
su ceniza sobre tu voz de sol incorruptible.
Tiesas tus piernas
--ya recuerdo--,
muda tu voz:
un aletazo.
Y un refugio remoto en algún rincón de tu sueño,
de tu sueño cuándo cuando,
cuándo América Nuestra,
cuándo!

5. Ese sol, que no ceja

Yo ya sé, ya sé,
cuán poco valen los elogios de los hombres que dijeras;
cómo, apagado el sol,
los pájaros se pierden,
la queja cunde
y se funde canto.
Ya sé, tú decías, cómo la tiranía mayor
hace mayores líricos los pueblos,
y en su cantar sangrante dormir es sólo un pozo
cerrado y anegante porque *España* está aún entre
nosotros como tromba voraz y victimante.

Yo he querido buscarte con palabras tuyas que fuesen un poco --sólo un poco-- poesía honrada. La ética, para ti, era fulgor sin fuego, el fuego sin mancha

de tus ¿versos?
Dime, ¿no era éste
el mágico ademán para llamarte?
¿No es así,
así, como despiertas?
¿No llevabas la justicia como un sol,
ese sol,
que no ceja entre las cejas?

6. Despertaremos tu lámpara en la tierra

Ya sé que tienes que venir,
que vienes ya,
que estás llegando.
Perdido Merlín entre los bosques,
perdido guanín entre las aguas,
volverás espada o fusil
para decir:
Con hojas podridas se hace una isla.
Y la harás.
Y se te volverá a oír insistir:
Con verdades se hace un pueblo.
Ni mares, ni sirtes, ni ventisqueros,
ni caos, ni torbellinos
os arreden;
más allá de la tempestad está la calma:
con hojas se hacen tierras,
con verdades se hacen mundos.
Y los harás.
Aquel fastidio habrá sido sólo una pausa en el deber de tus deberes y tu cabeza vendrá otra vez timón doliente.

Te basta con saber que debe hacerse para no dejarte
caer en una fosa, para no dejar pasar hora tras hora,
para no permitir el exterminio entre cansancios de la
utopía patria que hiciste, de tu verdad prematura que
nos hace.
Y para descolonizar el jornal,
el taller,
la patria estrangulada;
para terminar de una vez con los cazadores del ciervo
perseguido,
la justicia desarmada y sangrante como una marejada;
para señalar la complicidad
de los que consienten y toleran;
para que cada valle y montaña
sea un rincón de piedras;
y por el miedo y la huelga,
la furia y la pena,
te llevaré aliento,
esfuerzo de pincel y de cincel.
Te cargaré --¡ay Patria,
que no llegas!--
tus sacos.
Modelaré tus platos y tus radios.
Y más allá de la resina y el polvo,
de la insurrección y de la huelga,
de la sangre fértil de un pueblo,
te coseré,
te levantaré un taller,
una escuela,
un compañero.
Y para no olvidar
que no tuviste otra cosecha

que tu propia siembra y tu aliento,
despertaremos tu lámpara en la tierra
como una lluvia tan grande de campanas
y alas
y fuegos
y amor
y marejadas.
Con un poco de pan entre las manos
despertarás ya Patria como un sol,
un sol caribe para estos días densos.
¡Y no será la tarde
otra vez
sobre la tierra tierra!.

APÉNDICES

APÉNDICE: Nota de prensa 1

Simposio en el centenario de la muerte de Hostos

La Revista EXÉGESIS de la Universidad de Puerto Rico en Humacao auspicia un Simposio sobre Hostos con motivo del centenario de la muerte del prócer ocurrida en la República Dominicana el once de agosto de 1903. El Simposio, que se celebrará en el recinto humacaeño de la Universidad de Puerto Rico, hace una convocatoria abierta a los hostosianos de la nación y del exterior para conmemorar la fecha de aquél que la Sociedad de Naciones Americanas proclamó en 1938 "Ciudadano Eminente de América". El Simposio aspira (1) a fomentar **nuevas investigaciones**, (2) lo mismo que **nuevas obras de artes plásticas** y (3) **trabajos de creación literaria** que recopiladas en agosto del 2003 permitan honrar la memoria de la figura de más alto rango en la historia cultural de Puerto Rico.

El título del Simposio: ***Hostos: forjando el porvenir americano***, se inserta en la tradición más que centenaria de lo que fue uno de los ejes centrales del quehacer hostosiano. No hablamos sólo de su actividad incesante por la libertad y el bienestar de las Antillas, ni siquiera de su actividad tesonera por la libertad y el bienestar de la América Latina: hablamos de un laborar que no hay que mirar con ojos retrospectivos como pieza de museo porque las enzimas de su teoría y de sus ambiciones todavía están activas, todavía tienen campo de trabajo prospectivo, todavía tiene Hostos luz de porvenir, consejo, proyecto, agenda viva. El gerundio de la frase titular de este simposio –"forjando"– nos sitúa dentro del presente activo de un proceso que tuvo su inicio pero que no tiene aún

su final. El gerundio de la frase titular de este simposio no mira la muerte de Hostos hacia el pasado, sino que se proyecta al porvenir. En el Panteón de los Héroes de la República Dominicana arde aún la llama eterna, y en esa llama está viva la gratitud del pueblo dominicano, y está vivo su recuerdo. Pero debemos tener la certeza de que esa llama debe arder también porque Hostos sigue siendo una provocación, una herramienta vital para cultivar esperanza y para forjar agenda de futuro.

La Junta Editora de **EXÉGESIS** y el Comité Organizador de este simposio se solidarizan plenamente con las actividades planificadas por la Comisión Para el Centenario, el Instituto de Estudios Hostosianos, el Recinto Universitario de Mayagüez de la UPR, y por los hostosianos que en la República Dominicana, Cuba, el estado de Nueva York, Chile, Paraguay, Uruguay y Argentina, hasta donde hoy sabemos, planifican actividades conmemorativas. No obstante, **este simposio adopta una personalidad distintiva** que reside en su carácter festivo, pues siente y cree que la muerte de Hostos no se ha completado, que todavía está ocurriendo, que su testimonio todavía denuncia los males de un proceso que no sólo no ha pasado a ser un fósil de la historia, sino que un siglo más tarde ha visto fortalecer su fuerza desintegradora. Contra él, la principal receta hostosiana no era –ni es–, como suele decirse, la educación, sino **la libertad**, la necesidad de constituir una *liga de independientes* que sepa escoger con quiénes unimos las fuerzas, con quiénes confederamos los recursos, con quiénes hermanamos los sueños, con quiénes protegemos nuestro derecho a la vida independiente. **Creemos que con su muerte Hostos completa una vida que no cabe en un sepulcro, una vida tan grande**, tan sembrada de semilla, tan concentrada de energía y tan llena de porvenir, **que tiene que ser celebrada**, pues no hay Hostos más vivo que aquél de su último respiro. Este simposio, pues, no será ni un réquiem ni

la muda estatua de un pesar que no descansa: será una canción de solidaridad, una sonrisa de orgullo nacional, un abrazo de alegría. ¡Unámonos en ella!

Apéndice: Nota de Prensa 2

Simposio dedicado a Manolín Maldonado-Denis

En 1993 publicamos en la revista EXÉGESIS un homenaje a Manuel Maldonado-Denis, entonces recientemente fallecido. Allí afirmamos lo siguiente: "Manuel Maldonado-Denis representó en nuestra nación y fuera de ella al paradigma del intelectual puertorriqueño forjado al calor de los motivos que le sirvieron de estímulo a su incesante investigación: Betances, Hostos, Martí, Albizu, las luchas centenarias de emancipación de sus pueblos afroantillanos y tercermundistas, hombres, pueblos y procesos. Orador, polemista, ensayista notable que nos legó en publicaciones imprescindibles uno de los testimonios más penetrantes de nuestra época. EXÉGESIS rinde homenaje a este militante inquebrantable de la libertad de la verdad que se esforzó por hacernos descubrir, más que nada, la verdad de toda libertad" (16:1).

Ahora la Junta Editora de EXÉGESIS y el Comité Organizador del **Simposio en homenaje a Eugenio María de Hostos** que se celebrará en el recinto de Humacao de la Universidad de Puerto Rico en agosto del 2003 con motivo

del primer centenario de la muerte del prócer, dedica los actos a honrar la memoria de Maldonado-Denis.

De estar vivo Manolín, pensamos, habríamos visto en la prensa del país, semanalmente, artículos relativos al centenario de Hostos. Manolín habría aglutinado los esfuerzos de las más claras mentes del país, habría levantado una organización digna de la ocasión, y habría recordado la fecha de agosto con tal decoro que arrojaría sobre el país un aliento de profunda satisfacción. Tal era el poder de convocatoria de Maldonado-Denis. Tal era su capacidad de trabajo y de organización. Tal era su compromiso con la verdad de la historia, y su sentido de gratitud, y su conciencia de la importancia que tiene para los pueblos honrar sus héroes, su certeza de cuánto puede hacer por nosotros Hostos todavía.

Pero más importante es establecer cómo y cuánto Manolín habría iluminado los hitos que se cruzan en este aniversario. Manolín nos habría recordado, por ejemplo, que la tarea educativa de Hostos no tuvo como norte el estudio de carreras sino el cultivo de hombres y mujeres completos, de seres humanos conscientes de que sólo se puede ser en libertad. Manolín habría explicado cómo Hostos pudo consagrar su vida a la causas de la libertad de Cuba y la República Dominicana y cómo pudo insertarse en la senda de los grandes libertadores de la América Latina sin diluir su aliento por la causa de la libertad de Puerto Rico. Manolín aclararía que Hostos denunciaría el bombardeo inmisericorde de países lejanos como una práctica de venganza insensible al dolor ajeno y un ejercicio de prepotencia imperialista que no debería tener cabida en la tolerancia del siglo XXI. Manolín resaltaría cómo Hostos vislumbró el peligro de la globalización económica al advertir en muchas ocasiones a los países pequeños del peso incontrastable de los países grandes, y de cómo se perdería la soberanía y se sucumbiría

en la absorción de no buscar formas de asociación entre los países pequeños, nunca del pequeño con el grande. Manolín nos explicaría cómo en tantos países se busca con urgencia nuevas formas para sanear la democracia que vicia la cada vez más grande brecha de las desigualdades sociales y la corrupción que generan los grandes intereses. Conscientes, precisamente por este centenario, de cuánta falta nos hace Manolín, evocamos su recuerdo y conjuramos su presencia para que nos acompañe, en esta fecha, en este simposio que muy bien podría tratar también, hostosianamente, temas de tanta actualidad. Recordar a Hostos es siempre degustar la fuerza de la honradez y encender la tea de la libertad.

Apéndice: Nota de prensa 3

Un simposio para la creación y las artes

El simposio que con motivo del primer centenario de la muerte de Hostos auspicia la *Revista* EXÉGESIS de la Universidad de Puerto Rico en Humaco abre su espacio también a los creadores de las artes plásticas así como a los poetas, ensayistas, narradores y dramaturgos. El simposio no sólo propone que el tema de la figura histórica de Hostos sea importante, sino que también lo es todo aquello que fue motivo de sus desvelos, agonía de sus sueños, objeto de su quehacer iluminador, de su pasión de libertad, y de su querencia americana. Por eso Hostos no puede vislumbrarse como pieza de museo sino como la brújula que al definir los «principios de los independientes» –de los hombres y mujeres

libres– y al estudiar las raíces de los males crónicos de los países de toda la América Latina define un mapa de acción imprescindible para las generaciones sucesivas que son las nuestras.

El Comité Organizador de este simposio no vislumbra la obra de Hostos como una obra decimonónica caduca. Si el pensamiento revolucionario de José Martí puede ser todavía en el siglo XXI el fundamento de una revolución en El Caribe, Hostos puede ser más que una inspiración para la América Latina. La utopía americana que forjó en sus estudios incesantes de la América Nuestra es una proyección necesaria y urgente, pero aún no cumplida. ¿Hemos creado el "hombre completo" que siempre soñó Hostos? ¿Le hemos dado a la mujer el mismo espacio libre y decoroso que merece todo ser humano? ¿Le hemos devuelto al trabajador el fruto íntegro de su trabajo? ¿Hemos distribuido con razón y justicia la riqueza social? ¿Vivimos una verdadera democracia? ¿Educamos a nuestros niños en la plenitud de sus facultades? ¿Predomina en nuestras comunidades el sentido de justicia? ¿Somos solidarios con los pueblos del mundo? ¿Nos indigna la injusticia que se comete contra cualquiera y en cualquier parte? ¿Son libres los países de la América Latina? ¿Es libre Puerto Rico? Estas preguntas pueden damos una idea de cuán pertinente es el mensaje de Hostos.

Hostos creía en el arte que presiente. Hostos creía en el arte comprometido con la problemática concreta del ser humano y de nuestros países. Hostos creía que el arte debía fundarse en la realidad concreta. Pero también creía que la imaginación era una facultad humana y ejerció la suya, a juicio de Martí, con carácter de fuego. Hostos creía que el arte podía explorar y damos la clave de las cuitas más insondables de Hamlet. Hostos creía que el arte podía explicar la historia profunda de nuestros países, las raíces de nuestras debilidades

y fortalezas y las claves de nuestro porvenir. Hostos creía que los países más tiranizados son los más poéticos. Hostos creía que el arte tiene una función moral que cumplir porque se debe al otro y no debe mentir. Hostos creía que el arte se le entrega entero a la campesina humilde que se postra ante sus obras como ante un templo. **Hostos creía en la fuerza descubridora de la fábula, de la metáfora, de la palabra.** Hostos creía en la necesidad de cultivar la sensibilidad. Hostos creía que el arte debía amar el sufrimiento ajeno. Hostos creía en el deber de cantar la redención por el trabajo. Hostos creía que el arte educa al sentimiento y nos hace libres a todos.

Busquemos a Hostos con versos nuevos, con nuevos trazos de pincel, con la nueva voz de una canción, con la palabra encendida y los sueños más despiertos. **¡Artistas: busquemos a Hostos!**

Apéndice: Nota de prensa 4

De Hostos a Cervantes: Ardiente paciencia

Hemos visto las celebraciones del centenario de la Universidad de Puerto Rico con regocijo depurado y una simultánea nostalgia contrariada. Bien estuvo el canto de las tunas y de Roy, el bizcocho y la fiesta, pero extrañamos los otros modos de hacer conmemoraciones propios de una universidad, pues nosotros no podemos permitirnos el lujo de enajenarnos ni un segundo de una realidad que está siempre

llena de conflictos. Algunos hicieron acto de presencia estridente en medio de la celebración. Otros, apenas mostraron su rostro en una postal.

Una de las invitaciones circuladas para esta actividad colocó, aunque en último lugar, una pequeña imagen del busto de Hostos que hay en el recinto. Nos alegró, sobre todo, porque hemos anticipado la conveniencia y la necesidad de vincular el centenario de la UPR con el centenario de la muerte de Hostos. De los representantes de la universidad no escuchamos palabra alguna sobre este particular en los discursos oficiales, aunque no dudo que rondara en la mente de algunos ni que apareciera de soslayo en alguna expresión oficial. (¿Dónde está el ex presidente Fernando Agrait que patrocinó el majestuoso congreso del sesquicentenario, fundó la Cátedra de Honor Hostos y, con la ayuda del ex rector Fernández, el Instituto de Estudios Hostosianos?) Nos alegró, sin embargo, oírlo en la voz del Presidente del Senado, Fas Alzamora, porque entre el centenario del natalicio de Hostos y el centenario de su muerte corren los 64 años que vivió Hostos, y entre ellos, y entre la atención que puso el gobierno de entonces y la atención que pone el gobierno de hoy, parece que hubiera un abismo de sospecha, recelo y alarma, a pesar de las declaraciones del Secretario de Educación, César Rey, y a pesar de que finalmente se constituyera con la ayuda del Municipio de Mayagüez y de la Asociación de Periodistas, más que con el auxilio del gobierno central o de la universidad, un Comité Nacional del Centenario. Parece necesario constatar que ambos centenarios –el del natalicio y de la muerte– se encuentran en conflicto, como parece curioso que estén ahora en conflicto el centenario de la universidad y el de Hostos.

Desde las páginas de EXÉGESIS hemos estado recordándole reiteradamente al país, al menos desde el 2001, el centenario de Hostos. Hemos publicado artículos en la prensa

para exhortar a las autoridades universitarias a vincular ambos centenarios. Hemos escrito cartas a la Gobernadora Calderón, a los legisladores, a diversas instituciones y numerosos profesores. Finalmente, decidimos auspiciar un simposio que con el título de **Hostos: Forjando el porvenir americano**, celebraremos en el recinto de Humacao en agosto próximo con más de 40 ponencias y presentaciones de obras plásticas y literarias, y varios participantes del exterior. En cuanto a lucha y perseverancia, Hostos es –**es**, ¿eh?– un maestro inaudito. Pero, ¿para cuántos de nosotros es también maestro de sueños?

Porque creía en la "ciudad luz del porvenir" de la que habló Rimbaud, Pablo Neruda puso al servicio de ella, como una bandera, toda su poesía. Su convicción llegó hasta tal grado que en su discurso de aceptación del premio Nóbel proclamó que ella no sólo justificaba el carácter partidario de su obra, sino que convirtió su fe en esa ciudad utópica en el fundamento de su grandeza como poeta. Sin la certidumbre de su sueño de justicia, libertad e igualdad, sostuvo al concluir el discurso, la poesía misma *habría cantado en vano.*

De la misma manera creo que la fe de Hostos en esa visión del porvenir de América que construyó a fuerza de razón, voluntad y sentimiento, esa utopía de rectificaciones, redenciones y reivindicaciones por las que no sólo abogó toda su vida, sino que señaló rumbo en la rosa de los vientos, ideó táctica y estrategia, inició la marcha, instrumentó y edificó, pone en evidencia la grandeza de su obra. No reconocerlo hoy, es certificar con nuestro silencio que se sacrificó en vano.

No es posible referirse a la utopía hostosiana como un simple idealismo, porque las visiones de Hostos, como las de Cervantes, no fueron ni molinos de viento ni castillos en el aire. Cervantes, lo mismo que el Quijote, sabía muy bien quiénes eran en realidad los duendes que combatía. En el

caso de Hostos, tampoco podían ser sueños vanos del positivista y del empirista que en gran medida fue; no podían serlo en el científico social que aplicó toda suerte de recursos en su estudio incesante de la realidad social, política, económica, cultural, humana; no podían serlo en aquél que estuvo constantemente dispuesto a ofrendar su bienestar y su vida y que con tal de hacer realidad sus sueños supo forjar ideas, principios y cimientos, aunar voluntades, hacer camino a través de los Andes y, como quiso Martí, por encima del mar.

Cervantes como Hostos, como Neruda luego, sabían muy bien que la ciudad del porvenir no habría de ser sólo obra de sus manos, que se trataba de la obra a realizar por un río solidario, la aportación en sedimento de un olear de generaciones. Y supo que sería necesario enfrentar las defecciones y las oposiciones, el reto y el retroceso impuesto de muchas resistencias. Se trataba –y se trata– de una conquista que no termina, de una lucha sin acabamiento, de un encadenar de victorias y derrotas. Neruda acepta y comprende, que viene de una tradición comunitaria, tradición con un destino de justicia y libertad para todos que asume con gozo y responsabilidad para continuarla y, lo que es aún más importante, renovarla.

Rimbaud habló de la necesidad de construir la ciudad-luz de la equidad con una "ardiente paciencia". Neruda, tras contemplar esa historia de América saturada de lo grande y lo pequeño, de la aportación y la revuelta, de lo extraordinario y de lo ruin, comprende a Rimbaud, y endosa un principio que nos enseña a persistir en los retrocesos, a trabajar con las oposiciones, *mugir* y *embestir*, como aconsejó de Diego, en las derrotas.

Hostos, en otros términos, habló toda su vida de esa "ardiente paciencia". En Chile, por ejemplo, en la conclusión al ***Plácido***, escribe: "La eternidad hace bien en ser paciente. Los momentos pasan; pasan con ellos los hombres;

pero siempre llega el día de la victoria para la justicia. Que no lo vea el que por ella ha sucumbido, eso ¿qué importa? El fin no es gozar de ese día radiante; el fin es contribuir a que llegue el día".

Esperando que llegue "el día" trabajamos para *celebrar* en el recinto de Humacao un simposio digno de los sueños utópicos de Hostos. El **Recinto de Río Piedras** bien podría unirse **restaurando el monumento a Hostos**, reparando el ultraje cometido contra él y contra su integridad por aquéllos que **mutilaron la pieza** al cortarle la palabras "**Patria**" y "**Sociología**" que identificaban las figuras femeninas que lo acompañan. Hoy en día, ese ultraje se consideraría un delito, una violación de los derechos de autor. Acaso quede por ahí algún abogado de causas perdidas que esté dispuesto a plantearle a la universidad, en los tribunales si fuera necesario, la reparación de esta indignidad. Bien está reparar edificios, aires acondicionados y caminos, pero mejor es reparar las lesiones del espíritu que nos anima y le da sentido de integridad y propósito a la existencia.

La Universidad haría bien, insisto, en vincular, sin reticencias, su centenario con el de Hostos. Al fin y al cabo, Hostos es, a no dudarlo, el puertorriqueño de mayor estatura intelectual de nuestra historia, como seguramente es también el puertorriqueño de mayor estatura moral. Y como escritor, es sencillamente, nuestro Cervantes, atributo éste que parece haberle pasado por alto a los maestros del país, pues, tratándose del año del centenario de su muerte, ¿cuántas semanas de la lengua se le dedicarán a Hostos en abril?

Acaso podamos decir en su ofrenda fúnebre de agosto como Cervantes dijo de don Quijote: que muere –otra vez– rodeado de sus amigos. **Pero que no se diga de sus sueños**, como se escribió de los sueños de Quijano, que nacieron sólo para él. Y sólo él para sus sueños.

APÉNDICE: Nota de prensa 5

Medalla Hostos a la Solidaridad para el pueblo de Vieques

La Junta Editora de EXÉGESIS y el Comité Organizador del Simposio se proponen entregar al pueblo de Vieques la que hemos llamado «MEDALLA EUGENIO MARÍA DE HOSTOS A LA SOLIDARIDAD». Con ello no pretendemos ofrecer una distinción oficial de la Universidad de Puerto Rico, sino extender, más allá del plano del debate académico y de las aulas, los principios más altos de la militante moral hostosiana, y certificar con ello cuán profundamente vivo y pertinente es el Hostos de este centenario.

Si algo define la vida de Hostos es su abnegación, su desprendimiento, su universal y consecuente sentido de compromiso con los demás. Olvidado de sí, se consagró primero a la causa de España y de la federación hispánica; olvidado de sí, se dio luego por entero a la revolución antillana; olvidado de sí, se bautizó poco más tarde hijo de todas las repúblicas latinoamericanas; olvidado de sí, combatió siempre toda injusticia y se comprometió para siempre con todos los desheredados de la tierra. La obra de Hostos no se distingue por la metafísica y la abstracción, sino por la crítica transformadora de la realidad social, por su sentido imperativo de servicio, y por su voluntad incoercible. Nos referimos a ese conjunto de fuerzas en tensión que define su «moral social». Nos referimos a los principios políticos que detalló en su *Programa de los independientes*. Nos referimos a la energía motora de esa incesante actividad revolucionaria de Hostos que aún provoca y convence. Estos valores y

principios hostosianos han estado presentes en la lucha del pueblo de Puerto Rico por la salud de Vieques, pero creemos que su presencia estuvo generada porque, como ocurre con el fuego en la pradera, ardió primero en el pueblo de Vieques.

La lucha del pueblo de Vieques contra la marina de guerra norteamericana es uno de los episodios más trascendentales de la historia de Puerto Rico. Sobre todo este episodio flotó, acaso inadvertido, ese espíritu de Hostos que no transigía con la injusticia, que no consentía la indignidad, que no doblegaba el derecho de los pueblos a la soberanía y el derecho de los individuos a ser libres. No se trata tan sólo de que Vieques logró imponerse sobre la voluntad de uno de los poderes más grandes del mundo, sino de que Vieques se convirtió en el motivo que logró aunar por primera vez en nuestra historia la voluntad fragmentada y dispersa de todo el pueblo de Puerto Rico. Solidaridad no quiere decir ausencia de conflictos. En la lucha de Vieques emergieron con frecuencia las desavenencias. Pero el sentido de convergencia fue más fuerte. Si Puerto Rico tuvo conciencia de su ser como nación, o si Puerto Rico sólo defendió un reclamo de justicia reconocido en el plano internacional de los derechos humanos, es importante dilucidarlo, pero lo que no puede ser negado es que, instigado y conmovido por la unidad del pueblo de Vieques, nuestro país completo, desde Fajardo a Nueva York, pudo contemplarse como un sujeto unido ante el espejo de historia.

La *Medalla Hostos a la Solidaridad* fue modelada por el renombrado escultor puertorriqueño José Buscaglia, quien a solicitud nuestra donó su talento creador. Y fue reproducida gracias al auspicio de la Fundación Francisco Manrique Cabrera. El sábado 16 de agosto, y como parte de los actos de clausura del Simposio, entregaremos esta medalla a los

representantes del pueblo de Vieques. Invitamos a todo el pueblo de Puerto Rico a estar presente, y muy particularmente, a los miles que practicaron la desobediencia civil, en el espíritu de Hostos.